



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*Historia de la grandeza y
decadencia de César Birotteau*

La casa de Nucingen



TOMO XIV

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**Historia de la grandeza y decadencia
de César Birotteau & La casa de
Nucingen**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XIV

ePub r1.0
mandius 20.09.15

Título original: *Histoire de la grandeur et de la décadence de César Birotteau & La Maison Nucingen*
Honoré de Balzac, 1838
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO XIV

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

Historia de la grandeza y decadencia de César Birotteau

La casa de Nucingen



HISTORIA DE LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE CÉSAR BIROTTEAU

COMERCIANTE PERFUMISTA TENIENTE DE ALCALDE DEL SEGUNDO DISTRITO MUNICIPAL
DE PARÍS CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR, ETC.



A monsieur Alphonse de Lamartine.
Su admirador,
DE BALZAC

I
CÉSAR EN SU APOGEO

Durante las noches de invierno, el ruido sólo cesa unos instantes en la rue Saint-Honoré; los hortelanos continúan por ella, dirigiéndose al mercado, el movimiento con que la animaban los coches que vuelven del espectáculo o del baile. En medio de aquel silencio en la gran sinfonía del barullo parisién que se produce alrededor de la una de la madrugada, la esposa de monsieur César Birotteau, perfumista, establecido cerca de la Plaza de Vendôme, se despertó sobresaltada, presa de un sueño espantoso. La perfumista se veía doble, se apareció ante sí misma cubierta de harapos, y abriendo con una mano seca y arrugada la puerta de su propia tienda, en la que se encontraba simultáneamente en el umbral de la entrada y sentada en su sillón, cerca del mostrador; pedía limosna y oía su propia voz en la puerta y en el mostrador. Quiso abrazarse a su marido y puso la mano en un lugar frío. Su miedo se hizo entonces tan intenso, que no pudo volver la cabeza, que le quedó petrificada; se le pegaron las paredes de la garganta y le faltó la voz; quedó clavada en su sitio, con los ojos dilatados y fijos, los cabellos dolorosamente afectados, los oídos llenos de rumores extraños, el corazón contraído pero palpitante, en fin, sudorosa y helada a la vez, en medio de una alcoba cuyos dos batientes estaban abiertos.

El miedo es un sentimiento medio morboso, que oprime con tal violencia la máquina humana, que sus facultades se ven de pronto llevadas al mayor grado de su potencia, o al último de la desorganización. La fisiología se ha sorprendido durante mucho tiempo ante este fenómeno, que derriba sus sistemas y trastoca sus conjeturas, aunque no sea más que una fulminación operada en el interior, pero, como todos los accidentes eléctricos, raro y caprichoso en sus formas. Esta explicación pasará a ser vulgar el día en que los sabios reconozcan el papel inmenso que desempeña la electricidad en el pensamiento humano.

Madame Birotteau experimentó entonces algunos de los sufrimientos en cierto modo luminosos que producen estas terribles descargas de la voluntad, extendida o concentrada mediante un mecanismo desconocido. Durante un espacio de tiempo, muy corto, apreciándolo con los relojes, pero inconmensurable determinándolo por sus rápidas impresiones, aquella mujer tuvo el monstruoso poder de emitir en un momento más ideas y hacer surgir más recuerdos de los que hubiera concebido durante todo un día en el estado ordinario de sus facultades. La punzante historia de

aquel monólogo puede resumirse con algunas palabras absurdas, contradictorias y desprovistas de sentido, como lo fueron.

—No hay razón alguna para que Birotteau haya salido de la cama. Comió tanta ternera que tal vez se halle indispuerto. Pero si estuviese enfermo me hubiera despertado. En diecinueve años que vivimos juntos en este cuarto y en esta misma casa, el pobre nunca ha abandonado su lugar sin decírmelo, y nunca ha dormido fuera de casa, a no ser para pasar la noche en el cuerpo de guardia. ¿Se acostó esta noche conmigo? ¡Dios mío, qué estúpida soy! Sí.

Y diciendo esto fijó los ojos en la cama y vio el gorro de dormir de su marido, que conservaba aún la forma casi cónica de su cabeza.

—¿Habrá muerto? ¿Se habrá matado? Pero ¿por qué? Desde que le nombraron teniente de alcalde, hace dos años, está todo él no sé cómo. La verdad es que desde que desempeña funciones públicas causa lástima. Sin embargo, sus negocios van bien y me ha regalado un chal. ¿Irán mal acaso? ¡Bah!, ya lo sabría yo. Pero ¿se sabe nunca lo que un hombre y una mujer tienen en el saco? Pero ¿no hemos vendido hoy por valor de cinco mil francos? Además, un teniente de alcalde no puede matarse porque conoce demasiado bien las leyes. Pero ¿dónde diablos está?

Mientras decía esto, la pobre mujer no podía mover el cuello ni avanzar la mano para tirar del cordón de una campanilla que hubiera puesto en movimiento a una cocinera, tres dependientes y un mozo de almacén. Presa de la pesadilla que continuaba sus efectos aún después de despierta, olvidaba a su hija, apaciblemente dormida en un cuarto contiguo al suyo, cuya puerta estaba al pie de su cama. Por fin gritó: «¡Birotteau!», sin recibir ninguna respuesta; mejor dicho, creía haber gritado, cuando en realidad no había hecho más que pronunciarlo mentalmente.

—¿Tendrá alguna querida? ¡Ca!, para eso es demasiado tonto y, además, me quiere con exceso. ¿No le dijo un día a madame Roguin que nunca me había sido infiel, ni aún con el pensamiento? ¡Pobre hombre!, es la probidad en persona. Si alguien merece el cielo, es él. ¿De qué podrá acusarse ante el confesor? Para ser realista, como lo es, sin saber por qué, no realza mucho su religión. ¡Pobrecillo!, a las ocho de la mañana se va callandito a misa como si cometiese un pecado, teme a Dios por Dios mismo y el infierno no se hizo para él. ¿Cómo había de tener una querida si sale tan poco de mi lado que casi me aburre? Me quiere más que a las niñas de sus ojos y se dejaría matar por mí. En diecinueve años no ha proferido nunca una palabra más alta que la otra hablando de mi persona. Su hija es siempre después que yo. Pero si Césarine está ahí. (¡Césarine! ¡Césarine! ¡Césarine!) Birotteau nunca ha tenido un pensamiento que no me haya comunicado. ¡Cuánta razón tenía cuando me cortejaba en el *Petit Matelot*, al decirme que sólo tratándole le conocería! No tiene a nadie. ¡Qué cosa más rara!

Diciendo esto, volvió penosamente la cabeza y miró furtivamente a través de su cuarto, lleno a la sazón de esos pintorescos efectos de luz que no pueden describirse y que parecen pertenecer exclusivamente al pincel de ciertos pintores. ¿Cómo describir

los espantosos zigzags que producen las sombras horizontales, las apariencias fantásticas de las cortinas bombeadas por el viento, los juegos de luz incierta que proyecta la lamparilla sobre los pliegues del calicó rojo, las llamas que vomita un alzapuño, cuyo rutilante centro parece el ojo de un ladrón, y, finalmente, todas las extravagancias que asustan a la imaginación en el momento en que sólo tiene poder para percibir dolores o para agrandarlos? Madame Birotteau creyó ver mucha luz en la pieza que precedía a su cuarto, y pensó de pronto que había fuego; pero al descubrir un pañuelo colorado, que le pareció ser un charco de sangre, la idea de los ladrones acudió a su mente, sobre todo cuando creyó ver las huellas en la manera cómo estaban colocados los muebles. Al recordar la suma que había en caja, un temor generoso extinguió los fríos ardores de la pesadilla; saltó de la cama y se puso en camisa en medio del cuarto para socorrer a su marido, a quien suponía luchando con los asesinos.

—¡Birotteau! ¡Birotteau! —gritó con angustiada voz, saliendo del cuarto.

Al llegar a la pieza contigua encontró a su marido midiendo el aire con una vara en la mano, pero tan mal envuelto en su bata de indiana verde y tan preocupado, que el frío le amorataba las piernas sin que se diese cuenta. Cuando César se volvió para decirle a su mujer: «¿Qué quieres, Constance?», su aire, al igual que el de los hombres ocupados en cálculos, era tan necio, que madame Birotteau se echó a reír.

—¡Dios mío, César! ¡Qué ideas más originales las tuyas! ¿Por qué me dejas sola sin advertírmelo? He estado a punto de morir de miedo y no sabía qué imaginarme. ¿Qué haces ahí, desnudo de ese modo? Te vas a constipar. ¿Me oyes, Birotteau?

—Sí, mujer, aquí me tienes —respondió el perfumista entrando en el cuarto.

—Vamos, ven a calentarte y dime lo que tienes —repuso madame Birotteau removiendo las cenizas del fuego para atizarlo—. Estoy helada. ¡Qué tonta he sido al levantarme en camisa! Pero la verdad es que creí que te asesinaban.

El perfumista colocó la palmatoria sobre la chimenea, se envolvió en su bata y maquinalmente fue a buscar una falda para mujer.

—Toma, Mimí, tápate —le dijo—. Veintidós por dieciocho —añadió continuando su monólogo—. Podemos tener un magnífico salón.

—Pero, ¿te has vuelto loco, Birotteau? ¿Estás soñando?

—No, mujer, no. Lo que hago es calcular.

—Para hacer tonterías deberías al menos esperar el día —exclamó la perfumista poniéndose la bata para ir a abrir la puerta del cuarto en que dormía su hija—. Césarine duerme y no nos oirá. Vamos a ver, Birotteau, habla, ¿qué te pasa?

—Que podemos dar el baile.

—¡Dar un baile nosotros! Amigo mío, estás soñando.

—No sueño, paloma mía, no sueño. Escucha: Siempre es preciso hacer lo que se debe, según la posición que uno tiene. El gobierno me ha puesto en evidencia, yo pertenezco al gobierno y estoy obligado a estudiar el espíritu que le anima, y a favorecer sus intenciones desarrollándolas. El duque de Richelieu acaba de conseguir

la libertad de Francia y, según monsieur de La Billardière, los funcionarios, que representan la vida de París, tienen el deber de celebrar la libertad del territorio, cada uno en la esfera de sus influencias. Demostremos un verdadero patriotismo que hará enrojecer de vergüenza a esos titulados liberales, a esos condenados intrigantes. ¿Crees tú que no quiero a mi país? Yo deseo demostrar a los liberales, a mis enemigos, que amo al rey, lo cual es amar a Francia.

—¿De modo que crees tener enemigos, mi pobre Birotteau?

—¡Ya lo creo, mujer, que tenemos enemigos! La mitad de nuestros amigos del barrio son enemigos nuestros. Todos dicen: «Birotteau tiene suerte, no es nadie y sin embargo todo le sale bien. ¡Hasta lo han hecho teniente de alcalde!» ¡Pero déjales, que bien van a rabiar! Quiero que sepas primero que nadie, que soy caballero de la Legión de Honor. El rey firmó ayer la real orden.

—¡Oh!, entonces hay que dar el baile, amigo mío —dijo madame Birotteau conmovida—. Pero ¿qué has hecho tú para obtener esa cruz?

—Cuando monsieur de La Billardière me dio ayer esta noticia, yo me hice la misma pregunta que tú me haces —dijo Birotteau con embarazo—. Pero, reflexionándolo bien acabé por reconocer mis méritos y aprobé al gobierno. En primer lugar, soy realista, y fui herido en Saint-Roch, en Vendimiario. ¿No supone algo el haber tomado las armas por la buena causa en aquel tiempo? Además, según algunos negociantes, yo desempeñé mis funciones consulares a satisfacción general. Finalmente, soy teniente de alcalde, y el rey concede cuatro cruces al cuerpo municipal de la villa de París. Hecho examen de las personas que podían ser condecoradas, el prefecto me puso el primero en la lista, sin contar con que el rey debe conocerme. Gracias al viejo Ragon, yo le proveía de los únicos polvos que él quiso usar. Nosotros somos los únicos que poseemos la receta de la difunta reina, aquella pobre y augusta víctima. El alcalde me ha apoyado calurosamente. ¿Qué quiere? Si el rey me da la cruz sin que yo se la pida, me parece que yo no puedo rehusarla sin faltarle a todas las consideraciones que le debo. ¿Acaso he querido yo ser teniente de alcalde? Puesto que vamos viento en popa, como dice tu tío Pillerault cuando está contento, estoy decidido a que en nuestra casa todo armonice con nuestra gran fortuna. Si puedo ser algo, me arriesgaré a ser lo que el buen Dios quiere que sea; tal vez subprefecto, si tal es mi destino. Tú, mujer, estás en un gran error creyendo que un ciudadano paga su deuda al país proveyendo de perfumería durante veinte años a los que lo han deseado. Si el Estado reclama el concurso de nuestras facultades, nosotros se las debemos, como le debemos el impuesto mobiliario, las puertas y ventanas, etcétera. ¿Deseas acaso permanecer siempre tras el mostrador? A Dios gracias, bastante tiempo hace que permanecemos en él. El baile será nuestra fiesta; adiós el por menor, al menos para ti. Quemo nuestro letrado de «La Reina de las Rosas», borro de nuestra puerta el «César Birotteau, comerciante perfumista, sucesor de Ragon», y pongo en letras grandes y doradas el sencillo nombre de «Perfumería». En el entresuelo pondré la oficina, la caja y un bonito gabinete para ti.

De la trastienda, del comedor y de la cocina haré un almacén. Alquilo el primer piso de la casa vecina, abro una puerta en la pared y pongo mi escalera, a fin de poder pasar de una casa a otra. Después, lo amueblaremos todo de nuevo, renovaré tu cuarto, te prepararé un bonito gabinete y habilitaremos un cuartito para Césarine. La señorita que tomarás para el mostrador, nuestro primer dependiente y tu camarera (porque tendrás una camarera), se albergarán en el segundo piso. En el tercero estará la cocina, la cocinera y el mozo. El cuarto será nuestro almacén general de botellas, cristales y porcelanas. El taller de nuestros obreros estará en el granero. Los transeúntes no verán ya pegar las etiquetas, escoger los frascos y taparlos. Eso es bueno para la rue Saint-Denis, pero en la rue Saint-Honoré está feo. Nuestro almacén debe estar siempre limpio como un salón. Dime, ¿acaso somos nosotros los únicos perfumistas que disfrutan de toda clase de honores? ¿No hay vinateros y almacenistas de mostaza que mandan la guardia nacional y que son muy bien vistos en palacio? Imitémosles, extendamos nuestro comercio y, al mismo tiempo, rocémonos con la alta sociedad.

—Mira, Birotteau, ¿sabes lo que pienso escuchándote? Me haces el efecto de un hombre que busca cinco pies al gato. Acuérdate de lo que te aconsejé cuando se trató de nombrarte alcalde: ¡tu tranquilidad ante todo! Ya te dije que lo mismo sirves tú para figurar que mi brazo para aspa de molino. Te advertí que las grandezas serían tu pérdida, no me has escuchado y ya llegó nuestra pérdida. Para desempeñar un papel político se necesita dinero. ¿Acaso lo tenemos nosotros? ¡Cómo! ¿Quieres quemar el letrero, que costó seiscientos francos, y renunciar a la «Reina de las Rosas», a tu verdadera gloria? Deja que los demás ambicionen. El que ama el peligro, perece en él, y la política es peligrosa. Tenemos hoy cien mil francos colocados, fuera de nuestro comercio, de nuestra fábrica y de nuestras mercancías. Si quieres aumentar la fortuna, obra hoy como en 1793; el papel está a 72, compra papel. De este modo tendrás diez mil francos de renta, sin que el desembolso perjudique a nuestros negocios. Aprovecha esta circunstancia para casar a nuestra hija, vende las existencias y vayámonos a tu país. ¡Cómo! Después de haber hablado, durante quince años, de comprar *Las Tesoreras*, aquellas bonitas praderas abundantes en agua y en leña, y aquellas dos quintas que dan mil escudos al año, ¿quieres hoy meterte en política? Acuérdate de que somos perfumistas. Hace dieciséis años, antes de que tú hubieses inventado la «Doble pasta de las Sultanas» y «El agua carminativa», si te hubiesen dicho que te iban a dar el dinero necesario para comprar *Las Tesoreras*, te hubieras muerto de alegría; y ahora que puedes adquirir esa propiedad que tanto has deseado, hablas de gastar en tonterías un dinero ganado con el sudor de nuestra frente, y digo nuestra frente, porque yo he permanecido sentada tras ese mostrador como una perra en la perrera. ¿No es preferible tener un palmo de tierra, casar a nuestra hija con un notario y vivir ocho meses del año en Chinón, que exponerse aquí a sufrir un fracaso? Espera el alza del papel, dale ocho mil francos de renta a tu hija, conservemos para nosotros los dos mil restantes y con el producto de nuestras

existencias podremos comprar *Las Tesoreras*. Allí, en nuestro país, gatito mío, llevándonos nuestro mobiliario, que no deja de valer dinero, estaremos como príncipes, mientras que aquí se necesita por lo menos un millón para poder figurar.

—Bueno, mujer, aquí es donde te esperaba —dijo César Birotteau—. Aunque tú me creas muy tonto, no lo soy tanto para no pensar en todo eso. Escúchame bien: Alexandre Crottat nos viene para yerno como anillo al dedo, una vez que haya adquirido el estudio de Roguin. Pero, ¿crees tú que se contentará con cien mil francos de dote, suponiendo, como supongo y deseo, que diésemos a nuestra hija todo nuestro haber líquido? ¡Oh, sí!, preferiría comer pan seco el resto de mis días, que ver a mi hija desgraciada. Como tú dices, quisiera hacerla reina de su casa prometiéndola a un notario de París. Pero, mira, cien mil francos, o sea ocho mil francos de renta, no son nada para comprar el estudio de Roguin. El pequeño Xandrot, como nosotros le llamamos, nos cree mucho más ricos de lo que somos. Si su padre —ese cortijero que es avaro como un limazo— no vende tierras por valor de cien mil francos, Alexandre no será notario, pues el estudio de Roguin vale cuatrocientos o quinientos mil francos. Si Crottat no da la mitad al contado, ¿cómo se arreglará para adquirirlo? Césarine debe tener doscientos mil francos de dote, y yo quiero que nos retiremos de París con quince mil francos de renta. Vamos, si yo te hiciese ver esto claro como el día, ¿no cerrarías la boca?

—¡Ah!, si es que tienes un Perú...

—Sí, paloma mía, la he encontrado —dijo Birotteau tomando a su mujer por el talle y denotando en sus facciones extraordinaria alegría—. No he querido hablarte de este asunto antes de que estuviese madurado. Pero mañana tal vez esté terminado. Se trata de lo siguiente: Roguin me ha propuesto un negocio tan seguro, que él piensa explotarlo en unión de Ragon, de tu tío Pillerault y de dos clientes suyos. Vamos a comprar en los alrededores de la Madeleine unos terrenos que, según los cálculos de Roguin, valdrán cuatro veces más dentro de tres años, época en que los arriendos habrán expirado y nosotros quedaremos dueños de explotarlos. En esta sociedad entramos los seis por partes iguales. Ya apporto trescientos mil francos, a fin de llevar los tres octavos del negocio. Si alguno de nosotros necesita dinero, Roguin se lo buscará hipotecando su parte. Para tener la sartén por el mango y saber cómo marchará el asunto, yo he querido ser propietario de la mitad, que será común entre Pillerault, Ragon y yo. Roguin figurará a nombre de un tal monsieur Charles Claparon, mi copropietario, que dará, como yo, una contraletra a sus asociados. Las actas de adquisición se hacen mediante promesas de venta hasta tanto que seamos dueños de todos los terrenos. Roguin examinará cuáles son los contratos que deben ser realizados, pues no está seguro de que nosotros pudiésemos dispensarnos del registro cargando los derechos de transmisión a aquellos a quienes les vendamos «al por menor». Pero, en fin, esto sería demasiado largo de explicar. Una vez pagados los terrenos, sólo tendremos que cruzarnos de brazos, y dentro de tres años poseeremos más de un millón. Césarine tendrá veinte años, nuestras existencias estarán ya

vendidas y, con la gracia de Dios, nos encaramaremos modestamente a la región de las grandezas.

—Pero dime, ¿de dónde vas a sacar los trescientos mil francos? —le preguntó madame Birotteau.

—Querida mía, tú no entiendes los negocios. Daré los cien mil francos que están en casa de Roguin, pediré un préstamo de cuarenta mil francos, hipotecando las construcciones y los jardines en que están situadas nuestras fábricas, y como tenemos veinte mil francos en cartera, ya dispondremos de ciento sesenta mil. Respecto a los ciento cuarenta mil restantes, suscribiré efectos a la orden de monsieur Charles Claparon, banquero, y éste les dará valor sin descontarlos. Con esto quedan ya pagados los cien mil escudos, y cuando los efectos lleguen a su vencimiento, los iremos pagando con nuestras ganancias. Si no pudiésemos pagarlos, Roguin me procurará fondos al cinco por ciento sobre la parte que me corresponde de los terrenos. Pero no creo que tengamos que recurrir al préstamo. He descubierto una esencia para hacer brotar los cabellos, un *Aceite Comágeno*. Livingston me instaló una prensa hidráulica para fabricar mi aceite de avellanas. Según mis cálculos, dentro de un año habré ganado por lo menos cien mil francos. Estoy meditando un anuncio que comenzará diciendo: «¡Abajo las pelucas!», y cuyo efecto será prodigioso. Tú no notas mis insomnios. Hace ya tres meses que me quita el sueño el éxito del *Aceite Macassar*, ¡y yo quiero reventar a Macassar!

—¿De modo que eran esos los proyectos que meditabas desde hace dos meses sin decirme nada? ¡Que aviso del cielo! Acabo de verme mendigando en mi propia puerta. Dentro de poco sólo nos quedarán los ojos para llorar. Nunca harás tú eso, al menos mientras yo viva, ¿lo oyes César? Hay en todo ello cierto misterio que tú no ves, porque eres demasiado honrado y demasiado leal para sospechar de los demás. ¿Por qué vienen a ofrecerte millones? Tú te despojas de cuanto posees, haces más de lo que puedes, y si tu *Aceite* no da resultado, si no se encuentra dinero, si no se realiza el valor de los terrenos, ¿con qué pagarás tus letras? ¿Con las cáscaras de las avellanas? Para salirte de tu esfera no quieres emplear tu nombre, quieres quitar el letrero de la «Reina de las Rosas», y en cambio vas a hacer anuncios y prospectos que ostentarán el nombre de César Birotteau en todas las esquinas y en todos los lugares de anuncio.

—¡Oh!, tú no sabes lo que dices. Tendré una sucursal, con el nombre de Popinot, en alguna casa de la rue des Lombards, y pondré al frente de ella a Anselme. De este modo pagaré mi deuda de agradecimiento a los señores Ragon, estableciendo a su sobrino, el cual podrá hacer fortuna. Hace algún tiempo que me parece que esos pobres Ragon andan mal.

—¡Oh!, lo que quiere esa gente es tu dinero.

—¿Qué gente, hermosa mía? ¿Tu tío Pillerault, que nos quiere como si fuésemos sus hijos y que come con nosotros todos los domingos? ¿Ese anciano Ragon, nuestro predecesor que ha probado su honradez con cuarenta años de trabajo? ¿Ese Roguin,

notario de París y hombre de cincuenta y siete años, que lleva veinticinco de notario? Un notario de París sería la flor de la honradez, si las gentes honradas no tuviesen todas igual valor. En caso de necesidad, mis asociados me ayudarían. ¿Dónde está el complot, corcita mía? Mira, ¿quieres que te diga con franqueza lo que pienso? Tú siempre has sido desconfiada como una gata. Tan pronto como hemos tenido diez céntimos nuestros, ya empezaste a creer que los parroquianos eran ladrones. ¡Diablo!, hay que arrojarse a tus pies para suplicarte que dejes que te enriquezcan. Para ser hija de París, no eres nada ambiciosa. A no ser por tus perpetuos temores no habría habido hombre más feliz que yo. Si te hubiese prestado oídos, nunca hubiera hecho la *Pasta de las Sultanas* ni el *Agua Carminativa*. Nuestra tienda nos ha dado para vivir, pero estos dos descubrimientos y nuestros jabones nos procuraron los ciento setenta mil francos que poseemos limpios de polvo y paja. A no ser por mi genio —pues yo tengo talento como perfumista— seríamos irnos miserables tenderos, nos veríamos apurados para pasarlo convenientemente y yo no sería uno de los negociantes notables que concurren a la elección de jueces para el tribunal del comercio, ni habría sido juez ni teniente de alcalde. ¿Sabes lo que sería? Un tendero como lo fue el viejo Ragon, dicho sea sin ánimo de ofenderle. Después de haber vendido perfumería durante cuarenta años poseeríamos, como él, tres mil francos de renta, y al precio a que están hoy las cosas, cuyo valor ha doblado, apenas tendríamos, como ellos, lo suficiente para vivir. (De día en día, ese matrimonio me da más lástima: tendré que adivinar lo que les pasa, y espero saberlo mañana por Popinot.) Si hubiese seguido tus consejos, tú, que nunca estás tranquila y que te preguntas si tendrás mañana lo que tienes hoy, yo no tendría crédito, ni la cruz de la Legión de Honor y no estaría en camino de ser un gran político. Sí, mueve la cabeza cuanto quieras; pero no dudes que si las cosas me salen bien, puedo llegar a ser diputado por París. ¡Ah!, no en vano me llamo César. En todo salgo siempre airoso. ¡Es incomprensible! Fuera de casa todo el mundo me concede capacidad, y aquí la única persona a quien yo quisiera agradar y por cuya dicha sudaría sangre, es precisamente la que me tiene por tonto.

Estas frases, aunque intercaladas de elocuentes pausas y lanzadas como balas, como suelen hacer todos los que se colocan en actitud recriminatoria, expresaban una fidelidad tan profunda y tan sostenida, que madame Birotteau se conmovió interiormente; pero, como todas las mujeres, se sirvió del amor que inspiraba para salir con la suya.

—Bueno, Birotteau, si me quieres, déjame ser feliz a mi gusto. Ni tú ni yo hemos recibido buena educación ni sabemos hablar para frecuentar el gran mundo. ¿Cómo quieres, pues, desempeñar elevados cargos? Yo, por mi parte, seré más feliz en *Las Tesoreras*. Siempre me han gustado los animales y los pájaros, y pasaré perfectamente la vida cuidando gallinas y ocupándome de mi cortijo. Vendamos nuestras existencias, casemos a Césarine y deja tu Imágenes. Vendremos a pasar los inviernos en París, en casa de nuestro yerno, y seremos felices sin necesidad de que el comercio ni la política nos obligue a cambiar de manera de ser. ¿Por qué querer

aplastar a los demás? ¿Comerás dos veces cuando seas millonario? ¿Necesitas más mujer que yo? ¡Mira a mi tío Pillerault! Él ha sabido contentarse con su pequeño haber y emplea su vida en buenas obras. ¿Necesita él muebles hermosos? Estoy segura de que has encargado ya el mobiliario, porque vi en la tienda a Braschon y supongo que no habrá venido a comprar perfumes.

—Pues bien, sí, hermosa mía, he encargado ya los muebles, y mañana empezarán los trabajos dirigidos por un arquitecto que me ha sido recomendado por monsieur de La Billardière.

—¡Dios mío, tened piedad de nosotros! —exclamó madame Birotteau.

—¡Qué poco razonable eres, paloma mía! A los treinta y siete años, fresca y bonita como estás, ¿quieres ir a enterrarte en Chinon? Yo, a Dios gracias, no tengo más que treinta y nueve, y, puesto que la casualidad me abre una carrera, me aprovecho de ella. Obrando con prudencia, puedo fundar una casa honrosa en París, como se hacía antaño; puedo crear con mi fama la casa Birotteau, como hicieron los Keller, los Desmarets, los Roguin, los Cochin, los Guillaume, los Lebas, los Nucingen, los Saillard, los Popinot, los Matifat. Pero mujer, si este negocio no fuese tan seguro como oro en barras...

—¡Seguro!

—Sí, seguro; hace ya dos meses que lo estoy calculando. Aunque no lo parezca, yo me informo del valor de las construcciones, consultando a los arquitectos y empresarios del Ayuntamiento. Monsieur Grindot, el joven arquitecto que va a restaurar nuestra casa, siente en el alma no tener dinero para formar parte de nuestra sociedad.

—Es claro, como él tendrá trabajo, os anima o vosotros a que emprendáis la especulación.

—¿Crees que puede engañarse a gente como Pillerault, Charles Claparon y Roguin? Mira, la ganancia es tan segura como la de la *Pasta de las Sultanas*.

—Pero, amigo mío, ¿qué necesidad tiene Roguin de especular teniendo su notaría pagada y su fortuna hecha? A veces le veo pasar más preocupado que un ministro de Estado, y su actitud cabizbaja no me gusta; me parece que oculta algo. Hace cinco años que se le ha puesto una cara de viejo calavera. ¿Quién te dice que no se escapará cuando tenga en su poder vuestro dinero? Eso se ha visto muchas veces. ¿Acaso le conocemos nosotros bien? Aunque hace quince años que es amigo nuestro yo no pondría las manos en el fuego por él. Mira, es asqueroso, no vive con su mujer y debe tener queridas que le arruinarán. No veo que pueda ser otra la causa de su tristeza. Cuando yo me peino por las mañanas, miro a través de las persianas y le veo volver a pie a su casa. ¿Quién sabe de dónde sale? Me hace el efecto de un hombre que tiene hogar fuera de su casa y que gasta por ambas partes. ¿Es propia de un notario semejante vida? Si gana cincuenta mil francos y se come sesenta, en veinte años puede acabar su fortuna, y como una vez que se ha acostumbrado uno a brillar es difícil perder la costumbre, se estafa sin piedad a los amigos, fundándose en aquel

principio que dice que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Es íntimo amigo de ése granuja de du Tillet, nuestro antiguo dependiente, y esa amistad me da muy mala espina; porque, si no ha sabido juzgar a du Tillet, es muy tonto, y si le conoce, no sé por qué anda con él. Tú me dirás que su mujer ama a du Tillet; pero, créeme, eso mismo basta para que no espere uno nada bueno de un hombre que no tiene honor. Además, ¿son tan tontos los dueños actuales de esos terrenos para dar por cien céntimos lo que vale cien francos? Si tú encontrases a un niño que no supiese lo que vale un luis, ¿no le dirías su valor? Vuestro negocio me hace el efecto de un robo, dicho sea sin ánimo de ofenderte.

—¡Dios mío, qué raras son a veces las mujeres y cómo embarullan todas las ideas! Si Roguin no figurase en este negocio, me dirías: «Mira, César, mira, cuando Roguin no se mete, es que no vale nada». Y ahora que figura él como una garantía, me dices...

—No, no es él, es un tal Claparón.

—¡Claro!, pero eso es porque un notario no puede figurar en una especulación.

—Pues entonces, ¿por qué se mete en un negocio que le está prohibido por la ley? ¿Qué me respondes a esto, tú que eres tan esclavo de las leyes?

—Déjame continuar. Metiéndose Roguin en este negocio, ¿te atreverías a decirme que no vale nada? ¿Es esto razonable? Luego me añades que hace una cosa contraria a la ley. Pero has de saber que si fuera necesario figuraría con su nombre. Luego añades que dudas de si es rico, a lo cual te contesto yo que lo mismo podrían decir de mí.

—Un comerciante no es lo mismo que un notario —dijo madame Birotteau.

—En fin, mi conciencia está tranquila —dijo César continuando—. Las gentes que venden lo hacen por necesidad, y nosotros no les robamos, como se roba a aquellos a quienes se les compra papel a 75. Hoy adquirimos los terrenos al precio de hoy, y dentro de dos años será diferente, como ocurre con las rentas. Sepa usted, pues, Constance-Barbe-Josephine Pillerault, que nunca cogerá a César Birotteau haciendo una acción contraria a la más rígida probidad, ni a la ley, ni a la conciencia, ni siquiera a la delicadeza. ¡Sospechar de la honradez de un hombre establecido hace dieciocho años!

—Vamos, cálmate, César; la mujer que hace tanto tiempo que vive contigo conoce tu alma. Después de todo, tú eres el amo. Esa fortuna la has ganado tú, es tuya, puedes gastarla, y ten la seguridad de que ni tu hija ni yo te haríamos el menor reproche aunque nos dejaras reducidas a la miseria. Pero escucha: cuando inventaste la *Pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa*, ¿qué arriesgabas? Cinco o seis mil francos. Hoy pones toda tu fortuna a una carta, no eres solo en jugarla y tienes asociados que pueden ser más astutos que tú. Da el baile, restaura la casa, haz diez mil francos de gasto, eso no es ruinoso; pero respecto al negocio de la Madeleine, me opongo formalmente. Tú eres perfumista; sé, pues, perfumista y no revendedor de terrenos. Nosotras las mujeres tenemos un instinto que no nos engaña. Yo te he

prevenido; obra a tu antojo. Tú has sido juez del tribunal de comercio, conoces las leyes, has sabido dirigir tu hogar, y yo, César, te seguiré. Pero sabe que temblaré constantemente mientras no vea nuestra fortuna asegurada y a Césarine bien casada. Dios quiera que mi sueño no sea una profecía.

Esta sumisión contrarió a Birotteau, el cual empleó la inocente astucia de que echaba siempre mano en ocasiones semejantes.

—Escucha, Constance, yo no he dado aún mi palabra, pero es como si la hubiese dado.

—Entonces, no hablemos más. Él hombre es antes que la fortuna. Vamos, acuéstate, querido mío, porque se ha acabado ya la leña. Por otra parte, si quieres continuar hablando, mejor estaremos en la cama. ¡Oh, qué sueño más feo! ¡Dios mío, verse una a sí misma! ¡Esto es espantoso! Césarine y yo vamos a hacer novenas por el éxito de los terrenos.

—La ayuda de Dios es buena para todo —dijo gravemente Birotteau—. Pero, mujer, no olvides que la esencia de la avellana es también un poder. Hice este descubrimiento por casualidad, como el de la *Doble pasta de las Sultanas*. La primera vez abriendo un libro, y ahora mirando el grabado de Hero y Leandro, ¿recuerdas aquella mujer que derrama aceite sobre la cabeza de su amante? Las especulaciones más seguras son las que se basan en la vanidad, en el amor propio, en el deseo de parecer. Estos sentimientos no mueren nunca.

—¡Ay de mí! Bien lo veo.

—A cierta edad los hombres harían locuras por tener los cabellos que no tienen. Hace algún tiempo que los peluqueros me dicen que no sólo venden el *Macassar*, sino todas las drogas buenas para teñir los cabellos o que tienen fama de hacerlos brotar. Desde que se firmó la paz, los hombres corren más tras las mujeres, y a éstas no les gustan los calvos, ¿verdad, Mimí? Ya ves cómo se explica la petición de este artículo por la situación política. Una fórmula que mantuviese los cabellos en buen estado se vendería como el pan, y mi esencia se venderá tanto más, cuanto que sin duda será aprobada por la Academia de Ciencias. Tal vez me ayude aún el buen monsieur Vauquelin; mañana iré a someterle mi idea, enseñándole el grabado que encontré después de dos años de indagaciones en Alemania. En este momento se ocupa precisamente del análisis de los cabellos. Chiffreville, su socio de la fábrica de productos químicos, me lo ha dicho. Si mi descubrimiento está de acuerdo con los suyos, mi esencia será comprada por los dos sexos. Lo repito, mi idea es una fortuna. ¡Dios mío, no puedo dormir! ¡Ah!, afortunadamente, Popinot tiene una hermosa cabellera. Con una señorita que tenga los cabellos largos hasta los talones y que dijese, si es posible decirlo sin ofender a Dios, que se lo debe en parte al *Aceite Comágeno* —pues será decididamente un aceite—, los calvos acudirán a comprarlo como las moscas van a la miel. Dime, hermosa mía, ¿y el baile? ¡Yo no soy malo!, pero quisiera encontrar a ese pillastre de du Tillet que se da tanto tono con su fortuna y que siempre evita mi encuentro en la Bolsa. Claro, como que sabe que conozco una

acción suya que no tiene nada de laudable. Tal vez he sido demasiado bueno con él. Pero, mira, mujer, es cosa rara que siempre ha de pagar uno aquí abajo las acciones buenas que comete. Yo me porté con él como un padre, pues aún no sabes tú todo lo que yo hice por él.

—Nada más que mentándolo me pones la carne de gallina. Si tú supieras lo que quería hacer de ti, no le habrías guardado el secreto de los tres mil francos, pues yo adiviné la manera como se llevó a cabo. Si le hubieses enviado a la cárcel, tal vez habrías hecho un gran favor a mucha gente.

—Pues, ¿qué pretendía hacer de mí?

—Nada; si estuvieses en disposición de escucharme esta noche, te aconsejaría que no te ocupes de du Tillet.

—Y ¿crees que no sería extraordinario eso de excluir de mi casa a un dependiente a quien yo afiancé por la cantidad de veinte mil francos, con los que empezó el negocio? Vaya, mujer, hagamos el bien por el bien. Por otra parte, tal vez du Tillet se haya enmendado.

—¡Habrás que revolverlo y trastornarlo todo!

—¿Qué dices de revolver? Se arreglará todo sin que lo notes. ¿Has olvidado lo que acabo de decirte de la escalera y de la instalación en la casa vecina, que he arreglado con el tratante en paraguas Cayron? Mañana tenemos que ir juntos a casa de monsieur Molineux, el propietario. Puedo asegurarte que mañana tengo más asuntos que un ministro.

—Con tus proyectos me has trastornado de tal modo la cabeza, que no sé lo que me digo. Duerme, Birotteau —le dijo Constance.

—Buenos días —respondió el marido—. Mira, Mimí, te digo «buenos días» porque está amaneciendo. ¡Ah!, ya está durmiendo la pobrecilla. No temas, porque has de ser riquísima, o he de perder el nombre que llevo.

Pocos momentos después, Constance y César roncaban apaciblemente.

Una rápida ojeada dirigida a la vida anterior de este hogar confirmará las ideas que debe sugerir el amistoso altercado de los dos principales personajes de esta escena. Por otra parte, describiendo las costumbres de los vendedores al por menor, explicaremos también las singulares casualidades que contribuyeron a que César Birotteau fuese teniente de alcalde y perfumista, antiguo oficial de la guardia nacional y caballero de la Legión de Honor. Esclareciendo la profundidad de su carácter y los resortes de su grandeza, se podrá comprender cómo los accidentes comerciales, que son fortuna para las cabezas privilegiadas, se convierten en irreparables catástrofes para los espíritus mezquinos. Los acontecimientos no son nunca absolutos y sus resultados dependen por completo de los individuos. La desgracia es un estribo para el genio, una piscina para el cristiano, un tesoro para el hombre hábil y un abismo para los débiles.

Un colono de los alrededores de Chinon, llamado Jacques Birotteau, se casó con la camarera de la dama en cuya finca trabajaba. Tuvo tres hijos, su mujer murió del

parto del último y el pobre hombre no sobrevivió mucho tiempo a su esposa. El amaba carísimo por su camarera, hizo educar con sus hijos al mayor de los tres del colono, llamado François, y lo colocó en un seminario. Una vez ordenado cura, François Birotteau anduvo escondido durante la Revolución e hizo la vida errante de los curas no juramentados, acorralados como bestias feroces y por cualquier cosa guillotinado. En el momento en que comienza esta historia, el cura era vicario de la catedral de Tours, y sólo una vez había salido de esta ciudad para ir a ver a su hermano César. El movimiento de París aturdió de tal modo al buen sacerdote, que no se atrevió a salir de su cuarto, y después de una semana de permanencia, volvió a Tours, prometiéndose no ir nunca más a la capital.

Al segundo hijo del viñador Birotteau le dio por la milicia, y no tardó en alcanzar el grado de capitán durante los primeros combates de la revolución. En la batalla de Trébia, Macdonald pidió voluntarios para emplazar una batería: el capitán Birotteau avanzó con su compañía y fue muerto. El destino de los Birotteau les llamaba a ser oprimidos por los hombres o por los acontecimientos donde quiera que se hallasen.

El último hijo es el héroe de esta escena. A la edad de catorce años, cuando César supo leer, escribir y contar, abandonó su tierra y se fue a París a buscar fortuna con un luis en el bolsillo. La recomendación de un boticario de Tours le dio entrada, en calidad de mozo, en casa de monsieur y madame Ragon, perfumistas. César poseía entonces un par de zapatos herrados, un calzón y medias azules, un chaleco con flores, una chaqueta de aldeano, tres camisas de gruesa tela y su garrote de marcha. Si sus cabellos estaban cortados a estilo de monaguillo, poseía las sólidas espaldas del turenés; si se dejaba llevar a veces por la pereza latente en el país, en cambio sentía gran deseo de hacer fortuna; y si carecía de talento y de instrucción, tenía en cambio una rectitud instintiva y sentimientos delicados que había heredado de su madre, criatura que, según decían en Tours, tenía un corazón de oro. César recibió la comida, seis francos de salario al mes y una mala cama en el granero, cerca de la cocinera; los dependientes que le enseñaron a embalar, a hacer los encargos y a barrer el almacén y la calle, se burlaban de él al mismo tiempo que le iban instruyendo, y los señores Ragon le trataban como si fuese un perro. Aunque por la noche le hiciesen un daño horrible los pies y sus hombros estuviesen deshechos, nadie tenía en cuenta el cansancio del aprendiz. Esta ruda aplicación del egoísmo, que es el evangelio de todas las capitales, contribuyó a que César encontrase muy dura la vida en París. Por la noche lloraba pensando en la Touraine, donde el aldeano trabaja a su antojo, donde el albañil coloca la piedra en doce tiempos y donde la pereza alterna sabiamente con la labor, pero se dormía sin tener tiempo para pensar en huir, pues tenía que hacer encargos por la mañana y obedecía a su deber con el instinto de un perro guardián. Si por casualidad se quejaba, el primer dependiente se sonreía y le decía con aire jovial:

—¡Ah!, amigo mío, no todo son rosas en *La Reina de las Rosas*, y no creas que aquí caen del cielo las perdices asadas; primero hay que perseguirlas, después cogérlas, y luego hay que tener con qué aderezarlas.

La cocinera, que era una mujer gruesa oriunda de Picardía, comíase las mejores tajadas y sólo le dirigía la palabra a César para quejarse de los señores Ragon, que no le dejaban robar nada. A fines del primer mes, un domingo en que esta muchacha se vio obligada a guardar la casa, entabló conversación con César. Ursule endomingada, pareció encantadora al pobre muchacho, que iba a tropezar en el primer escollo oculto de su carrera. Como los seres desprovistos de protección, César amó a la primera mujer que le dirigió una palabra amable. La cocinera tomó a César bajo su protección, siguiéndose de aquí secretos amores que fueron objeto de implacable burla por parte de los demás dependientes. Afortunadamente para César, dos años después la cocinera lo abandonó por un desertor de su tierra escondido en París, joven de veinte años que poseía algunas fanegas de tierra y que consintió en casarse con Ursule.

Durante aquellos dos años, la cocinera había alimentado bien a su pequeño César, le había explicado algunos misterios de la vida parisiense haciéndosela examinar desde abajo; y, por celos, le había inculcado un profundo horror por los lugares que podían ofrecer peligro. En 1792, los pies de César, abandonado, se habían acostumbrado al pavimento, sus hombros a las cajas, y su espíritu a lo que él llamaba los embustes de París; así es que cuando Ursule le abandonó, no tardó en consolarse, pues aquella mujer no había realizado ninguna de sus ideas instintivas acerca de los sentimientos. Lasciva y grosera, zalamera y ladrona, egoísta y borracha, hería el candor de Birotteau sin ofrecerle ninguna rica perspectiva. A veces el pobre muchacho veía con dolor que estaba unido, mediante los lazos más fuertes para los corazones sencillos, a una criatura con la cual no simpatizaba. En el momento en que quedó dueño de su corazón, César había crecido, y alcanzado la edad de dieciséis años. Su inteligencia, desarrollada por Ursule y por las bromas de los dependientes, contribuyó a que estudiase el comercio de un modo que ocultaba el saber bajo la capa de la sencillez. Observó a los parroquianos, pidió explicaciones en momentos perdidos acerca de las mercancías, llegó un día en que conoció el precio de los artículos mejor que los recién llegados, y desde entonces los señores Ragon aviniéronse a emplearle.

El día en que la terrible quinta del año II hizo limpieza en casa del ciudadano Ragon, César Birotteau, que tenía la promesa de ascender a segundo dependiente, se aprovechó de esta circunstancia para lograr sus deseos, obteniendo cincuenta francos de sueldo al mes y sentándose con inefable gozo a la mesa de los Ragon. El segundo dependiente de *La Reina de las Rosas*, que poseía ya seiscientos francos, obtuvo, pues, un cuarto donde pudo acomodar convenientemente, como muebles codiciados, los trapillos que había ido amontonando poco a poco. Los días de salida, vestido como los jóvenes de la época a los cuales imponía la moda que afectasen maneras brutales, aquel modesto aldeano tenía un porte que le sirvió para franquear las barreras que la domesticidad había interpuesto entre la burguesía y él. A fines de aquel mismo año, su probidad le valió el cargo de cajero. La imponente ciudadana

Ragon lavaba y repasaba la ropa del dependiente.

En Vendimiario de 1794, César, que poseía cien luises de oro, compró papel al treinta, lo pagó la víspera del día en que empezó la depreciación en la Bolsa y estrechó su pequeña fortuna con indecible dicha. Desde aquel día siguió el movimiento de los fondos con ansiedades secretas que le hacían palpar al oír el relato de los reveses o de los éxitos que marcaron aquel período de nuestra historia. Monsieur Ragon, antiguo perfumista de Su Majestad la reina María Antonieta, confió a César Birotteau el secreto de su adhesión a los tiranos caídos en aquellos momentos críticos, y esta confianza fue una de las circunstancias capitales de la vida de César. Las conversaciones de la noche cuando la tienda estaba cerrada, la calle en calma y el arqueo hecho, fanatizaron al turenés, el cual, al hacerse realista, obedecía a sus sentimientos innatos. La narración de las virtuosas acciones de Luis XVI y las anécdotas con que los esposos ensalzaban los méritos de la reina, caldearon la imaginación de César. La horrible suerte de aquellas dos cabezas coronadas, guillotinas a pocos pasos de la tienda, llenó de indignación su corazón sensible y le inspiró odio por un sistema de gobierno que tan fácilmente derramaba sangre inocente. El interés comercial le hacía ver la muerte del negocio en las tormentas políticas, enemigas siempre del tráfico. Por otra parte, cual verdadero perfumista, sentía odio por una revolución que ponía a todo el mundo a lo Titus y suprimía los polvos. Siendo la tranquilidad que procura el poder absoluto el único medio de poder dar vida al dinero, se hizo ardiente partidario de la monarquía. Cuando monsieur Ragon le vio tan bien dispuesto, le nombró su primer dependiente y le inició en los secretos de *La Reina de las Rosas*, algunos de cuyos parroquianos eran los más activos y adictos emisarios de los Borbones y se servían de la tienda para mantener la correspondencia del Oeste con París. Arrastrado por el fuego de la juventud y electrizado por sus relaciones con los Georges, los La Billardière, los Montauran, los Bauvan, los Longuy, los Manda, los Bernier, los Du Guénic y los Fontaine, César tomó parte en la conspiración que los realistas y terroristas dirigieron en 13 de Vendimiario contra la Convención expirante. César tuvo el honor de luchar contra Napoleón en los peldaños de Saint-Roche y fue herido al principio de la escaramuza. Todo el mundo sabe el resultado de aquella tentativa. Si el ayudante de campo de Barras salió de su oscuridad, Birotteau se salvó a causa de la suya. Algunos amigos transportaron al belicoso dependiente a *La Reina de las Rosas*, donde permaneció escondido y fue curado por madame Ragon, teniendo la suerte de ser olvidado. César Birotteau no había tenido más que un destello de valor militar. Durante el mes que duró su convalecencia, hizo sólidas reflexiones acerca de la ridícula alianza de la política y de la perfumería, y, siguió siendo realista, resolvió ser pura y simplemente perfumista realista sin comprometerse nunca y entregándose en cuerpo y alma a su patria.

El 18 de Brumario, los señores Ragon, sin esperanza ya de ver victoriosa a la monarquía, se decidieron a dejar la perfumería y a vivir como buenos burgueses, sin

mezclarse nunca más en la política. Para recabar el importe de sus existencias, necesitaban encontrar un hombre que tuviese más probidad que ambición y más sentido comercial que capacidad. Ragon propuso, pues, el traspaso del comercio a su primer dependiente. Birotteau, dueño a los veinte años de mil francos de renta en papel del Estado, titubeó. Toda su ambición consistía en irse a vivir a Chinon cuando tuviera mil quinientos francos de renta y el primer cónsul hubiera consolidado la deuda pública. ¿Por qué arriesgar su honrada y sencilla independencia en los azares del comercio?, se decía él. Nunca había creído ganar una fortuna tan considerable y sólo aspiraba a casarse en Touraine con una mujer tan rica como él para poder comprar y cultivar *Las Tesoreras*, pequeña propiedad que codiciaba para hacer en ella una vida felizmente oscura. Iba, pues, a rechazar la proposición de su amo, cuando el amor cambió de pronto sus resoluciones centuplicando la cifra de su ambición.

Desde que Ursule le había sido infiel, César se había mantenido juicioso, tanto por temor a los peligros que se corren en París por amor, como a causa de sus trabajos. Cuando las pasiones carecen de alimento, se trocan en necesidades, y el matrimonio se convierte entonces para los hombres de la clase media en idea fija, pues no tienen otro medio de hacerse dueños de una mujer. César Birotteau estaba en esta situación. Todo el quehacer del almacén de «La Reina de las Rosas» pesaba sobre el primer dependiente, el cual no tenía un momento libre para entregarse al placer. Haciendo semejante vida, las necesidades son aún más imperiosas; así es que el encuentro de una muchacha hermosa en la que un dependiente libertino no hubiera pensado, tenía que causar mucho efecto al juicioso César.

Un hermoso día del mes de junio, entrando por el puente Marie, en la isla de Saint-Louis, Birotteau vio a una joven de pie a la puerta de una tienda situada en la esquina del muelle de Anjou. Constance Pillerault era la primera dependiente de un almacén de novedades titulado «Le Petit Matelot», que fue el primero en su género que se estableció en París con letreros pintados, banderolas flotantes, muestras de chales, corbatas apiladas como castillos de cartas y otras mil seducciones comerciales, precios fijos, anuncios, ilusiones y efectos de óptica llevados a tal grado de perfeccionamiento, que los escaparates de las tiendas se han convertido en poemas comerciales. La baratura de los objetos llamados novedades que se vendían en «Le Petit Matelot», le dieron un nombre inaudito en el lugar de París menos favorable para el comercio y la fama. Esta primera dependiente era citada entonces, por su belleza, como lo fueron después la hermosa camarera del café de «Las Mille Colonnes», y algunas otras criaturas que han hecho asomarse al escaparate a más jóvenes y viejos que adoquines tienen las calles de París. El primer dependiente de «La Reina de las Rosas», aunque vivía entre Saint-Roch y la rue de la Sourdière, como se ocupaba exclusivamente de perfumería, no sospechaba siquiera la existencia de «Le Petit Matelot», pues las tiendas pequeñas de París se ocupan muy poco unas de otras. César quedó tan sorprendido ante la belleza de Constance, que entró furiosamente en «Le Petit Matelot» para comprar en él seis camisas, cuyo precio

regateó largo rato haciendo que le enseñasen montañas de telas, ni más ni menos que si fuese una inglesa deseosa de regatear. La primera dependienta se dignó ocuparse de César al notar, por algunos síntomas que conocen las mujeres, que había ido más bien por la tendera que por la mercancía. César dejó su nombre y su dirección a la dependienta, la cual se mostró indiferente ante la admiración del parroquiano una vez que éste hizo su compra. El pobre dependiente había hecho poca cosa para captarse las simpatías de Constance; se había quedado mudo e inmóvil como un poste, el amor había contribuido a que pareciese aún más parado y, por otra parte, estaba demasiado deslumbrado para notar la indiferencia que sucedió a la sonrisa de aquella sirena.

Durante ocho días, fue todas las noches a pasear por delante del «Petit Matelot», acechando una mirada, como acecha un perro un hueso a la puerta de una cocina, indiferente a las burlas que se permitían los dependientes y las dependientas y dejando paso con humildad a los compradores y a los transeúntes, atentos a las pequeñas revoluciones de la tienda. Algunos días después, tras pensarlo mucho, decidióse a entrar en el paraíso donde moraba su ángel, más bien para comunicarle una idea luminosa que para comprar pañuelos.

—Señorita, si necesita usted perfumes, yo se los podré proporcionar —le dijo César al pagarle.

Constance Pillerault recibía a diario proposiciones, aunque nunca de matrimonio, y a pesar de que su corazón era tan puro como blanca su frente, sólo después de marchas y contramarchas, durante las cuales le demostró César su infatigable amor, se dignó recibir los favores de éste, aunque sin hacerle ninguna promesa, prudencia ésta exigida por el infinito número de adoradores que tenía, como taberneros, cafeteros y otros. El amante se había proporcionado un apoyo en el tutor de Constance, monsieur Claude-Joseph Pillerault, quincallero establecido en el Quai de la Ferraille, donde acabó por conocerle, entregándose a ese espionaje subterráneo que distingue el amor verdadero. La rapidez de este relato obliga a guardar silencio acerca de los goces del amor parisiense hecho con inocencia, y a callar prodigalidades propias de los dependientes, como comer melones de los primeros, comidas en casa de Vénua y giras campestres en coche los domingos. Sin ser guapo, César no tenía nada en su persona que se opusiese a que fuera amado. La vida de París y su permanencia en un almacén sombrío habían acabado por borrar la vivacidad de su tez de aldeano. Su abundante cabellera negra, su hermosa constitución, su aire sencillo y probo, todo contribuía a disponer el ánimo en su favor. El tío Pillerault, encargado de velar por la dicha de la hija de su hermano, había tomado informes y sancionó las intenciones del turenés. En 1800, durante el hermoso mes de mayo, la señorita Pillerault consintió en casarse con César Birotteau, el cual se desmayó de alegría en el momento en que Constance-Barbe-Joséphine pronunció el ansiado sí bajo un tilo en Sceaux.

—Hija mía —le dijo monsieur Pillerault—, adquieres un buen marido. César tiene un corazón ardiente, sentimientos honrados, es franco como el oro, juicioso

como el Niño Jesús, en fin, el rey de los hombres.

Constance abdicó francamente de los brillantes destinos con que había soñado algunas veces, como todas las dependientas; quiso ser mujer honrada y buena madre, y adaptó su vida al religioso programa de la clase media. Por lo demás, este papel estaba más conforme con sus ideas que las peligrosas vanidades que seducen a tantas jóvenes parisienses. Dotada de corta inteligencia, Constance ofrecía el tipo de la mujer de su casa, cuyos trabajos van siempre acompañados de gruñidos, que comienza por rechazar lo que desea, cuya inquieta actividad se emplea en la cocina y en la caja, en los asuntos más graves y en las insignificancias de la ropa, que ama riñendo, que no concibe las ideas más sencillas, que razona acerca de todo, lo teme todo, lo calcula todo y piensa siempre en el porvenir. Su belleza fría, pero cándida, y su frescura, impidieron que Birotteau viese sus defectos, los cuales estaban, por otra parte, compensados con esa delicada probidad propia de las mujeres, con un orden excesivo y con el fanatismo del trabajo y el genio de la venta. Constance tenía a la sazón dieciocho años y poseía once mil francos. César, que se había hecho ambicioso a causa del amor, compró las existencias de «La Reina de las Rosas» y las transportó a una hermosa casa situada cerca de la Plaza Vendôme. Como contaba únicamente veintiún años y se veía casado con una mujer adorada y dueño de un establecimiento cuyas tres cuartas partes de valor había pagado, debió esperar un porvenir hermoso, sobre todo al considerar los progresos que había hecho desde el punto de partida. Roguin, notario de los Ragon, fue el redactor del contrato matrimonial, y dio sabios consejos al nuevo perfumista, impidiéndole que acabase de hacer el pago de las existencias con la dote de su mujer.

—Hijo mío, guarde usted ese dinero por si se presenta algún buen negocio —le había dicho el buen hombre.

Birotteau miró al notario con admiración, se acostumbró a consultarle y se hizo amigo suyo. Como Ragon y Pillerault tuvo tanta fe en el notariado, que en aquella época se entregaba a Roguin sin permitirse una sospecha. Gracias a aquel consejo, César, provisto de los once mil francos de Constance para empezar su comercio, no hubiese cambiado su haber por el del primer cónsul, por brillante que pareciese el haber de Napoleón. En primer término, Birotteau no tuvo más que una cocinera, se instaló en el entresuelo situado sobre la tienda, donde los recién casados empezaron una eterna luna de miel. Madame César apareció tras el mostrador como una maravilla, su célebre belleza ejerció enorme influencia en la venta, y entre los elegantes del Imperio no se habló más que de la hermosa madame Birotteau. Si César fue acusado de realista y algunos comerciantes vecinos envidiaron su suerte, en cambio el mundo hizo justicia a su probidad y le consideró digno de ser feliz. El balazo recibido en los peldaños de Saint-Roch le dio reputación de hombre valeroso y versado en la política, a pesar de que su corazón no encerraba ningún valor militar ni su cerebro ninguna idea administrativa. Así las cosas, las gentes honradas del distrito le nombraron capitán de la guardia nacional; pero fue destituido por Napoleón, el

cual, según Birotteau, le guardaba rencor desde que había tenido el encuentro con él en Vendimiarlo. De esta suerte y sin gran riesgo, César adquirió un barniz de persecución que contribuyó a hacerle interesante a los ojos de sus contrarios y a darle cierta importancia.

He aquí cuál fue la suerte de aquel matrimonio, feliz siempre en lo que atañe a los sentimientos y agitado únicamente por las ansiedades comerciales.

Durante el primer año, César Birotteau instruyó a su mujer en la venta de perfumerías al por menor, de la cual se impuso ella tan admirablemente que parecía haber sido echada al mundo y criada para engatusar a los parroquianos. Una vez acabado el primer año, el perfumista hizo su inventario y quedó asombrado de sus resultados, toda vez que consideró que, en veinte años, no habría podido ganar el modesto capital de cien mil francos en que quedó cifrado el número de sus utilidades. Entonces, resolvió hacer fortuna con más rapidez y pensó ante todo en unir la fabricación a la venta al por menor. Contra la opinión de su mujer, alquiló una barraca y terrenos en el Faubourg du Temple, puso allí un letrero que decía: «Fábrica de César Birotteau», y tomó un obrero con el cual comenzó a medias alguna fabricación de jabones, esencias y agua de colonia. Su asociación con aquel obrero no duró más que seis meses y terminó con pérdidas para él únicamente. Sin desanimarse, Birotteau quiso obtener resultados a toda costa, con el objeto de que no le riñese su mujer, a la cual confesó después que en aquel tiempo de desesperación su cabeza ardía como una marmita, y que, a no haber sido por sus sentimientos religiosos, más de una vez se hubiese arrojado al Sena. Desolado ante algunas experiencias infructuosas, callejeaba un día a lo largo de los paseos esperando la hora de comer (el parisiense callejero es más frecuentemente un desesperado que un ocioso), y entre algunos libros instalados en un puesto, sus ojos pudieron percibir este título: *Abdeker o el arte de conservar la belleza*. César compró en seguida el pretendido libro árabe, especie de novela hecha por un médico del siglo anterior, y fijóse en una página en que se trataba de perfumes. Apoyado contra un árbol del paseo para hojear el libro, Birotteau leyó una nota en que el autor explicaba la naturaleza de la dermis y la epidermis y demostraba que tal pasta o tal jabón producía a veces un efecto contrario al que se deseaba si la pasta y el jabón tonificaban la piel que debía ser ablandada, o ablandaban la piel que exigía tónicos. Birotteau vio una fortuna en este libro. Sin embargo, como confiaba poco en sus conocimientos, se fue a ver al célebre químico Vauquelin y le rogó sencillamente que le dijese los medios de componer un doble cosmético que produjese efectos apropiados a las diversas naturalezas de la epidermis humana. Los verdaderos sabios, esos hombres tan realmente grandes en el sentido de que no tienen nunca en vida la celebridad que merecen por sus inmensos trabajos desconocidos, son casi todos serviciales y sienten simpatía por los pobres de espíritu. Vauquelin protegió, pues, al perfumista, y le permitió titularse inventor de una pasta para blanquear las manos, cuya composición le indicó. Birotteau llamó *Doble pasta de las Sultanas* a este cosmético, y a fin de completar la obra, aplicó el procedimiento

de la pasta para las manos a un líquido para la tez que tituló *Agua Carminativa*. Imitando en parte el sistema del «Petit Matelot», César fue el primer perfumista que desplegó ese lujo de pasquines, anuncios y medios de publicidad llamados, tal vez injustamente, charlatanismo.

La *Pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa* aparecieron en el «Universo Galante y Comerciar con anuncios de colores, a la cabeza de los cuales se leían estas palabras: *Aprobados por el Instituto*. Esta fórmula, empleada por primera vez, dio unos resultados mágicos. No sólo Francia, sino todo el continente, quedó plagado de anuncios amarillos, rojos y azules por el soberano de La Reina de las Rosas». En una época en que no se hablaba más que de Oriente, llamar a un cosmético cualquiera *Pasta de las Sultanas*, adivinando la magia ejercida por estas palabras en un país en que todo hombre tiende tanto a ser sultán como la mujer a ser sultana, era una idea que lo mismo podía ocurrírsele a un hombre ordinario que a uno de talento; pero juzgando siempre el público por resultados, Birotteau pasó tanto más por hombre superior, comercialmente hablando, cuanto que redactó él mismo un prospecto cuya ridícula fraseología fue un elemento de éxito. Aunque Birotteau no se hubiese fingido tonto, todo el mundo le atribuyó el talento de hacerlo con oportunidad. No sin trabajo, hemos podido encontrar un ejemplar de aquel prospecto en la casa Popinot y Compañía, drogueros de la rue des Lombards. Este curioso documento pertenece al número de los que los historiadores titulan *piezas justificativas*, bien que en materia más elevada. Helo aquí, pues:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS Y AGUA CARMINATIVA

de César Birotteau

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO APROBADO POR EL INSTITUTO DE FRANCIA

«Hace ya tiempo que eran generalmente deseados por los dos sexos de Europa una pasta para las manos y un agua para la cara que diese en el tocador un resultado superior al obtenido por el Agua de Colonia. Después de haber consagrado muchas vigiliass al estudio de la dermis y la epidermis de los dos sexos, los cuales dan, con razón, una gran importancia a la suavidad, a la finura, al brillo de la piel, monsieur Birotteau, perfumista conocidísimo en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua llamados justamente maravillosos, desde su aparición, por los elegantes de París. En efecto, esta pasta y este agua poseen asombrosas propiedades para influir en la piel sin arrugarla prematuramente, efecto segurísimo de las drogas empleadas inconsideradamente hasta el día e inventadas por ignorantes avaros. Este descubrimiento está basado en la división de los temperamentos, que forman dos grandes clases indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son de color rosa para la dermis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para las de las que gozan de un temperamento sanguíneo.

»Esta pasta llámase de *Las Sultanas* porque este descubrimiento fue hecho para el serrallo por un médico árabe. Está aprobada por el Instituto, previa información de nuestro ilustre químico VAUQUELIN, y el agua está también basada en los principios empleados para la composición de la pasta.

»Esta preciosa pasta, que exhala los más gratos perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes y disipa los sudores de manos de que tanto se quejan los hombres y mujeres.

»El *Agua Carminativa* hace desaparecer esos pequeños granitos que les salen inopidamente a las mujeres en ciertos momentos y contrarían sus proyectos para el baile; refresca y reanima los colores, abriendo o cerrando los poros según las exigencias del temperamento, y es tan conocida ya como defensora de los ultrajes del tiempo, que muchas damas la titulan, por agradecimiento, *LA AMIGA DE LA BELLEZA*.

»El Agua de Colonia es pura y simplemente un perfume insignificante y sin eficacia especial, mientras que la *Doble pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa* son dos composiciones operantes de una potencia motriz que influye sin peligro sobre las cualidades internas secundándolas; sus perfumes, esencialmente balsámicos y agradables, impresionan agradablemente el corazón y el cerebro, comunican ideas y las despiertan, resultando así tan asombrosas por su mérito como por su sencillez; en una palabra, que con este producto ofrecemos un atractivo más a las mujeres, y un nuevo medio de seducción a los hombres.

»El uso periódico del *Agua* disipa los ardores ocasionados por el afeitado, preserva igualmente los labios de las aberturas y los mantiene rojos, borra a la larga las pecas y acaba por tonificar las carnes. Estos efectos anuncian siempre en el hombre un equilibrio perfecto entre los humores, lo cual tiende a librar de la jaqueca a las personas sujetas a esta horrible enfermedad. Finalmente, el *Agua Carminativa*, que puede ser empleada por las mujeres en todas las operaciones del tocado, preserva de las afecciones cutáneas sin perjudicar la transpiración de los tejidos, a los cuales comunica una persistente finura.

»Dirigirse, franco de porte, a monsieur CÉSAR BIROTTEAU, sucesor de Ragon, antiguo perfumista de la reina María Antonieta y dueño hoy de «La Reina de las Rosas» situada en la rue de Saint-Honoré, en París, cerca de la Plaza de Vendôme.

»El precio del bote de pasta es de tres francos y seis el de la botella.

»Para evitar todas las falsificaciones, monsieur César Birotteau advierte al público que la pasta va envuelta en un papel que lleva su firma y las botellas tienen un sello incrustado en el vidrio.»

Sin que César lo sospechase, el éxito fue debido a Constance, la cual le aconsejó que enviase el *Agua Carminativa* y la *Pasta de las Sultanas* por cajas a todos los perfumistas de Francia y del extranjero, ofreciéndoles una rebaja del treinta por ciento si tomaban los dos artículos por gruesas. En realidad, la pasta y el agua eran

mejores que los cosméticos análogos y seducían a los ignorantes, con la distribución establecida entre los temperamentos. Cebados con la ganancia, los quinientos perfumistas de Francia compraron anualmente en casa de Birotteau más de trescientas gruesas de pasta y de agua cada uno, consumo éste que le produjo beneficios que, si eran módicos en pequeño, resultaban enormes en grandes cantidades. Entonces César pudo comprar los terrenos y las barracas del Faubourg du Temple, construyó allí vastas fábricas, decoró magníficamente su almacén de «La Reina de las Rosas» y así su mujer dejó de temblar por el porvenir, y en su hogar se sintieron los saludables beneficios del desahogo.

En 1810, madame Birotteau previó un alza en los alquileres e instó a su marido a que arrendase toda la casa, cuyo entresuelo y tienda ocupaban, y a que se trasladase al primer piso. Una circunstancia feliz decidió a Constance a cerrar los ojos a las locuras que Birotteau hizo por ella en su morada. El perfumista acababa de ser elegido juez del tribunal de comercio. Su probidad, su conocida delicadeza y la consideración de que gozaba, le valieron una fama que contribuyó a que fuese considerado como uno de los comerciantes más notables de París. Para aumentar sus conocimientos se levantó a las cinco de la mañana y leyó obras de jurisprudencia y libros que trataban de litigios comerciales. Su amor a la justicia, su rectitud y sus buenos deseos, cualidades esenciales para apreciar las dificultades sometidas a las sentencias consulares, hicieron de él uno de los jueces más estimados. Sus defectos contribuyeron también a aumentar su reputación. Comprendiendo su inferioridad, César subordinaba gustoso su opinión a la de sus colegas, los cuales, al verse escuchados con tanta atención, le buscaron y le alabaron, los unos encantados de su modestia y los otros de su amabilidad. Los comerciantes juzgados alabaron su benevolencia y su espíritu conciliador y en muchas ocasiones fue nombrado árbitro. Mientras duraron sus funciones, supo formarse un lenguaje plagado de lugares comunes y sembrado de axiomas y de cálculos traducidos en frases redondeadas, las cuales, pronunciadas con amabilidad, tenían apariencias de oratoria para los oídos de las gentes superficiales. De este modo supo agradar a esa mayoría compuesta de medianías. Sin embargo, perdía César tanto tiempo en el tribunal de comercio, que su mujer le obligó a renunciar en lo sucesivo a tan costoso honor.

Por el año 1813, gracias a su constante unión y después de haber recorrido vulgarmente una parte de la vida, aquel matrimonio vio comenzar una era de prosperidad que parecía llamada a no ser nunca interrumpida. Los señores Ragon, sus predecesores, su tío Pillerault, Roguin el notario, los Matifat, drogueros de la rue des Lombards y proveedores de «La Reina de las Rosas», Joseph Lebas, pañero sucesor de los Guillaume y dueño del *Gato que juega a la pelota*, el juez Popinot, hermano de madame Ragon, Chiffreville, de la casa Protez y Chiffreville, los señores Cochin, comanditarios de los Matifat, el abate Loraux, confesor y director de las gentes piadosas de esta tertulia, y algunas otras personas componían el círculo de sus amigos. No obstante las ideas monárquicas de Birotteau, la opinión pública estaba entonces de su parte y le creía muy rico, a pesar de que sólo poseía cien mil francos fuera de su comercio. La regularidad de sus negocios, su exactitud y su costumbre de no deber nada y de no cobrar nada por el descuento de valores cuando éstos eran seguros y pertenecían a algún amigo, le valieron un crédito enorme. Por otra parte, había ganado realmente mucho dinero; pero sus construcciones y sus fábricas le habían costado mucho y gastaba en su casa cerca de veinte mil francos anuales. Asimismo, la educación de Césarine, que era tan idolatrada por Constance como por César, exigía grandes sumas. Ni el padre ni la madre miraban el dinero cuando se trataba de causar un placer a su hija, de la cual no habían querido separarse nunca.

Imaginaos los goces del pobre aldeano advenedizo cuando oía a su encantadora Césarine repitiendo en el piano una sonata de Steibelt o cantando una romanza, cuando la veía escribir correctamente la lengua francesa, cuando la admiraba leyendo a Racine padre e hijo, dibujando un paisaje o haciendo una acuarela. ¡Qué dicha para él revivir en una flor tan bella y tan pura, que aún no había dejado el regazo materno! Un ángel, en fin, cuyas gracias nacientes y cuyos primeros desarrollos había seguido con tanto apasionamiento en una hija única, incapaz de despreciar a su padre y de burlarse de su falta de instrucción. Al llegar a París, César sabía leer, escribir y contar; pero su instrucción no había pasado de aquí, pues su laboriosa vida le había impedido adquirir ideas y conocimientos ajenos al comercio de la perfumería. Tratando constantemente con gentes indiferentes a las ciencias y a las letras y cuya instrucción no abrazaba más que especialidades y careciendo de tiempo para entregarse a estudios elevados, el perfumista se convirtió en hombre práctico, se apropió el lenguaje, los errores y las opiniones del burgués parisiense que admira de palabra a Molière, a Voltaire y a Rousseau, que compra sus obras sin leerlas y que sostiene que debe de decirse *aurumario* porque las mujeres encierran en este mueble su oro, y que sólo se dice *armario* por corrupción. Potier, Taima y mademoiselle Mars eran diez veces millonarios, y no vivían como los demás humanos. El gran trágico comía carne cruda y mademoiselle Mars se hacía a veces picar perlas para imitar a una célebre actriz egipcia. El emperador llevaba en sus chalecos unos bolsillos de cuero para poder tomar el tabaco a puñados, y subía a caballo y al galope la escalera del invernadero de Versalles. Los escritores y los artistas morirían en el hospital a causa de sus originalidades; por otra parte, todos eran ateos y era preciso guardarse de recibirlos en casa. Joseph Lebas citaba con espanto la historia del matrimonio de su cuñada Augustine con el pintor Sommervieux. Los astrónomos vivían del aire. Estos puntos luminosos de sus conocimientos de la lengua francesa, del aire dramático, de política, de literatura y de ciencia, explican el alcance de aquellas inteligencias. Un poeta que pasa por la rue des Lombards puede soñar con Asia al sentir en ella ciertos perfumes. Sorprendido por el brillo de la cochinilla, ve en ella los poemas brahamánicos, sus religiones y sus castas. Al percibir el marfil en bruto, monta sobre el dorso de los elefantes; pero el comerciante ignora de dónde provienen los productos con que trabaja. Birotteau, perfumista, no sabía una palabra de historia natural ni de química. Considerando a Vauquelin como un gran hombre, lo tenía por una excepción y razonaba como aquel abacero retirado que resumía una discusión acerca de la manera de adquirir el té diciendo con aire socarrón: «El té no se obtiene más que de dos maneras: *por caravana o por El Havre*». Según Birotteau, el áloe y el opio no se encontraban más que en la rue des Lombards. El agua de rosa, llamada de Constantinopla, se hacía en París con el Agua de Colonia. Estos nombres de lugares habían sido inventados para agradar a los franceses, que no pueden soportar las cosas de su país. Un comerciante francés tenía que decir que su descubrimiento era inglés a fin de darle fama; del mismo modo que un droguero

inglés atribuye el suyo a Francia. Sin embargo. César no podía ser nunca completamente tonto o imbécil; la probidad y la bondad comunicaban a los actos de su vida un reflejo que los hacía respetables, pues una acción hermosa hace aceptar todas las ignorancias posibles. Sus constantes éxitos le dieron seguridad, y en París la seguridad se considera como poder, por ser aquélla consecuencia de éste. Una vez que la mujer de César estudió a su marido durante los tres primeros años de matrimonio, fue presa de continuas ansias, pues Constance representaba en esta unión la parte sagaz y previsor, la duda, la oposición, el temor, como César representaba la audacia, la acción, la ambición, la inaudita dicha de la fatalidad. A pesar de las apariencias, el perfumista era miedoso, mientras que su mujer tenía en realidad paciencia y valor. De esta suerte, un hombre pusilánime, sin instrucción, sin ideas, sin conocimientos y sin carácter, llegó gracias a su conducta y a su amor por la justicia, a su bondad verdaderamente cristiana y a su amor por la única mujer que había poseído, a sentar plaza de hombre notable, valeroso y lleno de resolución. El público no veía más que los resultados. A excepción de Pillerault y del juez Popinot, las demás personas de la sociedad de César sólo le apreciaban superficialmente y no podían juzgarle. Por otra parte, los veinte o treinta amigos que se reunían entre sí decían siempre las mismas necedades, su conversación estaba siempre llena de los mismos lugares comunes y se consideraban todos como hombres superiores en sus profesiones respectivas. Las mujeres hablaban de buenas comidas y de adornos, y todas se permitían decir palabras de desprecio acerca de sus respectivos maridos. Madame Birotteau era la única que tenía el buen sentido de tratar al suyo con respeto en público, pues veía en él al hombre que a pesar de su secreta ignorancia, había ganado su fortuna y su consideración social, de la cual participaba también ella. Lo único que hacía Constance era preguntarse lo que era el mundo y si todos los hombres eminentes se parecerían a su marido. Esta conducta no contribuía poco a mantener la respetuosa estimación concedida a un comerciante de un país donde las mujeres son bastante dadas a desprestigiar a sus maridos y a quejarse de ellos.

Los primeros días del año 1814, tan fatal para Francia, fueron señalados para los Birotteau por dos acontecimientos, poco notables para cualquier otro matrimonio, pero bastante importantes para impresionar a almas sencillas como las de César y su mujer, los cuales, al fijar sus ojos en el pasado, no veían en él más que gratas emociones. Habían tomado como primer dependiente a un joven de veintidós años, llamado Ferdinand du Tillet. Este muchacho, que acababa de salir de una perfumería donde le habían negado participación en los beneficios y que pasaba por un genio, trabajó mucho para entrar en «La Reina de las Rosas», cuyos dueños y costumbres le eran muy conocidos. Birotteau le aceptó y le señaló mil francos de sueldo, con la intención de constituirlo en su sucesor. Ferdinand ejerció tan grande influencia en los destinos de esta familia, que es necesario decir algunas palabras acerca de él. En primer término, se llamaba sencillamente Ferdinand, sin nombre de familia. Este anonimato le pareció una inmensa ventaja en el momento en que Napoleón escudriñó

el contingente de todas las familias para buscar soldados. Sin embargo, era indudable que había nacido en alguna parte, a causa sin duda de alguna cruel y voluptuosa fantasía. He aquí los pocos informes recogidos acerca de su estado civil. En 1793, una pobre muchacha de Tillet, pequeño lugar situado cerca de Andelys, fue a parir de noche en el jardín del párroco de la iglesia y luego se ahogó, no sin antes haber llamado a las ventanas del cura. El buen sacerdote recogió al niño, le dio el nombre del santo del día y lo crió y educó como si fuese hijo suyo. El cura murió en 1804 sin dejar una fortuna que fuese bastante opulenta para sufragar la educación que había comenzado. Ferdinand, lanzado a París, hizo allí una vida de filibustero que lo mismo podía conducirle al patíbulo que a la fortuna, al foro, a la milicia, al comercio o a la domesticidad. Ferdinand, obligado a vivir como un verdadero Fígaro, fue primero viajante de comercio y luego dependiente de perfumista en París, adonde volvió después de haber recorrido toda Francia, de haber estudiado el mundo y de haberse decidido a medrar a toda costa. En 1813, juzgó necesario confirmar su edad y procurarse un estado civil requiriendo al juzgado de Andelys, el cual hizo pasar su partida de bautismo de los registros del presbiterio a los de la alcaldía, obteniendo una rectificación mediante la cual adquiriría el apellido de du Tillet, que era el que había usado hasta entonces. Sin padres conocidos, sin más tutor que el fiscal, solo en el mundo y sin tener que rendir cuentas a nadie, trató a la sociedad duramente, no reconoció más guía que su interés y juzgó buenos todos los modos de hacer fortuna. Este normando, que poseía peligrosas capacidades, unía a su deseo de medrar los groseros defectos reprochados, con razón o sin ella, a los naturales de su provincia. Sus modales zalameros ocultaban un espíritu poco recto, pues ponía en duda audazmente los derechos ajenos, no cedía un átomo de los suyos y empleaba el tiempo y su voluntad inflexible como medios de fatigar a su adversario. Su principal mérito consistía en el de los Scapin de la antigua comedia; poseía su fertilidad de recursos, su astucia para vadear lo injusto y su prurito de apoderarse de lo que podía. Finalmente, contaba con aplicar a su indigencia la frase que el abate Terray decía en nombre del Estado, sin perjuicio de llegar a ser más tarde un hombre honrado. Dotado de una actividad apasionada y de intrepidez militar para pedir a todo el mundo lo mismo una acción buena que una mala, justificando su petición con la teoría del interés personal, era muy poco delicado en la elección de los medios, y consideraba demasiado seguro el éxito del dinero como absolución de todo pecado para no medrar tarde o temprano. Un hombre semejante, colocado entre el presidio y los millones, tenía que ser vengativo, absoluto y rápido en sus determinaciones, pero disimulado como un Cromwell que quisiese decapitar a la honradez misma. Su profundidad se escondía bajo la capa de un espíritu burlón y ligero. El ser un simple dependiente de perfumista, no ponía límites a su ambición y había dirigido a la sociedad una mirada rencorosa, diciéndole: «Serás mía». Se había jurado a sí mismo no casarse hasta los cuarenta años y cumplió su palabra. En lo físico, Ferdinand era un joven bien plantado, de buena estatura y de maneras mixtas que le permitían

adaptarse a todas las necesidades. Su cara flaca agradaba a primera vista, tratándole mucho, se sorprendían en ella esas extrañas expresiones que afectan las personas que no están de acuerdo consigo mismas, o cuya conciencia les gruñe a determinadas horas. Su tez, de ardiente color, tenía cierta aspereza. La mirada de sus ojos claros era penetrante y terrible cuando se fijaba en su víctima. Su voz parecía extinguida como la del hombre que ha hablado largo rato. Sus labios delgados no carecían de gracia, pero su nariz puntiaguda y su frente, ligeramente bombeada, denotaban un defecto de raza. Finalmente, sus cabellos, de color semejante al de los que se los tiñen de negro, indicaban un mestizo social que hubiese heredado su espíritu de un gran señor libertino y su bajeza de una aldeana seducida, sus conocimientos de una educación incompleta y sus vicios de un estado de abandono. Birotteau supo con profundo asombro que su dependiente salía por las noches muy elegante y que volvía a casa muy tarde, después de haber asistido a los bailes que se daban en casa de los banqueros y de los notarios. Estas costumbres desagradaron a César, que entendía que los dependientes debían estudiar los libros de su casa y pensar exclusivamente en su profesión. El perfumista reprochó cariñosamente a du Tillet su afán de llevar ropa tan fina y el hecho de tener tarjetas con el nombre escrito de este modo: F. DU Tillet, moda que a su juicio pertenecía exclusivamente a las gentes del gran mundo. Ferdinand había entrado en casa de este Orgón con intenciones de Tartufo, hizo la corte a madame Birotteau, trató de seducirla y juzgó a su amo como lo juzgaba Constance, pero con asombrosa prontitud. Aunque discreto, reservado y sin decir lo que deseaba decir, du Tillet manifestó su opinión acerca de los hombres y de la vida de un modo que asustó a aquella mujer timorata que participaba de las creencias de su marido y consideraba como un crimen el hecho de causar el más leve daño a un semejante. A pesar de la astucia que empleó madame Birotteau, du Tillet adivinó el desprecio de que era objeto. Constance, que había recibido varias cartas amorosas de Ferdinand, no tardó en notar un cambio en las maneras de su dependiente, el cual tomó con ella aires familiares para hacer creer a la gente que se entendían. La perfumista, sin comunicar a su marido las razones le aconsejó que despidiese a Ferdinand. Birotteau estuvo de acuerdo con su mujer en este punto y, por lo tanto, quedó resuelto el despido del dependiente. Un sábado por la noche, tres días antes de despedirle, Birotteau hizo el balance mensual de caja y vio que le faltaban tres mil francos. Su consternación fue inmensa, más que por la pérdida, por las sospechas que podían recaer en tres dependientes: una cocinera, un mozo de almacén y algunos otros obreros. ¿A quién echar la culpa? Madame Birotteau no salía nunca de detrás del mostrador. El dependiente encargado de la caja era un sobrino de monsieur Ragon, llamado Popinot, joven de diecinueve años, a quien consideraban como la honradez en persona. Esto sin contar con que las cuentas que acusaban el déficit, por estar en desacuerdo con las existencias de caja, indicaban que la sustracción había sido hecha después del balance general. Los dos esposos acordaron callarse y vigilar. Al día siguiente, domingo, recibían a sus amigos. Las familias que componían aquella

especie de reunión se congregaban una vez en cada casa. Jugando a la *berlanga*, Roguin, el notario, puso sobre el tapete unos luises viejos que madame Birotteau había recibido algunos días antes de manos de una recién casada llamada madame d'Espard.

—¿Ha robado usted algún cepillo? —le dijo el perfumista, riéndose.

Roguin dijo que había ganado aquel dinero en casa de un banquero a du Tillet, el cual confirmó la respuesta sin ruborizarse. El perfumista, por su parte, se puso rojo como la grana. Una vez disuelta la reunión, en el momento en que Ferdinand iba a acostarse, Birotteau lo condujo a su almacén so pretexto de hablarle de negocios.

—Du Tillet —le dijo—, me faltan tres mil francos de la caja y yo no puedo sospechar de nadie; la circunstancia de los luises viejos parece acusarlo a usted demasiado para que yo no le hable de esto; así es que no debemos acostarnos sin haber corregido este error, porque, después de todo, muy bien pudiera ser una equivocación o que usted hubiera tomado alguna cantidad a cuenta de su sueldo.

Du Tillet dijo que efectivamente había tomado aquel dinero, y como el perfumista hubiese abierto su libro mayor, se encontró con que aquella cantidad no estaba adeudada en la cuenta de su dependiente.

—Tenía prisa y por esto no le dije a Popinot que la adeudase —contestó Ferdinand.

—Está bien —dijo Birotteau, desconcertado al ver el aplomo del normando, que conocía admirablemente al hombre honrado en cuya casa había entrado para hacer fortuna.

El perfumista y su dependiente pasaron la noche en indagaciones que juzgaba inútiles el digno comerciante. Yendo y viniendo, César colocó tres billetes de mil francos en la caja, pegándolos a una de sus paredes y después fingió estar agobiado de fatiga, pareció dormir y roncó. Du Tillet le despertó triunfalmente y denotó gran alegría al ver deshecho el error. Al día siguiente, Birotteau riñó públicamente a Popinot y a su mujer y fingió encolerizarse a causa de su negligencia. Quince días después, Ferdinand du Tillet entró en la casa de un agente de cambio. Según él, la perfumería no le convenía y deseaba estudiar la banca. Al salir de la casa de Birotteau, du Tillet habló de Constance de un modo que dio a entender que su amo lo había despedido por celos. Algunos meses después, du Tillet fue a ver a su antiguo amo para rogarle que le adelantase veinte mil francos a fin de completar la garantía que le exigían en un negocio que le ponía en camino de hacer fortuna. Al notar la sorpresa que manifestó Birotteau al oír tamaña desvergüenza, du Tillet frunció las cejas y le preguntó si no tenía confianza en él. Matifat y dos negociantes que estaban con Birotteau notaron la indignación del perfumista, el cual reprimió su cólera en presencia de ellos. Tal vez du Tillet se había vuelto honrado, su falta podía haber sido causada por los ruegos de alguna querida o por alguna tentativa hecha en el juego, y la reprobación pública de un hombre de bien acaso sumiría en una senda de crímenes y de desgracias a un hombre joven aún y susceptible de arrepentimiento.

Considerando esto, aquel ángel tomó la pluma e hizo un aval en las letras de du Tillet, diciéndole que hacía con mucho gusto aquel favor a un muchacho que le había sido muy útil. Mientras decía aquella mentira, la sangre se le agolpó en la cara. Du Tillet no pudo sostener la mirada de aquel hombre, y en aquel momento, sin duda, sintió contra él ese odio sin tregua que concibieron los ángeles de las tinieblas contra los ángeles de la luz. Du Tillet manejó tan bien el balancín, bailando en la rígida cuerda de las especulaciones financieras, que continuó siendo elegante y rico en apariencia antes de serlo en realidad. Tan pronto como pudo tener un cabriolé, no lo abandonó ya nunca, y se mantuvo en la esfera elevada de las gentes que mezclan los placeres con los negocios, convirtiendo la sala de descanso de la Ópera en sucursal de la Bolsa. Gracias a madame Roguin, a quien conoció en casa de Birotteau, no tardó en tratarse con los financieros más distinguidos. En este momento, Ferdinand du Tillet había alcanzado una prosperidad que no tenía nada de engañosa: estaba en muy buenas relaciones con la casa Nucingen, donde Roguin le había presentado, y había trabado amistad con los hermanos Keller y otros banqueros de crédito. Nadie sabía de dónde sacaba aquel muchacho los inmensos capitales que ponía en movimiento; pero se atribuía su suerte a su inteligencia y a su probidad.

La Restauración convirtió en un personaje a César, el cual olvidó estos dos accidentes domésticos en medio del torbellino de las crisis políticas. La inmutabilidad de sus opiniones monárquicas, por las cuales sentía gran indiferencia desde que le habían herido, pero en las que continuaba por decoro, y el recuerdo de su sacrificio en Vendimiario, le valieron grandes protecciones, precisamente porque no pidió nada. Aunque era incapaz de desempeñar ningún mando, fue nombrado jefe de batallón de la guardia nacional, y en 1815, Napoleón, que seguía siendo enemigo de Birotteau, le destituyó. Durante los Cien Días, César se convirtió en el coco para los liberales de su barrio, pues hasta 1815 no empezaron las diferencias políticas entre los negociantes, unánimes hasta entonces en sus deseos de disfrutar de la tranquilidad que tanto necesitaban para sus negocios. En la segunda Restauración, el gobierno real tuvo que cambiar el cuerpo municipal. El prefecto quiso nombrar alcalde a Birotteau; pero gracias a su mujer, el perfumista sólo aceptó el cargo de teniente de alcalde, que no le ponía tanto en evidencia. Esta modestia aumentó mucho la estimación de que gozaba, y le valió la amistad del alcalde, monsieur Flamet de La Billardière. Birotteau, que conocía al prefecto del Sena desde la época en que «La Reina de las Rosas» servía como punto de reunión a los conspiradores realistas, le designó para alcalde a monsieur Flamet, el cual no olvidó nunca a los señores Birotteau en sus invitaciones. Finalmente, madame Birotteau postuló frecuentemente en Saint-Roch, en compañía de grandes damas. Cuando se trató de distribuir cuatro cruces entre individuos del cuerpo municipal, La Billardière apoyó calurosamente a Birotteau, alegando su herida en Saint-Roch, su adhesión a los Borbones y la consideración de que gozaba. El ministerio, que deseaba destruir la obra de Napoleón, prodigando la cruz de la Legión de Honor, y tener prosélitos en el comercio, las artes y las ciencias, incluyó a

Birotteau en la promoción, y este favor que estaba en armonía con la fama de que gozaba el perfumista en su barrio, le colocaba en situación de tener que agrandar sus ideas de hombre que hasta entonces había salido airoso en todo. La noticia que el alcalde le dio de su condecoración fue el último argumento que decidió al perfumista a arriesgarse en la operación que acababa de exponer a su mujer, a fin de dejar cuanto antes la perfumería y elevarse a las regiones de la alta burguesía parisiense.

César tenía entonces cuarenta años. Los trabajos a que se entregaba en su fábrica le habían costado algunas arrugas prematuras y habían blanqueado un poco su larga cabellera, que la presión de su sombrero rodeaba de un círculo brillante. Su frente y la manera cómo se peinaba los cabellos denotaban la sencillez de su vida. Sus grandes cejas no asustaban, pues sus ojos azules estaban en armonía con su límpida mirada, siempre franca y severa. Su nariz, gruesa en la punta, le daba el aire de los papamoscas de París. Sus labios eran muy fruncidos y el corte de su barba perpendicular. Su cara, muy colorada y de contornos cuadrados, tenía el carácter ingenuamente astuto del aldeano, por la disposición de las arrugas y del conjunto de su fisonomía. La fuerza de su cuerpo, el tamaño de sus miembros, la cuadratura de sus espaldas, la anchura de los pies, todo en él denotaba el aldeano trasplantado a París. Sus manos, anchas y velludas, y sus grandes uñas cuadradas, hubieran delatado su origen si no hubiesen quedado vestigios de él en toda su persona. En sus labios estaba siempre la sonrisa benévola que afectan los comerciantes cuando uno entra en su casa; pero aquella sonrisa comercial era la imagen fiel de su contento interior y describía el estado de su alma cariñosa. Su desconfianza no la empleaba nunca fuera de los negocios, y dejaba siempre su astucia a la puerta de la Bolsa o cuando cerraba el libro mayor. La sospecha era para él lo que las facturas impresas: una necesidad de la venta misma. Su cara ofrecía una especie de seguridad cómica y de fatuidad mezclada de honradez que le convertía en un ente original y le privaba de tener una semejanza demasiado completa con la tosca figura del burgués parisiense. Sin aquel aire de sencilla admiración y de fe en su persona, hubiera inspirado demasiado respeto. Generalmente, mientras hablaba, se cruzaba las manos por la espalda. Cuando creía haber dicho algo galante o gracioso, se levantaba imperceptiblemente sobre la punta de los pies dos o tres veces y se dejaba caer torpemente sobre los talones como para apoyarse en su frase. En lo más fuerte de una discusión se le veía a veces dar vueltas sobre sí mismo bruscamente, andar algunos pasos como si buscara objeciones y volverse con rapidez hacia su adversario. No interrumpía nunca y era a veces víctima de esta exacta observación de las conveniencias, pues los otros le quitaban la palabra, y el pobre hombre se ausentaba frecuentemente sin haber dicho esta boca es mía. Su gran experiencia en asuntos comerciales le había comunicado costumbres tachadas de manías por algunas personas. Si alguna letra dejaba de ser pagada, se la enviaba al alguacil y no se ocupaba de ella más que para recibir su capital, sus intereses y sus costas, persiguiendo al comerciante hasta que se declaraba en quiebra. Una vez en este estado, Birotteau cesaba en su persecución, no

comparecía nunca en ninguna junta de acreedores y guardaba sus títulos. Este sistema y su implacable desprecio por los quebrados lo había heredado de monsieur Ragon, el cual, en el curso de su vida comercial, había acabado por ver tan gran pérdida de tiempo en los asuntos litigiosos, que consideraba el escaso dividendo que se lograba en los convenios como excesivamente gravoso si se tenía en cuenta el tiempo que se perdía en ir, venir, dar pasos y correr tras los tramposos.

—Si el que quiebra es hombre honrado y se rehace, ya le pagará a usted —decía monsieur Ragon a un acreedor impaciente—. Si queda sin recursos y quebró por desgracia, ¿por qué atormentarlo? Si es un bribón, nunca logrará nada de él. Por otra parte, la conocida severidad de usted le dará fama de intratable y, como le es imposible transigir, mientras el deudor no paga el acreedor gasta, persiguiéndole, el doble de la deuda.

César solía ser muy puntual en sus citas; pero, si a los diez minutos no llegaba el citado, se largaba indefectiblemente; así su exactitud hacía exactos a los que tenían que tratar con él. El traje que había adoptado estaba de acuerdo con sus costumbres y su fisonomía. Ningún poder le hubiese hecho renunciar a las corbatas de muselina blanca, cuyos extremos, bordados por su mujer y por su hija, colgaban de su cuello. Su chaleco de piqué blanco cubría suficientemente su prominente abdomen, pues estaba algo grueso. Llevaba pantalones azules, medias de seda negras y zapatos con cintas, cuyos lazos se deshacían frecuentemente. Su levita, verde oliva, siempre demasiado ancha, y su sombrero de grandes alas le daban aire de cuáquero. Cuando se vestía para las reuniones del domingo se ponía un pantalón de seda, zapatos con hebillas de oro y su infalible chaleco cuadrado un poco abierto, a fin de que dejase ver la planchada pechera de su camisa. Su levita de paño marrón era de las de largos faldones, y hasta 1819 conservó dos cadenas de reloj que pendían paralelamente; bien es verdad que nunca se ponía la segunda más que para vestirse de ceremonia.

Tal era César Birotteau, digno hombre a quien los misterios que presiden el nacimiento de los hombres habían negado la facultad de juzgar el conjunto de la política y de la vida y elevarse sobre el nivel social en que vive la clase media. Birotteau seguía en todo los errores de la rutina, todas sus opiniones le habían sido comunicadas y él las aplicaba sin examen. Ciego, pero bueno, poco inteligente, pero profundamente religioso, tenía un corazón puro y en aquel corazón brillaba un solo amor, luz y fuerza de su vida, pues su deseo de medrar, los pocos conocimientos que había tenido, todo, en fin, provenía del cariño que sentía por su mujer y por su hija.

Respecto a la señora de César, que contaba a la sazón treinta y siete años, se parecía tan exactamente a la Venus de Milo, que todos los que la conocían vieron su retrato en aquella hermosa estatua cuando la envió el duque de Rivière. En pocos meses, las penas cubrieron tan pronto con sus amarillentos tintes su deslumbrante blancura y hundieron y ennegrecieron tan cruelmente los azulados círculos en que se movían sus hermosos ojos verdes, que adquirió el aire de una virgen vieja; pero, en medio de sus ruinas, conservó siempre un dulce candor y una mirada pura, si bien

triste, siendo imposible no encontrarla siempre hermosa, honrada y decente. En el baile planeado por César se iba a notar por última vez el brillo de su belleza.

Toda existencia tiene su apogeo, una época durante la cual las causas obran y están en relación directa con los resultados. Este mediodía de la vida en que las fuerzas vivas se equilibran y se manifiestan en todo su esplendor, no sólo es común a los seres organizados, sino también a las ciudades, a las naciones, a las ideas, a las instituciones, a los comercios y a las empresas que, semejantes a las razas nobles y a las dinastías, nacen, crecen, se desarrollan y mueren. ¿De dónde proviene el vigor con que se aplica ese tema de crecimiento y de decrecimiento a todo lo que se organiza aquí abajo, pues hasta la muerte misma tiene en épocas de azote su progreso, su disminución, su recrudescencia y su dueño? Nuestro mismo globo tal vez sea también un mecanismo un poco más duradero que los demás. Repitiendo las causas de grandeza y de decadencia de todo lo que existió aquí abajo, la historia podría advertir al hombre el momento en que debe contener el juego de todas sus facultades; pero, desgraciadamente, ni los conquistadores, ni los actores, ni las mujeres, ni los autores escuchan su saludable consejo.

César Birotteau, que debía considerarse en el apogeo de su fortuna, tomó aquella época de dulce calma como un nuevo punto de partida. Él ignoraba la causa de esos trastornos en que tanto abunda la historia y de los que ofrecen innumerables ejemplos infinidad de casas soberanas y comerciales. ¿Por qué unas nuevas pirámides no habían de recordar incesantemente este principio, que debe dominar la política de las naciones lo mismo que la de los particulares: *¿Cuando el efecto producido no está en relación directa ni en proporción igual con la causa, comienza la desorganización?* Pero estos monumentos existen en todas partes, son las tradiciones y las lápidas que nos hablan del pasado y que consagran los caprichos del inmutable destino, cuya mano borra nuestros sueños y nos prueba que los mayores acontecimientos se resumen en una idea. Troya y Napoleón no son más que poemas. ¡Ojalá que esta historia sea el poema de las vicisitudes burguesas, que parecen tan desprovistas de grandeza que nadie ha pensado en ellas, a pesar de ser inmensas! No se trata aquí de un solo hombre, sino de todo un pueblo de dolores.

Al dormirse, César temió que su mujer pudiera hacerle al día siguiente algunas objeciones perentorias y se prometió levantarse muy de mañana para resolverlo todo. Al rayar el alba salió, pues, sin hacer ruido, dejó a su mujer en la cama, se vistió a toda prisa y bajó al almacén en el momento en que el mozo abría la tienda. Al verse solo, Birotteau esperó a que sus dependientes se levantasen y se puso en el umbral de la puerta viendo cómo desempeñaba sus funciones su dependiente Raguet. A pesar del frío, el tiempo era excelente.

—Popinót, coge el sombrero, ponte las botas y dile a Célestin que baje, porque tú y yo nos iremos a hablar a las Tullerías —dijo al ver que Anselme bajaba.

Popinot, aquel admirable contrapeso de du Tillet que, por una serie de felices casualidades, hacía creer que la Providencia lo había puesto al lado de César,

desempeña un papel tan grande en esta historia, que conviene decir aquí cuatro palabras acerca de él.

Madame Ragon pertenecía a la familia Popinot y tenía dos hermanos. Uno de ellos, el más joven, se hallaba a la sazón de juez suplente de la Audiencia de primera instancia del Sena, y el mayor se había dedicado al comercio de lanas, y perdida en él su fortuna murió dejando a cargo de los Ragon y de su hermano el juez, que no tenía hijos, al único que tuvo de su mujer, muerta en el parto. Para dar una profesión a su sobrino, madame Ragon lo había dedicado a la perfumería, esperando que sucediera algún día a Birotteau. Anselme Popinot era pequeñito y algo cojo, defecto este último con que la casualidad agobió a lord Byron, a Walter Scott y al señor de Talleyrand para no desanimar a los que se ven afligidos por él. Tenía ese color blanco y lleno de pecas que distingue a las gentes cuyos cabellos son rojos; pero su frente pura, sus ojos de color de ágata, su bonita boca, su blancura, su gracia pudorosa y la timidez que le inspiraba su defecto hacían que todos simpatizaran con él; siempre se ama a los débiles. Popinot era interesante. El pequeño Popinot (todo el mundo le llamaba de este modo) provenía de una familia esencialmente religiosa, cuya vida modesta estaba llena de honrosas acciones. Así es que el niño, educado por su tío el juez, reunía estas cualidades que tan hermosa hacen a la juventud: juicioso y poseído de respeto, algo corto en sus modales, pero lleno de ardor, cariñoso como un cordero, asiduo para el trabajo, fiel y sobrio, estaba dotado de todas las virtudes de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia.

Al oír hablar de un paseo por las Tullerías, que era la proposición más excéntrica que podía hacer a aquellas horas su imponente patrón, Popinot creyó que quería hablarle del establecimiento y pensó de pronto en Césarine, la verdadera reina de las rosas, la muestra animada de la tienda, de la cual se enamoró el día mismo que había entrado en casa de Birotteau. Subiendo la escalera se vio obligado a detenerse, pues su corazón latía con demasiada violencia, y bajó a poco seguido de Célestin, primer dependiente de Birotteau. Anselme y su patrón se encaminaron sin decir una palabra hacia, las Tullerías. Popinot tenía entonces veintiún años, y Birotteau se había casado a esta edad. Anselme no veía, pues, ningún inconveniente en su matrimonio con Césarine, aunque la fortuna del perfumista y la belleza de su hija fuesen inmensos obstáculos para el logro de tan ambiciosos proyectos. Pero el amor camina por los impulsos de la esperanza, y cuanto más insensatos son éstos, mayor fe les presta. Así es que cuanto más lejos se hallaba de su amada, más vivos eran sus deseos. Feliz él, que en un tiempo en que todo se nivela y en que todos los sombreros se parecen, lograba crear distancias entre la familia del perfumista y él, retoño de una familia parisiense. A pesar de sus dudas y de sus inquietudes, era feliz porque comía todos los días al lado de Césarine. Además, al ocuparse de los negocios de la casa, lo hacía con tal celo y ardor, que le quitaba al trabajo toda su amargura, y haciéndolo todo en nombre de Césarine no estaba nunca cansado. En un joven de veinte años el amor se alimenta de sacrificios.

—Será un buen negociante y medrará —decía de él Césarine a madame Ragon, alabando la actividad de Anselme, en medio de las labores de la fábrica, elogiando su aptitud para comprender las malicias del arte y recordando la rudeza de su trabajo en los momentos en que, con las mangas arremangadas y los brazos desnudos, el cojo embalaba más cajas que todos los dependientes juntos.

Las conocidas pretensiones de Alexandre Crottat, primer pasante de Roguin, y la fortuna de su padre, rico cortijero de Brie, eran obstáculos muy grandes para el triunfo del huérfano; sin embargo, no eran estas dificultades las más difíciles de vencer: Fopinot sepultaba en el fondo de su corazón tristes secretos que aumentaban la distancia entre Césarine y él. La fortuna de los Ragon, con la cual habría podido contar, estaba comprometida, y el pobre huérfano tenía la dicha de ayudarles a vivir entregándoles su escaso sueldo. Sin embargo, aún creía en el éxito. Distintas veces había percibido algunas miradas que le había dirigido Césarine con aparente orgullo, y en el fondo de sus ojos azules se había atrevido a leer un pensamiento secreto lleno de cariñosas esperanzas. Movidó, pues, por sus momentáneas ilusiones, iba el pobre tembloroso, mudo y conmovido, como lo están en semejante circunstancia todos los jóvenes que comienzan la vida.

—Popinot, ¿está bien tu tía? —le preguntó el honrado perfumista.

—Sí, señor.

—Sin embargo, hace algún tiempo que la encuentro pensativa. ¿Ocultará alguna pena? Escúchame, hijo mío; no debes tener secretos conmigo, pues yo casi soy de la familia y hace veinticinco años que conozco a monsieur Ragon. Entré en su casa con zapatos herrados al llegar de mi aldea, y aunque el lugar en que nací se llama *Las Tesoreras*, traje por toda fortuna un luis de oro que me había dado mi madrina, la difunta madame marquesa de Uxelles, parienta de los señores duques de Lenoncourt, que son parroquianos nuestros. Por esta razón, todos los domingos ruego por ella y su familia, y envió a Turena toda la perfumería que necesita su sobrina madame de Mortsauf. Siempre adquiero parroquianos por medio de ellos, por ejemplo, madame de Vandenesse, que gasta más de mil doscientos francos anuales. Si no fuera uno de corazón agradecido debería serlo por cálculo; pero yo te quiero bien, sin miras interesadas y por ti mismo.

—¡Ah!, señor, permítame que le diga que tiene una gran cabeza.

—No, hijo mío, no, eso no basta. No digo que mi cabeza no valga tanto como otra; pero yo tenía probidad, *mordicus*, he observado buena conducta y nunca he querido a más mujer que la mía. El amor es un gran *vehículo*, frase feliz que empleó ayer monsieur Villèle en la tribuna.

—¡El amor! —dijo Popinot—. ¡Oh!, señor, ¿es que?...

«¡Toma! ¡El padre Roguin a las ocho en la Plaza de Luis XV! ¿Qué mil diablos hace ahí el buen hombre?», se dijo César, olvidando a Anselme y el aceite de avellana.

Las hipótesis de su mujer acudieron a su mente, y en lugar de entrar en el jardín

de las Tullerías, Birotteau se acercó al notario para trabar conversación con él. Anselme siguió a su patrón a cierta distancia, sin poder explicarse el súbito interés que se tomaba por una cosa tan poco importante en apariencia; pero, en medio de todo, se consideró feliz y vio el mundo lleno de esperanzas con el comentario de César acerca de sus zapatos herrados, de su luis de oro y del amor.

Roguin, hombre alto y grueso, de frente despejada y de cabellos negros, no carecía antaño de cierta belleza, había sido audaz cuando joven, y de simple escribiente supo llegar a notario; pero en este momento, a los ojos de un hábil observador, su cara ofrecía las señales del estrago producido por los placeres buscados. Cuando un hombre se sume en el fango de los excesos, es difícil que su cara no sea, en cierto modo, fangosa; así es que los contornos de las arrugas y el color de la tez de Roguin carecían de nobleza. En lugar de ese brillo puro que se percibe bajo los tejidos de los hombres moderados y les imprime cierto color de salud, se entreveía en él la impureza de una sangre maleada por esfuerzos contra los cuales se resiste el cuerpo. Su nariz estaba innoblemente remangada, como la de las gentes cuyos humores al acudir a este órgano, producen un achaque secreto, que una virtuosa reina de Francia creía sencillamente que era una desgracia común a la especie, por no haberse aproximado nunca lo bastante a ningún hombre que no fuese el rey para reconocer su error. Tomando mucho rapé, Roguin creyó disimular su achaque, y lo que hizo fue aumentarlo hasta tal punto que pasó a ser la principal causa de sus desgracias.

¿No es una alucinación social sobrado prolongada el pintar siempre a los hombres con falsos colores sin describir nunca algunos de los verdaderos principios de sus vicisitudes, originadas frecuentemente por la enfermedad? El mal físico, considerado en sus estragos morales y examinado en las influencias que ejerce el mecanismo de la vida, ha sido hasta aquí olvidado por los historiadores de las costumbres. Madame Birotteau había adivinado perfectamente el secreto del hogar.

Desde la primera noche de su matrimonio, la encantadora hija única del banquero Chevrel había concebido hacia el pobre notario una horrible antipatía y quiso presentar inmediatamente una demanda de divorcio. Roguin, que se consideraba demasiado feliz con una mujer que poseía quinientos mil francos, sin contar las esperanzas, suplicó a su mujer que no intentase el divorcio, prometiéndole dejarla en libertad y someterse a todas las consecuencias de semejante pacto. Madame Roguin, convertida en soberana, se portó con su marido como una entretenida con un amante viejo. Roguin no tardó en encontrar a su mujer demasiado cara y, como muchos maridos parisienses, se creó otro hogar fuera de casa. Encerrado al principio en prudentes límites, el gasto no fue excesivo.

Primeramente, Roguin encontró, sin grandes gastos, modistillas que se consideraban muy felices con su protección; pero al cabo de tres años estaba roído por una de esas indomables pasiones que invaden a los hombres entre los cincuenta y los sesenta, pasión que estaba justificada por una de las criaturas más hermosas de la

época, conocida en los fastos de la prostitución por el apodo de la «hermosa holandesa», y decimos de la prostitución, porque al fin fue a caer a ese abismo y murió en él. Había sido llevada de Brugues a París por uno de los clientes de Roguin, el cual, al verse obligado a escapar a causa de los acontecimientos políticos, se la cedió en 1814. El notario había comprado a su hermosa una casita en los Campos Elíseos, se la amuebló ricamente y se había dejado arrastrar por

los costosos caprichos de aquella mujer, cuyos excesos absorbieron su fortuna.

El aire sombrío de la fisonomía de Roguin, que se disipó tan pronto como vio a su cliente, dependía de misteriosos acontecimientos que encerraban los secretos de la fortuna hecha tan rápidamente por du Tillet. El plan formado por Ferdinand cambió desde el primer domingo en que pudo observar en casa de su amo Birotteau la situación respectiva de los señores Roguin. En casa de César había entrado más bien que para seducir a su señora, para lograr la mano de Césarine, como indemnización de una pasión comprimida, y le costó menos trabajo renunciar a este matrimonio, pues lo había creído rico y lo encontraba pobre. Du Tillet espió al notario, procuró ganarse su confianza, hizo que le presentase en casa de la hermosa holandesa, procuró estudiar las relaciones que existían entre ella y Roguin y supo que amenazaba a su amante con serle infiel si le escatimaba el lujo. La hermosa holandesa era una de esas mujeres locas que ño se preocupan nunca de dónde proviene el dinero ni cómo se adquiere y que serían capaces de dar una fiesta con el producto de un parricidio. Para ella el futuro eran sus tardes y el fin de mes la eternidad, aunque tuviera que pagar facturas. Satisfecho de haber encontrado una primera palanca, du Tillet empezó por obtener de la hermosa holandesa que quisiese a Roguin por treinta mil francos anuales, en lugar de los cincuenta mil, servicio éste que rara vez olvidan los ancianos apasionados. Por fin, después de una cena, bien regada con vinos, Roguin se sinceró con du Tillet acerca de su crisis financiera. Los inmuebles estaban absorbidos por la hipoteca legal de su mujer y su pasión le había llevado a tomar de los fondos de sus clientes una suma superior ya a lo que valía la mitad de su notaría. Cuando el resto fuese devorado, el infortunado Roguin se levantaría la tapa de los sesos, pues creía disminuir el horror de la quiebra conquistando la piedad pública. Du Tillet vio una fortuna rápida y segura que brilló como un rayo en aquella noche de embriaguez, tranquilizó a Roguin y le pagó la confianza que éste había depositado en él haciéndole renunciar a la idea del suicidio.

—Aventurándose de ese modo —le dijo—, un hombre de sus alcances no debe obrar como un tonto marchando a tientas, sino actuar atrevidamente.

Y dicho esto le aconsejó que tomase una gran suma y que se la confiase para jugarla con audacia en un negocio cualquiera, en la Bolsa o en alguna especulación escogida entre las mil que se emprendían a la sazón. En el caso de ganar, fundarían ambos una casa de banca, de la cual podría sacar los beneficios para sostener su pasión. Si la suerte se volvía contra ellos, Roguin se iría a vivir al extranjero en lugar de matarse, porque su amigo du Tillet le sería fiel hasta la muerte. Este proyecto era

el cable lanzado a un hombre que se ahogaba, y Roguin no notó que el dependiente de perfumista se le enroscaba al cuello.

Dueño del secreto de Roguin, du Tillet se sirvió de él para establecer su poder sobre la mujer, la querida y el querido. Advertida de un desastre que estaba muy lejos de sospechar, madame Roguin aceptó los servicios de du Tillet, el cual se salió entonces de casa del perfumista al ver seguro su porvenir. Al taimado no le costó mucho trabajo convencer a la querida de que arriesgase una suma a fin de no verse nunca obligada a recurrir a la prostitución si le ocurría alguna desgracia. La notaría arregló sus negocios, no tardó en amontonar un capitalito, y lo entregó a un hombre en quien su marido confiaba, toda vez que el notario había dado al principio a su cómplice cien mil francos. Instalado cerca de madame Roguin de un modo que hizo transformar los intereses de aquella mujer. Du Tillet supo inspirarle la pasión más violenta. Como es natural, sus tres comanditarios le cedieron una parte, pero descontento él de esta parte, jugando a la Bolsa tuvo la audacia de entenderse con un adversario que le devolvía el importe de las supuestas pérdidas. Tan pronto como tuvo cincuenta mil francos, quedó seguro de hacer una gran fortuna; examinó, con aquella mirada de águila que le caracterizaba, las diferentes fases en que se hallaba entonces la nación, jugó a la baja durante la campaña de Francia, y al alza a la vuelta de los Borbones. Dos meses después de la vuelta de Luis XVIII, madame Roguin poseía doscientos mil francos y du Tillet cien mil escudos. El notario, para el cual du Tillet era un ángel, había restablecido el equilibrio en sus negocios. La hermosa holandesa lo disipaba todo, pues era presa de un infame cáncer llamado Maxime de Trailles, antiguo paje del emperador. Du Tillet descubrió el verdadero nombre de esta muchacha. Se llamaba Sarah Gobseck, y sorprendido de la coincidencia de este nombre con el de un usurero de quien había oído hablar, se fue a casa de este anciano prestamista, que era la Providencia de los hijos de familia, a fin de conocer hasta dónde podría llegar para él el crédito de su parienta. El Bruto de los usureros se mostró implacable con su sobrina segunda; pero du Tillet supo simpatizar con él fingiéndose banquero de Sarah y depositario de grandes sumas. La naturaleza normanda y la naturaleza usurera se aliaron mutuamente, Gobseck necesitaba un hombre joven y hábil para dirigir una pequeña operación en el extranjero. Un auditor del Consejo de Estado, sorprendido al ver la vuelta de los Borbones, había tenido la idea de ir a Alemania a hacerse dueño de los títulos de las deudas contraídas por los príncipes durante la emigración; y como quiera que este asunto era para él puramente político, ofrecía los beneficios a quien le proporcionase los fondos necesarios. El usurero no quería entregar cantidades más que a medida que se iban comprando los créditos, a fin de que examinase estos últimos alguna persona práctica. Los usureros no se fían de nadie, exigen garantías, la ocasión es el todo para ellos, y si son de hielo cuando no necesitan a un hombre, en cambio se muestran zalameros y dispuestos al sacrificio cuando ven en él alguna utilidad. Du Tillet conocía el inmenso papel que desempeñaba en la plaza de París a la sombra de los Werbrust y Gigonnet, corredores

de comercio de las rues Saint-Denis y Saint-Martin y del banquero Palma, establecido en el Faubourg Poissonnière, interesados casi siempre por Gobseck. Ofreció, pues, una fianza mediante interés, exigiendo que estos señores empleasen en sus negociaciones los fondos que él les entregase. De este modo se preparaba puntos de apoyo. Acompañó a monsieur Clément Chardin des Lupeaulx en un viaje a Alemania que duró lo que duraron los Cien Días, y volvió cuando la segunda Restauración, después de haber aumentado en más del doble su fortuna. Conocía los secretos de los calculadores más hábiles de París y había conquistado la amistad del hombre a quien había ido a vigilar a Alemania, pues aquel hábil escamoteador le había enseñado los resortes y la jurisprudencia de la alta política. Du Tillet poseía una de esas inteligencias que entienden con media palabra, y que acabó de formarse durante este viaje. Al volver, se encontró con que madame Roguin seguía siéndole fiel, y respecto al pobre notario, esperaba a Ferdinand con tanta impaciencia como su mujer, pues la hermosa holandesa le había arrumado de nuevo. Du Tillet interrogó a la hermosa holandesa, y no pudiendo ver nada en sus gastos que justificasen las sumas disipadas, acabó por descubrir el secreto que Sarah Gobseck le había ocultado tan cuidadosamente, o sea su loca pasión por Maxime de Trailles, cuya carrera de vicios y de crápula anunciaba ya lo que había de ser, esto es, uno de esos instrumentos políticos necesarios a todo buen gobierno. Al hacer este descubrimiento, du Tillet comprendió la indiferencia que sentía Gobseck por su sobrina, y en este estado de cosas el banquero du Tillet, pues se había convertido en banquero, aconsejó calurosamente a Roguin que cambiase de rumbo, embarcando a sus clientes más ricos en un negocio en que podría reservarse grandes sumas si se veía obligado a quebrar al emprender el juego de la banca. Después de altas y bajas, provechosas únicamente para du Tillet y madame Roguin, el notario vio al fin llegar la hora de su ruina, y su agonía fue entonces explotada por su mejor amigo. Du Tillet inventó la especulación relativa a los terrenos situados en torno a la Madeleine. Como es natural, los cien mil francos depositados por Birotteau en casa de Roguin fueron entregados a du Tillet, el cual, deseando perder al perfumista, hizo comprender al notario que correría menos riesgo cogiendo en sus redes a sus amigos íntimos.

—Un amigo siempre guarda consideraciones, hasta cuando le domina la cólera — le dijo.

Pocas personas saben hoy lo poco que valía en aquella época una toesa de terreno situado en la Madeleine; pero aquellos terrenos iban a ser vendidos necesariamente a menor valor del que tenían por el momento, a causa de la obligación en que se hallarían de buscar compradores que se aprovecharan de la ocasión. Ahora bien, du Tillet quería estar en situación de recoger los beneficios sin soportar las pérdidas de una especulación. Expresándonos en otros términos, diremos que su plan consistía en matar el negocio para adquirirlo a bajo precio y darle vida después. En semejante situación, Gobseck, Palma, Werbrust y Gigonnet se prestaban mutua ayuda; pero du Tillet no tenía bastante intimidad con ellos para coaligarse y, por otra parte, quería

dirigir el negocio tan a la sombra, que lograrse recoger los provechos del robo sin sufrir sus afrentas. Sintió, pues, la necesidad de tener uno de esos maniqués ambulantes llamados testafierros. El supuesto juego de Bolsa, que empezó por labrar su fortuna, le pareció más a propósito para su objeto, y asumiendo derechos divinos, empezó creando un hombre. De un antiguo viajante de comercio sin más recursos ni capacidad que la de hablar indefinidamente acerca de toda clase de asuntos sin decir nada, sin un céntimo, pero capaz de comprender un papel y desempeñarlo a las mil maravillas, du Tillet hizo un banquero que preparaba y dirigía las mayores empresas como jefe de la casa Claparon. El destino de Charles Claparon era el de ser entregado a los judíos y a los fariseos si los asuntos emprendidos por du Tillet llegasen a una quiebra; pero para un pobre diablo que se paseaba melancólicamente por los bulevares con un porvenir de un par de sueldos diarios cuando lo encontró su compañero du Tillet, las partes a que tenía derecho en cada negocio fueron un Eldorado. Así es que su amistad y su abnegación por du Tillet, excitados por las necesidades de una vida libertina y crapulosa, le hacían decir *amén* a todo. Por otra parte, después de haber vendido su honor, acabó por unirse a su antiguo compañero como se une un perro a su amo. Claparon era un perro faldero muy feo, pero dispuesto siempre a obedecer. En la actual combinación tenía que representar a la mitad de los compradores de los terrenos, como César Birotteau representaba a la otra mitad. Los valores que Claparon recibiría de Birotteau serían descontados por uno de los usureros cuyo nombre podía emplear du Tillet a fin de precipitar a Birotteau a los abismos de una quiebra cuando Roguin le privase de los fondos. Los síndicos de la quiebra obrarían por inspiración de du Tillet, el cual, como depositario del dinero dado por el perfumista, y su acreedor bajo diferentes nombres, haría subastar los terrenos y los compraría por la mitad de su valor. El notario tenía su parte en este plan, creyendo obtener una gran porción de los preciosos restos del perfumista y de sus cointeresados; pero el hombre discreto a quien se entregaba debía llevarse la parte del león. Roguin, que no podía perseguir a du Tillet ante los tribunales, se consideró feliz con el hueso que le daban a roer cada mes, allá en el interior de Suiza, donde encontró bellezas a precios módicos. No fue una meditación de autor trágico inventando una intriga, sino las circunstancias las que engendraron este horrible plan. El odio sin deseo de venganza es un grano infecundo; pero la venganza jurada a César por du Tillet era uno de los sentimientos más naturales, o es preciso negar la querrela entre los ángeles malditos y los ángeles de la luz. Sin grandes inconvenientes, du Tillet no podía asesinar al único hombre de París que le conocía como culpable de un robo doméstico; pero podía sumirlo en la vergüenza y aniquilarlo hasta el punto de hacer imposible su testimonio. Durante mucho tiempo, la venganza había germinado en su corazón sin florecer; pues las gentes más rencorosas hacen en París pocos planes, ya que la vida es allí demasiado rápida y está demasiado llena de imprevistos accidentes; pero también es preciso confesar que si esas perpetuas oscilaciones no permiten la premeditación, secundan los pensamientos

encerrados en el fondo del corazón del hombre que es bastante político para acechar sus probabilidades. Cuando Roguin hizo su declaración a du Tillet, éste entrevió vagamente en él la esperanza de destruir a César, y no se había engañado. En vísperas de abandonar a su ídolo, el notario bebía el resto del filtro contenido en la copa rota, iba todos los días a los Campos Elíseos y regresaba a su casa de madrugada. Así es que la desconfiada madame Birotteau tenía razón. Cuando un hombre se resuelve a desempeñar el papel que du Tillet había señalado a Roguin, adquiere el talento de un gran comediante, la vista de un lince y la penetración de un vidente, y sabe magnetizar a su víctima, de suerte que el notario vio a Birotteau mucho antes de que Birotteau le hubiese visto a él, y cuando el perfumista le miró, Roguin le tendió ya la mano desde lejos.

—Acabo de hacer el testamento de un gran personaje al que no le quedan ocho días de vida —dijo Roguin con el aire más natural del mundo—, pero me han tratado como a un médico de aldea; me fueron a buscar en coche y vuelvo a pie.

Estas palabras disiparon la ligera nube de desconfianza que había oscurecido la frente del perfumista, nube que Roguin entrevió, guardándose bien de hablar del asunto de los terrenos por tener la seguridad de que, haciéndolo, espantaría a su víctima.

—Después de los testamentos, los contratos de matrimonio —dijo Birotteau—. Así es la vida. Y a propósito, ¿cuándo emprendemos lo de la Madeleine, papá Roguin? Je, je —añadió dándole algunos golpecitos en el vientre.

Entre hombres, la pretensión de los más castos burgueses es parecer avispados.

—Si no se hace hoy, no se hará nunca —respondió el notario con aire diplomático—. Tememos que el asunto se haga público, y yo tengo dos o tres clientes que me están dando prisa para que comience la especulación. De modo que hay que decidirse o dejarlo. Después de las doce empezaré a hacer las actas, y sólo hasta la una tendrá usted tiempo. Adiós, ahora voy precisamente a leer las minutas que mi pasante haya hecho anoche.

—Pues bien, cosa hecha, cuente usted con mi palabra —dijo Birotteau corriendo tras el notario para estrecharle la mano—. Puede usted disponer de los cien mil francos que habían de servir de dote a mi hija.

—Está bien —dijo Roguin alejándose.

El tiempo que Birotteau tardó en ir, desde el puesto en que estaba el notario, al lado de Popinot, sintió en las entrañas un violento calor, su diafragma se contrajo y sus oídos zumbaron.

—¿Qué tiene usted, señor? —le preguntó el dependiente al verle palidecer.

—¡Ah!, hijo mío, con una palabra acabo de emprender un gran negocio y nadie es dueño de sus emociones en casos semejantes. Por otra parte, tú no eres ajeno a él, y por eso te he traído aquí, donde nadie nos escuchará y podremos hablar a nuestras anchas. Tu tía está en mala posición. ¿En qué ha podido perder su dinero? —le preguntó.

—Señor, mi tío y mi tía tenían sus fondos en casa de madame Nucingen, y se han visto obligados a reembolsarle en acciones de las minas de Wortschin, que todavía no dan intereses, y a su edad es difícil vivir de esperanzas.

—¿Pero de qué viven?

—Me han hecho el favor de aceptar mis ahorros y mi sueldo.

—Bien, bien, Anselme, eres digno del cariño que siento por ti —dijo el perfumista derramando una lágrima—, y espero que recibas una gran recompensa por el interés que te tomas por mis negocios.

Mientras decía estas palabras con ese sensible énfasis, expresión de su superioridad postiza, el negociante crecía tanto a sus propios ojos como a los de Popinot.

—¡Cómo! ¿Habrá usted adivinado mi pasión por...?

—¿Por quién? —dijo el perfumista.

—Por mademoiselle Césarine.

—Muchacho, eres muy atrevido —exclamó Birotteau—. Pero guarda tu secreto, prométeme olvidarlo y mañana saldrás de mi casa. No es que me parezca mal, porque, ¡diablo!, ya lo creo, en tu lugar yo haría lo mismo. ¡Es tan guapa!

—¡Ah!, señor —dijo el dependiente, cuya camisa estaba bañada en sudor.

—Hijo mío, este asunto no es para tratarlo en un día; Césarine es dueña de hacer lo que quiera, y por otra parte, su madre tiene sus proyectos. Así es que comprímete, enjúgale los ojos, contén tu pasión y no hablemos más de ella. No es que yo me avergonzase de tenerte por yerno, siendo, como eres, sobrino de monsieur Popinot, juez de la Audiencia. Como sobrino de los Ragon, tienes derecho a medrar como puede tenerlo cualquier otro; pero hay muchos *peros*, *pues*, y *síes*. ¡Vaya una salida en el momento en que te estoy hablando de negocios! Mira, siéntate en esa silla y que el enamorado desaparezca para dejar paso al comerciante. Popinot, ¿eres hombre de corazón? —dijo mirando a su dependiente—. ¿Te sientes con valor para luchar a brazo partido con otro más fuerte que tú?

—Sí, señor.

—¿Te sientes con ánimo para sostener un combate largo y peligroso?...

—¿De qué se trata?

—De reventar el *Aceite Macassar* —dijo Birotteau poniéndose de pie como un héroe de Plutarco—. No nos engañemos; el enemigo es fuerte y temible. El *Aceite Macassar* ha sido magníficamente trabajado. La concepción es hábil. Los frascos cuadrados tienen la originalidad de la forma. En mi proyecto, yo he pensado en hacerlos triangulares; pero después de maduras reflexiones, creo que serían preferibles las botellas de vidrio con funda de caña, porque tendrían cierto aire misterioso, cosa que gusta siempre al consumidor, porque le intriga.

—Eso es costoso —dijo Popinot—. Sería preciso ponerlo todo lo más barato posible, a fin de hacer grandes remesas a los vendedores al por menor.

—Bien, muchacho, esos son los verdaderos principios. No olvides que el *Aceite*

Macassar se defenderá; es especioso y tiene un nombre seductor. Lo presentan como una importación extranjera, y nosotros tenemos la desgracia de ser de nuestro país. Vamos a ver, Popinot, ¿te sientes con fuerzas para matar a *Macassar*? En primer lugar, tú le llevarás ventaja en las expediciones a ultramar, porque, al parecer, *Macassar* está realmente en las Indias, y en este caso es más natural enviar el producto francés a las Indias, que no el que es reputado de proceder de su país. Hay que luchar en el extranjero y en los departamentos. Ahora bien, el *Aceite Macassar* ha sido muy anunciado, tiene poder y el público lo conoce.

—Yo lo aplastaré —exclamó Popinot con entusiasmo.

—¿De qué modo? —le dijo Birotteau—. Así es el ardor de los jóvenes. Escúchame hasta el fin.

Anselme se cuadró como un soldado ante un mariscal de Francia.

—Popinot, yo he inventado un aceite para activar el crecimiento del cabello, tonificar el cuero cabelludo y mantener el color del pelo, sea éste de hombre o de mujer.

Esa esencia tendrá éxito como mi pasta y mi agua; pero no quiero explotar este secreto por mí mismo, porque yo pienso retirarme del comercio. Hijo mío, tú serás el que lanzará mi *Aceite Comágeno* (de la palabra latina coma, que significa cabello, según ha dicho monsieur Alibert, médico del rey). Esta palabra se encuentra en la tragedia de Berenice, donde Racine saca un rey de Comágeno, amante de aquella hermosa reina tan célebre por su cabellera, el cual amante, sin duda por adulación, dio este nombre a su reino. ¡Qué salidas tienen esos grandes genios! Descienden hasta a los detalles más insignificantes.

El pequeño Popinot conservó su seriedad escuchando este ridículo paréntesis, dicho evidentemente para él, que tenía instrucción.

—Anselme, he fijado en ti mis ojos para fundar una gran droguería en la rue des Lombards —dijo Birotteau—. Yo seré tu asociado secreto y te proporcionaré los primeros fondos. Después del *Aceite Comágeno* ensayaremos la esencia de vainilla y el espíritu de menta, revolucionando la droguería y vendiendo sus productos concentrados, en vez de venderlos al natural. ¿Estás así contento, joven ambicioso?

Anselme estaba tan emocionado que no podía responder; pero sus ojos, anegados en llanto, respondían por él. Esta oferta parecía dictada por una indulgente paternidad que le decía: «Alcanza a Césarine ganando riqueza y consideración».

—Señor, yo también medraré —respondió al fin Popinot tomando por asombro la emoción de Birotteau.

—Así era yo —exclamó el perfumista—, ésas eran mis palabras constantes. De todos modos, si no obtienes a mi hija, obtendrás por lo menos una fortuna. Pero ¿qué te pasa, muchacho?

—Déjeme usted al menos esperar que adquiriendo una obtendré la otra.

—Yo no puedo impedirte que esperes, hijo mío —le dijo Birotteau conmovido por el tono de Anselme.

—Está bien, señor. ¿Puedo desde hoy tomar mis medidas para buscar una tienda y comenzar cuanto antes?

—Sí, hijo mío. Mañana iremos los dos a encerrarnos en la fábrica. Antes de ir al barrio de la rue des Lombards, pasa por casa de Livingston para saber si mi prensa hidráulica podrá funcionar mañana. Esta noche, a la hora de comer, iremos a casa del ilustre y bueno monsieur Vauquelin para consultarle. Este sabio se ha ocupado recientemente de la composición de los cabellos y ha indagado cuál era su sustancia colorante, de dónde provenía y cuál era su contextura. Todo estriba en esto, Popinot. Tú sabrás mi secreto y sólo se tratará de explotarlo con inteligencia. Antes de ir a ver a Livingston pasa por casa de Pieri Bénard. Hijo mío, el desinterés de monsieur Vauquelin es uno de los grandes dolores de mi vida; es imposible hacerle aceptar nada. Afortunadamente, he sabido por Chiffreville que ansiaba poseer una virgen de Dresde, grabada por un tal Müller, y después de dos años de correspondencia con Alemania, Bénard acabó por encontrarla en papel de China. Cuesta mil quinientos francos, y hoy nuestro bienhechor ha de verla en su antesala, con marco y todo, cuando salga a despedimos. De este modo tendrá un recuerdo de mi mujer y mío; y no digo nada de agradecimiento porque hace ya dieciséis años que rogamos por él todos los días. Yo no lo olvidaré nunca. Pero mira, Popinot: los sabios, sumidos en la ciencia, lo olvidan todo, mujeres, amigos, protegidos. A nosotros, nuestra poca inteligencia nos permite al menos tener el corazón amante, y esto le consuela a uno de no ser un gran hombre. Esos señores del Instituto son todo cerebro; ya lo verás. Nunca les encuentra uno en la iglesia. Monsieur Vauquelin está siempre en su gabinete o en su laboratorio, y yo creo que debe pensar en Dios mientras analiza sus obras. Conque, quedamos entendidos, ¿eh? Yo te proporcionaré el capital, te pondré en posesión de mi secreto e iremos a medias, sin necesidad de levantar ninguna acta. Si salimos airoso haremos fortuna. Corre, hijo mío, yo voy a mis negocios. Escucha, Pópilot: dentro de veinte días voy a dar un baile; encárgate una levita y preséntate como un comerciante hecho y derecho.

Este último rasgo de bondad conmovió de tal modo a Popinot que cogió la gruesa mano de César y la besó. El buen hombre había halagado al enamorado con esta confianza y las gentes enamoradas son capaces de todo.

—¡Pobre muchacho! —dijo Birotteau viéndole correr por las Tullerías—. ¡Si Césarine le amase! Pero, ¡ca!, es cojo, tiene el pelo de un color terroso y las jóvenes son tan raras que no creo que Césarine... Además, su madre quiere que sea mujer de un notario. Alexandre Crottat la hará rica, y la riqueza lo hace todo soportable, mientras que no hay dicha que no sucumba a la miseria. En fin, he resuelto dejar a mi hija dueña de sí misma siempre que no intente una locura.

El vecino de Birotteau era un comerciante de paraguas, sombrillas y bastones, llamado Cayron, natural del Languedoc, al cual le iban mal los negocios, por lo que Birotteau se había visto obligado varias veces a hacerle favores. Cayron no deseaba otra cosa que limitarse a su tienda y ceder al rico perfumista las dos piezas del primer

piso, a fin de ahorrarse su alquiler.

—Conque, vecino —dijo familiarmente Birotteau entrando en casa del tratante en paraguas—, mi mujer consiente en aumentar nuestro local, y si usted quiere podemos ir a las once a casa de monsieur Molineux.

—Querido monsieur Birotteau —repuso el tratante en paraguas—, yo no le he exigido a usted nunca nada por esa cesión; pero usted sabe que un buen comerciante debe sacar raja de todo.

—¡Diablo, diablo! —respondió el perfumista—. No crea usted que yo soy un ricacho. Ignoro si mi arquitecto encontrará la cosa factible. Antes de hacer nada me dijo que era preciso ver si el pavimento estaba a nivel. Además, es necesario que monsieur Molineux dé su consentimiento para perforar el muro y ver si éste es o no medianero. Finalmente, tengo que cambiar la escalera de mi casa, lo cual me acarreará muchos gastos, y yo no quiero arruinarme.

—¡Oh!, señor, cuando usted se haya arruinado, el sol se habrá juntado con la tierra.

Birotteau se acarició la barba, se levantó sobre las puntas de los pies y volvió a caer sobre los talones.

—Por lo demás —repuso Cayron—, lo único que le pido a usted es que me tome estos valores.

Y diciendo esto le presentó un estado de cinco mil francos, compuesto de dieciséis letras.

—¡Ah! —dijo el perfumista hojeando los efectos—. Letritas a dos y tres meses.

—Tómelas usted al seis por ciento únicamente —dijo el comerciante con aire humilde.

—¿Cree usted acaso que yo ejerzo la usura? —dijo el perfumista medio ofendido.

—¡Dios mío!, señor, no se enfade. Fui a casa de su antiguo dependiente du Tillet y no los quiso a ningún precio, sin duda para saber lo que yo consentía perder.

—Yo no conozco esas firmas —dijo el perfumista.

—¡Es que hay nombres tan raros en el comercio de paraguas y bastones! Son todos buhoneros.

—Bueno, no digo que lo tome todo; pero aceptaré los que tienen plazos más breves.

—Por mil francos que hay a cuatro meses, no me obligue usted a acudir a los usureros, que nos chupan los beneficios. Tómelo usted todo, señor. Tengo tan poco crédito, que es la causa de que yo me vea tan mal.

—Vamos, acepto las letras. Célestin hará las cuentas. A las once esté usted listo. Aquí está monsieur Grindot, mi arquitecto —añadió el perfumista viendo llegar al joven con quien se había citado la víspera en casa de monsieur de La Billardière—. Vamos, veo que es usted puntual, contra la costumbre de los hombres de talento —dijo César al arquitecto desplegando sus más distinguidas gracias comerciales—. Como dijo un rey que fue hombre de tanta gracia como hábil político, si la exactitud

es la cortesía de los reyes, es también la fortuna de los negociantes. El tiempo, señor mío, el tiempo es oro, sobre todo para ustedes los artistas. La arquitectura es la reunión de todas las artes. No pasemos por la tienda —añadió encaminándose a la falsa puerta cochera de su casa.

Cuatro años antes, monsieur Grindot había ganado el primer premio de arquitectura y volvía de Roma, después de haber permanecido allí tres años a expensas del Estado. En Italia, el joven artista pensaba en el arte, y en París pensaba en la fortuna. El gobierno es el único que puede dar a un arquitecto los millones necesarios para edificar su gloria. Al volver de Roma, es tan natural creerse Fontaine o Percier, que todo arquitecto ambicioso se inclina al ministerialismo; el pensionista liberal, convertido en monárquico, procuraba, pues, captarse la protección de las gentes influyentes. Cuando un alumno premiado obra de este modo, sus compañeros le llaman intrigante. El joven arquitecto tenía dos partidos que tomar: servir al perfumista o ponerle a contribución; pero Birotteau, el teniente de alcalde; Birotteau, el futuro dueño de la mitad de los terrenos de la Madeleine, en torno de la cual se construiría tarde o temprano un hermoso barrio, era hombre digno de ser halagado. Grindot inmoló, pues, sus ganancias presentes por los beneficios futuros. Escuchó pacientemente los planes, los dichos y las ideas de esos burgueses, blanco constante de las pullas y de las bromas del artista y eterno objeto de desprecio, y siguió al perfumista haciendo con la cabeza movimientos de asentimiento a sus frases. Cuando el perfumista se hubo explicado, el joven arquitecto procuró resumir su plan.

—De modo que tiene usted tres ventanas a la calle y además la ventana perdida en el descansillo de la escalera, y añade usted a estas cuatro ventanas las dos que están al mismo nivel en la casa vecina, cambiando de sitio la escalera con el fin de que la habitación que mira a la calle sea toda a pie llano, ¿no es eso?

—Me ha comprendido usted perfectamente —dijo el perfumista asombrado.

—Para realizar su plan hay que alumbrar por arriba la nueva escalera y hacer la habitación para el portero debajo del zócalo.

—Un zócalo...

—Sí, es la parte en que descansará...

—Comprendo, comprendo.

—Respecto a su habitación, déjeme usted carta blanca para distribuirla y decorarla. Quiero hacerla digna...

—¿Digna? Pero, sí, está bien, ésa es la frase.

—¿Qué tiempo me concede usted para proyectar el cambio?

—Veinte días.

—¿Y qué suma piensa usted emplear en la mano de obra? —dijo Grindot.

—Eso puede usted decírmelo.

—Un arquitecto presupuesta una construcción nueva sin engañarse en un céntimo —respondió el joven—; pero como yo no sé lo que es embaucar a un ricacho... (dispense usted, señor, se me ha escapado la palabra), debo advertirle que es

imposible presupuestar una reparación o una compostura. En ocho días, difícilmente podría llegar a hacer un presupuesto aproximado. Concédame usted su confianza. Tendrá una bonita escalera iluminada con luz cenital, adornada con un bonito vestíbulo, y debajo el zócalo.

—Siempre ese zócalo...

—No se apure usted; yo veré de hacer de él una bonita habitación para el portero. La vivienda será estudiada y restaurada con amor. Sí, señor, no tema usted, me guiará el arte y no la fortuna. Lo que a mí me conviene ante todo es ganar fama, y a mi juicio, para esto lo mejor es trabajar bien y barato.

—Joven, con esas ideas medrará usted —dijo Birotteau con tono protector.

—De modo que —repuso Grindot —entiéndase usted directamente con los albañiles, los pintores, los carpinteros y los cerrajeros, y yo me encargo de proporcionarle los planos. Concédame usted únicamente dos mil francos de honorarios y créame que no le pesará. Permítame que empiece el trabajo mañana a las doce e indíqueme quiénes son los obreros.

—¿Y a cuánto cree usted que puede ascender el gasto, así, a bulto? —dijo Birotteau.

—A diez o doce mil francos —contestó Grindot—. Pero sin contar el mobiliario, que creo que lo renovará usted. Deme la dirección de su tapicero, y yo me entenderé con él para indicarle los colores a fin de obtener un conjunto agradable.

—Mi tapicero es monsieur Braschon, que vive en la rue de Saint-Antoine —dijo el perfumista con aire ducal.

El arquitecto anotó esta dirección en una de esas carteras que provienen siempre de alguna mujer bonita.

—Bueno —dijo Birotteau—, confío en usted. Únicamente que tiene usted que esperar a que yo haya arreglado la cesión del arriendo de los dos cuartos vecinos y a que haya obtenido permiso para perforar el muro.

—Recuérdemelo usted con una carta esta tarde —dijo el arquitecto—. Tengo que pasar la noche haciendo planos para mí, y siempre prefiero trabajar para el público que para el diablo, es decir, para nosotros. De todos modos voy a tomar las medidas y la altura de las ventanas.

—Ya sabe usted que ha de estar para el día indicado; de lo contrario, no hay nada de lo dicho —dijo Birotteau.

—Pierda usted cuidado —dijo el arquitecto—. Los obreros tendrán que trabajar de noche y se emplearán ciertos procedimientos para secar las pinturas. Pero no se deje usted atrapar por los contratistas, pídale el precio de antemano y haga escritura.

—París es el único lugar del mundo en que se pueden operar tales transformaciones —dijo Birotteau haciendo un gesto asiático digno de *Las Mil y una Noches*—. Caballero, me hará usted el honor de asistir a mi baile. No todos los hombres de talento participan de ese desprecio que la generalidad siente por el comercio, y aquí verá usted sin duda a un sabio de primer orden, a monsieur

Vauquelin, del Instituto, y además a monsieur de La Billardière, a monsieur el conde de Fontaine, a monsieur Lebas, juez, y al presidente del Tribunal del Comercio. De la Magistratura vendrán monsieur el conde de Granville, del Tribunal Supremo; monsieur Popinot, de la Audiencia; monsieur Camusot, del Tribunal del Comercio; monsieur Cardot, su suegro, y... tan vez monsieur el duque de Lenoncourt, primer hidalgo de la Cámara del rey. Reúno a algunos amigos, tanto para celebrar la libertad del territorio como para conmemorar mi promoción para la Orden de la Legión de Honor... (Grindot hizo un gesto raro). Tal vez... me he hecho digno de este... insigne... y regio favor formando parte del Tribunal Consular y peleando por los Borbones en los peldaños de Saint-Roch, el 13 de Vendimiario, donde fui herido por Napoleón. Estos títulos...

Constance, vestida en traje de mañana, salió del dormitorio de Césarine, donde se había vestido, y con su primera mirada cortó de raíz la verbosidad de su marido, que procuraba formular una frase normal para comunicar con modestia sus grandezas al prójimo.

—Mira, Mimí, aquí tienes a monsieur de Grindot, joven distinguido y de gran talento. Es el arquitecto que nos recomendó monsieur de La Billardière para dirigir aquí nuestros trabajos.

El perfumista se escondió de su mujer para hacer al arquitecto una seña llevándose el dedo a los labios, y el artista comprendió.

—Constance, el señor va a tomar medidas; con que déjale hacer, ¿eh? —dijo Birotteau largándose.

—¿Costará mucho eso? —preguntó Constance al arquitecto.

—No, madame; así, a bulto, unos seis mil francos.

—¡A bulto! —exclamó madame Birotteau—. Caballero, le ruego que no comience sin hacer el presupuesto y señalar precios fijos. Yo conozco el modo de ser de los señores contratistas y sé que seis mil quiere decir veinte mil. No estamos para hacer locuras. Aunque mi marido sea dueño de su casa, le ruego a usted, señor, que le deje tiempo para reflexionar.

—Madame, monsieur el teniente de alcalde me ha dicho que ha de estar acabada la obra dentro de veinte días, y si empezamos con retrasos nos exponemos a hacer el gasto sin obtener el resultado.

—Hay gastos y gastos —dijo la hermosa perfumista.

—¡Eh! Madame, ¿cree usted que ha de ser muy glorioso para un arquitecto que quiere levantar monumentos el decorar una habitación? Si desciendo a esto es por dar gusto a monsieur de La Bellardière, y si le asusto a usted... —dijo haciendo un gesto para retirarse.

—Bien, bien, caballero —dijo Constance entrando en el cuarto y abrazando a su hija Césarine—. ¡Ah, hija mía, tu padre se arruma! Va a echar la casa por la ventana para construimos un Louvre. César se da siempre prisa para hacer locuras; esta noche me habló de su proyecto y esta mañana lo ha ejecutado.

—¡Bah!, mamá, déjale a papá hacer lo que quiera, que Dios siempre le ha protegido —dijo Césarine abrazando a su madre y sentándose al piano para demostrar que la hija de un perfumista no desconocía las bellas artes.

Cuando el arquitecto entró en el dormitorio, quedó sorprendido al notar la belleza de Césarine. Salida de su cuarto en traje de mañana, Césarine, fresca y rosada como es rosada y fresca una joven a los dieciocho años, rubia y delgada, de ojos azules, ofrecía a las miradas del artista esa elasticidad tan rara en París que redondea las carnes más delicadas y matiza el azul de las venas, cuyas redes palpitan en la superficie de la tez. Aunque vivía en la linfática atmósfera de una tienda parisiense, donde el aire se renueva difícilmente y donde el sol penetra poco, sus costumbres le procuraban los beneficios de la vida al aire libre de una transteverina de Roma. Una cabellera abundante, levantada por atrás de manera que dejase ver su cuello fresco y sensual, ostentaba sus bien cuidados rizos, como los cuidan todas las dependientas de almacén a quienes el deseo de ser llamativas les lleva a ocuparse de las minucias más inglesas en materia de tocador. La belleza de aquella joven no era la de una lady, ni la de las duquesas francesas, sino la propia de las flamencas de Rubens. Césarine tenía la nariz respingona, como su padre, pero graciosa por la finura de sus contornos. Su piel anunciaba en ella la vitalidad de una virgen. Poseía la hermosa frente de su madre, pero iluminada por la serenidad de una joven que no tiene preocupaciones ni quebraderos de cabeza. Sus ojos azules denotaban la suave gracia de una rubia feliz. Si la tenacidad privaba a su cara de esa poesía que los pintores comunican siempre a sus composiciones colocando las figuras en actitud demasiado pensativa, la vaga melancolía física que padecen todas las jóvenes que no han dejado nunca el regazo materno le transmitía un no sé qué de ideal. A pesar de la finura de sus formas, disfrutaba de una hermosa contextura, sus pies acusaban el humilde origen de su padre y toda ella pecaba por un defecto de raza y tal vez también por el color rojizo de sus manos, señal de una vida puramente burguesa. Se adivinaba que tarde o temprano tenía que llegar a ponerse gruesa. Observando a algunas mujeres elegantes, había acabado por adquirir cierto gusto, algunos movimientos de cabeza y una manera de hablar y de moverse que la hacían parecer distinguida, y enloquecía a los jóvenes y a los dependientes, los cuales la consideraban una reina. Popinot se había jurado no tener nunca más mujer que Césarine. Aquella rubia dispuesta a romper en llanto ante la menor palabra de reproche, era la única que podía hacerle sentir y comprender su superioridad masculina. Aquella muchacha encantadora inspiraba amor sin dar tiempo a examinar si tenía bastante ingenio para hacerlo duradero; pero, ¿de qué serviría lo que se llama en París *l'esprit*, en una clase en que el elemento principal de la dicha es el buen sentido y la virtud? En la parte moral, Césarine era igual que su madre, si bien un poco perfeccionada por las superfluidades de la educación; le gustaba la música, dibujaba a difumino la *Virgen en la silla* y leía las obras de M. Cottin y Riccoboni, Bernardin de Saint-Pierre, Fénelon y Racine. No estaba nunca al lado de su madre en el mostrador, más que algunos momentos antes

de sentarse a la mesa, o para reemplazarla en raras ocasiones. Como todos los advenedizos que parecen afanarse por cultivar la ingratitud de sus hijos procurándoles más comodidades que las que ellos mismos tienen, los esposos Birotteau se complacían en deificar a Césarine, la cual tenía afortunadamente las virtudes de la clase media y no abusaba de la debilidad de sus padres.

Constance contemplaba al arquitecto con aire inquieto y solícito, enseñando a su hija los extraños movimientos del metro con que Grindot tomaba sus medidas. La pobre encontraba todo aquello de muy mal agüero; hubiera querido que las paredes fuesen menos altas y las piezas menos grandes y no se atrevía a interrogar al joven acerca de los trabajos.

—No tenga usted cuidado, madame, que no me llevaré nada —dijo el artista riéndose.

Césarine no pudo menos de sonreír.

—Señor —dijo Constance con voz suplicante, sin notar lo dicho por el arquitecto—, procure usted ser económico, y más tarde podremos recompensarle.

Antes de ir a casa de monsieur Molineux, propietario de la casa vecina, César quiso pasar por casa de Roguin a buscar el acta que Alexandre Crottat debía tenerle preparada para aquella cesión de arriendo, y al salir vio a du Tillet en la ventana del despacho de Roguin. Aunque la unión de su antiguo dependiente con la mujer del notario contribuyese a hacer natural el encuentro de du Tillet a la hora en que se hacían los tratados relativos a los terrenos, Birotteau no dejó de inquietarse, a pesar de su mucha confianza. El aire animado de du Tillet anunciaba una discusión.

«¿Entrará él en el negocio?», se preguntó llevado de su prudencia comercial.

La sospecha pasó por su alma como un rayo, pero, al volverse, vio a madame Roguin y entonces la presencia del banquero no le pareció ya sospechosa.

«Sin embargo, si Constance tuviese razón... Pero ¡qué tonto soy! ¿Quién hace caso de las mujeres? Por otra parte, esta mañana le hablaré de ello a mi tío. Del patio de Batave, donde vive ese monsieur Molineux, a la rue de Bourdonnais, no hay más que un paso.

Un observador desconfiado, un comerciante que hubiera tropezado en su carrera con algunos bribones, se habría salvado; pero los antecedentes de Birotteau, la incapacidad de su espíritu, poco apto para remontar la serie de inducciones por medio de las cuales llega un hombre al conocimiento de las causas, y todo su modo de ser, le perdió. Encontró al tratante en paraguas muy endomingado, y se iba ya con él a casa del propietario, cuando Virginie, su cocinera, le cogió del brazo diciéndole:

—Monsieur, madame no quiere que vaya usted...

—Vaya, ideas de mujeres —exclamó Birotteau.

—...Sin tomar la taza de café que le espera.

—¡Ah!, es verdad, vecino —dijo Birotteau a Cayron—, tengo tantas cosas en la cabeza, que no hago caso del estómago. Hágame el favor de ir delante y ya nos encontraremos en la puerta de monsieur Molineux, a menos que no quiera usted

explicarle el asunto que nos lleva para no perder tanto tiempo.

Monsieur Molineux era ese pequeño rentista grotesco que no existe más que en París, como cierto liquen que no crece más que en Islandia. Esta comparación es tanto más justa, cuanto que aquel hombre pertenecía a una naturaleza mixta, a un reino animal-vegetal que un nuevo Mercier podría formar de los criptógamos que brotan, florecen o mueren sobre, o debajo de los muros de diferentes casas extrañas y malsanas, que son siempre preferidas por esos seres. Al primer golpe de vista, esta planta humano-umbelífera, a juzgar por el casquete azul que la cubría, con tallo rodeado de un pantalón verdoso, con raíces bulbosas envueltas en zapatillas de tela, ofrecía a las miradas una fisonomía insípida que no denotaba nada de venenoso. En aquel extraño producto hubieseis reconocido al accionista por excelencia, que cree en todas las noticias que la prensa periódica bautiza con su tinta y que lo ha dicho todo en esta sola frase: «Lea usted el periódico». El burgués esencialmente amigo del orden y siempre en insurrección moral contra el poder, al que obedece a pesar de todo, insensible como un alguacil cuando se trata de su derecho, criatura débil en conjunto y feroz en detalle, que da murajes frescos a los pájaros y tripas de pescado a su gato, desconfiado como un carcelero, pero que aporta su dinero para un mal asunto e intenta luego recobrarlo mediante una crasa avaricia, es el retrato de monsieur Molineux. La ponzoña de esta flor híbrida no se notaba más que a fuerza de uso, y para denotar su nauseabunda amargura, exigía la cocción de un comercio cualquiera en el cual sus intereses estuvieran mezclados con los de los demás hombres. Como todos los parisienses, Molineux experimentaba una necesidad de dominio y deseaba esa parte de soberanía más o menos considerable que ejerce todo el mundo, aunque sea portero, sobre un número mayor o menor de víctimas, mujer, hijo, dependiente, inquilino, caballo, perro o mono, los cuales sufren de rechazo las mortificaciones recibidas por su amo en la esfera superior a que éste aspira. Aquel enojoso ancianito no tenía mujer, hijo, sobrino ni sobrina; y maltrataba demasiado a su criada para que ésta no evitase otro contacto con él que el cumplimiento de sus deberes. Sus apetitos de tiranía estaban, pues, engañados, y para satisfacerlos había estudiado pacientemente la ley acerca del contrato de inquilinato y había profundizado la jurisprudencia por la que se rigen las casas de París en sus detalles infinitamente pequeños de término, confines, límites, servidumbres, impuestos, cargas, colgaduras para el Corpus, tubos de desagüe, luces, salidas a la vía pública y vecindad de establecimientos insalubres. Sus medios y su actividad, toda su alma, la empleaba él en mantener en completo pie de guerra su estado de propietario, que él había convertido en diversión, y ésta pasaba a ser monomanía. Le gustaba proteger a los ciudadanos contra toda ilegalidad, pero como los motivos de queja eran raros, su pasión acabó por cifrarse en los inquilinos. Un inquilino se convertía en su enemigo, su inferior, su súbdito, su feudatario, creía tener derecho a sus respetos y consideraba como un grosero al que pasaba por su lado sin decirle nada. Escribía él mismo sus recibos y los enviaba a las doce del día en que vencían. El inquilino que se retrasaba

recibía un aviso a hora fija, y si faltaba, el embargo, las costas y toda la caballería judicial iban contra él con la rapidez de una máquina. Molineux no concedía plazos ni dilaciones, y en lo relativo al alquiler, su corazón era una roca.

—Le prestaré dinero si lo necesita —le decía a un hombre solvente—, pero págume el alquiler, porque todo retraso ocasiona pérdida de intereses de la cual las leyes no nos indemnizan.

Después de un largo examen de los caprichos de los inquilinos que no ofrecían nada de normal, y que se sucedían derribando las instituciones de sus antepasados cual si fuesen dinastías, Molineux se había señalado una norma y la observaba religiosamente. Así, pues, cumpliendo esto, el buen hombre no reparaba nada, sus chimeneas no echaban nunca humo, sus escaleras estaban limpias, los tabiques blancos, las cornisas irreprochables, los pisos inflexibles, las pinturas en estado satisfactorio, las llaves y cerraduras sólo tenían tres años, no faltaba ningún cristal, las hendiduras no existían, no veía roturas más que cuando abandonaban la casa, y para recibir o entregar las llaves de la misma iba acompañado siempre de un cerrajero y de un hojalatero. Por lo demás, el inquilino quedaba en libertad de mejorar; mas si el imprudente restauraba la habitación, el diminuto Molineux pensaba noche y día en la manera de desalojarle a fin de recobrar la habitación recientemente decorada, le acechaba, le esperaba y entablaba su serie de malos procedimientos. Conocía todas las astucias de la legislación parisiense acerca de los arriendos. Quisquilloso, meticoloso y aficionado a escribir, dirigía cartas cariñosas y corteses a sus inquilinos; pero en el fondo de su estilo, al igual que bajo su fisonomía insípida y repulsiva, se ocultaba el alma de Shylock. Exigía siempre seis meses anticipados y el cortejo de las espinosas condiciones que había inventado. Iba a ver siempre si los pisos estaban provistos de muebles suficientes para responder del alquiler, y cuando adquiría un inquilino nuevo, lo sometía a la policía de sus informes, pues no le gustaban ciertas profesiones y el más ligero martillo le asustaba. Cuando había que extender el contrato de arriendo, lo examinaba durante ocho días, temiendo lo que él llamaba los *etcéteras* de notario. Aparte de sus ideas como propietario, Jean Baptiste Molineux parecía bueno y servicial, jugaba al *boston* sin quejarse cuando perdía, se reía de lo que hace reír a los burgueses y hablaba de lo que ellos hablan, de los actos arbitrarios de los panaderos, que cometían la infamia de vender el pan falto de peso, de la policía y de los diecisiete heroicos diputados de la izquierda. Leía *El buen sentido*, del cura Meslier, e iba a misa por no poder escoger entre el deísmo y el cristianismo; pero no daba nunca nada en la iglesia y procuraba sustraerse a las pretensiones invasoras del clero. En infatigable peticionario escribía cartas a los periódicos respecto a este punto, cartas que no eran insertadas ni contestadas. Finalmente, se parecía a un estimable burgués que enciende solemnemente el fuego el día de Nochebuena, celebra la fiesta de los Reyes, inventa mentiras el día de Inocentes, recorre todos los lugares cuando el tiempo está bueno, va a ver patinar y se va a las dos a la terraza de Luis XV los días que hay fuegos artificiales, llevando un bocadillo en el bolsillo para

poder coger un buen sitio.

El patio Batave, donde vivía este ancianito, es el producto de una de esas extrañas especulaciones que no pueden explicarse una vez que han sido ejecutadas. Aquella construcción claustal, con arcadas y galerías interiores edificadas con piedra tallada y adornada de una fuente en el fondo, fuente seca que abre su boca de león más bien que para dar agua, para pedírsela a todos los transeúntes, fue inventada, sin duda, para dotar al barrio de Saint-Denis de un bazar. Este monumento insano, enterrado por los cuatro costados entre cuatro líneas de elevadas casas, no tenía vida ni movimiento más que durante el día y es el centro de oscuros pasajes que se citan allí y unen el barrio de los mercados con los barrios de Saint-Martin por medio de la famosa rue Quincampoix, sitios todos húmedos donde las gentes atrapan reumatismo; pero de noche no hay en París lugar más desierto, y si lo vierais, creeríais estar en las catacumbas del comercio. Hay allí varias cloacas industriales, muy pocos bátavos y muchos abaceros. Como es natural, las habitaciones de este palacio mercantil sólo tienen vistas al patio común adonde dan todas las ventanas; de manera que los alquileres son insignificantes. Monsieur Molineux vivía en uno de los ángulos, en el piso sexto, por razón de salud, ya que opinaba que el aire sólo era puro a setenta pies de altura. Allí, aquel propietario gozaba de la vista encantadora de los molinos de Montmartre, paseándose por los canalones del tejado, donde cultivaba flores, no obstante las ordenanzas municipales relativas a los jardines aéreos de la moderna Babilonia. Su casa se componía de cuatro piezas, sin contar sus preciosas *inglesas* situadas en el piso superior, cuya llave tenía, pues le pertenecían; él las había establecido y estaba en regla respecto a este punto. Al entrar, una indecente desnudez revelaba inmediatamente la avaricia de aquel hombre: en la antesala se veían seis sillas de paja y una mala estufa, y en las paredes, tapizadas con un papel verde botella, cuatro grabados comprados de lance; en el comedor había dos armarios, dos jaulas llenas de pájaros, una mesa cubierta con un tapete de hule, un barómetro, una puerta ventana que daba a sus jardines aéreos y unas sillas de caoba rellenas de crin; en el salón se veían unas cortinitas de seda verde y una sillería de terciopelo de Utrecht, verde, con madera pintada de blanco. Respecto al dormitorio de aquel anciano célibe, encerraba muebles del tiempo de Luis XV, desfigurados por un uso demasiado prolongado, y a los cuales hubiera temido acercarse una mujer vestida de blanco por temor a ensuciarse. La chimenea estaba adornada por un reloj con dos columnas, entre las cuales se ofrecía la esfera del reloj, que servía de pedestal a un Pallas blandiendo su lanza: un mito.

El piso estaba plagado de platos llenos de restos destinados a los gatos, platos que eran un constante peligro para los pies. Sobre una cómoda de madera de rosa había un retrato al pastel (Molineux cuando era joven). Veíanse luego libros, mesas, una consola, sus difuntos canarios disecados y, finalmente, un lecho que denotaba tal frialdad, que hubiera asustado a un carmelita.

César Birotteau quedó encantado de la exquisita cortesía de Molineux, al que

encontró en bata de casa cuidando de su leche colocada sobre un pequeño hornillo situado en el rincón de su chimenea, y de su café, que hervía en un puchero de barro. Para no molestar al propietario de su casa, el tratante en paraguas salió a abrirle la puerta a Birotteau.

Molineux sentía gran veneración por los alcaldes y tenientes de alcalde de la villa de París, a los que daba el nombre de *sus oficiales municipales*. Al ver al magistrado, se levantó y permaneció de pie con el gorro en la mano hasta que el gran Birotteau se hubo sentado.

—No, señor; sí, señor; ¡ah!, señor, si yo hubiera sabido que iba a tener el honor de poseer en el seno de mis modestos penates a un miembro del cuerpo municipal de París, crea usted que hubiera tenido un placer en ir a su casa, a pesar de ser su propietario... o de estar a punto de serlo.

Birotteau hizo un gesto para rogarle que se cubriese.

—No haré nada ni me cubriré hasta tanto que usted se haya sentado y se haya cubierto, si es que está constipado; mi cuarto es un poco frío y lo exiguo de mis rentas no me permite... Como usted guste, señor teniente de alcalde —dijo Molineux.

Birotteau había estornudado mientras buscaba su contrato y se lo presentó a Molineux, advirtiéndole que, para evitar todo retraso, había sido redactado a expensas suyas por el notario Roguin.

—No pondré yo en duda la capacidad de monsieur Roguin, cuyo nombre es muy conocido entre el notario parisiense; pero yo tengo mis costumbres, me arreglo yo solo los negocios, manía bastante excusable, y mi notario es...

—Pero el asunto es tan sencillo... —dijo el perfumista acostumbrado a las prontas decisiones de los comerciantes.

—¿Tan sencillo? —dijo Molineux—. Nada es sencillo en materia de inquilinatos. ¡Ah!, señor, usted no es propietario y puede darse por satisfecho. ¡Si supiese hasta dónde llega la ingratitud de los inquilinos y las precauciones que hay que tomar con ellos! Mire usted, monsieur, tengo un inquilino...

Molineux empleó un cuarto de hora en contar cómo monsieur Gendrin, dibujante, había burlado la vigilancia de su portero en la rue de Saint-Honoré. Monsieur Gendrin había hecho infamias dignas de Marat y dibujos obscenos que eran tolerados por la policía. ¡Aquel Gendrin, artista profundamente inmoral, llevaba a su casa mujeres de mala vida y hacía la escalera intransitable! Broma digna de un hombre que hacía caricaturas contra el gobierno. ¿Y todo ello por qué? Porque le pedía el alquiler el día 15. Gendrin y Molineux iban a pleitear, toda vez que, además de no pagar, el artista pretendía quedarse en la casa. Molineux recibía anónimos en los que Gendrin le amenazaba con asesinarle por la noche al dar vuelta a alguna de las calles que conducían al patio Batave.

—Hasta tal punto, señor —dijo continuando— que al confiarle lo que me ocurría al prefecto de policía (circunstancia que aproveché para indicarle las modificaciones que es necesario introducir en las leyes por las que se rige la materia), me autorizó

para llevar pistolas, a fin de atender a mi seguridad personal.

Y diciendo esto el anciano se levantó para ir a buscar las pistolas y continuó:

—Aquí las tiene usted, señor —gritó.

—Pero, hombre, conmigo supongo que no temerá usted cosas semejantes —dijo Birotteau mirando a Cayron y sonriéndole para darle a entender la lástima que le inspiraba un hombre semejante.

Monsieur Molineux sorprendió esta mirada y le mortificó el leer semejante expresión en un miembro del municipio que estaba obligado a proteger a sus administrados. A cualquier otro se lo hubiera perdonado, pero no se lo perdonó a Birotteau.

—Señor —repuso con sequedad—, un juez consular de los más estimados, un teniente de alcalde, un honrado comerciante, no descendería a estas pequeñeces, porque esto son pequeñeces; pero en el caso actual hay que pedir permiso para perforar el muro a su propietario, monsieur el conde de Grandville, y hay que poner condiciones para estipular el restablecimiento de la pared al firmar el arriendo. Además, los alquileres están hoy sumamente bajos y subirán. La Plaza de Vendôme ganará, ya gana. Va a edificarse la rue de Castiglione. Yo me comprometo...

—Acabemos —dijo Birotteau estupefacto—. ¿Qué desea usted? Conozco suficientemente los negocios para adivinar que todas sus razones han de enmudecer ante la razón suprema: el dinero. ¿Qué desea usted?

—Nada que no sea justo, monsieur teniente de alcalde. ¿Por cuánto tiempo quiere usted hacer el arriendo?

—Por siete años —dijo Birotteau.

—Dentro de siete años, ¿qué no valdrá mi primer piso? —repuso Molineux—. ¿Qué alquiler no se pagará por dos cuartos amueblados en aquel barrio? Acaso más de doscientos francos al mes. Con un arriendo yo me comprometo. Pondremos el alquiler en mil quinientos francos. Por ese precio consiento en ceder esos dos cuartos de la habitación de monsieur Cayron, que está aquí presente, y en cederlos por siete años. La perforación correrá de su cuenta, con la condición de traerme la aprobación y la renuncia de todo derecho por parte de monsieur el conde de Grandville. Usted será responsable de lo que ocurra al perforar la pared y no tendrá que restablecerla por lo que a mí concierne, siempre que me entregue en el acto quinientos francos como indemnización, Nadie sabe cuando puede uno morir, y yo no necesito tener que andar mañana detrás de nadie para recomponer la pared.

—No me parecen injustas esas peticiones —dijo Birotteau.

—Además —dijo Molineux— me entregará usted setecientos cincuenta francos *hic et nunc*, a cuenta de los seis últimos meses de arriendo. A mí los negocios me gustan claros. Estipularemos, además, que tapiará a expensas suyas la puerta de mi escalera, por la cual no tendrá usted derecho a entrar. ¡Oh!, tranquilícese usted, no le pediré indemnización para su restablecimiento al final del arriendo, ya lo considero comprendida en los quinientos francos. Señor, siempre me encontrará usted justo.

—Nosotros los comerciantes no somos tan meticulosos —dijo el perfumista— y con tales formalidades me parece que no habrá negocio posible.

—¡Oh!, en el comercio es muy diferente, y sobre todo en la perfumería, donde todo va como un guante; pero en materia de inquilinato en París nada hay indiferente. Mire usted, yo he tenido un inquilino en la rue de Montorgueil...

—Caballero —dijo Birotteau— lamentaría retrasar la hora de su almuerzo; aquí tiene las actas, rectifíquelas, accedo a lo que usted desea, démonos hoy palabra y firmemos mañana para que mi arquitecto pueda empezar a trabajar.

—Señor —repuso Molineux mirando al tratante en paraguas—, hay un plazo vencido ya. Monsieur Cayron no quiere pagarlo y, si a usted le parece, lo incluiremos en el contrato para que vaya de enero a enero. Esto será más regular.

—Bueno —dijo Birotteau.

—Los cinco céntimos por franco al portero.

—¡Oh!, eso no es justo, privándome como me priva usted de la escalera y de la entrada —dijo Birotteau.

—¡Oh, oh!, pero es usted un inquilino —dijo con voz perentoria el pequeño Molineux—. Cuando todo está convenido ya no hay dificultades. Pero veo que progresa usted mucho, señor; ¿van bien los asuntos?

—Sí —dijo Birotteau—, pero el motivo es otro. Reúno a algunos amigos, tanto para celebrar la libertad del territorio, como para conmemorar mi promoción para la orden de la Legión de Honor.

—¡Ah, ah!, una recompensa bien merecida —dijo Molineux.

—Sí —dijo Birotteau—, tal vez me he hecho digno de este regio e insigne favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en los escalones de Saint-Roch, el 13 de Vendimiario, donde fui herido por Napoleón; estos títulos...

—Valen tanto como los de nuestros valientes soldados del antiguo ejército. La cinta es roja porque está bañada en sangre derramada por noble causa.

Al oír estas palabras, tomadas del *Constitutionnel*, Birotteau no pudo menos de invitar al pequeño Molineux, el cual se deshizo en cortesías y se sintió dispuesto a perdonarle sus desdenes. El anciano acompañó a su nuevo inquilino hasta el descansillo, colmándole de halagos. Cuando Birotteau estuvo en medio del patio Batave con Cayron, miró a su vecino con aire chocarrero.

—No creía que pudiese haber gentes tan... meticulosas —dijo reteniendo la palabra *bestias* que iba a pronunciar.

—¡Ah!, señor, no todo el mundo tiene el talento que tiene usted —dijo Cayron.

Birotteau podía creerse hombre listo en presencia de Molineux; así es que sonrió agradablemente al oír la respuesta del tratante en paraguas y se despidió de él con modales de soberano.

—Ya que estoy en el mercado podría arreglar el asunto de las avellanas —se dijo Birotteau.

Después de una hora de indagaciones, Birotteau, enviado por las mujeres del mercado a la rue des Lombards, donde se despachaban las avellanas para los confites, supo por sus amigos los Matifat que la única que vendía al por mayor este fruto era una tal Angélique Madou, que vivía en la rue de Perrin-Gasselin, donde encontraría seguramente la avellana de Provenza y la avellana verdaderamente blanca de los Alpes.

La rue de Perrin-Gasselin es uno de los senderos del laberinto encerrado por el muelle, la rue de Saint-Denis, la de la Ferronnière y la de la Monnaie, sendero que viene a ser algo así como las entrañas de la villa. Pulula allí un infinito número de mercancías heterogéneas y mezcladas, hediondas y lindas, el arenque y la muselina, la seda y la miel, las mantecas y los tules y, sobre todo, un infinito número de tenduchos cuya existencia no sospecha París, como les ocurre a la mayor parte de los hombres que no sospechan tampoco lo que se cuece en su *páncreas*. Estas tiendas tenían entonces por sanguijuela a un tal Bidault, llamado Guignonnet, prestamista que vivía en la rue de Grenetat. Allí, cuadras antiguas están habitadas por toneles de aceite, y las cosecheras contienen millares de medias de algodón. Allí existen al por mayor los artículos que se venden en el mercado al por menor. Madame Madou, antigua revendedora del mercado, dedicada desde hacía diez años al comercio de frutas secas, gracias a sus relaciones con el antiguo propietario de sus existencias, había dado pasto durante mucho tiempo a las críticas del mercado y poseía una belleza viril y provocativa, eclipsada a la sazón por excesiva gordura. Habitaba el piso bajo de una casa amarilla y ruinosa, pero sostenida en cada piso por cruces de hierro. El difunto había logrado deshacerse de sus competidores, convirtiendo su comercio en monopolio; a pesar de algunos ligeros defectos de educación, su heredera podía, pues, continuar la rutina yendo y viniendo por sus almacenes, que ocupan unas cuadras, unas cocheras y unos talleres antiguos donde combatía con éxito a los insectos. Sin mostrador, caja, ni libros —pues no sabía leer ni escribir—, madame Madou respondía con puñetazos a una carta, considerándola como un insulto. Buena mujer, por lo demás, de buenos colores, con un pañuelo en la cabeza y conciliándose, con su verbosidad de oficléido, la estimación de los carreteros que le llevaban las mercancías, no podía tener ninguna dificultad con los labradores que le entregaban sus frutas, porque les pagaba al contado, única manera de entenderse con ellos. Birotteau vio a aquella salvaje tendera en medio de sus sacos de avellanas, de castañas y de nueces y le dijo con aire protector:

—Buenos días, mi querida madame.

—¡Tu querida! —dijo ella—. Hijo mío, ¿me conoces acaso de haber tenido conmigo relaciones agradables? ¿Hemos comido alguna vez en el mismo plato?

—Yo soy perfumista y además teniente de alcalde de París; así es que como magistrado y como consumidor, tengo derecho a que me trate usted de otro modo.

—A mí no me importa eso —dijo el marimacho—. Yo no consumo nada de la alcaldía ni molesto a los tenientes de alcalde. Respecto a mis parroquianos, me

adoran, les hablo con franqueza y si no están contentos van a que les embauquen a otra parte.

—He ahí los efectos del monopolio.

—¿*Popolio*? Es mi ahijado. ¿Habrás hecho alguna tontería? ¿Viene usted acaso por él, mi respetable magistrado? —dijo la Madou dulcificando la voz.

—No, he tenido el honor de decirle que venía en calidad de consumidor.

—Bueno, y ¿cómo te llamas, hermoso? Aún no te había visto.

—Con ese tono debe usted vender baratas las avellanas —respondió Birotteau diciéndole quién era.

—¡Ah!, ¿es usted el famoso Birotteau que tiene una mujer muy guapa? ¿Y cuántas avellanas desea usted, amor mío?

—Seis mil medidas.

—Es todo lo que tengo —dijo la tendera—. Mi querido monsieur, usted no es de los holgazanes para casar a las muchachas sin perfumarlas. ¡Que Dios le bendiga! Usted tiene una ocupación. Dispéñeme, pues, que le diga que va usted a ser un gran parroquiano y va a quedar escrito en el corazón de la mujer a quien más quiero en el mundo.

—¿Y quién es?

—Pues madame Madou.

—Bueno, ¿y a cómo vende usted las avellanas?

—Para usted, querido mío, a veinticinco francos las cien medidas si lo toma todo.

—A veinticinco francos, hacen mil quinientos francos —dijo Birotteau—, y acaso necesite muchos cientos de millares al año.

—Pero fíjese bien en lo hermosa que es la mercancía —dijo la Madou hundiendo su colorado brazo en un saco de avellanas—. Y que no hay una vacía, señor mío. No olvide que los abaceros venden a cinco reales la libra y que de cada cuatro libras una sale vacía. ¿Quiere usted que yo pierda para darle gusto? Es usted guapo, pero no me enloquece lo bastante para hacer eso. Si tantas necesita usted, podré ponérselas a veinte francos, pues no quiero despedir a un teniente de alcalde, porque podría acarrear desgracias a las casadas. Vea usted la hermosa mercancía y fíjese si tiene peso. Cincuenta hacen una libra, están todas llenas y no encontrará ni un gusano.

—Bueno, envíeme usted mañana por la mañana seis millares por dos mil francos, a noventa días, a la rue del Faubour-du-Temple, a mi fábrica.

—Se le enviarán a usted en seguida, señor teniente de alcalde; pero si le fuese a usted igual, preferiría las letras a cuarenta días, porque ya le doy a usted la mercancía muy barata y no puedo perder aún el descuento. No olvide que Gigonnet nos chupa la sangre como se la chupa la araña a una mosca.

—Pues bien, sí, a cincuenta días. Pero pesaremos cien libras para compensar las que salgan vacías. Sin esto, nada.

—¡Ah, perro, cómo entiende! —dijo madame Madou—. No hay medio de cazarle. Esos malditos de la rue des Lombards son los que le han advertido. Esos

lobazos se ponen todos de acuerdo para devorar a los pobres corderos.

Hay que advertir que aquel cordero tenía cinco pies de altura y tres de circunferencia, con gran semejanza a una pipa vestida.

El perfumista, sumido en sus combinaciones, iba meditando a lo largo de la rue Saint-Honoré acerca de su duelo con el *Aceite Macassar*, razonaba acerca de las etiquetas y la forma de las botellas y calculaba la conformación del tapón y el color de los anuncios. ¡Y se dice que no hay poesía en el comercio! No hizo Newton más cálculos para su célebre binomio que Birotteau para su *Esencia Comágena*, pues el aceite se convirtió en esencia, y el perfumista empleaba indistintamente ambas expresiones sin conocer su valor. Todas las combinaciones acudían a su mente y confundía aquella actividad en el vacío con la sustancial acción del talento. Preocupado como iba, había pasado ya por la rue des Bourdonnais, y, al advertirlo, tuvo que volver sobre sus pasos, acordándose de que debía visitar a su tío.

Claude-Joseph Pillerault, antiguo quincallero dueño de la «Campana de Oro», tenía una de esas fisonomías hermosas en las que todo está en armonía, traje y costumbres, inteligencia y corazón, lenguaje y pensamientos, palabras y hechos. Único pariente de madame Birotteau, Pillerault había concentrado su cariño en ésta y en Césarine, después de haber perdido, en el curso de su carrera comercial, a su mujer y a su hijo, y luego a un hijo adoptivo, hijo de su cocinera. Estas crueles pérdidas habían sumido a aquel buen hombre en un estoicismo cristiano, hermosa doctrina que animaba su vida y coloreaba sus últimos días con tonos semejantes a los que doran las puestas de sol en invierno. Su cara enjuta y de severos tonos, en los que el ocre y el pardo estaban armoniosamente confundidos, tenía, vulgarizándola, sorprendente analogía con la que los pintores atribuyen al Tiempo, pues las costumbres de la vida comercial le habían privado del carácter monumental exagerado por los pintores, los escultores y los fundidores. De mediana estatura, Pillerault era más bien rechoncho que gordo, la naturaleza le había tallado para el trabajo y la longevidad, y su cuadratura acusaba fuerte contextura, pues era de temperamento seco y poco sensible, aunque no insensible. Pillerault, como lo indicaba su actitud tranquila y su cara serena, poseía una insensibilidad interior sin paliativos ni énfasis. Sus ojos, de pupila verde salpicada de puntos negros, eran notables por su inalterable lucidez. Su frente, surcada por líneas rectas y de tonos amarillos, era pequeña, deprimida y dura, y estaba cubierta por cabellos de un color gris plateado. Su fina boca anunciaba la prudencia y no la avaricia. La vivacidad de sus miradas denotaba una vida moderada y, finalmente, la probidad, el sentimiento del deber y una modestia verdadera le rodeaban de una especie de aureola, comunicando a su cara el relieve de una hermosa salud. Durante sesenta años había hecho la vida dura y sobria del trabajador infatigable. Su historia se parecía mucho a la de su sobrino César, sin las circunstancias felices de éste. Dependiente hasta los treinta años, sus fondos estaban empeñados en su comercio en el momento en que César empleaba sus economías en rentas. Su carácter juicioso y reservado, su previsión y su reflexión matemática

influyeron en su manera de trabajar. La mayor parte de sus negocios se habían realizado de palabra, y rara vez había tenido dificultades. Observador como todas las gentes mediatas, estudiaba a sus semejantes mientras hablaba, y muchas veces se negaba a hacer ventajosos mercados que aceptaban sus vecinos, los cuales se arrepentían luego y decían que Pillerault olía a los bribones. Prefería ganancias pequeñas y seguras a esos golpes audaces que exigían el riesgo de grandes sumas. Trataba en planchas de chimenea, parrillas, toscos morillos, calderas de hierro, azadones y utensilios de aldeano. Este comercio, bastante ingrato, exigía un excesivo trabajo mecánico. La ganancia no guardaba relación con la labor. Aquellas pesadas materias dejaban poco beneficio y eran difíciles de almacenar y de remover; así es que había tenido que clavar muchas cajas y que hacer muchos embalajes y desembalajes para que hubiese fortuna más noblemente ganada, más legítima y más honrosa que la suya. Nunca había encarecido la mercancía ni corrido tras los negocios. Los últimos días se le veía fumando su pipa delante de su puerta, mirando a los transeúntes y viendo trabajar a sus dependientes. En 1814, época en que se retiró de los negocios, su fortuna consistía en setenta mil francos, que colocó en papel del Estado, los cuales le daban cinco mil y pico de renta, y cuarenta mil francos pagaderos en cinco años sin intereses, importe de sus existencias vendidas a uno de sus dependientes. Durante treinta años, haciendo anualmente negocios por valor de cien mil francos, había ganado el siete por ciento de esta suma, y su vida absorbía la mitad de sus ganancias. Tal fue su balance. Sus vecinos, que no envidiaban su regular fortuna, alababan su juicio sin comprenderle. En la esquina de la rue de la Monnaie y la de Saint-Honoré se encuentra el café David, adonde iba todas las noches Pillerault a tomar café en compañía de algunos otros negociantes. Allí, la adopción del hijo de su cocinera había sido objeto de alguna de esas bromas que se dirigen a un hombre respetado, pues el quincallero inspiraba una estimación respetuosa sin haberla buscado. Cuando Pillerault perdió a aquel pobre joven, asistieron al entierro más de doscientas personas, que fueron hasta el cementerio. En aquella ocasión estuvo heroico. Su contenido dolor, como el de todos los hombres fuertes sin fasto, contribuyó a aumentar la simpatía que todo aquel barrio sentía por el buen hombre. La sobriedad de Claude Pillerault, convertida en hábito, no pudo avenirse a los placeres de una vida ociosa cuando al abandonar el comercio se sumió en ese reposo que tanto aplana al burgués parisiense. Continuó su mismo género de existencia y animó su vejez con sus convicciones, que eran las de la extrema izquierda. Pillerault pertenecía a esa parte obrera agregada por la Revolución a la burguesía. La única mancha de su carácter era la importancia que atribuía a su conquista. Pillerault se aferraba a sus derechos, a la libertad, a los frutos de la Revolución, y creía comprometida su posición y su consistencia política por los jesuitas cuyo secreto poder anunciaban los liberales. Por lo demás, era consecuente en su vida y en sus ideas, no tenía nada de estrecho en su política, no injuriaba a sus adversarios, temía a los cortesanos, creía en las virtudes republicanas e imaginaba a Manuel puro de todo

exceso, al general Foy como un gran hombre, a Casimir Perier sin ambición, a Lafayette un profeta político y a Courier un buen sujeto. Tenía, en fin, nobles quimeras. El buen Pillerault vivía la vida de familia, y repartía sus visitas entre los Ragon, sus sobrinos los señores Birotteau, el juez Popinot, Joseph Lebas y los Matifat. Personalmente, con mil quinientos francos tenía cubiertas todas sus necesidades, y el resto de sus rentas lo empleaba en buenas obras, regalos a su sobrineta y en dar a sus amigos cuatro comidas al año en casa de Roland, llevándolos después al teatro. Desempeñaba el papel de esos solterones de quienes echan mano las mujeres casadas para satisfacer sus caprichos, una gira campestre o una representación en la Ópera. Pillerault sentíase entonces feliz con el placer que causaba y gozaba con el corazón de los demás. Después de haber vendido sus existencias, no había querido abandonar el barrio a que estaba acostumbrado y había tomado en la rue de Bourdonnais una pequeña habitación de tres piezas en el cuarto piso de una casa vieja.

Del mismo modo que las costumbres de Molineaux se pintaban en su extraño mobiliario, así la vida pura y sencilla de Pillerault era revelada por las disposiciones interiores de su casa, compuesta de una antesala, un salón y un dormitorio. Con escasas diferencias, éste era en un todo semejante a la celda de un cartujo. La antesala, con ladrillos rojos muy fregados, no tenía más que una ventana provista de cortinas de percal y unas sillas de caoba guarnecidas con badana roja y clavos dorados; las paredes estaban cubiertas de un papel aceitunado y decoradas con el Juramento de los Americanos, el retrato de Bonaparte vestido de primer cónsul y la batalla de Austerlitz. El salón, arreglado sin duda por el tapicero, tenía una sillería amarilla, una alfombra, una chimenea con adornos de bronce sin dorados, una consola con un jarrón para flores y un velador con tapete, sobre el cual se veía un licorero. Lo nuevo de esta habitación anunciaba claramente el sacrificio hecho a las costumbres del mundo por el anciano quincallero, el cual recibía visitas rara vez. En su dormitorio, sencillo como el de un religioso o el de un veterano, que son los dos hombres que mejor aprecian la vida, un crucifijo y una pila de agua bendita atraían las miradas. Una anciana iba a limpiarle la casa; pero su respeto por las mujeres era tan grande, que no consentía que diera betún a los zapatos, lo cual hacía por abono en casa de un limpiabotas. Su traje era sencillo e invariable: generalmente llevaba una levita y un pantalón de paño azul, un chaleco de tela de Ruán, una corbata muy blanca y unos zapatos muy altos; los días de fiesta se ponía una levita con botones de metal. Sus costumbres de levantarse, almorzar, salir, comer, velada y retiro, gozaban de la más estricta exactitud, pues la regularidad de las costumbres es la base de la longevidad y de la salud. César, los Ragon, el abate Loraux y él no hablaban nunca de política, pues todos ellos se conocían demasiado para atacarse en el terreno del proselitismo. Al igual que su sobrino y que los Ragon, Pillerault tenía gran confianza en Roguin. Para él, el notario de París seguía siendo un ser venerable, una imagen viva de la probidad. En el asunto de los terrenos de la Madeleine, Pillerault se había

entregado a un contra examen que motivaba el atrevimiento con que César había combatido los presentimientos de su mujer.

El perfumista subió los setenta y ocho peldaños que conducían a la puertecita de la habitación de su tío, pensando que este anciano debía estar muy fuerte para subirlos a diario sin quejarse. Al llegar encontró la levita y el pantalón colgados de la percha que había en el exterior, y a madame Vaillant cepillándolos, mientras que aquel verdadero filósofo, envuelto en un capote gris, almorzaba en el rincón del fuego leyendo los debates parlamentarios en el *Constitutionnel* o en el *Diario del Comercio*.

—Tío —dijo César—, el negocio está convenido y hoy se van a extender las actas. Sin embargo, si tuviera usted algún temor, aún hay tiempo de romper.

—¿Por qué romper? El negocio es bueno, aunque largo de realizar como todos los negocios seguros. Mis cincuenta mil francos están en el Banco, y ayer cobré los últimos cinco mil francos de mi renta. Respecto a los Ragon, emplean en él toda su fortuna.

—¿Y de qué viven?

—No lo sé; pero no te apures, porque viven.

—Tío, seguiré sus consejos —dijo vivamente César estrechando las manos al austero anciano.

—¿Y cómo se hará el negocio? —preguntó bruscamente Pillerault.

—Yo llevaré tres octavos, y usted y los Ragon un octavo. Además, le abriré a usted un crédito en mis libros hasta tanto se decida la cuestión de las actas notariales.

—Bueno, pero dime, hijo mío, ¿eres bastante rico para emplear así trescientos mil francos? Me parece que aventuras demasiado. ¿No sufrirá con ello tu comercio? En fin, eso es cosa tuya. Si tuvieras un fracaso, el papel está al ochenta y podrías vender parte del mío; pero ten cuidado, hijo mío, porque si acudieses a mí, es lo mismo que si echases mano de la fortuna de tu hija.

—Tío, ¡con qué sencillez dice usted las cosas más hermosas! Me emociona usted.

—También me emocionaba a mí hace un momento el general Foy. En fin, ya está hecho, los terrenos no pierden valor, la mitad serán nuestros y aunque tengamos que esperar seis años, siempre cobraremos algunos intereses. Hay unos corrales que pagan alquileres; de modo que no se puede perder todo. La única probabilidad, y aún ésta es imposible, es que Roguin se llevase nuestros fondos.

—Sin embargo, mi mujer lo teme, me lo decía esta noche.

—¡Roguin llevarse nuestro fondos! —dijo Pillerault riéndose—. ¿Y por qué?

—Según ella, le huele demasiado la nariz, y como todos los hombres que no pueden tener mujeres está rabioso por...

Después de haber dejado asomar a sus labios una sonrisa de incredulidad, Pillerault fue a tomar un talón, escribió en él la suma y firmó.

—Toma, ahí tienes un bono de cien mil francos contra el Banco, por Ragon y por mí. Esas pobres gentes han tenido que venderle a ese pillastre de du Tillet sus quince acciones de las minas de Wortschin para completar la suma. ¡Gentes tan dignas, tan

nobles, tan francas! Su hermano Popinot, el juez, no sabe nada, y ellos se esconden de él para no impedirle que siga haciendo sus obras de caridad. ¡Gentes que han trabajado como yo durante treinta años!

—Quiera Dios que el *Aceite Comágeno* tenga éxito, porque me hará doblemente feliz —exclamó Birotteau—. Adiós, tío. El domingo vendrá usted a comer con los Ragon y Roguin y monsieur Claparon, pues firmaremos todos pasado mañana. Mañana es viernes y no quiero hacer negocios en...

—¿También tienes esas supersticiones?

—Tío mío, nunca podré creer que sea día feliz para los hombres aquél en que el hijo de Dios sufre la muerte.

—Hasta el domingo —dijo bruscamente Pillerault.

«Si no fuera por sus opiniones políticas, dudo que hubiera en la tierra hombre mejor que mi tío —se dijo Birotteau mientras bajaba la escalera—. Pero ¿qué tendrá que ver él con la política? ¡Estaría tan bien sin pensar en ella para nada! Su testarudez prueba que no existe ningún hombre perfecto. ¡Las tres ya!», dijo César al entrar en su casa.

—Monsieur, ¿toma usted estos valores? —le preguntó Célestin enseñándole las letras del tratante en paraguas.

—Sí, a seis, sin falta. Mujer, prepáralo todo para vestirme; voy a ver a monsieur Vauquelin, ya sabes para qué. Sobre todo una corbata blanca.

Birotteau dio algunas órdenes a sus dependientes y, como no viese a Popinot, adivinó que su futuro asociado estaba vistiéndose y subió al instante a su habitación, donde encontró la virgen de Dresde puesta en un magnífico marco, según sus órdenes.

—¿Qué te parece? Es lindo —dijo a su hija.

—Pero, papá, di que es hermoso, porque si no, se burlarán de ti.

—¿Habrás visto a una hija que riña a su padre?... Pues bien, a mí me gusta tanto como Hero y Leandro. La Virgen es un asunto religioso que puede estar en una capilla; pero Hero y Leandro, ¡ah!, lo compraré, pues el frasco para el aceite me ha sugerido ideas...

—Pero, papá, no te entiendo.

—Virginie, un cabriolé —exclamó César con voz retumbante cuando se hubo afeitado y una vez que se presentó el tímido Popinot arrastrando el pie a causa de Césarine.

El enamorado no se había dado cuenta de que su defecto no existía ya para su amada; deliciosa prueba de amor que sólo pueden recoger las personas a quienes el azar castiga con un defecto corporal cualquiera.

—Señor —dijo—, la prensa podrá funcionar mañana.

—Y bien, ¿qué tienes Popinot? —le preguntó César al ver que se ponía colorado.

—Señor, es la dicha de haber encontrado una tienda, trastienda, cocina con dos cuartos encima y dos almacenes por mil doscientos francos al año, en la rue des Cinq-

Diamants.

—Es preciso obtener un contrato de arriendo por dieciocho años —dijo Birotteau—. Pero vamos a casa de monsieur Vauquelin; hablaremos por el camino.

César y Popinot subieron al cabriolé en presencia de los dependientes, que estaban asombrados al ver aquellos exorbitantes vestidos y un coche anormal, a causa de la ignorancia en que estaban acerca de las grandes cosas meditadas por el dueño de «La Reina de las Rosas».

—Vamos a saber la verdad acerca de las avellanas —se dijo el perfumista.

—¿Avellanas? —repitió Popinot.

—Ya posees mi secreto, Anselme —le dijo el perfumista—. Se me ha escapado la palabra *avellana* y todo consiste en eso. El aceite de avellana es el único que ejerce acción en el cabello, y ninguna casa de perfumería ha pensado en ello. Viendo el grabado de Hero y Leandro, me dije: Si los antiguos empleaban tanto aceite para sus cabellos, alguna razón tenían, ¡pues los antiguos son los antiguos! A pesar de las pretensiones modernas, soy de la opinión de Boileau respecto a los antiguos. Partí de este punto para llegar al aceite de avellana, gracias a tu pariente Bianchon, el estudiante de medicina, que me ha dicho que en la escuela sus compañeros emplean el aceite de avellana para activar el crecimiento de sus bigotes y patillas. No nos falta más que la sanción del ilustre monsieur Vauquelin. Instruidos por él, no engañaremos al público. Hace un momento estaba en el mercado en casa de una vendedora de avellanas, para tener la materia prima y dentro de poco estaré en casa de uno de los primeros sabios de Francia para obtener la quinta esencia. Los proverbios no carecen de sentimiento: «los extremos se tocan». Mira, hijo mío, el comercio es el intermediario de las producciones vegetales y la ciencia. Angélique Madou recoge, monsieur Vauquelin extrae y nosotros vendemos una esencia. Las avellanas valen a real la libra, monsieur Vauquelin va a centuplicar su valor y nosotros haremos un servicio a la humanidad: pues si la vanidad causa grandes tormentos al hombre, un buen cosmético es entonces un beneficio.

La religiosa admiración con que escuchaba Popinot al padre de Césarine estimuló la elocuencia de Birotteau, el cual se permitió las frases más salvajes que pueda inventar un burgués.

—Sé respetuoso, Anselme —dijo al entrar en la calle donde vivía Vauquelin—, vamos a penetrar en el santuario de la ciencia. Pon la Virgen de manera que se vea, sin afectación y sobre una silla, en el comedor. Con tal que no me enrede en lo que quiero decir... —exclamó sencillamente Birotteau—. Popinot, este hombre causa una impresión química, su voz me quema las entrañas y hasta me ocasiona un ligero cólico. Es mi bienhechor, y dentro de algunos instantes, Anselme, será el tuyo también.

Estas palabras causaron frío a Popinot, el cual caminó como por encima de huevos, y miró con aire inquieto las paredes. Monsieur Vauquelin estaba en su gabinete cuando le anunciaron a Birotteau. El académico sabía que el perfumista era

teniente de alcalde y que gozaba de gran favor y le recibió.

—Conque ¿no me olvida usted en medio de sus grandezas? —dijo el sabio—; bien es verdad que de químico a perfumista no hay más que un paso.

—¡Ay de mí!, monsieur, de su genio a la sencillez de un buen hombre como yo, media la inmensidad. Le debo a usted lo que llama mis grandezas, y no lo olvidaré ni en este mundo ni en el otro.

—¡Oh!, según dicen, en el otro seremos todos iguales, los reyes y los zapateros.

—Querrá usted decir los reyes y zapateros que se hayan portado santamente —dijo Birotteau.

—¿Es su hijo? —dijo Vauquelin mirando al pequeño Popinot, que estaba atontado al no ver nada de extraordinario en un gabinete donde creía encontrar monstruosidades, máquinas gigantescas, sustancias animadas.

—No, monsieur; es un joven a quien quiero mucho y que viene a implorar un favor igual al talento de usted; ¿no es infinito? —dijo con aire astuto—. Venimos a consultarle por segunda vez, a dieciséis años de distancia, sobre una materia importante, de la cual estoy tan ignorante como un perfumista.

—¿De qué se trata?

—Ya sé que los cabellos ocupan todas sus vigilias y que se dedica usted a su análisis; mientras que usted piensa en ellos por la gloria, yo pensaba en el comercio.

—Mi querido monsieur Birotteau, ¿qué desea usted de mí? ¿El análisis de los cabellos? (Tomó un papelito.) Voy a leer a la Academia de Ciencias una memoria sobre este asunto. Los cabellos se componen de una cantidad bastante grande de mucosidad, de una pequeña cantidad de aceite blanco, de mucho aceite negro verduzco, de hierro, de algunos átomos de óxido de manganeso, de fosfato de cal, de una muy pequeña cantidad de carbonato de cal, de sílice y de mucho azufre. Las diferentes proporciones de estas materias constituyen los diferentes colores de los cabellos. Así, los rojos tienen mucho más aceite negro verduzco que los demás.

César y Popinot abrían unos ojos de tamaño risible.

—¡Nueve cosas! —exclamó Birotteau—. ¡Cómo!, ¿Es posible que haya metales y aceites en un pelo? Es preciso que sea usted el que me lo dice, un hombre a quien venero, para que lo crea. ¡Es extraordinario! ¡Dios es grande, monsieur Vauquelin!

—El cabello —repuso el gran químico— es producido por un órgano folicular, una especie de bolsa abierta por sus dos extremidades; por una de ellas se adhiere a nervios y vasos, y por la otra sale el cabello. Según algunos de nuestros sabios colegas, entre ellos monsieur Blainville, el cabello es una parte muerta expulsada de esta bolsa o cripta que está llena de una materia pulposa.

—Es como si dijéramos el sudor de un palo —exclamó Popinot, a quien Birotteau dio un ligero golpe con el pie en el talón.

Vauquelin sonrió al oír la idea de Popinot.

—Hay medios, ¿verdad? —dijo entonces César mirando a Popinot—. Pero monsieur, si los cabellos nacen muertos, es imposible hacerlos revivir, ¡y estamos

perdidos! El prospecto es absurdo; usted no sabe lo estrambótico que es el público, no puede uno decirle...

—Que hay un estercolero en la cabeza —dijo Popinot queriendo hacer reír aún a Vauquelin.

—Catacumbas aéreas —le respondió el químico siguiendo la broma.

—¡Y mis avellanas que están compradas! —exclamó Birotteau, que era sensible a la pérdida comercial—. Pero ¿por qué venden?

—Tranquilícese usted —dijo Vauquelin sonriendo—, veo que se trata de algún secreto para impedir el encanecimiento o la caída de los cabellos. Escuche: he aquí mi opinión sacada de todos mis trabajos.

Aquí, Popinot enderezó las orejas como una liebre asustada.

—La descoloración de esta sustancia viva o muerta, es producida, según yo creo, por la interrupción de la secreción de las materias colorantes, lo que explicará cómo en los climas fríos el pelo de los animales que tienen hermosas pieles palidece y encanece durante el invierno.

—¡Eh! Popinot.

—Es evidente —repuso Vauquelin—, que la alteración de las cabelleras es debida a cambios súbitos en la temperatura ambiente...

—¡Ambiente, Popinot! ¡Retén bien esto! —exclamó Birotteau.

—Sí —dijo Vauquelin— al frío o al calor alternativos, o a fenómenos interiores que producen el mismo efecto. Así pues, probablemente las migrañas y las afecciones cefálicas absorben, disipan o cambian los fluidos generadores. El interior concierne a los médicos. Respecto al exterior, vengan los cosméticos.

—Pues bien, monsieur —dijo Birotteau—, me devuelve usted la vida. He pensado en vender el aceite de avellanas, al ver que los antiguos hacían uso del aceite para sus cabellos, y los antiguos son los antiguos, pues soy de la opinión de Boileau. ¿Por qué los atletas se untaban con cebolla...?

—El aceite de oliva vale tanto como el de avellana —dijo Vauquelin, que no escuchaba a Birotteau—. Todo aceite es bueno para preservar el bulbo de las impresiones que dañan a las sustancias que tienen en trabajo, nosotros diríamos en disolución, si se tratase de Química. Acaso tenga usted razón: el aceite de avellana posee, según me ha dicho Dupuytren, un estimulante. Trataré de conocer las diferencias que existen entre los aceites de fabuco, de colza, de oliva, de nuez, etc.

—¿De modo que no me he equivocado? —dijo Birotteau triunfalmente—. He coincidido con un gran hombre. ¡*Macassar* está aplastado! *Macassar*, monsieur, es un cosmético usado, es decir, vendido, y vendido caro, para hacer salir los cabellos.

—Querido monsieur Birotteau —dijo Vauquelin—, no se han vendido dos onzas de *Aceite Macassar* en toda Europa. El *Aceite Macassar* no ejerce la menor acción sobre los cabellos, pero los malayos lo compran a peso de oro a causa de su influencia conservadora sobre los cabellos, sin saber que el aceite de ballena es tan

bueno como el *Aceite Macassar*. Ningún poder químico, ni divino...

—¡Oh!, divino... No diga usted eso, monsieur Vauquelin.

—Pero, querido monsieur, la primera ley que Dios sigue es la de ser consecuente consigo mismo; sin unidad no hay poder...

—¡Ah!, visto de ese modo...

—Ningún poder puede, pues, hacer brotar los cabellos a calvos, lo mismo que usted no teñirá sin peligro los cabellos rojos o blancos; pero alabando el empleo del aceite, usted no comete ningún error, ninguna mentira, y pienso que los que se servirán de él podrán conservar el cabello.

—¿Cree usted que la Academia Real de Ciencias podrá aprobar...?

—¡Oh!, eso no es ningún descubrimiento —dijo Vauquelin—. Por otra parte, los charlatanes han abusado tanto del nombre de la Academia que no le proporcionaría a usted ninguna ventaja. Mi conciencia se niega a mirar el aceite de avellana como un prodigio.

—¿Cuál será la mejor manera de extraerlo? ¿Por la decocción o por la presión? —dijo Birotteau.

—Por medio de la presión entre dos planchas calientes, el aceite será más abundante; pero obtenido por la presión entre dos planchas frías, será de mejor calidad. Es preciso aplicarlo —dijo Vauquelin con bondad— sobre la piel misma, y no frotarse los cabellos con él; de otro modo no haría efecto.

—Retén esto bien en la memoria, Popinot —dijo Birotteau, radiante de entusiasmo—. Mire usted, monsieur, he aquí un joven que contará este día entre los más hermosos de su vida. Le conocía a usted y le veneraba sin haberle visto nunca. ¡Ah! ¡Se habla tanto de usted en mi casa! Pues ya se sabe, el nombre que está siempre en el corazón no tarda en acudir a los labios. Mi mujer, mi hija y yo rogamos por usted todos los días, como se debe rogar por un bienhechor.

—Eso es demasiado por tan poca cosa —dijo Vauquelin, molesto al oír las palabras de agradecimiento del perfumista.

—Ta, ta, ta —dijo Birotteau—. Usted no puede impedir que le amemos, y mucho menos no queriendo aceptar nada de mí. Usted es como el sol; arroja la luz y aquellos a quienes ilumina no pueden devolverle nada.

El sabio se sonrió y se levantó, y el perfumista y Popinot se levantaron también.

—Mira, Anselme, mira bien este gabinete. Perdona usted, monsieur, que le entretenga un instante; pero como sus momentos son tan preciosos, es fácil que no vuelva a entrar nunca más aquí y quiero que se fije.

—Bueno, ¿le van bien los negocios? —dijo Vauquelin a Birotteau.

—Bastante bien, monsieur —dijo el perfumista encaminándose al comedor, seguido de Vauquelin—. Pero para lanzar al mercado este aceite con el nombre de *Esencia de Comágeno* se necesita hacer muchos gastos.

—*Esencia y Comágeno* son dos palabras que se repelen. Llame usted a su cosmético *Aceite de Birotteau*, y si no quiere usted poner su nombre en evidencia,

ponga otro. Pero, ¡cómo! ¡Aquí la Virgen de Dresde! ¡Ah!, monsieur Birotteau, ¿quiere usted que riñamos?

—Monsieur Vauquelin —dijo el perfumista estrechando las manos al químico—, este regalo no tiene más valor que el que le da la persistencia que he empleado en buscarlo. Ha sido preciso hacer investigaciones en todo Alemania para encontrarla; yo sabía que usted la deseaba y que sus ocupaciones no le permitían procurársela, y me he constituido en agente suyo. Agradezca usted, pues, no ese mal grabado, sino los cuidados, la solicitud y las marchas y contramarchas que prueban mi sincero afecto. Yo hubiese querido que usted deseara algunas sustancias que hubiera tenido que buscar en el fondo de un precipicio para llegar y decirle: «Aquí las tiene usted». No vaya usted ahora a devolvérmela. Nos olvidamos tan fácilmente unos de otros, qué espero que aceptará ese grabado como recuerdo mío, de mi mujer, de mi hija y de mi futuro yerno. Viendo esa Virgen, usted dirá siempre: «Aún hay buenas gentes que piensan en mí».

—Acepto —dijo Vauquelin.

Popinot y Birotteau sintieron que se les humedecían los ojos, tanta fue la emoción que les produjo el acento de bondad con que el académico pronunció aquella palabra.

—¿Quiere usted acabar de colmarme con sus bondades? —le preguntó el perfumista.

—¿Cómo? —dijo Vauquelin.

—Reúno algunos amigos... —dijo Birotteau levantándose sobre los talones y afectando un aire humilde— tanto para celebrar la libertad del territorio, como mi nombramiento para la orden de la Legión de Honor.

—¡Ah! —dijo Vauquelin asombrado.

—Tal vez me he hecho digno de este regio e insigne favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en las gradas de Saint-Roch el 13 de Vendimiarlo, donde fui herido por Napoleón. Mi mujer da un baile dentro de veinte días. Venga usted, monsieur. Hágame usted el honor de comer con nosotros ese día. Para mí será recibir dos veces la cruz. Ya le avisaré con anticipación.

—Pues bien, sí, acepto —dijo Vauquelin.

—Mi corazón se dilata de alegría —exclamó el perfumista una vez estuvo en la calle—. Vendrá a mi casa. Temo haber olvidado lo que ha dicho acerca de los cabellos. ¿Te acuerdas tú, Popinot?

—Sí, monsieur, y me acordaré aún dentro de veinte años —contestó Anselme.

—¡Qué gran hombre, qué mirada y qué penetración! ¡Ah! y no ha titubeado. Al primer golpe ha adivinado nuestros pensamientos y nos ha dado los medios de hundir el *Aceite Macassar*. ¡Ah, ¡Macassar, tú mientes, no hay nada que pueda hacer brotar los cabellos! Popinot, tenemos una fortuna. Así es que mañana, a las siete, estaremos en la fábrica, recibiremos las avellanas y haremos el aceite, pues aunque él ha dicho que todo aceite es bueno, esto no lo sabe el público. Si no entrase en nuestro aceite un poco de avellana y de perfume, ¿con qué pretexto podríamos venderlo a tres francos

las cuatro onzas?

—Monsieur, usted va a ser condecorado —dijo Popinot—. ¡Qué gloria para!...

—Para el comercio, ¿verdad, hijo mío?

El aire triunfante de César Birotteau que creía segura su fortuna, fue notado por los dependientes, los cuales se hicieron signos entre sí, pues la carrera en coche y la indumentaria del cajero y del patrón les había sumido en extrañas hipótesis. El mutuo contento de César y de Anselme, demostrado con miradas diplomáticamente cambiadas, y la mirada llena de esperanza que Popinot dirigió por dos veces a Césarine, anunciaban algún acontecimiento grave y confirmaba las conjeturas de los dependientes. En aquella vida laboriosa, los más pequeños accidentes adquirirían el interés que, separada de aquél por un pasillo, desembocaba en la esposa de César, que respondía a las miradas olímpicas de su marido con aire de duda, acusaba una nueve empresa, pues en tiempo ordinario Constance hubiera estado contenta, como ocurría cuando se vendía mucho, y aquel día la recaudación ascendía a seis mil francos, por la circunstancia de haber sido cobradas algunas facturas atrasadas.

El comedor y la cocina, que recibía la luz de un patio y que, separada de aquel por un pasillo, desembocaba en la escalera que ocupaba un rincón de la trastienda, se hallaban en el entresuelo, donde estaba antes la habitación de César y de Constance; así es que el comedor, donde había transcurrido la luna de miel, tenía el aspecto de un saloncito. Durante la comida, el mozo de confianza, Raguét, se quedaba en el almacén; y a los postres bajaban allí todos los dependientes, dejando solos a César, a su mujer y a su hija en el rincón del fuego. Esta costumbre provenía de los Ragon, los cuales mantenían entre ellos y los dependientes la enorme distancia que existía antaño entre maestros y aprendices. Césarine o Constance servían entonces al perfumista su taza de café, la cual tomaba éste sentado en una poltrona en el rincón del fuego. Durante esta hora, César ponía a su mujer al corriente de los pequeños acontecimientos del día, le contaba lo que había visto en París, lo que pasaba en el Faubourg du Temple y las dificultades de su fabricación.

—Constance —le dijo cuando los dependientes hubieron bajado—, éste es, indudablemente, uno de los días más importantes de nuestra vida. Las avellanas están compradas, la prensa hidráulica dispuesta a maniobrar mañana y el asunto de los terrenos cerrado. Toma, guarda ese bono contra el Banco —dijo entregándole el documento que le había dado Pillerault—. La restauración de la casa está decidida y nuestra habitación aumentada. ¡Dios mío! He visto en el patio Batave un hombre muy raro.

Y le relató lo de monsieur Molineux.

—Veo que te has empeñado en doscientos mil francos —le respondió su mujer interrumpiéndole.

—Es verdad, mujer —dijo el perfumista con falsa humildad—. Y ¿cómo pagaremos eso, Dios mío? Porque no hay que contar para nada con los terrenos de la Madeleine, destinados a ser algún día el barrio más hermoso de París.

—¡Algún día, César!

—¡Ay de mí! —dijo el perfumista continuando la broma—. Mis tres octavos no valdrán un millón hasta dentro de seis años. ¿Y cómo pagaremos los doscientos mil francos? —repuso César haciendo una mueca de espanto—. Pues bien, los pagaremos con esto —dijo sacando del bolsillo una avellana que había cogido en casa de madame Madou y enseñándosela a Césarine y a Constance.

Su mujer no dijo nada; pero Césarine, intrigada, le dijo a su padre, al mismo tiempo que le servía el café:

—Papá, veo que estás de buen humor.

El perfumista, al igual que sus dependientes, había sorprendido durante la comida las miradas dirigidas por Popinot a Césarine; así es que quiso esclarecer sus sospechas.

—Mira, hijita mía, esta avellana va a ser causa de una revolución en nuestro hogar. Desde esta tarde habrá uno menos en casa.

Césarine miró a su padre como para decirle: «¿Qué me importa?»

—Popinot se va.

Aunque César era un mal observador y hubiese preparado su última frase tanto para tender un lazo a su hija como para explicar la creación de la casa «A. Popinot y Compañía», su ternura paternal le hizo adivinar los confusos sentimientos que embargaban el corazón de su hija, los cuales aparecieron en sus mejillas y en su frente coloreándolas. César creyó entonces en algunas palabras cambiadas entre Césarine y Popinot, lo cual no era verdad, pues los dos niños se entendían, como todos los amantes tímidos, sin haberse dicho una palabra.

Algunos moralistas creen que el amor es la pasión más involuntaria, la más desinteresada y la menos calculadora de todas, excepto el amor materno. Esta opinión implica un craso error. Si la mayor parte de los hombres ignoran las razones que hacen amar, toda simpatía física o moral no está menos basada en cálculos hechos por el espíritu, el sentimiento o la brutalidad. El amor es una pasión esencialmente egoísta. Quien dice egoísmo, dice profundo cálculo. Así a todo espíritu que atiende solamente por los resultados, puede parecer inverosímil o singular ver a una persona joven como Césarine enamorada de un pobre muchacho cojo y de cabellos rojos. No obstante, este fenómeno está en armonía con la aritmética de los sentimientos de la clase media. Explicarlos será dar cuenta de los matrimonios observados siempre con constante sorpresa, que se hacen entre grandes y hermosas mujeres y hombrecitos, y entre pequeñas y feas criaturas y hermosos muchachos. Todo hombre atacado de un defecto de conformación cualquiera, pies zopos, la claudicación, las diversas gibosidades, la excesiva fealdad, las manchas de vino extendidas por la cara, las hojas de parra, la enfermedad de Roguin y otras monstruosidades independientes de la voluntad de los fundadores, no tiene más que dos caminos que escoger: o hacerse temible o poseer una exquisita bondad, pues no les es permitido flotar entre los términos medios propios de la mayor parte de los hombres. En el primer caso, ha de

tener talento, genio o fuerza, y entonces no inspira terror más que con el poder del mal, respecto a causa de su genio, y miedo por su mucha malicia. En el segundo caso, se hace adorar, se presta admirablemente a las tiranías femeninas, y sabe amar mejor que las personas de irreprochable constitución. Educado por gentes virtuosas, por los Ragon, modelo de la más honrosa burguesía, y por su tío el juez Popinot, Anselme había logrado disimular su ligero vicio corporal por medio de su candor, de sus sentimientos religiosos y de la perfección de su carácter. Sorprendidos de esta tendencia que hace tan simpática a la juventud, Constance y César habían hecho frecuentemente el elogio de Anselme delante de Césarine. Aunque mezquinos, los Birotteau eran grandes de alma y comprendían bien las cosas del corazón. Estos elogios encontraron eco en una joven que, a pesar de su inocencia, leyó en los ojos tan puros de Anselme un sentimiento violento, siempre halagador, cualquiera que sea la edad, la posición o el tipo del amante. El pequeño Popinot debía tener muchos más motivos que un hombre guapo para amar a una mujer. Si la mujer era hermosa, estaría loco por ella hasta exhalar el último suspiro, su amor le daría ambición, se mataría por hacer feliz a su mujer y le dejaría dueña de su casa y se complacería en ser dominado. Así pensaba Césarine involuntaria o no tan crudamente acaso; veía en lontananza la cosecha del amor y razonaba por comparación: la dicha de su madre estaba ante sus ojos, no deseaba otra vida, y su instinto le hacía ver en Anselme otro César perfeccionado por la educación, como ella lo estaba por la suya. Soñaba con Popinot alcalde de un departamento y se complacía en creer que algún día presidiría la mesa petitoria de su parroquia, como su madre en Saint-Roch. Había acabado por no darse cuenta de la diferencia que existía entre la pierna derecha y la izquierda de Popinot, y hubiese sido capaz de decir: «Pero ¿cojea?» A ella le gustaba aquella pupila tan límpida y se había complacido en ver el efecto que producía su mirada en aquellos ojos que tan pronto brillaban con fuego púdico, como se bajaban melancólicamente. El primer pasante de Roguin, Alexandre Crottat, dotado de esa precoz experiencia debida a la costumbre de los negocios, tenía un aire medio cínico, medio bonachón, que sublevaba a Césarine, la cual se hastiaba ya con lo insulso de su conversación. El silencio de Popinot denotaba un alma cariñosa. Césarine gustaba de su sonrisa medio melancólica que le inspiraba insignificantes vulgaridades, y las tonterías que le hacían sonreír excitaban siempre alguna repulsión en ella y ambos sonreían y se entristecían juntos. Esta superioridad no impedía a Anselme precipitarse en el trabajo, y su infatigable ardor agradaba a Césarine, pues ella adivinaba que si los dependientes decían: «Césarine se casará con el primer pasante de monsieur Roguin», Anselme, pobre, cojo, y de cabellos rojos, no desesperaba de obtener su mano. Una gran esperanza prueba un gran amor.

—¿Adonde va? —le preguntó Césarine a su padre tratando de tomar un aire indiferente.

—¡Va a establecerse en la rue des Cinq-Diamants! Y a fe, ¡a la gracia de Dios! —dijo Birotteau, cuya exclamación no fue comprendida ni por su mujer ni por su hija.

Cuando Birotteau encontraba una dificultad moral, hacía como los insectos ante un obstáculo: tiraba a la izquierda o a derecha; cambió, pues, la conversación, prometiéndose hablar de Césarine con su mujer.

—He explicado tus temores y tus ideas acerca de Roguin a tu tío Pillerault y se ha echado a reír —dijo a Constance.

—No debes decir nunca lo que decimos entre nosotros —exclamó Constance—. Ese pobre Roguin tal vez sea el hombre más honrado del mundo, tiene cincuenta y ocho años y no piensa ya sin duda...

Y se detuvo de pronto al ver a Césarine atenta y se la mostró con una mirada a César.

—¿He hecho bien, pues, en cerrar el trato? —dijo Birotteau.

—Tú eres el amo —respondió ella.

César cogió a su mujer por las manos y la besó en la frente. Esta respuesta implicaba siempre en ella un consentimiento tácito de los proyectos de su marido.

—Vamos —exclamó el perfumista bajando a su almacén y hablando con sus dependientes—, la tienda se cerrará a las diez. ¡Messieurs, un golpe de mano! ¡se trata de transportar durante la noche todos los muebles del primer piso al segundo! Es preciso meter, como dicen, los pucheros pequeños en los grandes, a fin de dejar mañana a mi arquitecto libre de todo estorbo. Popinot ha salido sin mi permiso —dijo César al no verle—. ¡Ah!, ya lo olvidaba: no duerme aquí. Habrá ido —pensó— a anotar las ideas de Vauquelin o a alquilar una tienda.

—Conocemos la causa de este trasiego —dijo Célestin hablando en nombre de los otros dos dependientes y de Roguet, agrupados tras él. ¿Nos será permitido felicitar a monsieur por una dicha que alcanza a toda la casa? Popinot nos ha dicho que monsieur...

—Pues bien, hijos míos, ¡qué queréis, me han condecorado! Así, pues, no solamente a causa de la libertad del territorio, sino también para celebrar mi promoción para la Legión de Honor, reunimos a nuestros amigos. Tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por la causa real, que he defendido..., a vuestra edad, en los peldaños de Saint-Roch, el 13 de Vendimiario; fui herido en un muslo por Napoleón, y madame Ragón me cuidó. ¡Tened valor, que seréis recompensados! Ved, hijos míos, como no hay mal que por bien no venga.

—Ya no se peleará más en las calles —dijo Célestin.

—Hay que esperarlo así —añadió César, que partió de aquí para hacer una amonestación a sus dependientes, amonestación que terminó con una invitación.

La perspectiva de un baile animó a los tres dependientes, a Roguet y a Virginie con un ardor que les comunicó la destreza de los equilibristas. Todos iban y venían por las escaleras cargados y sin romper ni dejar caer nada. A las dos de la noche la mudanza estaba, hecha. César y su mujer durmieron en el segundo piso. La habitación de Popinot se convirtió en la de Célestin y la del segundo dependiente. El

tercer piso se convirtió en trastera provisional.

Presas de ese magnético ardor que produce la afluencia del fluido nervioso y que convierte el diafragma en un brasero en las gentes ambiciosas o enamoradas agitadas por grandes designios, Popinot, tan dulce y tan tranquilo, había piafado en la tienda, al levantarse de la mesa, como piafa un caballo antes de la carrera.

—¿Qué tienes? —le dijo Célestin.

—¡Qué día, querido mío! Me establezco —le dijo al oído—, y monsieur César ha sido condecorado.

—Es usted muy feliz, pues el patrón le ayuda —exclamó Célestin.

Popinot no respondió y desapareció como empujado por un viento furioso, el viento del éxito.

—¡Oh!, él le dice feliz, pero creo que el amo ha notado que a Popinot le gusta mademoiselle Césarine, y como es muy astuto y conoce que sería difícil negársela a causa de sus parientes, se desembaraza de Anselme estableciéndole. Y Célestin toma esta astucia por generosidad —dijo un dependiente a su vecino que se ocupaba en apilar guantes por docenas.

Anselme Popinot bajaba por la rue de Saint-Honoré y se encaminaba a la de Deux-Écus, para apoderarse de un joven a quien consideraba como el principal instrumento de su fortuna. El juez Popinot había hecho un gran favor al viajante más hábil de París, el cual recibió más tarde el nombre de *ilustre*, a causa de su actividad y de su triunfante charla. Dedicado especialmente a la sombrerería y al *artículo de París*, este rey de los viajeros se llamaba aún, pura y sencillamente, Gaudissart. A los veintidós años se distinguía ya por el poder de su magnetismo comercial. Delgado entonces, de ojos alegres, rostro expresivo, memoria infatigable, dotado de golpe de vista para apreciar los gustos de cada uno, merecía ya ser lo que fue más tarde, el rey de los viajeros, el *francés* por excelencia. Algunos días antes, Popinot había encontrado a Gaudissart, el cual le había dicho que estaba en vísperas de viaje, así es que la esperanza de encontrarle aún en París había lanzado al enamorado hacia la rue des Deux-Écus, donde supo que el viajante no se había marchado todavía. Para despedirse de su querida capital, Gaudissart había ido a ver una pieza nueva al Vaudeville, y Popinot resolvió esperarle. ¿No era una verdadera fortuna la comisión del aceite de avellanas a aquel magnífico agente de las invenciones comerciales, halagado y mimado por las casas más ricas? Popinot era dueño de Gaudissart. El viajante, tan sabio en el arte de embaucar a las gentes más rebeldes, se había dejado liar a su vez por la conspiración tramada contra los Borbones después de los Cien Días. Gaudissart, que no podía vivir a no ser al aire libre, se vio, pues, en la cárcel, bajo el peso de una grave acusación.

El juez Popinot, encargado de instruir la causa, sobreseyó la de Gaudissart, reconociendo que lo único que le había comprometido en aquel asunto era su imprudente vivacidad. Con un juez deseoso de agrandar al poder, o con un realista exaltado, el desgraciado viajante hubiera sido llevado al patíbulo. Gaudissart, que

creía deber la vida al juez de instrucción, lamentaba profundamente no poder pagar a su bienhechor más que con estéril agradecimiento, y como no pudiese ir a darle las gracias a un juez por haberle hecho justicia, había ido a casa de los Ragon para ponerse incondicionalmente a sus órdenes.

Mientras llegaba la hora de ver a Gaudissart, Popinot fue a ver de nuevo su tienda de la rue des Deux-Écus y a pedir la dirección del propietario para tratar del arriendo. Errando por el dédalo oscuro del gran mercado, y pensando en los medios de obtener un rápido éxito, Popinot vio en la rue de Aubry-le-Boucher una ocasión única y de buen augurio con que regalar a César al día siguiente. Desde la puerta del hotel du Commerce, al extremo de la rue des Deux-Écus, a eso de las doce de la noche, Popinot oyó allá en la rue de Grenelle un final de opereta cantado por Gaudissart, con acompañamiento de un bastón significativamente arrastrado por las aceras.

—Monsieur, dos palabras —dijo Anselme mostrándose de pronto.

—Once, si usted quiere —dijo el viajante levantando su bastón sobre el agresor.

—Soy Popinot —dijo el pobre Anselme.

—Basta —dijo Gaudissart reconociéndole—. ¿Qué necesita usted? ¿Dinero? Está ausente, con permiso, pero se encontrará. ¿Mi brazo para un duelo? Soy todo suyo, de pies a cabeza.

Y cantó:

*Tal es, tal es,
el buen soldado francés.*

—Venga usted a hablar conmigo diez minutos, no a su cuarto, porque podrían oírnos, sino al Quai de l'Horloge. A esta hora no hay allí nadie, y se trata de un asunto muy importante —dijo Popinot.

—Que no se enfríe, pues. ¡Andando! —exclamó Gaudissart.

Al cabo de diez minutos, el viajante, dueño de los secretos de Popinot, reconoció su importancia y exclamó imitando a Lafont en el papel del Cid:

—«¡Venid perfumistas, tenderos y barberos!» Voy a atrapar a todos los tenderos de Francia y de Navarra. ¡Oh, una idea! Iba a marcharme pero me quedo para encargarme de la venta entre la perfumería parisiense.

—¿Con qué objeto?

—Para estrangular a sus rivales, inocente. Teniendo yo su comisión, puedo reventar sus pérfidos cosméticos no hablando de ellos y ocupándome únicamente de los de usted. Una jugarreta de viajante. ¡Ah!, amigo, nosotros somos los diplomáticos del comercio. Respecto a su prospecto, yo me encargo de él. Soy amigo de infancia de Finot, el hijo del sombrerero de la rue du Coq, que me indujo a correr la sombrerería. Finot, que tiene mucho talento, se ha apoderado del talento de todas las cabezas que cubría su padre, se dedica a la literatura y escribe en el *Correo de los Espectáculos*. Su padre, que está lleno de razones para no gustar del ingenio, no cree

en el talento, y resulta imposible probarle que éste se venda. El viejo Finot tiene cogido por el hombro a su hijo. Este muchacho, que es listo y amigo mío —y tenga en cuenta que yo no me junto con los tontos más que comercialmente— hace reclamos para el *Pastor Fiel*, el cual paga, mientras que los periódicos donde trabaja como un burro sólo le valen enemistades. ¡Que envidiosos son los de esa profesión! Sucede como en el *artículo de París*. Finot tenía una magnífica comedia en un acto para mademoiselle Mars, que es la famosa de las famosas, la que más me gusta. Ahora bien, para que le representasen la obra se ha visto obligado a llevarla al teatro de la Alegría. Finot sabe lo que es anunciar, y nos hará el prospecto gratis. Vaya; con un ponche y unos pasteles haremos de él lo que queramos. Yo, por mi parte, viajaré sin comisión ni gastos, y ya haré de modo que sus competidores lo paguen todo. Entiéndase bien que, para mí, este éxito es una cuestión de honor. Mi recompensa será el asistir a su boda. Iré a Italia, a Alemania y a Inglaterra. Llevo conmigo anuncios en todas las lenguas, y los haré poner en todas partes, en las aldeas, a las puertas de las iglesias y en todos los lugares que yo conozco. Su aceite brillará y estará en todas las cabezas. ¡Ah!, su casamiento no será con trampa, sino de peso. Césarine será suya, o dejo de llamarme Ilustre, nombre que me dio Finot padre por haber dado salida a sus sombreros grises. Vendiendo su aceite no me salgo de mi radio, la cabeza humana; el aceite y el sombrero están encargados de conservar las cabelleras públicas.

Popinot volvió a casa de su tía, adonde tenía que ir a dormir, dominado por tal fiebre, tan cansado por la previsión del éxito, que las calles le parecían arroyos de aceite. Durmió poco, soñó que sus cabellos crecían de un modo atroz y vio dos ángeles que le desenrollaban un letrero en donde se leía: «Aceite Cesariano». Despertóse en medio de este sueño y resolvió dar este nombre al aceite de avellana, considerando aquel capricho del sueño como una orden celestial.

César y Popinot estuvieron en su taller del Faubourg du Temple mucho antes de que llegasen las avellanas, y mientras esperaban a los dependientes de madame Madou, Popinot contó a su amo su tratado de alianza con Gaudissart.

—Si tenemos al ilustre Gaudissart, somos ya millonarios —exclamó el perfumista tendiendo la mano a su cajero con el aire que debió tomar Luis XIV al recibir al mariscal de Villars a su vuelta de Denain.

—Aún tenemos otra cosa —dijo el feliz dependiente sacando del bolsillo una botella de forma aplastada, simulando una calabaza—. He encontrado diez mil frascos como éste a veinte céntimos y a seis meses de plazo.

—Anselmo —dijo Birotteau con aire grave contemplando el frasco—, ayer, en las Tullerías, sí, ayer mismo, decías: «¡Medraré!», y yo te digo hoy: «¡Medrarás!» ¡A veinte céntimos! ¡A seis meses de plazo! ¡Una forma tan original! Ya veo aplastado a Macassar. ¡Vaya un golpe que le damos! ¡Qué bien he hecho adquiriendo las únicas avellanas que hay en París! ¿Dónde demonios has encontrado estos frascos?

—Esperaba la hora de hablar a Gaudissart y callejeaba...

—¡Como yo antaño! —exclamó Birotteau.

—Bajando por la rue de Aubry-le-Boucher, vi en casa de un vidriero al por mayor, comerciante de vidrios bombeados y de fanales, que tiene almacenes inmensos, y percibí este frasco... ¡Ah!, me ha herido la vista como una luz súbita y una voz me ha gritado: «¡He aquí tu negocio!»

«¡Ha nacido comerciante! Tendrá mi hija», murmuró César.

—Entro y veo miles de frascos en unas cajas.

—¡Y tú pediste precio en seguida!

—No me crea usted tan tonto —exclamó dolorosamente Anselme.

«Nada; que ha nacido comerciante», repitió Birotteau.

—Pido fanales para meter pequeños crucifijos de cera. Al mismo tiempo que regateaba los fanales, critico la forma de los frascos. Llevado a una confusión general, mi comerciante declara de plano que Faille y Bouchot, que habían faltado últimamente, iban a trabajar un cosmético y querían frascos de una forma rara; él desconfiaba de ellos y exigió la mitad al contado. Faille y Bouchot, en la esperanza de salir airosos, sueltan el dinero y la quiebra estalla durante la fabricación; los síndicos, obligados a pagar, acaban de transigir con él dejándole los frascos y el dinero cobrado, como indemnización por una mercancía juzgada ridícula y sin colocación posible. Los frascos cuestan a cuarenta céntimos, y él se daría por satisfecho vendiéndolos a veinte céntimos, pues ¡Dios, el tiempo que tendría en el almacén una forma que no está de moda! Entonces yo le pregunté: «¿Quiere usted comprometerse a proveerme de diez mil frascos a veinte céntimos? Puedo desembarazarle a usted de sus frascos, pues soy dependiente de monsieur Birotteau». Y sondeo, llevo, domino y caliento a mi hombre, y ya es nuestro.

—¡A veinte céntimos! —dijo Birotteau—. ¿Sabes que podemos poner el aceite a tres francos y ganar uno y medio, dejando otro a nuestros compradores?

—¡El *Aceite Cesarianol* —exclamó Popinot.

—¿El *Aceite Cesariano*?... ¡Ah!, señor enamorado, ¿quiere usted halagar al padre y a la hija? Pues bien, sea, vaya por el *Aceite Cesariano*! Los Césares eran dueños del mundo y debían tener grandes cabelleras.

—César Augusto era calvo —dijo Popinot.

—Porque no se sirvió de nuestro aceite, dirán. Poniendo a tres francos el *Aceite Cesariano*, el *Aceite de Macassar* cuesta el doble. Gaudissart es nuestro, y tendremos cien mil francos de beneficio al año, pues suponiendo que todas las cabezas que se respetan gasten doce frascos al año, hacen dieciocho francos. ¿Pongamos dieciocho mil cabezas? Pues hacen ciento ochenta mil francos. Somos millonarios.

Una vez recibidas las avellanas, Raguét, los obreros, Popinot y César descascarillaron una cantidad suficiente y antes de cuatro horas hicieron algunos litros de aceite. Popinot fue a enseñar el producto a Vauquelin, el cual le regaló una fórmula para mezclar la esencia de avellana con cuerpos oleaginosos menos caros, y la manera de perfumarla. Popinot se puso en seguida en acción para obtener una

patente de invención y de perfeccionamiento. El adicto Gaudissart prestó a Popinot la suma necesaria para pagar el derecho fiscal, el cual tenía la pretensión de pagar la mitad con los beneficios de su establecimiento.

La prosperidad lleva consigo una embriaguez a la que no resisten nunca los hombres inferiores. Esta exaltación tuvo un resultado fácil de prever. Grindot llegó y presentó el croquis coloreado de una deliciosa vista interior de la futura habitación adornada de muebles. Birotteau, seducido, consintió en todo. Al mismo tiempo, los albañiles dieron los primeros golpes de pico que hicieron gemir la casa y a madame Birotteau. El pintor, monsieur Lourdois, rico contratista que se comprometía a no omitir nada, hablaba de dorar el salón. Al oír esto, Constance intervino.

—Monsieur Lourdois —le dijo—, usted tiene treinta mil francos de renta, habita en una casa de su propiedad y puede hacer en ella lo que quiera, pero nosotros...

—Madame, el comercio debe brillar y no dejarse aplastar por la aristocracia. Por otra parte, monsieur Birotteau forma parte del gobierno, brilla mucho...

—Sí, pero aún es tendero —dijo Constance delante de sus dependientes y de las cinco personas que le escuchaban—. Ni yo, ni él, ni sus amigos, ni sus enemigos lo olvidaremos.

Birotteau, con las manos cruzadas detrás de la espalda, se levantó sobre la punta de sus pies y se dejó caer sobre sus talones varias veces.

—Mi mujer tiene razón —dijo—. Seremos modestos en la prosperidad. Por otra parte, mientras un hombre está dentro del comercio, debe ser moderado en sus gastos, reservado en su lujo, pues la ley le obliga a ello, y no debe entregarse a *gastos excesivos*. Si el engrandecimiento de un local traspasa los límites, sería imprudente en mí excederlos, y hasta usted mismo me lo criticaría, Lourdois. El barrio tiene los ojos fijos en mí, y las gentes que medran tienen envidiosos. ¡Ah!, ya lo sabrá usted pronto, joven —dijo a Grindot—. Si nos calumnian, no les dé usted al menos lugar a que critiquen.

—Ni la calumnia, ni la maledicencia pueden alcanzarle —dijo Lourdois—. Está usted en una posición excepcional y tiene tan gran conocimiento del comercio, que puede usted defender sus empresas, pues es usted un *mala pieza*.

—Es verdad, tengo alguna experiencia de los negocios. ¿Sabe usted por qué engrandezco el local? Si yo exijo rapidez y exactitud es...

—No.

—Pues bien; mi mujer y yo reunimos a algunos amigos, tanto para conmemorar la libertad del territorio, como para celebrar mi promoción a la orden de la Legión de Honor.

—¡Cómo! ¡Cómo! —dijo Lourdois—. ¿Le han concedido a usted la cruz?

—Sí; tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por la causa real el 13 de Vendimiario en Saint-Roch, donde fui herido por Napoleón. Venga usted con su mujer y su hija...

—Estoy encantado del honor que usted se digna hacerme —dijo el liberal

Lourdois—. Pero es usted un pillín, papá Birotteau; quiere usted estar seguro de que no faltaré a mi palabra, y por eso me ha invitado. Pues bien, tomaré mis más hábiles obreros y haremos un fuego infernal para secar las pinturas: poseemos procedimientos desecativos, pues es preciso no bailar en medio de la humedad exhalada por el yeso. Se barnizará para quitar todo olor.

Tres días después, el comercio del barrio estaba emocionado con el anuncio del baile que preparaba Birotteau, eso sin contar con que todo el mundo pudo ver los preparativos a que daba lugar aquella fiesta. Los obreros que trabajaban con luz, pues los había de noche y de día, hacían detenerse en la calle a los ociosos y curiosos, y los chismes y cuentos se apoyaban en estos preparativos para anunciar enormes suntuosidades.

El domingo indicado para la conclusión del negocio de los terrenos, monsieur y madame Ragon y el tío Pillerault se presentaron a las cuatro de la tarde. Según César, con motivo de la reforma del local, sólo podía invitar aquel día a Charles Claparon, a Crottat y a Roguin. El notario llevó el *Diario de los Debates*, donde monsieur de La Billardière había hecho insertar el siguiente artículo:

«Tenemos noticias de que en breve se celebrará con entusiasmo en toda Francia la libertad del territorio; pero, en París, los miembros del cuerpo municipal han comprendido que había llegado el momento de devolver a la capital aquel esplendor que había cesado durante la ocupación extranjera a causa de un sentimiento de conveniencia. Cada uno de los alcaldes y de los tenientes de alcalde, se proponen dar un baile; así es que el invierno promete ser brillante, y es casi seguro que este movimiento nacional no será estéril. De todas las fiestas que se preparan, se habla mucho del baile de monsieur Birotteau, el cual es muy conocido por su adhesión a la causa real y acaba de ser nombrado caballero de la Legión de Honor. Monsieur Birotteau, como juez consular estimadísimo y como herido en el encuentro de Saint-Roch el 13 de Vendimiario, ha merecido doblemente este favor.»

—¡Lo que se escribe hoy! —exclamó César—. ¿Sabe usted que hablan de nosotros en el periódico? —le dijo a Pillerault.

—Bueno, ¿y qué? —le contestó su tío, a quien era antipático el *Diario de los Debates*.

—Este artículo tal vez nos hará vender la *Pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa* —dijo en voz baja Constance a madame Ragon, sin participar del entusiasmo de su marido.

Madame Ragon, mujer alta, seca y arrugada, de nariz puntiaguda y labios delgados, tenía un falso aire de marquesa de la antigua corte. El cerco de sus ojos estaba ajado en una extensión bastante grande, como el de las ancianas que han sufrido muchas penas. Su actitud severa y digna, aunque afable inspiraba respeto. Por otra parte, tenía un no sé qué de extraño que sorprendía sin excitar la risa y que se explicaba por sus modales y su manera de vestir: llevaba mitones, usaba en todo tiempo una sombrilla semejante a la que llevaba María Antonieta en Trianón, y su

bata traje, cuyo color favorito era ese castaño claro llamado de hoja muerta formaba en las caderas inimitables pliegues, cuyo secreto se han llevado consigo las antiguas viudas nobles. Conservaba la mantilla negra guarnecida de encajes negros, de grandes medallas cuadradas, y sus capotas de forma antigua tenían atractivos, que recordaban los recortes de los marcos antiguos fallados. Tomaba rapé con esa exquisita limpieza y haciendo esos gestos que pueden recordar los jóvenes que han tenido la dicha de ver a sus tías segundas y a sus abuelas colocar solemnemente las tabaqueras de oro sobre la mesa y sacudiendo el polvo de tabaco caído sobre su manteleta.

Monsieur Ragon era un hombrecito de cinco pies a lo más, con cara de cascanueces, en la que se veían únicamente unos ojos, dos pómulos agudos, una nariz y una barba. Sin dientes, comiéndose la mitad de las palabras, de conversación pluvial, galante y presuntuoso sonreía siempre con la sonrisa que tenía antaño para recibir a las hermosas damas que en diferentes ocasiones acudían por casualidad a su tienda. Los polvos formaban en su cráneo una blanca media luna bien peinada, dividida en dos porciones que terminaban en una pequeña trenza atada con una cinta. Llevaba levita azul, chaleco blanco, calzón y medias de seda, zapatos con hebillas de oro y guantes de seda negra. El rasgo más saliente de su carácter era el de ir por las calles con el sombrero en la mano. Parecía un mensajero de la Cámara de los Pares, un ujier del Gabinete del rey o alguno de esos seres que están al lado de un poder cualquiera recibiendo su reflejo, pero siendo poca cosa.

—Conque Birotteau, hijo mío, ¿te arrepientes de haber seguido nuestros consejos? —dijo Ragon con aire magistral—. ¿Hemos dudado nunca del agradecimiento de nuestros muy amados soberanos?

—¡Qué feliz debe usted ser, querida mía! —dijo madame Ragon a madame Birotteau.

—Sí que lo soy —respondió la hermosa perfumista, que estaba bajo el encanto de aquella sombrilla, de aquella capota, de aquellas mangas justas y de la gran manteleta que llevaba madame Ragon.

—Césarine está encantadora. Venga usted aquí, hermosa mía —dijo madame Ragon con aire protector.

—¿Cerraremos el trato antes de comer? —dijo Pillerault.

—Esperamos a monsieur Claparon, que ha quedado vistiéndose —dijo Roguin.

—Monsieur Roguin —dijo César—, ¿ya le he advertido a usted que comeremos en un mal entresuelo?

—Hace dieciséis años lo encontraba magnífico —murmuró Constance.

—¿En medio de escombros y de obreros?

—¡Bah!, es un buen muchacho fácil de contentar —dijo Roguin.

—He puesto a Raguet de guardia en la tienda porque como está todo demolido, no quiero que pase nadie —dijo César al notario.

—¿Por qué no ha traído usted a su sobrino? —dijo Pillerault a madame Ragon.

—¿No le veremos hoy? —preguntó Césarine.

—No, corazón mío —dijo madame Ragon—. El pobre Anselme trabaja hasta matarse. Aquella calle sin aire y sin sol, esa hedionda rue des Cinq-Diamants me asusta; el arroyo está siempre azul, verde o negro, y temo que perezca en él. ¡Pero cuando a los jóvenes se les mete algo en la cabeza!... —le dijo a Césarine haciendo un gesto que quería decir que la palabra cabeza significaba corazón.

—¿De suerte que ya ha hecho el arriendo? —preguntó César.

—Sí, lo hizo ayer ante notario por dieciocho años; pero le exigen un semestre adelantado —repuso Ragon.

—Vamos a ver monsieur Ragón, ¿está usted contento de mí? —dijo el perfumista—. Le he dado el secreto de un descubrimiento que..., en fin...

—Lo sabemos de sobra, César —dijo Ragon estrechando las manos al perfumista con religiosa amistad.

Roguin temía fundadamente la entrada en escena de Claparon, cuyas costumbres y lenguaje podían asustar a aquellas virtuosas gentes; así es que juzgó necesario preparar los ánimos, y dirigiéndose a Ragón, a Pillerault y a las damas, dijo:

—Van ustedes a ver un tipo que oculta sus cualidades bajo una mala capa, pues de la nada ha sabido encumbrarse por sus ideas. Tal vez llegue algún día a adquirir buenos modales a fuerza de tratar con banqueros. Se le encuentra a veces en los paseos, en el café, bebiendo, desaliñado, jugando al billar y con aspecto de calavera; pero, ¡ca!, nada de eso, lo que hace entonces es estudiar y remover la industria con nuevas concepciones.

—Yo comprendo esto perfectamente —dijo Birotteau—. Mis mejores ideas las he encontrado callejeando, ¿verdad, Constance mía?

—Es que Claparon recupera durante la noche el tiempo empleado durante el día en buscar y combinar sus negocios. Todos esos hombres de talento hacen una vida extraña e inexplicable. Pero vean ustedes lo que son las cosas. En medio de esa vida, yo le he visto salir siempre airoso. Ahora mismo acaba de lograr que cediesen sus terrenos los propietarios, algunos de los cuales no querían porque sospechaban algo. Él los ha engañado, los ha cansado, ha ido a verlos todos los días y al fin ya somos dueños del campo.

Una extraña tos, propia de los bebedores de aguardiente y de licores fuertes, anunció a uno de los personajes más extravagantes de esta historia, el árbitro de los destinos futuros de César. El perfumista corrió hacia la oscura escalera, tanto para decirle a Raguet que cerrase la tienda, como para excusarse ante Claparon por recibirle en el comedor.

—¡No faltaba más! Si se está aquí muy bien para preparar..., digo, para ultimar los negocios.

A pesar de las hábiles preparaciones de Roguin, los Ragon, el observador Pillerault, Césarine y su madre no pudieron por menos de sentirse desagradablemente sorprendidos al ver a aquel pretendido banquero.

A la edad de veintiocho años, aquel antiguo viajante no tenía ni un pelo en la

cabeza y llevaba una peluca formando tirabuzones. Este postizo exige una frescura de virgen, una transparencia láctea y las más encantadoras gracias femeninas; así es que hacía resaltar innoblemente aquel rostro plagado de granos, tostado como el de un conductor de diligencia y surcado prematuramente por arrugas que denotaban su vida libertina, confirmada por el mal estado de sus dientes y los puntos negros sembrados sobre su piel rugosa. Claparon parecía un cómico de provincias que sabe todos los papeles, cuyas mejillas no soportan ya el carmín, de labios pastosos, de lengua siempre alerta, aún durante la embriaguez, de mirada impúdica y de gestos comprometedores. Aquella cara, iluminada por la alegre llama del ponche, desmentía la gravedad de los negocios. Así es que Claparon tuvo que hacer largos estudios mímicos antes de lograr adquirir una actitud que estuviese en armonía con su postiza importancia. Du Tillet había asistido al tocado de Claparon, como el director de escena inquieto el día que se estrena su principal actor, pues temía que los groseros hábitos de aquella vida ociosa llegasen a descubrir la falsedad del banquero.

—Habla lo menos posible —le había dicho—. Un banquero no habla nunca: obra, piensa, medita, escucha y pesa. Para parecer un verdadero banquero no digas nada, o di cosas insignificantes. Oculta tu mirada de pillo y hazte el grave a riesgo de parecer tonto. En política, muéstrate partidario del gobierno y di generalidades como ésta: *El presupuesto es precario. No hay transacciones posibles entre los partidos. Los liberales son peligrosos. Los Borbones deben evitar todo conflicto. El liberalismo es la capa de intereses coaligados. Los Borbones nos preparan una era de prosperidad y debemos sostenerlos, aunque no los amemos. Francia ha tenido ya suficientes experiencias políticas*, etc. No te prodigues en todas las mesas y no olvides que debes conservar la dignidad de un millonario. No sorbas el tabaco como hace un inválido, juega con la tabaquera, mira frecuentemente al suelo o al techo antes de responder y afecta aires importantes. Pierde, sobre todo, tu desgraciada costumbre de tocarlo todo. En el mundo un banquero debe parecer cansado de tocar, di que pasas las noches calculando, porque ¡se necesitan tantos elementos y tanto estudio para comprender un negocio! Habla ante todo muy mal de los negocios, di que son pesados, difíciles, espinosos. No salgas de ahí y no especifiques nada; no vayas a cantar en la mesa ni bebas demasiado. Si te emborrachas, pierdes tu porvenir. Roguin te vigilará; vas a tratar con personas moralistas y gentes virtuosas. Cuida de no asustarlos soltando algunos de tus principios tabernarios.

Esta amonestación produjo en el ánimo de Charles Claparon el mismo efecto que producía en su persona la ropa nueva. Este alegre despreocupado, amigo de todo el mundo, acostumbrado a sus vestidos despechugados, cómodos, y en los cuales su cuerpo estaba tan libre como era libre en su lenguaje, y metido dentro de un vestido nuevo que el sastre había hecho esperar y que él ensayaba, tieso como una estaca, inquieto en sus movimientos como en sus frases y retirando su mano imprudentemente extendida hacia un frasco o una caja, lo mismo que se detenía en medio de una frase, se significó, pues, por un desacuerdo visible con las

observaciones de Pillerault. Su cara roja y su peluca con rizos desgreñados desmintieron sus vestidos como sus pensamientos estaban en contradicción con sus dichos. Pero aquellos buenos burgueses acabaron por atribuir estas continuas disonancias a la preocupación.

—Tiene tantos negocios... —decía Roguin.

—Los negocios le han dado poca educación —dijo madame Ragon a Césarine.

Monsieur Roguin oyó esta frase y se llevó un dedo a los labios.

—Es rico, hábil y de una excesiva probidad —dijo inclinándose hacia madame Ragon.

—Se le puede dispensar algo en favor de esas cualidades —dijo Pillerault a Ragon.

—Leamos las actas antes de comer; ya estamos solos —dijo Roguin.

Madame Ragon, Césarine y Constance dejaron a los contratantes. Pillerault, Ragon, César, Roguin y Claparon escucharon la lectura que hizo Alexandre Crottat. César firmó, a favor de mi cliente de Roguin, una obligación de cuarenta mil francos, con hipoteca sobre los terrenos y las fábricas situadas en el Faubourg du Temple; entregó a Roguin el bono de Pillerault contra el Banco, dio sin pedir recibo los veinte mil francos de efectos de su cartera y los ciento cuarenta mil francos en letras a la orden de Claparon.

—No tengo recibo que darle —dijo Claparon—. Usted obra por su parte en cosas de monsieur Roguin, como nosotros en la nuestra. Nuestros vendedores recibirán en su casa su precio en dinero y no me comprometo más que a hacer que encuentre usted lo que le falta para completar su parte con sus ciento cuarenta mil francos de efectos.

—Es justo —dijo Pillerault.

—Vamos, messieurs, llamemos a las damas, pues hace frío sin ellas —dijo Claparon mirando a Roguin como para saber si la broma era demasiado fuerte—. ¡Madames! ¡Oh!, mademoiselle es sin duda su hija —dijo Claparon manteniéndose tieso y mirando a Birotteau; vamos, veo que no es usted torpe. Ninguna de las rosas que ha destilado usted puede comparársele, y tal vez haya destilado usted rosas que...

—A fe que tengo apetito —dijo Roguin interrumpiéndole.

—Pues bien, comamos —exclamó Birotteau.

—Comeremos ante notario —exclamó Claparon relamiéndose.

—Debe usted tener muchos negocios —dijo Pillerault sentándose intencionadamente al lado de Claparon.

—Excesivamente, por gruesas —respondió el banquero—. Pero son pesados, espinosos y hay canales. ¡Oh, los canales! ¡No puede usted figurarse lo que nos ocupan los canales! El canal es una necesidad que se hace sentir generalmente en los departamentos y que concierne a todos los comercios, ¿comprende usted? Los ríos, ha dicho Pascal, son caminos que andan. Se necesitan, pues, escalones. Los escalones dependen del terraplén, pues hay horribles terraplenes, el terraplén concierne a la clase pobre, y de ahí los préstamos que en definitiva se hacen a los pobres. Voltaire

ha dicho. ¡*Canales, canards, canalla!* Pero el gobierno tiene sus ingenieros que le instruyen, y es difícil engañarle, a menos que no se entienda uno con ellos, pues la Cámara... ¡Oh, monsieur, la Cámara nos causa un perjuicio! No quiere comprender que la cuestión política se oculta bajo la cuestión financiera. Hay mala fe por ambas partes. ¿Creerá usted una cosa? Los Keller, sí, François Keller, es un orador y ataca al gobierno con motivo de las rentas y de los canales. Al volver a su casa escucha nuestras proposiciones, ve que son favorables, y entonces comprende la necesidad de arreglarse con el gobierno mismo, a quien acaba de atacar insolentemente. El interés del orador y el del Congreso chocan y nosotros nos encontramos entre dos fuegos. ¿Comprende usted ahora cómo los asuntos se hacen espinosos? ¡Hay que satisfacer a tanta gente! A los dependientes, a las Cámaras, a las Antecámaras, a los ministros...

—¿A los ministros? —dijo Pillerault, que quería conocer a toda costa a aquel coasociado.

—Sí, monsieur, a los ministros.

—¿De modo que los periódicos tienen razón? —dijo Pillerault.

—Ya está mi tío engolfado en política con monsieur Claparon —dijo Birotteau.

—Vaya unos pillastres que están hechos esos periódicos.

Monsieur, los periódicos nos lo embrollan todo, y aunque a veces nos sirven, generalmente nos hacen pasar crueles noches. Preferiría pasarlas de otro modo, porque tengo la vista perdida a fuerza de leer y calcular.

—Volvamos a los ministros —dijo Pillerault esperando revelaciones.

—Los ministros tienen exigencias puramente gubernamentales. Pero ¿qué es lo que estoy comiendo yo aquí? ¿Ambrosía? —dijo Claparon interrumpiéndose—. He aquí una de esas salsas que sólo se comen en las casas particulares; los bodegoneros nunca...

Al oír esta frase, las flores del sombrero de madame Ragon se movieron violentamente, y Claparon, comprendiendo que aquello de bodegoneros era bastante ordinario, quiso enmendarlo.

—En la alta banca se llama bodegoneros a los dueños de las tabernas elegantes, como Véry, les Frères Provençame Ahora bien: ni estos infames bodegoneros ni nuestros sabios cocineros nos dan nunca salsas tan sabrosas; los unos nos dan agua clara acidulada con limón y los otros algún producto químico.

La comida transcurrió amenizada por los ataques de Pillerault, que a toda costa deseaba sondear a aquel hombre y que al no encontrar en él más que el vacío, llegó a considerarle peligroso.

—Todo va bien —dijo Roguin al oído de Charles Claparon.

—¡Ah!, me alegro porque así esta noche podré desnudarme —respondió Claparon que se ahogaba.

—Monsieur —le dijo Birotteau—, si nos vemos obligados a convertir el salón en comedor, es porque dentro de dieciocho días reunimos a algunos amigos, tanto para celebrar la libertad del territorio, como...

—Bien, monsieur, yo también soy hombre de gobierno. Pertenezco, por mis opiniones, al *statu quo* del gran hombre que dirige los destinos de la Casa de Austria, ¡un punto famoso! Conservar para adquirir, y sobre todo, adquirir para conservar... He aquí lo esencial de mis opiniones, que tienen el honor de ser las mismas que las del príncipe de Metternich.

—...Como mi promoción para la orden de la Legión de Honor —repuso César.

—Sí, ya lo sé. ¿Quién me habló a mí de eso? ¿Los Keller o los Nucingen?

Roguin, sorprendido de tanto aplomo, hizo un gesto admirativo.

—¡Ah, no! Fue en la Cámara.

—¿En la Cámara? ¿Monsieur de La Billardière? —preguntó César.

—Precisamente —respondió Claparon.

—Es un buen sujeto —dijo César a su tío.

—Lo que hace es soltar frases y frases y ahogarse en ellas —dijo Pillerault.

—Tal vez me he hecho digno de este favor... —repuso Birotteau.

—Sí, con sus trabajos de perfumería. ¡Ah! Los Borbones saben recompensar todos los méritos; atengámonos a esos generosos príncipes legítimos, a quienes hemos de deber en breve inauditas prosperidades. Créalo usted, la Restauración comprende que tiene que competir con el Imperio y hará conquistas en plena paz, ya verá usted qué conquistas.

—¿Nos hará usted el honor de asistir a nuestro baile? —dijo Constance.

—Madame, por pasar una velada con usted, dejaría de ganar millones.

—Me parece que tiene usted razón; es muy hablador —dijo César a su tío.

Mientras la gloria de la perfumería tocaba a su ocaso, un nuevo astro aparecía en el horizonte comercial. A aquella misma hora el pequeño Popinot echaba los cimientos de su fortuna en la rue des Cinq-Diamants. Esta callejuela, estrecha y pequeña, donde los coches cargados pasan con trabajo, da a la rue des Lombards por un extremo, a la de Aubry-le-Boucher por otro, y tiene enfrente la de Quincampoix, calle famosa del viejo París, que tan popularizada ha sido por la historia de Francia. A pesar de esta desventaja, la reunión en ella de los tenderos de ropas favorece a esta calle, y desde este punto de vista, Popinot no había escogido mal. La casa, que formaba el número dos, entrando por la rue des Lombards, era tan sombría, que en ciertas épocas del año se hacía necesario encender luz en pleno día. La víspera, por la noche, el principiante había tomado posesión de los lugares más negros y más desagradables. Su predecesor, tratante en melaza y en azúcar, había dejado huellas de su comercio en las paredes, en el patio y en los almacenes. Figuraos una tienda grande y espaciosa, con grandes puertas pintadas de verde, surcadas por bandas de hierro y provistas de clavos, cuyas cabezas parecían hongos, y embaldosada con piedras blancas, rotas la mayor parte, y unas paredes amarillas y desnudas como las de un cuerpo de guardia. Venían después una trastienda y una cocina con luces al patio, y por fin un segundo almacén que debió haber sido cuadra en otros tiempos. Por una escalera interior, practicada en la trastienda, se subía a dos cuartos con vistas

a la calle, cuartos donde Popinot pensaba establecer su despacho, sus libros y su caja. Encima de los almacenes había tres cuartos estrechos, adosados a una pared medianera, donde se proponía vivir; tres cuartos destartalados que no tenían más vista que la del patio regular y sombrío rodeado de paredes, cuya humedad le daba en tiempo seco el aire de haber sido recientemente blanqueadas. El patio tenía las juntas de las baldosas llenas de una grasa negra y hedionda, producto de las melazas y de los azúcares. De aquellos cuartos, sólo uno tenía chimenea, y todos carecían de papel y tenían el pavimento de ladrillo.

Por la mañana, Gaudissart y Popinot, ayudados por un obrero, pegaban en la pared de aquel horrible cuarto pintado a cola, un papel de a tres reales. Una cama de colegial, una mala mesa de noche, una cómoda antigua, una mesa, dos sofás y seis sillas que el juez Popinot había dado a su sobrino, componían el mobiliario. A eso de las ocho de la noche, los dos amigos, sentados ante la chimenea se disponían a consumir el resto del almuerzo.

—¡Fuera el fiambre! —exclamó Gaudissart.

—Pero... —dijo Popinot enseñando la única moneda de veinte francos que le quedaba para pagar el prospecto.

—Yo tengo —dijo Gaudissart poniéndose en un ojo una moneda de cuarenta francos.

En este momento sonó un aldabonazo en el patio, solitario y sonoro, como es natural, los domingos, día en que los industriales abandonan sus quehaceres para divertirse.

—Aquí está el mozo de la rue de la Poterie —dijo Gaudissart.

En efecto, un mozo, seguido de dos pinches de cocina, se presentó llevando una comida y seis botellas de escogidos vinos.

—Pero ¿cómo haremos para comer tantas cosas? —dijo Popinot.

—¿Y el hombre de letras? —exclamó Gaudissart—. Finot conoce las pompas y las vanidades, y va a venir provisto de un prospecto sorprendente. Los literatos siempre tienen sed, y si se quieren flores hay que regar las semillas. Vamos, esclavos, aquí tenéis oro —les dijo a los pinches entregándoles dos reales con un gesto digno de Napoleón, su ídolo.

—Gracias, monsieur Gaudissart —respondieron aquéllos, más satisfechos de la broma que del dinero.

—Oye, hijo mío —dijo al mozo que quedaba para servirles—, hay una portera que yace en las profundidades de un antro donde cocina a veces por pura distracción, como hacía en otros tiempos la colada Nausica. Vete a su lado, implora su bondad y ruégale que dé calor a estos platos. Dile que será bendecida y, sobre todo, muy respetada, por Félix Gaudissart, hijo de Jean-François Gaudissart, nieto de los Gaudissart, viles proletarios muy antiguos que fueron sus antepasados. Anda, y procura que todo esté bueno, porque de lo contrario, te daré un pescozón.

Sonó un aldabonazo.

—Aquí está el ocurrente Finot —dijo Gaudissart.

En efecto, apareció de pronto un muchacho grueso, bastante mofletudo, de mediana estatura y que parecía de pies a cabeza el hijo de un sombrerero. Su cara, entristecida como la del hombre sumido en la miseria, tomó una expresión de alegría cuando vio la mesa puesta y las botellas significativamente lacradas. Al oír el grito de Gaudissart, sus ojos azules se animaron y su cabeza miró de derecha a izquierda, acabando por saludar a Popinot de una manera extraña, sin servilismo ni respeto, como hombre que no se siente en su centro, pero que no quiere hacer ninguna concesión. Entonces empezaba a conocer que no poseía ningún talento literario, y pensaba explotar la literatura y hacer buenos negocios, en lugar de hacer obras mal pagadas. En aquel momento, después de haber agotado la humildad de sus pasos y la humillación de las tentativas, iba a volverse y a hacerse impertinente por cálculo, pero necesitaba algún capital, y Gaudissart le había dado esperanzas de lograrlo con el aceite de Popinot.

—Usted tratará por su cuenta con los periódicos; pero no nos engañe, porque, de lo contrario, tendremos un duelo a muerte. Deles siempre el dinero que les prometa.

Popinot miró al autor con aire inquieto. Las gentes verdaderamente comerciales contemplan a un autor movidas por un sentimiento que participa del terror, de la compasión y de la curiosidad. Aunque Popinot estuviese bien educado, las costumbres de sus parientes y sus ideas, y los embrutecedores cuidados de una caja y de una tienda, habían modificado su inteligencia sometiéndola a los usos y costumbres de su profesión, fenómeno éste que puede observarse en las metamorfosis sufridas al cabo de diez años por cien compañeros que han salido juntos del colegio. Finot tomó la inquietud de Popinot por admiración.

—Antes de comer, acabemos el prospecto, y así podremos comer sin cuidado —dijo Gaudissart—. Después de comer se lee mal, porque la lengua también digiere.

—Monsieur —dijo Popinot—, un prospecto es a veces toda una fortuna.

—Y para los plebeyos como yo, la fortuna no es más que un prospecto —dijo Finot.

—¡Magnífico! —dijo Gaudissart—. Este maldito Finot tiene gracia como cuarenta.

—Como cien —dijo Popinot estupefacto.

El impaciente Gaudissart tomó el manuscrito y leyó en voz alta con énfasis:

—Aceite Cefálico.

—Yo preferiría llamarlo *Aceite Cesáreo* —añadió Popinot.

—Amigo mío, tú no conoces a los provincianos. Hay una operación quirúrgica que lleva ese nombre, y son tan bestias, que creerían que ese aceite sirve para facilitar los partos, y para llevarlos de ahí a los cabellos habría demasiado trabajo.

—Sin querer defender el título que yo le he dado —dijo el autor—, le advertiré que *Aceite Cefálico* quiere decir aceite para la cabeza y, por lo tanto, resume todas sus ideas. —Veamos —dijo Popinot con impaciencia.

He aquí el prospecto tal como lo recibe a millares hoy el comercio. (Otra pieza justificativa.)

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICION DE 1824



ACEITE



CEFÁLICO

PATENTES DE INVENCION Y DE PERFECCIONAMIENTO

«Ningún cosmético puede hacer crecer los cabellos, ni ninguna preparación química puede teñirlos sin peligro para el cerebro. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una sustancia muerta y que no hay ningún agente que pueda impedir que se caigan o que encanezcan. Para evitar la xerasia y la calvicie, basta preservar al bulbo, de donde salen, de toda influencia exterior atmosférica y mantener la cabeza en el estado de calor que le es propio. El *ACEITE CEFÁLICO*, basado en los principios establecidos por la Academia de Ciencias, produce este importante resultado, el cual perseguían también los antiguos, como los griegos y los romanos y las naciones del Norte, cuyas cabelleras eran preciosas. Sabias investigaciones han demostrado que los nobles que se distinguían antiguamente por sus largas cabelleras, no empleaban más medio que éste; únicamente que su procedimiento había sido perdido y hoy ha sido encontrado por A. *POPINOT*, inventor del *ACEITE CEFÁLICO*.

»Conservar, en lugar de provocar un estímulo imposible o dañoso, en la dermis que contiene los bulbos, es, pues, el objeto del *ACEITE CEFÁLICO*. En efecto este aceite —que evita la exfoliación de las películas, que exhala un olor suave y que, por las sustancias de que se compone, en las cuales entra como elemento principal la esencia de avellana— impide la acción del aire exterior sobre las cabezas, evita también los catarros, el coriza y todas las afecciones dolorosas del encéfalo, conservando su temperatura interior. De este modo los bulbos, que contienen los líquidos generadores de los cabellos, no son nunca heridos por el frío ni por el calor. La cabellera —ese magnífico adorno que tanto aprecian los hombres y las mujeres—

será conservada hasta edad avanzada con ese brillo, esa firmeza y ese lustre que tanto encanto da a las cabezas de los niños, por las personas que empleen el *Aceite Cefálico*.

»*LA MANERA DE SERVIRSE* de él se contiene en el impreso que va unido a cada franco y le sirve de envoltura.»

MANERA DE SERVIRSE DEL ACEITE CEFÁLICO

«Es completamente inútil untarse los cabellos. Esto es no sólo una preocupación ridícula, sino una costumbre molesta, toda vez que el cosmético deja huellas en todas partes. Basta humedecer todas las mañanas una esponjita en el aceite, separarse los cabellos con el peine y humedecer su raíz de raya a raya, de manera que la piel reciba una ligera capa, después de haberse limpiado antes la cabeza con el cepillo y el peine.

»Este aceite se vende en frascos que llevan la firma del inventor para evitar toda falsificación, al precio de *TRES FRANCOS*, en casa de *A. POPINOT*, rue des Cinq-Diamants, Faubourg des Lombards, París.

SE RUEGA EL FRANQUEO PARA LAS CONTESTACIONES.

»Nota. — La Casa *A. Popinot* vende también los aceites de droguería, como esencia de azahar, aceite de áspid, aceite de almendras dulces, aceite de cacao, aceite de café, de ricino y otros.»

—Amigo, está perfectamente escrito —dijo el ilustre Gaudissart a Finot—. ¡Por vida de!... ¡Qué manera de manejar los términos científicos y de ir derecho al grano! ¡Ah!, le felicito a usted. ¡Ésta es la literatura útil!

—¡Vaya un prospecto más hermoso! —dijo Popinot entusiasmado.

—Un prospecto cuyas primeras frases matan a Macassar —dijo Gaudissart levantándose con aire magistral para silabear las siguientes frases, que fueron acompañadas de gestos parlamentarios: No-hay-me-dio-de-ha-cer-bro-tar los cabellos. No-hay-me-dio-de-te-ñir-los-sin-pe-li-gro. ¡Ah!, éste es el éxito. La ciencia moderna está de acuerdo con las costumbres de los antepasados. No hay medio de entenderse con los viejos y con los jóvenes. Si tiene uno que habérselas con un viejo, hay que decir: «¡Ah!, monsieur, los antiguos, los griegos y los romanos tenían razón y no eran tan tontos como quiere usted suponer». Si se habla con un joven, se le dice: «Amigo mío, un nuevo descubrimiento debido al progreso de las luces. ¡Cómo progresamos! ¿Qué no se ha de esperar del vapor, de los telégrafos y de otros? Este aceite es el resultado de un informe de monsieur Vauquelin». ¿Y si imprimiésemos un trozo de la memoria dedicada a la Academia de Ciencias que confirmase nuestros asertos? ¡Magníficos! ¡Vamos, Finot, a la mesa! ¡Comamos las legumbres y bebamos el champaña por el éxito de nuestro joven amigo!

—Yo he pensado que había pasado ya la época del prospecto ligero y festivo —dijo el autor modestamente—. Ahora entramos en el período de la ciencia y se necesita un aire doctoral y un tono de autoridad para imponerse al público.

—Ese aceite dará resultado y ya me bullen los pies y la lengua. Tengo las comisiones de todos los que tratan en productos para los cabellos y nadie da más que el treinta por ciento. Dando nosotros el cuarenta, yo respondo de cien mil botellas en seis meses. Yo atacaré a los farmacéuticos, a los abaceros y a los peluqueros, y con tan buena comisión, se decidirán a embaucar al público.

Los tres jóvenes comían como leones, bebían como suizos y se embriagaban con el futuro éxito del *Aceite Cefálico*.

—Este aceite se sube a la cabeza —dijo Finot sonriendo.

Gaudissart agotó las diferentes series de equívocos acerca de las palabras aceite, pelo, cabeza, etc. En medio de las risas homéricas de los tres amigos, a los postres, no obstante los brindis y los mutuos deseos de suerte, fue oído un aldabonazo que resonó en la puerta.

—¡Es mi tío! —exclamó Popinot—. Es capaz de venir a verme.

—¿Un tío? —dijo Finot—. Y no tenemos vaso.

—El tío de mi amigo Popinot es un juez de instrucción a quien respeto mucho porque me salvó la vida —dijo Gaudissart a Finot—. ¡Ah!, cuando uno se ha encontrado como yo enfrente del patíbulo, donde, ¡zas!, y adiós los cabellos —dijo imitando al cuchillo con un gesto—, no puede uno por menos de acordarse del virtuoso magistrado a quien se debe la dicha de conservar el canuto por donde pasa el vino de Champagne. Se acuerda uno toda la vida. Finot, usted no sabe si alguna vez necesitará a monsieur Popinot. ¡Por vida de...!, hay que saludarle y mostrarse fino con él.

En efecto, el virtuoso juez de instrucción preguntaba a la portera por su sobrino.

Al conocer su voz, Anselme bajó con una palmatoria en la mano para alumbrar.

—Saludo a ustedes, messieurs —dijo el magistrado.

El ilustre Gaudissart se inclinó profundamente y Finot examinó al juez con ebria mirada y lo encontró un poco extravagante.

—Aquí no hay lujo —dijo gravemente el juez examinando el cuarto—; pero, hijo mío, para ser algo grande, hay que saber empezar por no ser nada.

—¡Qué hombre más profundo! —dijo Gaudissart a Finot.

—Un pensamiento de artículo —dijo el periodista.

—¡Ah!, ¿está usted aquí, caballere? —dijo el juez de instrucción reconociendo al viajante—. ¿Qué viento le trae?

—Monsieur, quiero contribuir con todas mis fuerzas a la fortuna de su querido sobrino. Acabamos de meditar sobre el prospecto de su aceite, y aquí tiene usted al autor de este prospecto, que nos ha parecido uno de los monumentos más hermosos de esa literatura de pelucas.

El juez miró a Finot.

—Este caballero es monsieur Finot, distinguido literato que trata de política y de arte teatral en los periódicos del gobierno.

Finot tiró a Gaudissart del faldón de la levita.

—Bien, hijos míos —dijo el juez, que comprendió al oír estas palabras el aspecto de la mesa, donde se veían los restos de la comida—. Amigo mío —dijo el juez a Popinot—, vístete que tenemos que ir esta noche a casa de monsieur Birotteau, a quien debo una visita. Al mismo tiempo podréis firmar el acta de sociedad, que yo he examinado cuidadosamente. Como habéis de tener la fábrica de vuestro aceite en los terrenos del Faubourg du Temple, opino que te arrendaré el taller, porque las cosas bien en regla evitan las discusiones. Pero, Anselme, estas paredes me parecen muy húmedas y creo que debes poner paja en el patio en que duermas.

—Dispense usted, monsieur juez de instrucción —dijo Gaudissart con toda la zalamería propia de un cortesano—, hoy hemos empapelado nosotros mismos y aún no está seco el papel.

—Vamos, sí, economías —dijo el juez.

—Escuche usted —dijo Gaudissart al oído a Finot—. Mi amigo Popinot es un joven virtuoso que se va a casa de su tío; pero nosotros podemos ir a pasar la velada a casa de nuestras primas...

El periodista enseñó el forro del bolsillo de su chaleco, y Popinot, que vio este gesto, le entregó veinte francos al autor de su prospecto... El juez tenía un coche en el extremo de la calle y se llevó a su sobrino a casa de Birotteau. Cuando tío y sobrino se presentaron, Pillerault, los Ragon y Roguin que estaba enfrente de madame Ragon, a cuyo lado estaba Césarine, notó el placer de la joven al ver entrar a Anselme, y con una seña se lo indicó a su primer dependiente, el cual observó que estaba roja como la grana.

—¿Será hoy el día de las actas? —dijo el perfumista cuando el juez le indicó, después de saludarle, los motivos de su visita.

César, Anselme y el juez se fueron al segundo piso a discutir el arriendo y el acta de sociedad redactada por el magistrado. El arriendo quedó hecho por dieciocho años, a fin de que estuviese de acuerdo con el de la rue des Cinq-Diamants, circunstancia ésta mínima en apariencia, pero que más tarde favoreció mucho a los intereses de Birotteau. Cuando César y el juez volvieron al entresuelo, el magistrado, asombrado del desbarajuste general y de la presencia de los obreros en un domingo en casa de un hombre tan religioso como el perfumista, preguntó la causa, que era precisamente lo que deseaba César.

—Monsieur, aunque usted no sea mundano, espero que no tomará a mal que celebremos la libertad del territorio. Pero no es eso todo. Si reúno algunos amigos, es también para celebrar mi promoción para la orden de la Legión de Honor.

—¡Ah! —dijo el juez, que no estaba condecorado.

—Tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en los peldaños...

—Sí —dijo el juez.

—...de Saint-Roch, el 13 de Vendimiado, donde fui herido por Napoleón.

—Con mucho gusto —dijo el juez— y si mi mujer no está mala, la traeré...

—Crottat —dijo Roguin a su pasante—, no pienses de ningún modo en casarte con Césarine, y dentro de seis semanas verás que te he dado un buen consejo.

—¿Por qué? —dijo Crottat.

—Querido mío, Birotteau va a gastar cien mil francos en el baile y empeña toda su fortuna en el negocio de los terrenos, a pesar de mis consejos. Dentro de seis semanas esa gente no tendrá que llevarse a la boca. Cásate con mademoiselle Lourdois, la hija del pintor decorador, que tiene trescientos mil francos de dote. Si tú me das únicamente cien mil francos al contado por la notaría, será tuya mañana.

Las magnificencias del baile que preparaba el perfumista, anunciadas al mundo por los periódicos, lo fueron de muy distinto modo en el comercio, por los rumores a que daban lugar los trabajos de día y noche. Aquí se decía que César había alquilado tres casas, allí que hacía dorar los salones, más lejos que la comida contendría platos elaborados *ad hoc*, que los negociantes no serían invitados, que la fiesta sólo era dada para los agentes del gobierno, y, con todo esto, el perfumista era severamente criticado por su ambición, hasta el punto de que se burlaban de sus pretensiones políticas y se negaba su herida. El baile engendraba más de una intriga en el segundo distrito, y aunque los amigos estaban tranquilos, la exigencia de algunos conocidos era enorme. Todo favor atrae cortesanos, y hubo un buen número de gentes que dieron muchos pasos para lograr una invitación. Los Birotteau quedaron asustados del sinnúmero de amigos que tenían, a quienes no conocían. Aquel afán de concurrir a la fiesta asustaba a madame Birotteau, la cual se iba poniendo más triste a medida que se aproximaba aquella solemnidad. En primer término, le confesaba a César que no sabría qué actitud tomar, y, por otra parte, le asustaban los innumerables detalles de semejante fiesta. ¿Dónde hallar el servicio de plata y la vajilla, y quién velaría por todo? Le rogaba a Birotteau que se pusiese a la puerta de las habitaciones y que no dejase entrar más que a los invitados, pues había oído decir cosas extrañas acerca de gentes que iban a bailes de sociedad sirviéndose de nombres de amigos. Diez días antes, cuando Braschon, Grindot, Lourdois y Chaffaroux, el contratista de la obra, hubieron afirmado que la habitación estaría dispuesta para el famoso domingo 17 de diciembre, hubo una conferencia risible por la noche, después de cenar, entre César, su mujer y su hija, para formar la lista de los invitados y hacer las invitaciones que por la mañana le había enviado un impresor, hechas con letra inglesa, en papel de color de rosa.

—Cuidado que no olvidemos a nadie —dijo Birotteau.

—Si olvidamos a alguien, no se olvidará él —dijo Constance—. Madame Derville, que no nos había visitado nunca, se presentó ayer aquí muy compuesta.

—Estaba muy guapa, me ha gustado —dijo Césarine.

—Sin embargo, antes de casarse era aún menos que yo, porque trabajaba en ropa blanca en la rue de Montmartre, donde hizo algunas camisas para tu padre —dijo Constance.

—Bueno, comencemos la lista por las gentes más distinguidas —dijo Birotteau

—. Escribe, Césarine: Monsieur y madame los duques de Lenoncourt.

—¡Dios mío! César —dijo Constance— no envíes invitaciones a las personas que sólo conoces como parroquianos. ¿Irás a invitar a la princesa de Blamont-Chauvry, que es más parienta de tu difunta madrina, la marquesa de Uxelles, que el duque de Lenoncourt? ¿Invitarás a los monsieurs de Vandenesse, a monsieur de Marsay, a monsieur de Ronquerolles, a monsieur Aiglemont y a todos tus parroquianos? Estás loco; las grandezas te han trastornado la cabeza.

—Sí; pero ¿y a monsieur el conde de Fontaine y a su familia? ¡Oh!, ése y monsieur de La Billardière venían a «La Reina de las Rosas» antes del 13 de Vendimiarlo y entonces eran los apretones de manos: «Mi querido Birotteau, ¡valor! ¡Sepa usted morir como nosotros por la buena causa! Somos antiguos compañeros de conspiración».

—Ponlos —dijo Constance—. Si monsieur de La Billardière y su hijo vienen, es preciso que encuentren con quién hablar.

—Escribe, Césarine —dijo Birotteau—. Primero, monsieur el prefecto del Sena: vendrá o no vendrá; pero manda el cuerpo municipal y *a tal señor tal honor*. Monsieur de La Billardière y su hijo, alcalde. Mi colega el teniente de alcalde monsieur Granet y su mujer. Es muy fea, pero es igual, porque no puede uno dispensarse de invitarla. Monsieur Curel, el platero, su mujer y sus dos hijas. Éste es coronel de la Guardia Nacional. Con esto ya están lo que yo llamo las autoridades. Ahora viene la aristocracia. Monsieur el conde y madame la condesa de Fontaine, y su hija mademoiselle Emile de Fontaine.

—Una impertinente que me hace ir a hablarle a la puerta de su coche en todo tiempo —dijo Constance—. Si vienen, será para burlarse de nosotros.

—Entonces, tal vez venga —dijo César, que quería gente a toda costa—. Continúa, Césarine. Monsieur el conde y madame la condesa de Granvillé, nuestros propietarios. ¡Ah! Monsieur de La Billardière me consagra caballero mañana en casa de monsieur el conde de Lacèpede, y, por lo tanto, creo conveniente invitar al gran canciller a la comida y al baile. Monsieur Vauquelin. Pon baile y comida, Césarine. Y para no olvidarlos, pon a todos los Chiffreville y los Protez. Monsieur Popinot, juez del tribunal del Sena. M. M. Thinon, ujier del gabinete del rey, amigos de los M. M. Ragon, y su hija, que dicen que va a casarse con uno de los hijos del primer matrimonio de M. Camusot.

—César, no olvides al primo de Anselme, a Horace Bianchon, sobrino de monsieur Popinot —dijo Constance.

—Sí, ya ha puesto Césarine un cuatro al lado de los Popinot. Monsieur y madame Roubourdin, jefe de las oficinas a las órdenes de monsieur de La Billardière. Monsieur Cochin, del mismo Ministerio, su mujer y su hijo, los comanditarios de Matifat y monsieur y madame Matifat y su hija.

—Los Matifat —dijo Césarine— han recomendado a los M. M. Colleville y Thuillier, sus amigos, y a los Saillar.

—Ya veremos —dijo César—. A nuestro agente de cambio y a monsieur y madame Jules Desmarets.

—¡Oh! Ésta será la más hermosa del baile: a mi me gusta más que ninguna —dijo Césarine.

—Derville y su mujer.

—Pon también a monsieur y madame Coquelin, sucesores de mi tío Pillerault —dijo Constante—. Ella, la pobre, tiene tal seguridad de ser invitada, que le ha encargado a mi costurera un traje de baile. Satín blanco por debajo y tela de tul bordada por encima. Si no invitásemos a éstos, nos crearíamos unos grandes enemigos.

—Ponlos, Césarine; tenemos que honrar al comercio, porque pertenecemos a él. Monsieur y madame Roguin.

—Mamá, madame Roguin se pondrá su collar de diamantes, todas sus joyas y su traje guarnecido de encajes.

—Monsieur y madame Lebas —dijo César—, y además el presidente del Tribunal de Comercio, su mujer y sus dos hijas. Los había olvidado entre las autoridades. Monsieur y madame Lourdois y su hija. Monsieur Claparon el banquero. Monsieur du Tillet. Monsieur Grindot. Monsieur Molineux. Pillerault y su propietario, monsieur y madame Camusot, comerciantes en seda, con todos sus hijos, el de la Escuela Politécnica y el abogado, que va a ser nombrado juez gracias a su matrimonio con mademoiselle Thirion.

—Sí, pero en provincias —dijo Césarine.

—Monsieur Cardot, suegro de Camusot, y todos los hijos de Cardot. Mira, y los Guillaume de la rue de Colombier, y el suegro de Lebas, y Alexandre Crottat, Célestin...

—Papá, no olvides a Andoche Finot y a monsieur Gaudissart, que son dos jóvenes muy amigos de Anselme.

—¡Gaudissart! Ha estado empaquetado por la justicia. Pero es igual. Se va dentro de algunos días a correr nuestro aceite: ponlo. Respecto a ese Andoche Finot, ¿qué relaciones tenemos con él?

—Anselme ha dicho que llegará a ser un gran personaje, porque tiene tanto ingenio como Voltaire.

—¡Un autor! ¡Si son todos ateos!

—Ponle, papá; después de todo, hay pocos bailarines. Además, el prospecto de tu *Aceite* lo ha hecho él.

—¡Ah! Si cree en mi *Aceite* es otra cosa, hijita mía. Ponlo.

—Pongo también a mis protegidos —dijo Césarine.

—Pon también a monsieur Mitral, mi alguacil, y a monsieur Houdry, nuestro médico, aunque éste no creo que venga.

—Sí, vendrá a hacer su partida —dijo Césarine.

—¡Ah! César, espero que invitarás a comer al buen cura Loraux.

—Ya lo he puesto —dijo César.

—¡Ah! No olvidemos a la cufiada de Lebas, madame Augustine de Sommervieux —dijo Césarine—. Según nos ha dicho Lebas, la pobrecilla está muy delicada y se muere de pena.

—¡He aquí lo que tiene el casarse con artistas! —exclamó el perfumista—. Pero mira tu madre como duerme. Bueno, ¿y el traje de tu madre?

—Sí, papá, todo está dispuesto. Mamá cree que no tiene más que un vestido como el mío, y la costurera está segura de que podrá hacérselo bien sin probárselo.

—¿Cuántas personas? —dijo César en voz alta al observar que su mujer abría los ojos.

—Ciento nueve, con los dependientes —dijo Césarine.

—¿Y dónde meteremos a toda esa gente? —dijo madame Birotteau—. Pero, en fin, después de ese domingo vendrá el lunes.

Nada puede hacerse sencillamente tratándose de gentes que suben un peldaño social. Ni madame Birotteau, ni César, ni nadie podía entrar con ningún pretexto en el primer piso. César había prometido a su mozo de almacén, Raguet, un vestido nuevo para el día del baile si ejecutaba su consigna impidiendo la entrada a todo el mundo. Al igual que el emperador Napoleón en Compiègne cuando la restauración del palacio para su casamiento con María Luisa de Austria, Birotteau no quería ver nada parcialmente y deseaba gozar de la *sorpresa*. Estos dos antiguos adversarios se encontraron, pues, una vez más, sin saberlo, no en el campo de batalla, sino en el terreno de la vulgaridad burguesa. Monsieur Grindot debía tomar a César por la mano y enseñarle la habitación como enseña un cicerone a un curioso una galería. Por otra parte, cada uno en la casa había inventado una sorpresa. Césarine, la hija querida, había empleado los cien luises que constituían su tesoro en comprar libros a su padre. Monsieur Grindot le había confiado un día que pensaba hacer una biblioteca en el cuarto de su padre, la cual sería una sorpresa de arquitecto, porque formaría gabinete. Césarine había derramado todas sus economías de soltera en el mostrador de un librero para ofrecer a su padre las obras de Bossuet, Racine, Voltaire, Jean-Jacques Rousseau, Montesquieu, Molière, Buffon, Fénelon, Delille, Bernardin de Saint-Pierre, La Fontaine, Corneille, Pascal, La Harpe, en fin, toda esa biblioteca vulgar que se encuentra en todas partes y que su padre no leería nunca. La factura de la encuadernación debía ser terrible. El inexacto y célebre encuadernador Thouvenin había prometido entregar los tomos el día 16, a las doce del día. Césarine había confiado sus apuros a su tío Pillerault, y éste se había encargado de la factura de la encuadernación. La sorpresa que preparaba César a su mujer era un traje de terciopelo color cereza, guarnecido de encajes, el cual había sido objeto de conversación un momento antes entre él y su hija, que consintió en ser su cómplice. La sorpresa de madame Birotteau al nuevo caballero consistía en un par de hebillas de oro y un solitario en alfiler. Finalmente había para toda la familia, la sorpresa de la habitación, la cual debía ser seguida a los quince días por la gran sorpresa de las

facturas a pagar.

César calculó maduramente qué invitaciones debían ser hechas en persona y cuáles llevadas por Raguet por la tarde. Después tomó un coche, metió en él a su mujer, afeada con un sombrero de plumas, y juntos hicieron veintidós visitas en una mañana.

César había evitado a su mujer las dificultades que ofrecía la casa para la confección de los diferentes comestibles exigidos por la fiesta, mediante un tratado diplomático con el ilustre Chevet. Éste pondría a su disposición un magnífico servicio de plata y serviría la comida y los vinos en unión de criados vestidos convenientemente, responsables todos de sus actos y de sus gestos. Chevet pedía la cocina y el comedor del entresuelo para establecer allí su cuartel general, y tenía que darse prisa para servir una comida de veinte personas a las seis y un magnífico resopón a la una de la mañana. Birotteau se había entendido con el café de Foy para los helados, servidos en bonitas tazas, en bandejas de plata y con cucharas sobredoradas. Los refrescos corrían a cargo de Tanrade.

—No tengas cuidado —dijo César a su mujer al verla algo inquieta la antevíspera—. Chevet, Tanrade y el café de Foy ocuparán el entresuelo, Virginie guardará el segundo piso, la tienda estará bien cerrada y nosotros sólo tendremos que ocuparnos del primero.

El día 16, a las dos de la tarde, monsieur de La Billardiere fue a buscar a César para llevarlo a la cancillería de la Legión de Honor, donde debía ser recibido caballero por monsieur el conde de Lacépède, en unión de otros doce caballeros. El alcalde encontró al perfumista llorando de emoción: Constance acababa de darle la sorpresa de las hebillas de oro y el solitario.

—¡Qué agradable es verse amado de este modo! —dijo al subir al *fiacre*, en presencia de sus dependientes, de Césarine y de Constance, quienes contemplaban a César con su calzón de seda negra, sus medias de seda y su nueva levita azul, en la cual iba a brillar la cinta que, según Molineux, estaba bañada en sangre.

Cuando regresó César a comer, estaba loco de alegría y miraba su cruz en todos los espejos, pues en los primeros instantes no se contentó con la cinta, y estuvo glorioso sin falsa modestia.

—Mujer mía, monsieur el canciller es un hombre excelente; ha aceptado mi invitación a instancias de monsieur de La Billardière, y vendrá con monsieur Vauquelin. Ha escrito cuarenta obras, siendo, a la vez, par de Francia y autor concienzudo. Es preciso que no nos olvidemos de llamarle Su Señoría, o monsieur el conde.

—Pero, hombre, come —le dijo su mujer—. Tu padre es peor que un niño —dijo Constance a su hija.

—¡Qué bien te sienta en el ojal la condecoración! —dijo Césarine—. Te presentarán armas, saldremos juntos.

—Me presentarán armas donde quiera que haya gente armada.

En este momento bajaron Grindot y Braschon. Después de comer, monsieur, madame y mademoiselle podían gozar de la vista de las habitaciones, pues el primer dependiente de Braschon acababa de clavar en ellas algunos alzapaños y tres hombres encendían las bujías.

—Se necesitan ciento veinte bujías —dijo Braschon.

—Una factura de doscientos francos en casa de Trudon —dijo Constance, cuyas quejas cesaron ante una mirada del caballero Birotteau.

—Monsieur, caballero, la fiesta será magnífica —dijo Braschon.

Birotteau se dijo para sus adentros:

«Ya empiezan los aduladores. El cura Loraux me recomendó que no cayese en sus lazos y que permaneciese modesto. Procuraré no olvidar mi origen.»

César comprendió lo que quería decir el rico tapicero de la rue Saint-Antoine. Braschon hizo once tentativas inútiles para ser invitado con su mujer, su hija, su suegra y su tía, y al ver que no lo lograba, se convirtió en enemigo de Birotteau. En el umbral de la puerta no le llamaba más que monsieur caballero.

Comenzó el ensayo general. César, su mujer y Césarine salieron por la tienda y entraron en su casa por la calle. La puerta de la casa había sido restaurada y ostentaba un gran estilo: tenía dos hojas, divididas en testeros iguales y cuadrados, en medio de los cuales se veía un adorno arquitectónico de hierro colado y pintado. Esta puerta, que se ha hecho tan común en París, era entonces de gran novedad. En el fondo del vestíbulo se veía la escalera, dividida en dos pendientes rectas, entre las cuales se hallaba aquel zócalo que tanto preocupaba a Birotteau y que formaba una especie de caja donde podía albergarse una vieja. Este vestíbulo embaldosado con mármol blanco y negro, estaba iluminado por una lámpara antigua de cuatro mecheros. El arquitecto había unido la riqueza a la sencillez. Una estrecha alfombra roja realzaba la blancura de los peldaños de la escalera. Un primer descansillo daba entrada al entresuelo, y las puertas de las habitaciones eran del mismo estilo que la de la calle, pero de madera.

—¡Qué bonito! —dijo Césarine—. Y, sin embargo, no hay nada que atraiga la mirada.

—Precisamente, mademoiselle, la gracia depende de las proporciones exactas entre los estilobatos, los plintos, las cornisas y los adornos. Después, no he dorado nada, y así los colores son sobrios y no tienen tonos chillones.

—Tiene verdadera ciencia —dijo Césarine.

Entonces todos entraron en una antesala de buen gusto, entarimada, espaciosa y sencillamente decorada. Venía después un salón con tres ventanas a la calle, blanco y rojo, con comisas elegantemente contorneadas, con pinturas finas, donde nada resultaba chillón. Sobre una chimenea de mármol blanco, con columnas, se veía un adorno escogido con gusto que no tenía nada de ridículo y armonizaba con los demás detalles. Finalmente, reinaba allí esa suave armonía que sólo saben lograr los artistas persiguiendo un sistema de decoración hasta los detalles más pequeños, armonía que

los profanos ignoran, pero que no deja de sorprenderles. Una araña de veinticuatro bujías hacía brillar los cortinajes de seda negra, y el pavimento tenía un no sé qué de irritante que excitó a Césarine a bailar. Un gabinete verde y blanco daba paso al despacho de César.

—He colocado aquí una cama —dijo Grindot abriendo las puertas de una alcoba hábilmente oculta entre las dos bibliotecas—. Usted o su señora pueden caer enfermos, y así cada uno tiene su cuarto.

—¿Y esta biblioteca adornada de libros encuadernados? ¡Oh, mujer, mujer! —dijo César.

—No, esto es la sorpresa de Césarine.

—Dispense usted la emoción de un padre —dijo César al arquitecto abrazando a su hija.

—Está usted en su casa, monsieur —dijo Grindot.

En este gabinete abundaban los colores oscuros, realzados por adornos verdes, pues las más hábiles transiciones de la armonía unían, una a otra, todas las piezas de la casa. Así, el color que formaba el fondo de una pieza servía de adorno a la otra y viceversa. El grabado de Hero y Leandro brillaba en un testero en el despacho de César.

—Tú pagarás todo eso —dijo alegremente César.

—Esta hermosa estampa te ha sido regalada por Anselme —dijo Césarine.

También Anselme se había permitido una sorpresa.

—Pobre muchacho, ha hecho como yo con monsieur Vauquelin.

La habitación de madame Birotteau venía después. El arquitecto había desplegado en ella magnificencias capaces de agrandar a aquellas buenas personas a quienes quería dominar, pues había mantenido su palabra estudiando aquella *restauración*. La habitación estaba tapizada con seda azul con adornos blancos y los muebles con casimir blanco, con adornos azules. Sobre la chimenea de mármol blanco, el reloj representaba a Venus acurrucada en un hermoso bloc de mármol; una bonita alfombra de moqueta, de estilo turco, unía esta pieza a la habitación de Césarine, ambientada al estilo persa y muy coqueta; un piano, un bonito armario con espejo, una camita con sencillos cortinajes y todos los pequeños muebles de que gustan las jóvenes componían esta habitación. El comedor estaba detrás del cuarto de César y del de su mujer, se entraba en él por la escalera y había sido construido estilo Luis XV, con su reloj de Boulle, las mesas de cuero y de concha, y las paredes adornadas con tela sujeta con clavos dorados. La alegría de estas tres personas no puede describirse, sobre todo cuando, al volver a su cuarto, madame Birotteau encontró sobre su cama el vestido de terciopelo color cereza, guarnecido de encajes, que le ofrecía su marido, y que Virginie había llevado entrando de puntillas.

—Monsieur, esta habitación le hará mucho honor —dijo Constance a Grindot—. Mañana por la noche tendremos en casa ciento y pico de personas, y recogerá usted los elogios de todo el mundo.

—Yo le recomendaré a usted —dijo César—. Verá usted *la cabeza* del comercio, y será tan conocido en una sola noche como si hubiese construido cien casas.

Constance, conmovida, no pensaba ya en los gastos ni en criticar a su marido. He aquí por qué: Anselme Popinot, joven en quien Constance reconocía una gran inteligencia y medios, le había asegurado el éxito del *Aceite Cefálico*, en el cual trabajaba con un encarnizamiento sin ejemplo. El enamorado había prometido que, a pesar de la importancia de la cifra a que ascenderían las locuras de Birotteau, en seis meses esos gastos serían cubiertos con la parte que le correspondería en los beneficios reportados por el aceite. Después de haber temblado durante diecinueve años, era tan dulce entregarse en un solo día al placer, que Constance prometió a su hija no amargar la felicidad de su marido con ninguna reflexión, y entregarse a ella por completo. Cuando, a eso de las once, les dejó monsieur Grandot, Constance se arrojó al cuello de su marido y vertió algunas lágrimas de consuelo, diciendo:

—¡César! ¡Oh!, me haces loca y feliz...

—Con tal de que dure, ¿verdad? —dijo César sonriendo.

—Durará, ya no temo —dijo madame Birotteau.

—¡Gracias a Dios! —dijo el perfumista—, al fin me conoces.

Las personas bastante grandes para reconocer sus debilidades confesarán que una pobre huérfana que dieciocho años antes era primera dependiente del «Petit Matelot», y que un pobre aldeano venido de Turena a París con un palo en la mano, a pie y con zapatos herrados, debían estar orgullosos y felices al dar semejante fiesta por tan laudables motivos.

—Daría de buena gana cien francos porque ahora nos viniese una visita —dijo César.

—Monsieur el cura Loraux —dijo Virginie.

El cura Loraux se presentó. Este sacerdote era entonces vicario de Saint-Sulpice. Jamás el poder del alma se reveló mejor que en este abate, cuyo trato dejó profundas huellas en la memoria de todos los que le conocieron. Su rostro ceñudo, feo hasta inspirar la desconfianza, se había sublimado con el ejercicio de las virtudes católicas: brillaba en él un esplendor celestial. Un candor infundido en la sangre disimulaba sus desagradables facciones, y el fuego de la caridad purificaba sus incorrectas líneas mediante un fenómeno contrario a aquel que lo había animalizado y degradado en Claparon. En sus arrugas se vislumbraban las gracias de las tres hermosas virtudes humanas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Su palabra era dulce, lenta y penetrante. Su traje era el de los sacerdotes de París, y llevaba a veces la levita de color marrón oscuro. Ninguna ambición había ocupado aquel corazón sencillo, aquel corazón puro, que debió haber sido llevado con su primitiva inocencia a Dios por los ángeles. Fue necesaria la suave violencia de la hija de Luis XVI para que el abate Loraux aceptase uno de los curatos más modestos de París. El sacerdote contempló con intranquila mirada todas aquellas magnificencias, sonrió a aquellos tres comerciantes encantados y meneando su hermosa cabeza dijo:

—Hijos míos, mi misión no es asistir a fiestas, sino consolar a los afligidos. Vengo a darle las gracias a don César, a felicitarles y a decirles que yo no quiero asistir aquí a más fiesta que a la boda de esta hermosa niña.

Al cabo de un cuarto de hora, el cura se retiró sin que el perfumista ni su mujer se atreviesen a enseñarle las habitaciones. Esta grave aparición enfrió algo la loca alegría de César. Cada uno tomó posesión al poco rato de los bonitos muebles y habitaciones que tanto había deseado. Césarine desnudó a su madre ante un espejo de cuerpo entero, y al poco rato todos dormían soñando con los goces del día siguiente.

Llegó por fin el suspirado domingo. Después de haber ido a misa y a las vísperas, Césarine y su madre empezaron a vestirse a eso de las cuatro de la tarde, una vez que hubieron hecho entrega del entresuelo a los criados del fondista Chevet. Jamás traje alguno le estuvo mejor a madame Birotteau que aquel vestido de terciopelo color cereza, guarnecido de encajes y con mangas cortas. Sus hermosos brazos, frescos y jóvenes aún, su pecho de deslumbrante blancura, su cuello y sus hombros bien dibujados, estaban sumamente favorecidos por aquel rico traje y aquel magnífico color. El sencillo contento que siente toda mujer al verse en todo su esplendor, comunicó no sé qué suavidad al perfil griego de la perfumista, cuya belleza adquirió toda la finura de un camafeo. Césarine, vestida de blanco, llevaba una corona de rosas blancas en la cabeza y un ramillete en el pecho; un chal cubría castamente sus hombros y su pecho. Popinot quedó admirado al verla.

—Esta gente nos humilla —dijo madame Roguin a su marido mientras recorrían las habitaciones.

La notaría estaba furiosa al ver más guapa que ella a la esposa de César, pues toda mujer sabe siempre a qué atenerse acerca de la superioridad e inferioridad de una rival.

—¡Bah!, esto no durará mucho tiempo, y no tardarás en salpicar de barro a esa pobre mujer, cuando la veas a pie por las calles y arruinada —dijo Roguin en voz baja a su esposa.

Vauquelin estuvo sumamente amable y se presentó con monsieur de Lacépède, su colega del Instituto, que fue a buscarle en coche. Al ver a la perfumista, los dos sabios la colmaron de cumplidos de estilo científico.

—Madame, debe usted poseer un secreto ignorado por la ciencia para permanecer joven y hermosa de ese modo —le dijo el químico.

—Señor académico, no olvide usted que le debemos parte de esta casa —dijo Birotteau—. Sí, señor conde —repuso dirigiéndose al gran canciller de la Legión de Honor—. Debo mi fortuna a monsieur Vauquelin. Tengo el honor de presentarle a Su Señoría el presidente del tribunal de Comercio, monsieur el conde de Lacépède, par de Francia y hombre eminente que ha escrito más de cuarenta obras —le dijo a Joseph Lebas, que acompañaba al presidente del tribunal.

Los convidados fueron puntuales, y la comida fue lo que suelen ser las comidas de los comerciantes, sumamente alegre, franca y amenizada de esas bromas de buena

índole que siempre hacen reír. Los comensales honraron la excelencia de los platos y la bondad de los vinos. Cuando se trasladaron a los salones para tomar el café eran las nueve y media. Algunos coches empezaban a detenerse a la puerta, conduciendo a las bailadoras más impacientes, y una hora después el salón estuvo lleno y el baile empezó a tener el aspecto de sarao. Monsieur de Lacépède y monsieur Vauquelin se fueron con gran descontento de Birotteau, el cual les acompañó hasta la escalera, suplicándoles en vano que se quedasen. Sólo logró hacer quedar al juez Popinot y a monsieur de La Billardière. A excepción de las tres mujeres que representaban a la aristocracia, la banca y la administración, mademoiselle de Fontaine, madame Jules, madame Roubourdin, cuya deslumbrante belleza, prendas y modales contrastaban en aquella reunión, las demás mujeres ofrecían a las miradas toscos y sólidos prendidos y ese no sé qué de ordinario que comunica a las reuniones plebeyas un aspecto común, aspecto que hacía resaltar cruelmente la ligereza y gracia de aquellas tres mujeres.

La burguesía de la rue Saint-Denis se mostraba allí majestuosamente y resultaba ser la misma que viste a sus hijos de lancero o de *guardia nacional*, que compra *Victorias y Conquistas*, *El soldado labrador*, que admira el *Convoy del pobre*, que se regocija el día de gran parada, que va los domingos a una casa de campo propia, que procura tener aires distinguidos y que sueña con los honores municipales; esa burguesía, en fin, que lo envidia todo y que, no obstante, buena, servicial, adicta, sensible, compasiva, que da su óbolo para los hijos del general Foy, para los griegos, cuyas piraterías desconoce, y para el Campo de Asilo en el momento en que no existe ya; esa burguesía que es víctima de sus virtudes y criticada a causa de sus defectos por una sociedad que no vale lo que ella, pues si tiene corazón es precisamente porque ignora las conveniencias; esa virtuosa burguesía que cría hijos cándidos sujetos al trabajo y llenos de cualidades que disminuyen al ponerse en contacto con las clases superiores, esa burguesía, en fin, estaba admirablemente representada por los Matifat, drogueros de la rue des Lombards, cuya casa proveía a «La Reina de las Rosas» desde hacía setenta años.

Madame Matifat, que quería ostentar un aire digno, bailaba provista de un turbante y vestida con un pesado traje color de amapola bordado en oro, prendas que estaban en armonía con su aire altivo, su nariz romana y los esplendores de su tez carmesí. Monsieur Matifat, tan soberbio en una revista de la guardia nacional, donde se le veía desde cincuenta pasos a causa de su redondo vientre, en el cual brillaba su cadena y su paquete de dijes, estaba dominado por aquella Catalina II del mostrador. Gordo y pequeño, provisto de gafas y con un cuello de camisa que le llegaba hasta el cerebelo, se hacía notar por su voz de bajo cantante y por la riqueza de su vocabulario. Nunca decía Corneille, sino el sublime Corneille. Racine, era el dulce Racine. Voltaire, ¡oh, Voltaire!, el segundo en todos los géneros, más gracias que genio, pero hombre de genio al fin. Rousseau, espíritu sombrío, hombre dotado de orgullo y que acabó por ahorcarse. Matifat contaba torpemente las anécdotas vulgares

acerca de Piron, que tiene fama de hombre prodigioso entre la clase media. Apasionado por los actores, el droguero tenía una ligera tendencia a la obscenidad, y hasta se decía que, imitando a Cardot y a Camusot, sostenía una querida. A veces, madame Matifat, al verle dispuesto a contar alguna anécdota, se apresuraba a interrumpirle gritándole con toda la fuerza de sus pulmones:

—Gordo mío, mira mucho lo que vas a decirnos.

Le llamaba familiarmente su *gordo*.

Aquella voluminosa reina de las drogas hizo perder su actitud aristocrática a mademoiselle de Fontaine, pues la orgullosa joven no pudo por menor de sonreír cuando oyó que le decía a Matifat:

—Gordo mío, no te vuelques sobre los espejos, que es de mal gusto.

Es más difícil explicar la diferencia que existe entre la aristocracia y la burguesía, que el que ésta eclipse a aquélla. Aquellas mujeres, molestas con sus trajes nuevos, sabían que iban endomingadas y dejaban ver sencillamente una alegría que probaba que el baile era una rareza en medio de su laboriosa vida; mientras que las tres mujeres que representaban, cada una, una esfera del gran mundo, estaban entonces como debían estar al día siguiente, no tenían aspecto de haberse vestido expresamente, no se preocupaban del efecto que producían, sus caras no revelaban nada excesivo y bailaban con la gracia y el abandono que ciertos genios desconocidos comunicaron a algunas estatuas antiguas. Las demás, por el contrario, marcadas con el sello del trabajo, conservaban sus posturas vulgares y se divertían demasiado; sus miradas eran inconsideradamente curiosas, sus voces no formaban ese ligero murmullo que da una inimitable gracia picante a las conversaciones de baile, y sus personas no tenían esa seriedad impertinente que detiene al epigrama en germen, ni esa tranquila actitud que ostentan las gentes acostumbradas a ejercer un gran imperio sobre sí mismas. Así, madame Roubourdin, madame Jules y mademoiselle de Fontaine, que se habían prometido infinitos goces en aquel baile de perfumista, se destacaban de toda aquella multitud con sus gracias y el exquisito gusto de sus tocados, como se destacan tres primeras damas de la Ópera en medio de la torpe multitud de sus comparsas. Aquellas tres mujeres eran observadas con admiración y envidia. Madame Roguin, Constance y Césarine formaban una especie de lazo que unía las figuras comerciales a aquellos tres tipos de la aristocracia femenina. Como en todos los bailes, hubo un momento de animación en que los derroches de luz, de alegría, la música y el ardor de la danza causaron una embriaguez que hizo desaparecer aquellos matices en medio del *crescendo del tutti*. El baile iba a hacerse bullicioso, y mademoiselle de Fontaine quiso retirarse; pero cuando buscó el brazo del venerable vendeano, Birotteau, su mujer y su hija acudieron para impedir que toda la aristocracia desertase de su reunión.

—Les felicito a ustedes, porque hay en esta habitación un perfume de buen gusto que, a decir verdad, me asombra —dijo la impertinente muchacha al perfumista.

Birotteau estaba tan embriagado con las felicitaciones públicas que no

comprendió; pero su mujer se puso roja y no supo qué responder.

—He aquí una fiesta nacional que le honra —le decía Camusot.

—Pocas veces he visto un baile tan hermoso —decía monsieur de La Bellardière, a quien nada costaba decir una mentira oficiosa.

—¡Qué aspecto más encantador, y qué buena orquesta! ¿Nos ofrecerá usted sus bailes con frecuencia? —decía madame Lebas.

—¡Qué habitación más linda! ¿Ha sido usted el decorador?— le preguntaba madame Desmarets.

Birotteau se atrevió a mentir haciéndole creer que todo aquello era cosa suya. Césarine, que debía estar comprometida para todas las contradanzas, conoció la mucha delicadeza que encerraba la actitud de Anselme, cuando éste, al levantarse de la mesa, le dijo al oído:

—Si fuese a dar gusto a mis deseos, le rogaría que me hiciese el favor de bailar una contradanza conmigo; pero mi dicha costaría demasiado cara a nuestro mutuo amor propio.

Césarine, que encontraba que los hombres andaban sin gracia cuando iban derechos sobre sus piernas, quiso abrir el baile con Popinot, y éste, alentado por su tía, se atrevió a hablarle de su amor a aquella encantadora muchacha, durante la contradanza, pero lo hizo sirviéndose de esos rodeos que emplean los amantes tímidos.

—Mi fortuna depende de usted, señorita.

—¿Cómo es eso?

—Sólo una esperanza puede moverme a hacerla.

—Pues espere.

—¿Sabe usted lo que acaba de decir con esa palabra? —repuso Popinot.

—Espere usted la fortuna —dijo Césarine con maliciosa sonrisa.

—¡Gaudissart! ¡Gaudissart! —dijo Anselme a su amigo después de la contradanza, estrechándole el brazo con hérculea fuerza—. Sal airoso, porque de lo contrario me levantaré la tapa de los sesos. Salir airoso es casarse con Césarine; ella acaba de decírmelo. ¡Mírala que hermosa está!

—Sí, está muy guapa y es muy rica —dijo Gaudissart—. Vamos a ver si la freímos en el aceite.

La buena inteligencia entre mademoiselle Lourdois y Alexandre Crottat, futuro sucesor de Roguin, fue notada por madame Birotteau, la cual renunció, no sin pena, a ver a su hija casada con un notario de París. El tío Pillerrault, que había cambiado un saludo con el pequeño Molíneux, fue a instalarse en un sofá al lado de la biblioteca, estuvo mirando a los jugadores, escuchó las conversaciones y acudió de cuando en cuando a la puerta del salón para ver las agitadas canastillas de flores que formaban las cabezas de las bailadoras. Su actitud era la de un verdadero filósofo. Los hombres eran todos ordinarios, a excepción de du Tillet —que tenía elegantes modales—, del joven La Billardière —gomoso en ciernes—, de monsieur Desmarets y de algunos

personajes oficiales. Pero de todas las figuras más o menos cómicas que formaban aquella asamblea, había una verdaderamente curiosa por su indumentaria. Supongo que se habrá adivinado ya al tiranuelo del patio Batave, vestido con fina ropa blanca, amarillenta de estar en el armario, exhibiendo una pechera bordada, y con calzón corto de seda negra. César le mostró triunfalmente las cuatro piezas ideadas por el arquitecto en el primer piso de su casa.

—¡Ya lo creo! Esto es cosa suya, señor —le dijo Molineux—. Mi primero, decorado de este modo, costará más de mil escudos.

Birotteau respondió con una broma, pero el acento con que pronunció aquel ancianito esta frase le hizo el efecto de un alfilerazo.

«No tardará en pasar el piso a mi poder; este hombre se arruinará.»

Tal era el sentido de la palabra *costará*, pronunciada por Molineux.

La cara paliducha y la mirada asesina del propietario sorprendieron a du Tillet, cuya atención fue excitada al principio por una cadena de reloj que sostenía una libra de dijes y por una levita verde que daba al anciano un aspecto por demás extraño. El banquero fue, pues, a interrogar a aquel usurero para saber por qué casualidad bromeaba.

—Señor —le dijo Molineux poniendo un pie en el gabinete—, aquí estoy en la propiedad de monsieur el conde de Grandville; pero aquí estoy en la mía, porque soy el propietario de esta casa —añadió indicando el otro pie.

Molineux se prestaba tan complaciente a charlar con el que le escuchaba, que, encantado del aire atento de du Tillet, se franqueó con él, le contó sus costumbres, las insolencias de monsieur Gedrin y sus arreglos con el perfumista, sin los cuales el baile no habría tenido lugar.

—¡Ah!, ¿con que César ha hecho contrato de arriendo? Pues no acostumbra a hacerlo —dijo du Tillet.

—¡Oh!, yo se lo he exigido.

«Si Birotteau hace quiebra —se dijo du Tillet— este pillastre será un excelente síndico. Su meticulosidad es extremada, y yo creo que debe entretenerse, como Domiciano, en matar moscas cuando está solo en su casa.»

Du Tillet se fue a la sala de juego, donde Claparon estaba ya por orden suya, pues había pensado que, entregado al vicio, el fingido banquero se libraría de todo examen. Su mutua actitud pareció tan propia de dos extraños, que el hombre más desconfiado no habría podido descubrir la inteligencia de ambos. Gaudissart, que conocía la fortuna de Claparon, no se atrevió a hablarle al ver la mirada fría que le dirigió el rico viajante, cual propia de un advenedizo que no quiere ser saludado por un compañero. Aquel baile acabó a las cinco de la mañana, hora en que sólo quedaban cuarenta coches de los ciento y pico que llenaban la rue Saint-Honoré. En aquel momento se bailaba la panadera, que fue desterrada más tarde por el cotillón y el galop inglés. Du Tillet, Roguin, Cardot hijo, el conde de Grandville y Jules Desmarets jugaban a la *berlanga* y du Tillet ganaba tres mil francos. Los resplandores

del día hicieron palidecer las bujías, y entonces los jugadores asistieron a la última contradanza. En las casas de la clase media, el goce supremo de una noche no termina sin alguna enormidad. Los personajes imponentes se han marchado; la embriaguez del movimiento, el calor comunicativo del aire y los espíritus caldeados por las bebidas más inocentes, acaban por ablandar la resistencia de las viejas, las cuales entran por complacencia en las cuadrillas y se prestan a la locura de un momento; los hombres están sofocados, los cabellos algo enmarañados caen sobre las caras y les dan grotescas expresiones que provocan la risa; las jóvenes saltan ágiles, y las flores prendidas en sus tocados se convierten en alfombra para sus pies. El Momo burgués aparece seguido de sus farsas y entonces las rosas se tornan frenéticas y cada cual se entrega a la broma pensando que al día siguiente recobrará el trabajo sus derechos. Matifat bailaba cubierto con un sombrero de mujer; Célestin hacía extravagancias y algunas damas palmoteaban con exageración para ordenar las figuras de aquella interminable contradanza.

—¡Cómo se divierten! —decía el feliz Birotteau.

—Con tal que no rompan nada —dijo Constance a su tío.

—Ha dado usted el baile más magnífico que he visto en mi vida, y cuidado que he visto muchos —dijo du Tillet a su antiguo amo, despidiéndose de él.

En la obra de las ocho sinfonías de Beethoven existe una fantasía grandiosa, como un poema, que domina el final de la sinfonía en *do* menor. Después de las lentas preparaciones del *sublime mágico* —tan bien comprendido por Habeneck—, un gesto del director de orquesta levanta la rica tela de aquella decoración, dando entrada con su batuta al deslumbrante motivo hacia el cual han convergido todos los poderes musicales. Los poetas, cuyo corazón palpita entonces, comprenderán que el baile de Birotteau produjese en su vida el efecto que produjo en sus almas aquel fecundo motivo, al que la sinfonía en *do* debe tal vez su supremacía sobre sus brillantes hermanas. Un hada radiante se lanza levantando su varita. Se oye el ruido de las cortinas de seda purpúrea levantadas por unos ángeles. Puertas de oro, esculpidas como las del baptisterio florentino, giran sobre sus goznes de diamante. La mirada se abisma en espléndidas perspectivas, y abraza una hilera de maravillosos palacios donde moran seres de una naturaleza, superior. El incienso de las prosperidades humea, el altar de la dicha está encendido y un aire perfumado circula. Seres de sonrisa divina, vestidos con túnicas blancas bordadas de azul, pasan ligeramente ante vuestros ojos mostrándoos figuras sobrehumanas dotadas de una belleza, de unas formas y de una delicadeza infinitas. Los amores revolotean comunicando a todo la luz de sus antorchas. Os sentís amados y sois felices con una dicha que aspiráis sin comprenderla, bañándoos en las olas de esa armonía que irradia sobre todo. Veis halagado vuestro corazón en las secretas esperanzas que se cumplen por un momento. Después de haberos paseado por los cielos, el encantador vuelve a sumiros en los pantanos de las frías realidades cuando os ha despertado la sed de sus divinas melodías, y vuestra alma grita aún: «¡Más! ¡Más!» La historia psíquica del

punto más brillante de aquel hermoso final, es la de las emociones que causó aquella fiesta a Constance y a César. Collinet había compuesto con su plantilla el final de su sinfonía comercial.

Cansados, pero felices, los tres Birotteau se acostaron al amanecer, arrullados por los recuerdos de aquella fiesta, que en construcciones, reparaciones, muebles, consumiciones, tocados y biblioteca ascendía a sesenta mil francos, sin que César lo sospechase. Esto era lo que costaba la fatal roseta roja colocada por un rey en el ojal de un perfumista. Si le ocurría una desgracia a César Birotteau, este solo gasto bastaba para que le encausasen. Un negociante cae en el concepto de «quiebra fraudulenta» si hace gastos juzgados excesivos, y tal vez es más horrible comparecer ante el juzgado por una bagatela, que ante la audiencia por un inmenso fraude. Para ciertas gentes, vale más ser criminal que tonto.

II CÉSAR EN LUCHA CONTRA LA DESGRACIA

Ocho días después de esta fiesta, último resplandor de una prosperidad de dieciocho años próxima a extinguirse, César contemplaba a los transeúntes a través de los cristales de su tienda pensando en la importancia de sus negocios, que juzgaba ya consolidados. Hasta entonces, todo había sido sencillo en su vida, fabricaba y vendía, o compraba para volver a vender. Hoy, el negocio de los terrenos, su interés en la casa A. Popinot y Compañía, el pago de los ciento sesenta mil francos de efectos que tenía en plaza y que iban a exigir tráfico de efectos que desagradarían a su mujer, o inauditos éxitos en casa Popinot, asustaban a aquel pobre hombre, el cual comprendía que tenía en la mano mayor número de riendas de las que podía regir.

¿Cómo se arreglaría Anselme para dirigir el negocio? Birotteau trataba a Popinot como trata un profesor de retórica a su alumno, desconfiaba de sus medios y sentía no estar a su lado. La seña que le había hecho para hacerle callar en casa de Vauquelin, explica los temores que el joven negociante inspiraba al perfumista. Birotteau se guardaba bien de dejarse adivinar por su hija, por su mujer o por sus dependientes; pero entonces obraba como un simple cañonero del Sena al que un ministro hubiera confiado, por casualidad, el mando de una fragata. Estos pensamientos formaban una especie de niebla en su inteligencia, poco apta para la meditación, hasta tal punto, que Birotteau permanecía a veces de pie como alelado, tratando de ver claro en sus negocios. En uno de estos momentos apareció en la calle un individuo que le inspiraba enorme antipatía; nos referimos a su segundo propietario, el pequeño Molineux. Todo el mundo ha sido presa de esta clase de meditaciones que representa toda una vida y en medio de las cuales aparece un ser fantástico que viene a ser el traidor de la pieza y que es portador de malas noticias. A Birotteau le parecía que Molineux había de representar, por azar, un papel análogo en su vida. Este personaje le había sugerido diabólicas y tristes ideas en medio de la fiesta, contemplando sus suntuosidades con odiosa mirada. Al volver a verle, César se acordó tanto más de las impresiones que le había causado aquel pequeño avaro, cuanto que Molineux le hizo sentir nueva repulsión al presentársele en medio de sus meditaciones.

—Señor —le dijo el hombrecito con su voz atrozmente insignificante—, hemos terminado las cosas tan aprisa, que se ha olvidado usted de registrar la escritura de nuestro contrato privado.

Birotteau tomó el contrato de arriendo para reparar el olvido.

En este momento entró el arquitecto, saludó al perfumista, y después de haber dado algunas vueltas en tomo de él, con aire diplomático, le dijo al oído:

—Señor, ya sabe usted cuán difíciles son los comienzos de toda profesión. Usted está contento de mí, al parecer, y yo le agradecería mucho que me entregase mis honorarios.

Birotteau, que se había desarmado entregando todo el dinero contante que tenía, dijo a Célestin que extendiese una letra de dos mil francos a tres meses vista.

—Me he alegrado mucho de que usted tomase por su cuenta el alquiler del vecino —dijo Molineux con aire chocarrero—, porque un portero ha venido a decirme esta mañana que el juez de paz ha sellado la tienda a causa de la desaparición de monsieur Cayron.

—¿A ver si me ha estafado a mí los cinco mil francos? —dijo Birotteau.

—Tenía fama de saber manejar perfectamente los negocios —dijo Lourdois, que acababa de entrar para entregar su factura al perfumista.

—Un comerciante no se ve libre de reveses hasta que está retirado —dijo el pequeño Molineux doblando el contrato con minuciosa regularidad.

El arquitecto examinó a este hombrecito con el placer que siente todo artista al ver una caricatura que confirma sus opiniones acerca de los burgueses.

—Generalmente, cuando se tiene la cabeza debajo de un paraguas, tiene uno motivos para creer que está a cubierto si llueve —dijo el arquitecto.

Molineux estudió mucho más los bigotes y la perilla que la cara del arquitecto, y le despreció como monsieur Grindot le despreciaba a él. Después se quedó para darle un arañazo antes de salir. A fuerza de vivir con sus gatos, Molineux tenía en sus movimientos y en sus ojos algo de la raza felina.

En este momento entraron Ragón y Pillerault.

—Hemos hablado al juez de nuestro negocio —dijo Ragon a César al oído—, y, según él en una especulación de este género se necesitaría un recibo de los vendedores a fin de ser todos realmente propietarios indivisos.

—¡Ah! ¿Hace usted el negocio de la Madeleine? —dijo Lourdois—. He oído hablar de él y creo que se van a construir muchas casas.

El pintor, que iba con la pretensión de cobrar en seguida, juzgó conveniente no darle prisa al perfumista a fin de estar a bien con él.

—Le he traído a usted la factura porque es fin de año —le dijo a César—; pero, en realidad, no necesito ahora el dinero.

—¿Qué tienes, César? —dijo Pillerault al notar la sorpresa de su sobrino, el cual, estupefacto al ver la factura, no respondió ni a Ragon ni a Lourdois.

—¡Ah!, una bagatela; que le había tomado cinco mil francos de efectos al paraguero vecino mío, que ha quebrado, y si las letras fueran falsas, me habría cogido como un tonto.

—No se queje, porque bastante tiempo hace que se lo he dicho —le dijo Ragon—. El que se ahoga se coge a las piernas de su padre para salvarse y lo ahoga consigo. ¡He visto tantas quiebras! Al principio del desastre nadie es bribón; pero al final suelen serlo todos por necesidad.

—Es verdad —dijo Pillerault.

—¡Ah!, si algún día voy al Congreso o si tengo alguna influencia en el gobierno... —dijo Birotteau levantándose sobre la punta de los pies y volviendo a

caer sobre los talones.

—¿Qué haría usted? Porque usted es un sabio —dijo Lourdois.

Molineux, que sentía interés por toda discusión de derecho, se quedó en la tienda; y como la atención de los demás le hace a uno atento, Pillerault y Ragon, que conocían las opiniones de César, le escucharon con tanta gravedad como los tres extraños.

—Yo establecería un tribunal de jueces inamovibles con un ministerio público que juzgase al criminal —dijo el perfumista—. Después de una instrucción, durante la cual el juez llenaría inmediatamente las funciones de los actuales agentes, de los síndicos y del juez comisario, el negociante sería declarado *quebrado rehabilitable o en bancarrota*. El quebrado rehabilitable quedaría obligado a pagarlo todo, sería el guardián de sus bienes y de los de su mujer, ya que sus derechos y sus herencias pertenecerían a sus acreedores, administraría por su cuenta bajo la vigilancia de alguien, y por fin, continuaría sus negocios firmando *Fulano de tal, quebrado*, hasta que hubiera pagado todas sus deudas. El quebrado en bancarrota sería condenado, como antes, a la picota en la sala de la Bolsa durante dos horas, cubierto con el gorro verde. Sus bienes, los de su mujer, y sus derechos pasarían a poder de sus acreedores y quedaría desterrado del reino.

—Así el comercio sería más seguro y se miraría uno antes de hacer un negocio —arguyó Lourdois.

—La ley natural no se cumple —dijo César exasperado. De cien negociantes, hay más de cincuenta que tienen un setenta y cinco por ciento menos de los fondos que debieran tener, venden sus mercancías un veinticinco por ciento por debajo del precio de inventario y arruinan así al comercio.

—Señor, está en lo cierto —dijo Molineux—; la ley actual permite demasiadas libertades.

—¡Qué diantre! —dijo César— al paso que llevan las cosas, un negociante se va a convertir en ladrón con patente, y con su firma podrá disponer de la caja de todo el mundo.

—No es usted indulgente, monsieur Birotteau —dijo Lourdois.

—Tiene razón —dijo el anciano Ragon.

—Todos los quebrados son sospechosos —dijo César desesperado por aquella pérdida que sonaba en sus oídos como suena en los del ciervo el cuerno de monte que le anuncia la muerte.

En aquel momento, un mozo de fonda llevó la factura de Chevet, y a poco, un aprendiz de Félix, un mozo del café de Foy y el clarinete de Collinet se presentaron con sus respectivos recibos.

—El cuarto de hora de Rabelais —dijo Ragon sonriendo.

—A fe que dio usted una hermosa fiesta —dijo Lourdois.

—Estoy ocupado —dijo César a todos los mozos, los cuales dejaron sus facturas.

—Monsieur Grindot —dijo Lourdois al ver que el arquitecto se guardaba una

letra que firmó Birotteau—, examine usted bien mi factura, para lo cual no tiene más que medir, pues ya sabe que los precios están aprobados por usted en nombre de monsieur Birotteau.

Pillerault miró a Grandot y a Lourdois.

—¿Precios convenidos entre arquitecto y empresario? —dijo el tío a su sobrino—. Te han robado.

Grindot salió y Molineux le siguió y empezó a hablarle con aire misterioso, diciéndole:

—Señor, usted me ha escuchado, pero no me ha comprendido. Le deseo a usted un paraguas.

El miedo se apoderó de Grindot. Cuanto más ilegal es una ganancia, más afán siente el hombre de ella. El corazón humano está hecho de este modo. El artista había estudiado, efectivamente, la habitación con amor, había empleado en ella toda su ciencia y su tiempo, se había tomado trabajos por diez mil francos y resultaba víctima de su amor propio; a los contratistas no les costó gran trabajo seducirle. El argumento irresistible y la amenaza de calumniarle fueron menos poderosos aún que la observación hecha por Lourdois acerca del negocio de los terrenos de la Madeleine; Birotteau no pensaba construir allí ninguna casa y especulaba únicamente con el precio de los terrenos. Los arquitectos y los contratistas son entre sí lo que un autor con los actores, dependen unos de otros. Grindot, que recibió de Birotteau el encargo de estipular los precios, favoreció a la clase, y los tres contratistas, Lourdois, Chaffaroux y Thorien, el carpintero, le proclamaron *uno de esos buenos muchachos con los cuales da gusto trabajar*. Grindot adivinó que aquellas facturas en las cuales tenía él parte serían pagadas en efectos como sus honorarios, y el viejecito acababa de inspirarle dudas acerca de su pago. Así es que el arquitecto iba a ser implacable.

A fines de diciembre, César tenía que pagar facturas por valor de sesenta mil francos. Félix, el café de Foy, Tanrade y esos pequeños acreedores a quienes hay que pagar al contado, habían ido ya tres veces a casa del perfumista. En el comercio, estas pequeñeces dañan más que una desgracia, porque la anuncian. Las pérdidas conocidas son definidas, pero el pánico no tiene límites. Birotteau vio su caja vacía, y entonces el miedo se apoderó de él, que jamás se había visto en situación análoga durante su vida comercial. Como todas las gentes que no han tenido que luchar nunca durante mucho tiempo contra la miseria y que son débiles, César se sintió anonadado por esta circunstancia, vulgar en la vida de los comerciantes de París. El perfumista dio orden a Célestin de que enviase las facturas a casa de sus parroquianos; pero antes de que ejecutase este inaudito mandato, el primer dependiente se lo hizo repetir. Los clientes, noble término que aplicaban entonces los tenderos a sus parroquianos y que empleaba César a pesar de su mujer, la cual había acabado por decirle que les llamase como quisiera con tal de que pagasen, los clientes, repito, eran personas que pagaban bien y que no inspiraban ningún temor a César, el cual tenía a veces cuentas con ellos de cincuenta a sesenta mil francos. El segundo dependiente tomó, pues, el libro de

facturas y se puso a copiar las más importantes. César temía a su mujer, y para no dejarle ver el abatimiento que le causaba el simún de la desgracia, quiso salir; pero se encontró con Grindot, que entraba, con ese aire desenvuelto que toman los artistas para hablar de intereses a los que pretenden ser extraños, el cual le dijo:

—Buenos días, caballero. No puedo valerme de sus letras para realizar mis pequeñas compras, y me veo obligado a rogarle que me las haga efectivas. Deploro el dar este paso, pero no he tratado nunca con usureros y sentiría tener que llevar su firma de puerta en puerta, pues conozco bastante el comercio para saber que esto sería envilecerla. Entra, pues, en su interés el...

—Amigo mío, le ruego que hable más bajo —dijo Birotteau—. Me sorprende usted extraordinariamente.

Lourdois entró.

—Lourdois... —dijo Birotteau.

Y se detuvo. El pobre hombre iba a rogarle a Lourdois que tomase la letra de Grindot, burlándose del arquitecto, con la buena fe del comerciante seguro de sí mismo; pero vio una nube en la frente de Lourdois y tembló ante la imprudencia que iba a cometer. Esta inocente burla era la muerte de un crédito dudoso. En caso análogo, un comerciante rico acepta su letra y no la ofrece. Birotteau sintió que su cabeza se desvanecía como si hubiese contemplado el fondo de un abismo.

—Mi querido monsieur Birotteau —dijo Lourdois conduciéndole al fondo del almacén—, mi factura está examinada y conforme y le ruego que tenga el dinero dispuesto para mañana. Caso a mi hija con el pequeño Crottat, necesito dinero, los notarios no pueden negociármelo y, por otra parte, no han visto nunca mi firma...

—Envíemela pasado mañana —dijo orgullosamente Birotteau, que contó con el pago de sus facturas—. Y usted también, señor, dijo al arquitecto.

—¿Y por qué no ahora mismo? —dijo el arquitecto.

—Tengo que pagar a mis obreros del Faubourg —dijo César, que no había mentido nunca.

Y tomó el sombrero para salir con ellos. Pero el contratista, Thorein y Chaffaroux le detuvieron en el momento en que cerraba la puerta.

—Señor —le dijo Chaffaroux—, necesitamos dinero.

—¡Eh! Yo no tengo las minas del Perú —dijo César impaciente, yéndose a cien pasos de ellos—. Hay gato encerrado ahí dentro. ¡Maldito baile! Todo el mundo le cree a uno millonario. Sin embargo, la actitud de Lourdois no era natural —pensó—, y ahí hay algo oculto.

Caminaba por la rue de Saint-Honoré sin dirección, embebido en sus meditaciones, cuando tropezó con Alexandre al dar la vuelta a una esquina, como hubiese tropezado un astrónomo o un matemático absorbidos en la solución de un problema.

—¡Ah!, señor —dijo el futuro notario—, ¿una pregunta! ¿Ha dado Roguin los cuatrocientos mil francos de usted a monsieur Claparon?

—El negocio se hizo delante de usted; monsieur Claparon no me ha dado ningún recibo..., mis valores estaban por negociar... Roguin ha debido remitirle mis doscientos cuarenta mil francos... Quedamos en que se realizarían definitivamente las actas de venta... El juez monsieur Popinot pretende... El recibo... Pero..., ¿a qué viene eso ahora?

—¿Para qué cree usted que puedo hacerle semejante pregunta? Para saber si sus doscientos cuarenta mil francos están en casa de Roguin. Roguin hacía tiempo que estaba relacionado con usted y hubiese podido, por delicadeza, remitírselos a Claparon; ¡y si así fuese, se escaparía usted de una buena! ¡Pero qué estúpido soy!... Se los lleva junto con el dinero de monsieur Claparon, que felizmente no ha enviado más que cien mil francos a mi cargo. Los vendedores no han recibido ni un céntimo, acaban de salir de mi casa. El dinero de su préstamo sobre los terrenos ni existía para usted ni para su prestamista, pues Roguin se lo había comido junto con los cien mil francos de usted, los cuales no obraban en su poder desde hacía ya mucho tiempo... Así es que sus últimos cien mil francos volaron; yo me acuerdo de haberlos ido a cobrar al Banco.

Las pupilas de César se dilataron tan desmesuradamente que no vio más que una llama roja.

—Los cien mil francos de usted contra el Banco, mis cien mil francos de la notaría, cien mil francos de monsieur Claparon, he aquí trescientos mil francos que han volado, sin contar los robos que van a descubrirse —repuso el notario. Du Tillet se ha escapado de una buena, pues Roguin le ha atormentado más de un mes para meterle en el negocio de los terrenos, y afortunadamente tenía invertidos todos sus fondos en una especulación con la casa Nucingen. Roguin le ha escrito a su mujer una carta espantosa, yo acabo de leerla. Hace cinco años que echaba mano de continuo de los fondos de sus clientes, y todo ¿por qué? Por una querida, por la hermosa holandesa. Esta disipadora estaba sin un céntimo, había firmado letras de cambio y tuvo que vender sus muebles. A fin de escapar a las persecuciones se había refugiado en una casa del Palacio Real, donde fue asesinada ayer por la noche por un capitán. No ha tardado Dios en castigarla por haber devorado la fortuna de Roguin. Hay mujeres que no respetan nada. ¡Mire usted que arruinar a un notario! Madame Roguin no tendrá más fortuna que la que le proporcione su hipoteca legal, pues todos los bienes están gravados en más de lo que valen. La notaría ha sido vendida en trescientos mil francos. ¡Yo que creía hacer un buen negocio y que comienzo por pagar cien mil francos de más por la notaría! Aún no tengo recibo, los acreedores creerán que soy su cómplice si hablo de mis cien mil francos, y cuando se empieza una carrera hay que tener mucho cuidado con la reputación. Usted apenas obtendrá el treinta por ciento. ¡Sufrir a mi edad tal decepción! ¡Arruinarse por una mujer un hombre de cincuenta y nueve años! ¡Viejo imbécil! El monstruo hace veinte días que me dijo que no me casase con Césarine porque él sabía que usted se vería arruinado antes de poco.

Alexandre hubiera podido hablar tanto tiempo como hubiera querido porque Birotteau permanecía de pie como petrificado. Cada frase era un golpe de maza, y no oía más que un ruido de campanas mortuorias. Alexandre Crottat, que creía fuerte y capaz al digno perfumista, se asustó al ver su palidez y su inmovilidad. El sucesor de Roguin no sabía que el notario se llevaba algo más que la fortuna de César. La idea del suicidio inmediato pasó por la cabeza de aquel comerciante tan profundamente religioso. En estos casos, el suicidio es un medio de huir de mil muertes y parece lógico optar por una sola. Alexandre Crottat dio el brazo a César y quiso hacerle andar, pero le fue imposible: cual si estuviese borracho, las piernas del perfumista se encorvaban bajo el peso de su cuerpo.

—Pero ¿qué tiene usted? —dijo Crottat—. ¡Valor, M. César! Esto no es la muerte de un hombre. Por otra parte, usted percibirá cuarenta mil francos y tendrá motivos para entablar la anulación del contrato.

—Mi baile, mi cruz, doscientos mil francos de efectos en plaza, nada en caja, los Ragon, Pillerault... ¡Y mi mujer que lo había adivinado!

Una lluvia de palabras confusas, imagen de las anonadadoras masas de ideas que acudían a la mente de César, brotaron de su boca, destruyendo, cual terrible granizada, todas las flores del jardín de «La Reina de las Rosas».

—Quisiera que me cortaran la cabeza, porque me pesa demasiado y no me sirve para nada —dijo al fin Birotteau.

—¡Pobre monsieur Birotteau! —dijo Alexandre—, Pero ¿está usted en peligro?

—¡Peligro!

—Pues bien, valor, ¡luche usted!

—¡Luche usted! —repitió el perfumista.

—Du Tillet ha sido dependiente suyo, tiene buena cabeza y le ayudará.

—¡Du Tillet!

—Vamos, venga usted.

—¡Dios mío!, no quisiera entrar en casa en este estado —dijo Birotteau—. ¡Usted que es amigo mío, sí es que hay amigos, usted, que me inspiraba afecto y que comía en mi casa, en nombre de mi mujer, lléveme usted en coche, Alexandre, acompañeme!

El novel notario metió con gran trabajo en un coche la máquina inerte que llevaba el nombre de César.

—¡Alexandre! —dijo el perfumista con voz turbada por las lágrimas, pues en aquel momento las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y a aflojar el anillo de hierro que le ceñía el cráneo—. Vayamos a casa y háblele por mí a Célestin. Amigo mío, dígame que va en ello mi vida y la de mi mujer y que, por ningún concepto se hable de la desaparición de Roguin. Haga bajar a Césarine y dígame que procure que su madre no se entere de nada. Hay que desconfiar de nuestros mejores amigos, de Pillerault, de Ragon, de todo el mundo.

El cambio de voz de Birotteau sorprendió vivamente a Crottat, el cual

comprendió la importancia de esta recomendación. La rue de Saint-Honoré caía de camino para ir a casa del magistrado; así es que Alexandre cumplió los encargos del perfumista, el cual fue visto con espanto, sin voz, pálido y aletado, en el interior del coche por Célestin y por su hija.

—Guardadme el secreto de este asunto —dijo el perfumista.

—¡Ah! —se dijo Alexandre—, ya vuelve en sí, yo le creía perdido.

La conferencia de Alexandre Crottat y del magistrado duró bastante; se mandó a buscar al decano de los notarios, y César fue llevado por todas partes, cual si fuese un bulto, sin moverse ni decir palabra. A eso de las siete de la noche, Alexandre Crottat llevó al perfumista a su casa, y la idea de comparecer ante Constance repuso a César un tanto. El joven notario tuvo la caridad de precederle para advertir a madame Birotteau que su marido acababa de tener una especie de síncope.

—Tiene la cabeza un poco trastornada y tal vez sea preciso sangrarle a ponerle sanguijuelas —dijo Crottat.

—¡Oh!, eso no tenía más remedio que ocurrir —dijo Constance sin sospechar siquiera el desastre—. No ha tomado su medicina de precaución al entrar el invierno y hace dos meses que trabaja cual un forzado, como si no tuviese pan que llevarse a la boca.

A instancias de su mujer y de su hija, César se metió en la cama y se envió a buscar al anciano monsieur Audry, médico de Birotteau. El anciano Haudry era un médico de la escuela de Molière, gran patricio amigo de las antiguas fórmulas farmacéuticas. El galeno se presentó al poco rato, examinó a César y ordenó la aplicación inmediata de sinapismos en la planta de los pies, pues veía en él los síntomas de una congestión cerebral.

—¿A qué será debido esto? —preguntó Constance.

—A la humedad del tiempo —respondió el doctor, advertido por Césarine.

A veces los médicos tienen la obligación de decir tonterías fundadas en su ciencia a fin de salvar el honor o la vida a las personas que rodean al enfermo. El anciano doctor había visto tantas cosas que comprendió con media palabra. Césarine le acompañó hasta la escalera y le preguntó la marcha que debía seguirse.

—Calma y silencio, y luego, cuando la cabeza esté libre, le daremos algún fortificante.

Constance pasó dos días a la cabecera de la cama de su marido, el cual deliró la mayor parte del tiempo. Acostado en el hermoso cuarto azul de su mujer, decía cosas incomprensibles para ésta al ver sus cortinajes, sus muebles y sus costosas magnificencias.

—¡Está loco! —le decía la madre a la hija en un momento en que César se había erguido en su cama y citaba con voz solemne los artículos del Código de comercio.

—Si se juzgan excesivos los gastos..., ¡quítad los cortinajes!

Después de tres días terribles, durante los cuales corrió peligro la razón de César, la fuerte naturaleza del aldeano turenés triunfó, y una vez salvada la cabeza, monsieur

Haudry le recetó cordiales, una alimentación energética y una taza de café, que no tardó en sacar del lecho al negociante. Constance, muerta de cansancio, ocupó el lugar que había dejado su marido.

—¡Pobre mujer mía! —dijo César cuando la vio dormida.

—Vamos, papá, ¡valor! Es usted un hombre de tanto talento que acabará por triunfar. Esto no será nada. Además, Anselme le ayudará.

Césarine dijo estas palabras con voz tan cariñosa, que hubiera reanimado al más abatido, como los cantos de una madre aplacan los dolores del niño atormentado por la dentición.

—Sí, hija mía, voy a luchar; pero no digas ni una palabra de esto a nadie, ni a Popinot, que nos quiere, ni a tu tío Pillerault. En primer lugar, voy a escribir a mi hermano, que es, según creo, canónigo vicario de una catedral y que, como no gasta nada, debe tener dinero. Mil escudos al año de economías, en veinte años hacen cien mil francos. En provincias los curas suelen tener crédito.

Césarine, ansiosa de llevar a su padre una mesita y todo lo necesario para escribir, le entregó sin fijarse, el resto de las invitaciones para el baile, impresas en papel color de rosa.

—Quema todo esto —gritó el negociante—. Sólo el diablo ha podido inspirarme la idea de dar este baile. Si sucumbo me tomarán por un bribón. Vamos, nada de frases.

CARTA DE CÉSAR A FRANÇOIS BIROTTEAU

«Mi querido hermano: Me encuentro en una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero que puedas disponer, aunque sea pidiéndolo prestado.

»Todo tuyo,

CÉSAR.

»Tu sobrina Césarine, que me ve escribir esta carta mientras mi mujer duerme, te saluda y te envía un abrazo.»

Esta postdata fue añadida a instancias de Césarine, la cual le llevó la carta a Raguet.

—Papá —le dijo al subir—, aquí está monsieur Lebas, que quiere hablarle.

—¡Monsieur Lebas! ¡Un juez! —exclamó Birotteau asustado como si el desastre le hubiese convertido en un criminal.

—Mi querido monsieur Birotteau —dijo el comerciante al entrar—, me tomo demasiado interés por usted, nos conocemos hace mucho tiempo y fuimos elegidos jueces juntos la primera vez, para no venir a decirle que un tal Bidault, usurero, llamado Gigonnet, tiene letras de usted endosadas a su orden por la casa Claparon,

sin garantía. Estas dos palabras son, no solamente una afrenta, sino la muerte de su crédito.

—Monsieur Claparon desea hablarle, ¿le digo que suba? —dijo Célestin presentándose.

—Ahora sabremos la causa de ese insulto —dijo Lebas.

—Caballero —dijo el perfumista a Claparon al verle entrar—, tengo el gusto de presentarle a monsieur Lebas, juez del tribunal de comercio y amigo mío.

—¡Ah!, ¿es éste monsieur Lebas? —dijo Claparon interrumpiéndole—. Tengo mucho gusto en conocer al comerciante monsieur Lebas, porque hay tantos Lebas... sin contar los altos y los bajos...^[1].

—Monsieur ha visto las letras que yo le he remitido y que usted decía que no circularían, y no sólo las ha visto, sino que ha observado, además, que puso usted en ellas las palabras *sin garantía*.

—Sí, es verdad —dijo Claparon—, y no circularán porque están en manos de un hombre con quien hago muchos negocios: monsieur Bidault, padre. He aquí porque puse *sin garantía*. Si los efectos tuviesen que circular, los hubiera usted hecho a su orden directamente. El señor juez va a comprender mi situación. ¿Qué representan esos efectos? El precio de un inmueble. ¿Pagado por quién? Por Birotteau. ¿Por qué quiere usted que yo garantice a Birotteau con mi firma? Ambos tenemos que pagar nuestra parte en dicho precio. Ahora bien, ¿no basta que sea uno solidario frente a vendedores? Para mí, la regla comercial es inflexible y no doy a nadie inútilmente una garantía, como no doy a nadie el recibo de una suma que no he cobrado. Yo lo supongo todo: el que firma paga, y no quiero exponerme a pagar tres veces.

—¡Tres veces! —dijo César.

—Sí, señor —repuso Claparon—. Yo he garantizado ya a Birotteau ante los vendedores, ¿por qué le he de garantizar de nuevo ante el banquero? Las circunstancias en que estamos son muy tristes. Roguin se me lleva cien mil francos, y, por lo tanto, la mitad de los terrenos míos me cuesta quinientos mil en lugar de cuatrocientos mil. Roguin se lleva doscientos cuarenta mil francos de Birotteau. ¿Qué haría usted en mi lugar, monsieur Lebas? Colóquese en mi situación. Yo no tengo el honor de conocer a monsieur Birotteau más de lo que le conozco a usted. Fíjese bien. Nosotros hacemos un negocio a medias, usted aporta todo el dinero que le corresponde y yo entrego el mío en valores, se los ofrezco a usted, y llevado de su excesiva complacencia, se encarga de convertirlos en dinero. Pero de pronto sabe usted que Claparon, banquero, rico, considerado, que el virtuoso Claparon está a punto de quebrar por tener que devolver seis millones, ¿garantizaría usted mi firma con la suya en semejante momento? Estaría usted loco. Pues bien, monsieur Lebas, Birotteau está en el caso en que yo supongo a Claparon. ¿No ve usted que yo podría tener entonces que pagar a los acreedores como solidario y tendría, además, que satisfacer los efectos de Birotteau si los garantizase...

—¿A quién? —preguntó el perfumista interrumpiéndole.

—...Sin tener la mitad de los terrenos —dijo Claparon haciendo caso omiso de la interrupción del perfumista—. Tendría, pues, que comprarlos de nuevo y habría de pagarlos tres veces.

—Pero ¿a quién tendría usted que reembolsar? —seguía preguntando Birotteau.

—Al tercer portador, si yo aceptase las letras y a usted le ocurriera una desgracia.

—Caballero, yo no faltaré de ningún modo —dijo Birotteau.

—Bueno —dijo Claparon—, usted ha sido juez, es hábil comerciante y debe saber que está uno obligado a preverlo todo. De modo que no le asombre que proceda como procedo.

—Monsieur Claparon tiene razón —dijo Joseph Lebas.

—Tengo razón comercialmente —repuso Claparon—, pero este asunto es territorial. Ahora bien, ¿qué debo recibir yo?... Dinero, pues será preciso dar dinero a los vendedores. Hagamos caso omiso de los doscientos cuarenta mil francos que estoy seguro que encontrará monsieur Birotteau —dijo Claparon mirando a Lebas—. Yo ahora venía a pedirle la bagatela de veinticinco mil francos —añadió mirando a Birotteau.

—¡Veinticinco mil francos! —exclamó César helado de espanto—. Pero ¿para qué, señor?

—Ya verá usted: nosotros estamos obligados a realizar las ventas ante notario. Ahora bien, por lo que atañe al precio, podemos arreglarnos entre nosotros; pero ¿y con el Fisco? El Fisco no se conforma con palabras, no concede crédito, y esta misma semana tenemos que escupirle cuarenta mil francos de derechos. Yo estaba muy lejos de esperar que había de oír reproches viniendo aquí, porque, pensando que acaso le vendría mal pagar esos veinticinco mil francos, venía a anunciarle que por una gran casualidad le he salvado...

—¿Qué? —dijo Birotteau lanzando ese grito de angustia que no deja lugar a dudas.

—Una miseria, los veinticinco mil francos de efectos que Roguin me había entregado para que los negociase. Se los he acreditado a usted, y deduciendo de ellos los gastos de la negociación, sólo tendrá que entregarme seis o siete mil francos; ya le enviaré la cuenta.

—Todo eso me parece perfectamente justo —dijo Lebas—. En el lugar del señor, que me parece muy entendido en negocios, yo obraría lo mismo con un desconocido.

—Monsieur Birotteau no morirá por esto —dijo Claparon—. Un gato viejo no muere al primer golpe.

—¿Quién podía prever una infamia semejante en Roguin? —dijo Lebas, tan asustado del silencio de César como de aquella especulación tan enorme, ajena a la perfumería.

—Ha faltado poco para que yo le hubiese dado recibo al señor de cuatrocientos mil francos, y entonces me habría fastidiado —dijo Claparon—. La víspera le había entregado cien mil francos a Roguin. Nuestra confianza mutua me ha salvado. A decir

verdad, lo mismo me daba que los fondos estuviesen en la notaría que en mi casa, hasta el día de hacer los contratos definitivos.

—Hubiera sido preferible que cada uno hubiese tenido su dinero en el Banco hasta el momento de pagar —dijo Lebas.

—Para mí, Roguin era el Banco —dijo César—. Pero él también entró en el negocio —añadió mirando a Claparon.

—Sí, de palabra, en la cuarta parte —respondió Claparon—. Después de cometer la tontería de dejarle que se llevase mi dinero, tendría que ser muy tonto para darle más. Si me envía mis cien mil francos y doscientos mil más de su parte, entonces nos veremos. Pero se guardará bien de hacerlo por un negocio que tardará lo menos cinco años en reportar beneficios. Si sólo se ha llevado trescientos mil francos, como dicen, bien necesita quince mil de renta para vivir convenientemente en el extranjero.

—¡Bandido!

—¡Bah!, una pasión ha llevado a Roguin a ese extremo —dijo Claparon—. ¿Qué anciano puede responder de no dejarse dominar por su último capricho? Ninguno de nosotros, que somos juiciosos, podemos decir cómo acabaremos. El último amor es el más violento. Vean ustedes sino a los Cardot, a los Camusot, a los Matifat, todos tienen queridas. Y si nos vemos estafados, ¿no es nuestra la culpa? ¿Cómo no hemos desconfiado de un notario que se metía en un negocio? Todo notario, todo agente de cambio, todo corredor que se mete en negocios debe ser sospechoso. La quiebra es para ellos una bancarrota fraudulenta, y prefieren marcharse al extranjero que ir a la cárcel. Sí, si somos bastante débiles para no hacer condenar en rebeldía a gentes a cuya casa hemos ido a comer y que han dado hermosos bailes, no nos quejemos, todos tenemos la culpa.

—¡Gran culpa! —dijo Birotteau—. Falta rehacer la ley acerca de las quiebras.

—Si necesita usted de mí, soy todo suyo —dijo Lebas a Birotteau.

—El señor no necesita de nadie —dijo el infatigable charlatán, que había sido aleccionado, por du Tillet—. Su situación es clara: según me ha dicho Crottat, la quiebra de Roguin dará el cincuenta por ciento de dividendo. Además de este dividendo, monsieur Birotteau se encuentra con cuarenta mil francos, que su prestamista no tenía, y luego puede pedir prestado, dando como garantía sus propiedades. Ahora bien, hasta dentro de cuatro meses no tenemos que dar a los vendedores los doscientos mil francos. De aquí a entonces, monsieur Birotteau pagará sus efectos, pues supongo que no debía contar con lo que se llevó Roguin para satisfacerlos. Pero aunque monsieur Birotteau se encontrase un poco apurado, podrá salir del paso empleando su crédito.

El perfumista se había reanimado oyendo a Claparon, analizar el negocio y resumirlo, trazándole, por decirlo así, su norma de conducta. Así es que su actitud pasó a ser firme y decidida, formando un gran concepto del talento del antiguo viajante. Du Tillet había juzgado conveniente que Claparon se creyese víctima de Roguin; y a tal efecto, le entregó a éste cien mil francos para que se los diese al

notario, el cual se los había devuelto. Claparon, inquieto, desempeñaba su papel a las mil maravillas, y decía a todo el que quería oírle que Roguin le costaba cien mil francos. Du Tillet no había juzgado a Claparon bastante fuerte, y le creía aún poseído de demasiados principios de honor y de delicadeza para confiarle por completo sus planes, y por otra parte, sabía que era incapaz de adivinar.

—Si nuestro primer amigo no fuese nuestra primera víctima, no encontraríamos la segunda —le dijo du Tillet a Claparon el día que, reprochándole éste su conducta, acabó por romper con él.

Monsieur Lebas y Claparon se fueron juntos.

«Aún puedo salir del paso —se dijo Birotteau—. Mi pasivo en efectos a pagar asciende a doscientos treinta y cinco mil francos, a saber: setenta y cinco mil por mi casa y ciento setenta y cinco mil por los terrenos. Ahora bien: para efectuar estos pagos tengo el dividendo Roguin, que será tal vez de cien mil francos, y puedo hacer anular el préstamo de mis terrenos, que sumarán en total ciento cuarenta mil. Se trata, pues, de ganar cien mil francos con el *Aceite Cefálico*, y de esperar el momento en que los terrenos adquieran su mayor valor.

Cuando un hombre en la desgracia puede formarse ilusiones mediante razonamientos más o menos justos que le permiten conciliar el sueño, generalmente se salva. Muchas gentes confunden la confianza que da la ilusión con la energía. La esperanza constituye tal vez la mitad del valor, y por eso la Religión Católica la ha convertido en virtud. ¿No ha sostenido la esperanza a muchos seres débiles, dándoles tiempo para soportar los azares de la vida? Resuelto a ir a casa del tío de su mujer a exponerle su situación antes de buscar auxilio en otra parte, Birotteau se fue de la rue Saint-Honoré a la de los Bourdonnais, en medio de ignoradas angustias que le agitaron de manera tan violenta, que llegó a creer en peligro su salud. Sentía fuego en sus entrañas. En efecto, las gentes que sienten con el diafragma sufren de este órgano, lo mismo que las personas que perciben con la cabeza experimentan dolores cerebrales. En las grandes crisis, la parte física se ve atacada en el punto en que tiene asiento la vida del individuo: los débiles tienen cólicos y Napoleón se dormía. Antes de llegar a una confidencia pasando por encima de todas las barreras del orgullo, las gentes de honor sienten más de una vez el aguijón de la necesidad, ese duro acicate. Así, Birotteau se había dejado aguijonear durante dos días antes de ir a casa de su tío, y no se decidió a hacerlo más que por razones de familia; en cualquier caso, debía explicar su situación al severo quincallero. No obstante, al llegar a la puerta, experimentó ese íntimo desfallecimiento que todo niño ha sentido al entrar en casa de un dentista; pero este defecto de corazón era en él natural y no producto de un dolor pasajero. Birotteau subió lentamente la escalera y encontró al anciano leyendo *Le Constitutionnel* al amor de la lumbre, ante una mesita redonda donde estaba su frugal almuerzo, que consistía en un panecillo, manteca, queso de Brie y una taza de café.

—He aquí al verdadero sabio —dijo Birotteau envidiando la vida de su tío.

—Supe ayer en el café David lo del asunto de Roguin y el asesinato de la

hermosa holandesa —le dijo Pillerault quitándose las gafas—. Espero, que, prevenido por nosotros, que queríamos ser propietarios reales, habrás ido a pedirle recibo a Claparon, ¿verdad?

—¡Ay de mí!, tío mío, en eso consiste todo, ha puesto usted el dedo en la llaga. No.

—¡Ah!, ¡mil rayos!, ¡estás arruinado! —dijo Pillerault dejando caer el periódico, que Birotteau recogió, aunque era *Le Constitutionnel*.

Pillerault fue herido tan violentamente por sus reflexiones, que su rostro de medalla y de estilo severo se bronceó como se broncea el metal bajo el golpe del volante; y permaneció fijo y miró sin verla, a través de los cristales, la pared de enfrente, al mismo tiempo que escuchaba el largo discurso de Birotteau. Evidentemente oía y juzgaba, y pesaba el pro y el contra con la inflexibilidad de un Minos que había pasado el Styx del comercio abandonando el barrio de los Morfondus por su pisito tercero.

—¿Y bien, tío? —dijo Birotteau que esperaba una respuesta después de haber acabado rogándole que le prestase sesenta mil francos.

—No puedo, pobre sobrino mío, estás demasiado comprometido. Los Ragon y yo vamos a perder cincuenta mil francos cada uno. Estas buenas gentes han vendido, por consejo mío, sus acciones de las minas de Vortschin, y yo me creo obligado, en caso de pérdida, no a devolverles su capital, pero sí a socorrerlos, así como a mi sobrina y a Césarine. Acaso necesitéis todos pan; lo encontraréis en mi casa...

—¿Pan, tío mío?

—Sí, pan. Mira las cosas tal como son: *no saldrás del aprieto*. De cinco mil seiscientos francos de renta puedo distraer cuatro mil francos y repartirlos entre vosotros y los Ragon. Una vez en la desgracia, conozco a Constance; trabajará como una negra y lo rehusará todo, y ¡tú también, César!

—Aún no se ha perdido todo, tío mío.

—No lo veo como tú.

—Yo le probaré a usted lo contrario.

—No podrías darme mejor gusto.

Birotteau dejó a Pillerault sin responderle nada. Había ido a buscar consuelos y valor, y recibía un segundo golpe, aunque mucho menos fuerte que el primero; pero aquél, en lugar de darle en la cabeza, le había herido en el corazón, y el corazón era toda la vida de este pobre hombre.

Volvió a subir después de haber bajado algunos escalones.

—Señor —le dijo fríamente—, Constance no sabe nada, guárdeme usted el secreto al menos, y ruegue a los Ragon que no vengán a mi casa a quitarme la tranquilidad que tanto necesito para luchar con la desgracia.

Pillerault hizo un signo de asentimiento.

—Valor, César —añadió—. Te veo enfadado conmigo, pero más tarde me harás justicia al pensar en tu mujer y en tu hija.

Desalentado por la opinión de su tío, en el cual reconocía un talento particular, César cayó de la altura de sus esperanzas a los pantanos fangosos de la incertidumbre. En esas horribles crisis comerciales, cuando un hombre no tiene un alma templada como la de Pillerrault, pasa a ser juguete de los acontecimientos, y sigue las ideas ajenas o las suyas, como un viajero corre detrás de los fuegos fatuos. Se deja llevar por el huracán, en lugar de acostarse sin mirar qué pasa, o de elevarse para seguir su dirección y escaparse así. En medio de su dolor, Birotteau se acordó del proceso relativo a su préstamo, y se fue a la rue Vivienne, a casa de Derville, su procurador, para comenzar cuanto antes el pleito, en el caso de que el abogado viese alguna probabilidad de hacer anular el contrato. El perfumista encontró a Derville envuelto en su bata casera de muletón blanco, junto al hueco de la lumbre, y tranquilo y reposado como todos los procuradores acostumbrados a oír las más terribles confidencias. Birotteau notó por primera vez esa frialdad necesaria que hiela al hombre apasionado, herido, embargado por la fiebre del interés en peligro y dolorosamente lastimado en su vida, su honor, su mujer y sus hijos, como lo estaba Birotteau al contar sus desdichas.

—Si se puede probar —le dijo Derville después de haberle escuchado— que el prestamista no tenía ya en casa de Roguin la suma que Roguin hacía que usted le prestase, como no ha habido entrega de dinero hay lugar a la anulación; el prestatario tendrá la garantía de la fianza, como la tiene usted para recobrar sus cien mil francos. De este modo respondo del proceso en lo que es dable responder, pues sabido es que no hay ninguno que esté ganado de antemano.

La opinión de tan sabio jurisconsulto reanimó un poco al perfumista, el cual rogó a Derville que presentase la demanda lo antes posible. El procurador le respondió que tal vez se obtendría la sentencia antes de tres meses, anulando el contrato.

—¡Tres meses! —exclamó el perfumista, que creía haber encontrado recursos.

—Pero aunque se obtenga rapidez en el pleito, no podremos obligar a su adversario a hacer lo propio, porque tratará de aprovecharse de todas las dilaciones que le concede la ley. ¿Quién sabe si su adversario no se dejará condenar sin comparecer? Nunca se sabe lo que puede ocurrir, amigo mío —dijo Derville sonriendo.

—Pero ¿y en el Tribunal de Comercio? —dijo Birotteau.

—¡Oh! —dijo el procurador—, los jueces consulares y los de primera instancia son dos clases distintas de jueces. ¡Ustedes acuchillan los negocios! En la Audiencia tenemos que guardar las formas. La forma es la protectora del derecho. ¿Desearía usted un juicio a quemarropa que le hiciese perder sus cuarenta mil francos? Pues bien, su adversario, que verá esta suma comprometida, se defenderá. Las dilaciones son caballos de friso judiciales.

—Dice usted bien —contestó Birotteau, que saludó a Derville y salió con la muerte en el alma—. Todos tienen razón. ¡Dinero, dinero! —gritaba el perfumista por las calles hablando consigo mismo, como hacen todas las gentes atareadas en ese

turbulento e hirviente París, que un poeta ha llamado cuba.

Al verle entrar, aquel de sus dependientes que había ido a cobrar todas las facturas, le dijo que, como se aproximaba el día primero de año, cada uno devolvía el recibo y guardaba la factura.

—¿No hay, pues, dinero en ninguna parte? —dijo César en voz alta en la tienda.

Y se mordió los labios, pues los dependientes habían levantado todos la cabeza hacia él.

Cinco días pasaron de este modo, cinco días durante los cuales Braschon, Lourdois, Thorein, Grindot, Chaffaroux, todos los acreedores no pagados pasaron por las fases camaleónicas que sufre el acreedor antes de llegar al estado apacible en que le coloca la confianza que tiene en los colores sanguinolentos de la Bellona comercial. En París, el período represivo de la desconfianza viene tan rápidamente, como tarda en llegar el movimiento expansivo de la confianza: una vez sumido en el sistema restrictivo de los temores y de las precauciones comerciales, el acreedor se entrega a bajezas siniestras que le colocan por debajo del deudor. De una dulce cortesía, los acreedores pasan al rojo de la impaciencia, a los chisporroteos sombríos de las importunidades o los estallidos de la contrariedad y a la negra insolencia de la citación preparada. Braschon, aquel rico tapicero del Faubourg Saint-Antoine, que no había sido invitado al baile, dio la señal de alarma; como acreedor herido en su amor propio, quería ser pagado antes de las veinticuatro horas y exigía garantías, no basadas en un depósito de muebles, sino en una hipoteca sobre los terrenos del Faubourg. A pesar de la violencia de sus recriminaciones, los acreedores dejaron aún algunos intervalos de descanso a Birotteau, durante los cuales respiraba éste. En lugar de vencer, mediante una resolución enérgica, esos primeros resquemores que producen las situaciones difíciles, César procuró que su situación no fuese conocida de su mujer, no obstante ser ésta la única que podía aconsejarle. El pobre perfumista hacía centinela en el umbral de su puerta y alrededor de su tienda, y había puesto en el secreto de sus asuntos a Célestin, el cual examinaba a su amo con mirada tan curiosa como asombrada: César menguaba a sus ojos, como menguan en los desastres los hombres acostumbrados al éxito constante, originado más bien por la suerte que por la inteligencia. Sin tener la enérgica capacidad para defenderse de todos los ataques que recibía a la vez, César tuvo, sin embargo, el valor de hacer frente a las circunstancias. Para últimos de diciembre y para el 15 de enero, necesitaba una suma de sesenta mil francos, de los cuales la mitad habían de estar prontos para fin de año. Ahora bien, contando con todos sus recursos, sólo podía reunir veinte mil, de modo que le faltarían diez mil francos. A él nada le parecía desesperado, pues no veía ya más que el momento presente, como los aventureros, que viven al día. Antes de que se hiciese público el rumor de su situación apurada, resolvió, pues, intentar lo que le parecía un gran golpe dirigiéndose al famoso François Keller, banquero, orador y filántropo, célebre por sus sentimientos caritativos y por su deseo de ser útil al comercio parisiense, a fin de salir siempre diputado por París. El banquero era liberal,

y Birotteau realista; pero éste, juzgando a todos por sí mismo, encontró en la diferencia de opiniones un motivo más para obtener un favor. En el caso de que se necesitasen valores, no dudaba de la adhesión de Popinot, al cual contaba pedir treinta mil francos de efectos que le servirían para aguantarse hasta el momento en que se fallase el pleito, ofreciéndoselos como garantía a los acreedores más sedientos. El perfumista expansivo, que le contaba a su querida Constance las menores emociones de su existencia, que le alentaba con sus palabras y que procuraba discutir con ella sus negocios, no podía hablar de su situación con su mujer, ni con sus dependientes, ni con su tío; así es que le pesaban doblemente las ideas. Pero este valeroso mártir prefería sufrir, antes que comunicar sus temores a su mujer, y ansiaba contarle el peligro una vez que éste hubiese pasado. El miedo que le inspiraba su mujer le daba valor e iba todas las mañanas a oír misa a Saint-Roch tomando a Dios por confidente.

«Si al volver de Saint-Roch a mi casa no encuentro ningún soldado, será señal de que mis megos han sido escuchados. Esto será la respuesta de Dios», se decía después de haber orado para que le socorriese.

Y, en efecto, si no encontraba ningún soldado, considerábase feliz. Sin embargo, sentíase el corazón demasiado oprimido, y necesitaba otro corazón con quien desahogarse. Césarine, que conocía la fatal noticia desde el primer momento, fue la dueña absoluta de sus secretos, y había entre ellos miradas dirigidas a hurtadillas, miradas llenas de desesperación y de esperanzas, invocaciones lanzadas con mutuo ardor, preguntas y respuestas simpáticas y efluvios de alma a alma. Birotteau fingía estar alegre y jovial con su mujer. Si Constance hacía alguna pregunta, le contestaban que todo iba bien, que Popinot medraba, que el *Aceite* tenía éxito, que los efectos Claparon serían pagados y que no había nada que temer. Cuando su mujer dormía en aquel lecho suntuoso, Birotteau se sentaba en la cama y se sumía en la contemplación de su desgracia llorando, y entonces Césarine se levantaba a veces en camisa, descalza y con un chal sobre sus blancos hombros, y le decía llorando también:

—Papá, te oigo, estás llorando.

Birotteau se sintió tan agobiado después de haber escrito la carta en que pedía una cita al gran François Keller, que su hija creyó necesario sacarle a dar un paseo por París. Sólo entonces fue cuando vio en las esquinas unos enormes anuncios rojos que decían: ACEITE CEFALICO.

Durante las catástrofes occidentales de «La Reina de las Rosas», la casa A. Popinot se elevaba radiante en medio de las llamas orientales del éxito. Aconsejado por Gaudissart y por Finot, Anselme había lanzado con audacia a la calle su *Aceite*. Hacía tres días que habían sido fijados más de dos mil anuncios en los lugares más concurridos de París, y nadie podía evitar el encuentro del anuncio del *Aceite Cefálico* y la lectura de una frase concisa inventada por Finot acerca de la imposibilidad de hacer brotar los cabellos y del peligro en teñirlos, frase que iba acompañada de un párrafo de la memoria leída en la Academia de Ciencias por

Vauquelin, lo cual era un verdadero certificado de vida para los cabellos muertos, prometido únicamente a los que usasen el *Aceite Cefálico*. Todos los peluqueros, peinadoras y perfumistas de París habían decorado sus puertas con un marco dorado que contenía un hermoso grabado de Hero y Leandro, con este epígrafe por aserto: *Los pueblos de la antigüedad conservaban sus cabelleras mediante el empleo del ACEITE CEFÁLICO*.

—Ha inventado los marcos permanentes, el anuncio eterno —se dijo Birotteau con estupefacción ante el escaparate de la «Campana de Plata».

—Pero ¿no has visto un marco que le entregó Anselme a Célestin, al mismo tiempo que trescientas botellas de su *Aceite*? —le dijo su hija.

—No.

—¡Oh!, Célestin ha vendido ya cincuenta a transeúntes y sesenta a parroquianos.

El perfumista, aturdido por las mil ideas que le sugería el temor a la miseria, vivía sumido en sí mismo. La víspera, Popinot le había esperado más de una hora y se había ido después de haber hablado con Constance y Césarine, las cuales le dijeron que César estaba absorbido por su gran negocio.

—¡Ah, sí!, el negocio de los terrenos.

Afortunadamente Popinot, que hacía un mes que no había salido a la rue des Cinq-Diamants, pasaba las noches y los domingos trabajando en la fábrica, y no había visto a los Ragon, ni a Pillerault, ni a su tío el juez. El pobre muchacho sólo dormía dos horas, y no tenía más que dos dependientes, siendo así que, al paso que llevaban las cosas, no tardaría en necesitar cuatro. En el comercio la ocasión es el todo, y el que no se aprovecha del éxito agarrándose a él con todas sus fuerzas está perdido. Popinot se decía que sus tíos le recibirían muy bien cuando, seis meses después, fuese a decirles que tenía su fortuna hecha, y que sería también afectuosamente recibido por los Birotteau cuando les llevase los treinta o cuarenta mil francos de su parte. Ignoraba, pues, la huida de Roguin y los desastres y apuros de César, y no pudo decirle ninguna palabra indiscreta a madame Birotteau. Popinot prometió a Finot quinientos francos si hablaba tres veces al mes del *Aceite Cefálico* en los periódicos de primera, ¡que eran diez!, y trescientos francos en los periódicos de segunda, ¡que eran otros diez! Finot vio tres mil francos para él de aquellos ocho mil, y juzgó que aquella podría ser la base para entregarse a la especulación. Se lanzó, pues, como un león sobre sus amigos y sobre sus conocidos, frecuentó por las mañanas todas las redacciones y por la noche todos los teatros.

—Querido amigo, piensa en mi *Aceite*. Yo no gano nada en él, pero es cuestión de compañerismo. Ya sabes, se trata de Gaudissart.

Tal era la primera y última frase de todos sus discursos. Finot se apoderó de todas las columnas finales de los periódicos para hacer artículos de propaganda. Astuto como un figurante que quiere pasar por actor, escribió cartas a todo el mundo, halagó todos los amores propios e hizo inmundos favores a los redactores jefes a fin de lograr que le escribiesen algún artículo. Dinero, favores, bajezas, de todo se sirvió.

Corrompía con entradas para el teatro a los obreros que, hacia media noche, acababan las columnas de los periódicos y tienen facultades para tomar o dejar parte del original, a fin de completar la edición del día. Finot se personaba en la imprenta como si hubiese tenido que ir adrede para corregir algún artículo suyo, y no se marchaba hasta que no veía sus deseos satisfechos. Amigo de todo el mundo, Andoche hizo triunfar el *Aceite Cefálico* sobre la *Pasta Regnaud*, la *Mixtura Brasileña* y todas las demás invenciones que tuvieron la suerte de comprender primero que nadie la influencia del periodismo y el efecto de pistón que produce en el público un artículo reiterado. En aquellos tiempos de inocencia, muchos periodistas eran como bueyes; ignoraban sus fuerzas y se ocupaban de actrices, de Florine, de Tullia, de Mariette, etc. Lo regentaban todo y no se aprovechaban de nada. Las pretensiones de Finot no concernían nunca al hecho de aplaudir a una actriz, o alabar una obra, sino que, por el contrario, ofrecía dinero por cosas útiles y daba espléndidos almuerzos a sus compañeros cuando lograba sus deseos. Así es que no hubo un periódico que no hablase de Vauquelin, el cual se burlaba de los que creen que se puede lograr que broten los cabellos y de los que no proclaman el peligro de teñirlos.

Estos artículos regocijaban el alma a Gaudissart, el cual se armaba de periódicos para destruir ciertas preocupaciones y hacía en provincias una campaña feroz. En aquella época, los periódicos de París dominaban en los departamentos, que carecían aún de *órganos*, ¡los desgraciados! Los periódicos eran, pues, seriamente estudiados desde el título hasta el pie de imprenta, y Gaudissart, apoyado en la prensa, tuvo brillantes éxitos desde el día que empezó a dar pasto a su lengua. Todos los tenderos de provincias querían marcos con el grabado de Hero y Leandro. Finot empleó contra el *Aceite Macassar* aquella graciosa broma que tanto hizo reír en los Funámbulos, cuando Pierrot toma una escoba de crin casi pelada, e introduciéndola en el *Aceite Macassar*, la saca hermosa y tupida. Esta escena irónica originaba universales risas. Más tarde, Finot contaba alegremente que a no ser por aquellos mil escudos hubiera muerto de miseria y de dolor. Para él, mil escudos eran una fortuna. En aquella campaña fue el primero en comprender el poder del anuncio, del que tan gran partido supo sacar más tarde. Tres meses después, fue nombrado redactor en jefe de un periodiquillo que acabó por comprar y que fue la base de su fortuna. Del mismo modo que la terrible campaña que hizo en los Departamentos el ilustre Gaudissart proporcionó un triunfo comercial a la casa A. Popinot, así también ganó esta popularidad y fama, gracias a aquella propaganda de los periódicos, propaganda que lograron obtener también la *Mixtura Brasileña* y la *Pasta Regnaud*. En sus comienzos, aquel gran asalto a la opinión pública engendró tres éxitos, tres fortunas y dio origen a la invasión de las mil ambiciones que acudieron, formando un nutrido batallón, a la arena del periodismo, creando la inmensa revolución de los anuncios pagados. En este momento, la casa A. Popinot y Compañía figuraba en todas las esquinas y escaparates. Incapaz de adivinar el alcance de semejante publicidad, Birotteau se contentó con decirle a Césarine:

—Ese Popinot sigue mis huellas.

El pobre perfumista no comprendía la diferencia de los tiempos ni apreciaba el poder de los nuevos medios de difusión, cuya rapidez y extensión abrazaba mucho más pronto que antes al mundo comercial. Birotteau no había puesto los pies en su fábrica desde el día del baile; así es que ignoraba el movimiento y la actividad que Popinot había desplegado en ella. Cuando Anselme clavaba una caja en mangas de camisa y afanoso, se creía aún en casa de Birotteau, veía a Césarine en todos sus actos y se decía:

«Será mi mujer.»

Al día siguiente, después de haber meditado por la noche lo que debía decir y no decir a uno de los más grandes banqueros, César llegó a la rue du Houssaye, presa de horribles palpitaciones, y penetró en el palacio del banquero liberal que pertenecía a aquel partido acusado injustamente de querer derribar a los Borbones. Como todas las gentes del pequeño comercio parisiense, el perfumista ignoraba las costumbres y el modo de ser de los hombres de la alta banca. En París, entre la alta banca y el comercio existen casas secundarias; intermediarios útiles para la banca, que encuentra en ellas una garantía más. Constance y Birotteau, que no habían salido nunca de su tienda y que, por no necesitar dinero, habían conservado siempre en cartera los efectos, no habían tenido nunca tratos con esas casas de segundo orden, y, por lo tanto, con mayor motivo eran completamente desconocidos en la alta banca. Tal vez es una grave falta no crearse un crédito, aunque sea inútil. Pero, en fin, en este punto las opiniones son muy diversas. Sea como fuere, lo cierto es que Birotteau lamentaba mucho no haber emitido su firma; pero creyéndose conocido como teniente de alcalde y como político, se imaginó que no tendría más que dar su nombre y entrar. El infeliz ignoraba la afluencia que había en la audiencia casi regia de aquel banquero. Introducido en el salón que precedía al despacho del hombre célebre por mil motivos, Birotteau se vio allí en medio de una numerosa sociedad compuesta de diputados, escritores, periodistas, agentes de cambio, grandes comerciantes, agentes de negocios ingenieros y, sobre todo, personas de confianza que atravesaban los grupos y llamaban familiarmente a la puerta del despacho, donde entraban por privilegio.

—¿Qué soy yo en medio de tal máquina? —se dijo Birotteau aturdido al ver el movimiento de aquella fragua intelectual donde se distribuía el pan cotidiano de la oposición.

El perfumista oía discutir a su derecha la cuestión del préstamo para la terminación de las principales líneas de canales propuestos por la Dirección de Puentes y Calzadas, ¡y veía que se trataba de millones! A su izquierda, algunos periodistas, que iban a halagar el amor propio del banquero, hablaban de la sesión del día anterior y del discurso de Keller. Durante dos horas de espera, Birotteau vio tres veces al banquero político acompañando a personas distinguida hasta la puerta del umbral de su despacho. Para el último, que era el general Foy, François Keller llegó hasta la puerta de la antesala.

—¡Estoy perdido! —se dijo Birotteau, cuyo corazón se oprimía violentamente.

Cuando el banquero volvía a su despacho, la tropa de los cortesanos, de los amigos y de los interesados le asaltaba como perros que persiguen a una perra bonita. Algunos osados chisgarabís se deslizaban a toda costa en el santuario. Las conferencias duraban cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Los unos salían contritos y los otros denotaban satisfacción o importancia. El tiempo transcurría y Birotteau miraba con ansiedad el reloj. Nadie hacía el menor caso de aquel dolor oculto que gemía en un sofá del rincón de la chimenea, a la puerta de aquel gabinete donde residía la panacea universal, el crédito. César pensaba dolorosamente en que había habido un tiempo en que había sido el rey en su casa, como aquel hombre en la suya, y medía la profundidad del abismo en que había caído. ¡Amargo pensamiento! ¡Cuántas lágrimas devoradas durante la hora que pasó allí! ¡Cuántas veces no suplicó Birotteau a Dios que hiciese que aquel hombre le fuese favorable, pues bajo una gruesa capa de popular franqueza, notaba en él una insolencia, una tiranía y un brutal deseo de dominar, que causaban espanto a su alma tímida. Por fin, cuando no quedaban más que diez o doce personas, Birotteau se resolvió a levantarse así que la puerta del despacho se abriese y a presentarse al gran orador diciéndole: «Yo soy Birotteau».

El granadero que llegó primero al reducto del Moscova, no desplegó más valor que el que tuvo que desplegar el perfumista para entregarse a esta maniobra.

«Después de todo, soy su teniente de alcalde», se dijo levantándose para dar su nombre.

La fisonomía de François Keller cambió de aspecto, quiso evidentemente mostrarse amable, miró la cinta roja que llevaba Birotteau en el ojal, abrió la puerta de su despacho, reculó, le enseñó el camino y permaneció algún rato hablando con dos personajes que se lanzaron sobre él con la violencia de una tromba.

—Decazes desea hablarte —dijo uno de ellos.

—Se trata de matar el pabellón Marsan. El rey comienza a ver claro y viene hacia nosotros —exclamó el otro.

—Iremos juntos a la Cámara —dijo el banquero, adoptando la actitud de la rana que quiere imitar al buey.

—¿Cómo puede pensar en sus negocios? —se preguntó Birotteau admirado.

El sol de la superioridad deslumbraba al perfumista, como ciega la luz a los insectos que necesitan una media luz o la semioscuridad de una hermosa noche. Sobre una inmensa mesa veía el presupuesto, los mil impresos de la Cámara y los tomos del *Monitor*, abiertos, consultados y anotados para echar en cara a un ministro sus precedentes palabras olvidadas y hacerle cantar la palinodia ante los aplausos de una multitud necia, incapaz de comprender que los acontecimientos lo modifican todo. Sobre otra mesa, protocolos amontonados, memorias, proyectos y mil informes confiados a un hombre de cuya caja procuran disponer todos los industriales nacientes. El lujo regio de aquel despacho lleno de cuadros, de estatuas y de obras de

arte, el montón de los intereses nacionales o extranjeros de que daban fe los fajos de papeles, todo sorprendía a Birotteau, le empequeñecía, aumentaba su terror y le helaba la sangre. Sobre la mesa de François Keller había montones de efectos, de letras de cambio y circulares comerciales. Keller se sentó y se puso a firmar rápidamente las letras que no exigían examen.

—Caballero, ¿a qué debo el honor de su visita? —le preguntó.

Al oír estas palabras pronunciadas con entereza, mientras la mano ávida del banquero corría sobre el papel, el pobre perfumista se sintió azorado y procuró tomar ese aire agradable que el banquero veía tomar hacía diez años a todos los que iban a hablarle de algún asunto importante o interesante para ellos. François Keller dirigió, pues, a César una mirada que lo dejó petrificado, una mirada napoleónica. La imitación de la mirada de Napoleón era una ligera ridiculez que se permitían entonces algunos advenedizos que ni siquiera han sido la sombra de su emperador. Aquella mirada cayó sobre Birotteau, hombre de la derecha, gubernamental, elemento de elección monárquica, como el plomo de un aduanero cuando marchama una mercancía.

—Señor, no quiero abusar de sus momentos; seré conciso. Vengo para un asunto puramente comercial, y a preguntarle si me concedería usted un crédito en su casa. Antiguo juez del Tribunal del Comercio y conocido en la Banca, comprenderá usted que si tuviese la cartera llena no tendría más que dirigirme allí donde usted es regente. He tenido el honor de sentarme en el Tribunal al lado de monsieur el baron de Thibon, juez del Comité de Descuentos, y tengo la seguridad de que no me negaría nada. Pero yo no he hecho uso de mi crédito ni de mi firma; mi firma es virgen y ya sabe usted cuántas dificultades ofrece entonces una negociación. —(Keller meneó la cabeza y Birotteau tomó este movimiento como señal de impaciencia.)— Señor, he aquí el caso —repuso—. Me he metido en un asunto territorial extraño a mi negocio...

François Keller, que continuaba firmando y leyendo con aire de no escuchar a César, volvió la cabeza y le hizo un signo de adhesión que le animó. Birotteau creyó su asunto en buen camino y respiró.

—Continúe usted, le escucho —le dijo Keller con amabilidad.

—Soy dueño de la mitad de los terrenos situados alrededor de la Madeleine.

—Sí, ya he oído hablar de ese inmenso negocio en casa de Nucingen, negocio emprendido por la casa Claparon.

—Pues bien —repuso el perfumista—, un crédito de cien mil francos, garantizados con mis terrenos de la Madeleine, o con mis propiedades comerciales, me bastaría para esperar el momento en que obtendré los beneficios que debe darme en breve una operación en mi negocio de perfumería. En caso de necesidad, se lo garantizaría con los efectos de una nueva casa, la casa Popinot, hace poco establecida, que...

Keller pareció preocuparse bien poco de la casa Popinot, y Birotteau comprendió

que seguía mal camino. Se detuvo, y después, asustado del silencio, repuso:

—Respecto a los intereses, nos...

—Sí, sí —dijo el banquero—, la cosa puede arreglarse, no dude usted de mi deseo de servirle. Ocupado como estoy en los asuntos financieros de Europa, la Cámara absorbe todos mis momentos y no se extrañará usted de saber que dejo de estudiar por esto una porción de negocios propios. Vaya usted abajo a ver a mi hermano Adolphe y explíqueme la naturaleza de sus garantías; si aprueba la operación, vuelva usted con él mañana o pasado mañana a la hora en que examino a fondo los asuntos, a las cinco de la madrugada. Nos consideraremos felices y orgullosos de haber obtenido su confianza, pues es usted uno de esos realistas conscientes, de quienes se puede ser enemigo político, pero cuya estimación halaga...

—Señor —le dijo el perfumista exaltado por aquella frase de tribuno—, soy tan digno del honor que usted me hace, como del insigne y real favor... Lo he merecido formando parte del Tribunal Consular y combatiendo...

—Sí —repuso el banquero—, la reputación de que usted goza es un salvaconducto, monsieur Birotteau. Usted no puede proponer más que negocios factibles y puede contar con nuestro concurso.

Una mujer, madame Keller, una de las dos hijas del conde de Grondeville, par de Francia, abrió una puerta que Birotteau no había visto.

—Querido, deseo verte antes de que vayas a la Cámara —le dijo ella.

—¡Son las dos! —exclamó el banquero—. La batalla está empezada. Dispéñeme usted, señor, se trata de derribar un Ministerio. Vea usted a mi hermano.

Y condujo al perfumista hasta la puerta del salón, diciendo a uno de sus dependientes:

—Acompañe usted al caballero al despacho de monsieur Adolphe.

A través del laberinto de escaleras por donde le guiaba un hombre con librea hacia un despacho menos suntuoso que el del jefe de la casa, aunque más útil, el perfumista, acariciando la idea de obtener un *sí*, el dulce corcel de la esperanza, se acariciaba la barbilla, encontrando de muy buen augurio las adulaciones de un hombre célebre. Sentía que un enemigo de los Borbones fuese tan amable, tan capaz y tan gran orador.

Lleno de estas ilusiones entró en un despacho desnudo, frío, amueblado con dos sencillas mesitas, con mezquinos sillones, adornado con cortinas muy abandonadas y con una raída alfombra. Este despacho era, al otro, lo que una cocina al comedor, la fábrica a la tienda. Allí se destripaban los negocios bancarios y comerciales, se analizaban las empresas y se arreglaban los descuentos de la Banca sobre todos los beneficios de las industrias juzgadas aprovechables. Allí se combinaban esos golpes audaces por medio de los cuales se creaba durante algunos días un monopolio rápidamente explotado. Allí se estudiaban los defectos de la legislación y se estipulaban sin vergüenza lo que la Bolsa llama *las partes tragonas* y las comisiones exigidas por los menores servicios, tales como apoyar una empresa con su nombre o

acreditarla. Allí se urdían esos engaños floreados de legalidad, que consisten en comanditar, sin comprometerse a nada, empresas dudosas, a fin de esperar el éxito y de matarlas para apoderarse de ellas pidiendo los capitales en un momento crítico: ¡horrible maniobra por medio de la cual fueron arrollados tantos accionistas!

Los dos hermanos se habían distribuido sus papeles. En los más elevados, François, hombre brillante y político, se conducía como un rey, distribuía los favores y las promesas y se hacía agradable a todos. Con él todo era fácil, emprendía noblemente los negocios y emborrachaba a los recién desembarcados y a los especuladores de nueva entrada con el vino de su favor y su embriagadora palabra, exponiéndoles sus propias ideas. Abajo, Adolphe excusaba a su hermano alegando sus muchas ocupaciones políticas y estudiaba detenidamente los asuntos, convirtiéndose en el hermano comprometido, en el hombre difícil. Era preciso, pues, contar con dos palabras para cerrar un trato con aquella pérfida casa. A veces el amable *sí* del suntuoso despacho se convertía en un seco *no* en el despacho de Adolphe. Esta maniobra suspensiva daba lugar, a veces, a la reflexión para distraer a inhábiles competidores.

Al presentarse el perfumista, el hermano del banquero hablaba con el famoso Palma, consejero íntimo de la casa Keller, el cual se retiró al verle.

Cuando Birotteau se hubo explicado, Adolphe, que era el más astuto de los dos hermanos, un verdadero canchales de mirada penetrante, labios delgados y tez ordinaria, dirigió a Birotteau, por encima de sus antiparras, bajando la cabeza, una mirada que hay que llamar de banquero y que tiene algo de la de los buitres y de los procuradores, ya que es ávida e indiferente, clara y oscura, brillante y sombría.

—Dígnese usted enviarme las actas en que está basado el asunto de la Madeleine. En esto estriba toda la garantía del crédito, y antes de abrirle éste y discutir los intereses, es preciso examinarlas. Si el asunto es bueno, para no gravarle demasiado nos contentaremos con una parte en los beneficios en lugar de intereses.

Vamos —se dijo Birotteau mientras volvía a su casa—, ya veo de que se trata. Al igual que el castor perseguido, tengo que permitir que me arranquen una parte de la piel. Pero, en fin, vale más dejarse desollar que morir.»

Aquel día entró en su casa muy risueño, siendo su alegría franca y sincera.

—Estoy salvado —le dijo a Césarine—; la casa Keller me abrirá un crédito.

Hasta el 29 de diciembre, Birotteau no pudo volver a entrar en el despacho de Adolphe Keller. La primera vez que el perfumista se volvió a presentar, Adolphe había ido a seis leguas de París a visitar una tierra que se proponía comprar. La segunda vez, los dos Keller tenían negocios importantes por la mañana: se trataba de presentar pliego de condiciones para un préstamo propuesto a las Cámaras, y rogaba a monsieur Birotteau que volviese el viernes siguiente. Estas dilaciones mataban al perfumista. Al fin llegó aquel viernes, y Birotteau se encontró en el despacho, sentado en el rincón de la chimenea y a la luz de la ventana, enfrente de Adolphe Keller, que ocupaba el otro rincón.

—Está bien, caballero —le dijo el banquero devolviéndole las actas—; pero ¿qué ha pagado usted del precio de los terrenos?

—Ciento cuarenta mil francos.

—¿En dinero?

—En efectos.

—¿Y están pagados?

—No, están próximos a vencer.

—Pero hombre, y si usted ha pagado por los terrenos más precio que su valor actual, ¿adonde está la garantía? Ésta sólo se basaría en la buena opinión que usted inspira y en la consideración de que usted goza, y los negocios no pueden basarse en sentimientos. Si usted hubiese pagado doscientos mil francos, suponiendo que hubiese dado cien mil de más para apoderarse de los terrenos, entonces tendríamos una garantía de cien mil francos que respondería del crédito. El resultado para nosotros sería el de pasar a ser dueños de su parte pagándola, y en éste caso sólo faltaría examinar si el negocio es bueno. Esperar cinco años para doblar el capital no conviene, porque es preferible emplearlo en negocios bancarios. ¡Ocurren tantas cosas! Usted quiere obtener un crédito para pagar letras próximas a vencer, y la maniobra es peligrosa; a nosotros no nos conviene.

Birotteau perdió la cabeza, pues esta frase le hizo el mismo efecto que si el verdugo le hubiese puesto el hierro en el hombro para marcarle.

—Vamos a ver —dijo Adolphe—; mi hermano me ha hablado de usted con mucho interés. Examinemos el estado de sus negocios —añadió dirigiendo al perfumista una mirada de impaciencia.

Birotteau se convirtió en Molineux, a pesar de haberse burlado de él. Engañado por el banquero, que se complacía en adivinar el montón de pensamientos que acudían a la mente de aquel pobre hombre, y que sabía interrogar a un negociante como el juez Popinot a un criminal. César contó sus empresas, sacó a relucir la *Doble Pasta de las Sultanas*, el *Agua Carminativa*, el asunto de Roguin y su pleito con motivo de una hipoteca cuyo importe no había recibido. Al ver el aire risueño y reflexivo de Keller y sus movimientos de cabeza, Birotteau se decía:

«Me escucha, le intereso, me abriré crédito.»

Adolphe Keller se reía de Birotteau como el perfumista se había reído de Molineux. Llevado de la verbosidad propia de las gentes que se embriagan con la desgracia, César se mostró tal cual era, y desveló su situación proponiendo como garantía el *Aceite Cefálico* de la casa Popinot, su último recurso. El buen hombre, alentado por una falsa esperanza, se dejó sondear y examinar por Adolphe Keller, el cual adivinó que el perfumista era un zoquete realista próximo a quebrar. Encantado de que tal sucediera a un teniente de alcalde de su distrito, persona condecorada la víspera y hombre del poder, Adolphe dijo clara y terminantemente a Birotteau que él no podía abrirle cuenta, ni decir nada en su favor a su hermano François, el gran orador. Si François se dejaba llevar de su estúpida generosidad socorriendo a gentes

de opinión contraria a la suya y a sus enemigos políticos, él, Adolphe, se opondría a ello con todo su poder y le impediría tender la mano a un antiguo adversario de Napoleón, a un realista acérrimo, a un herido en Saint-Roch. Birotteau, desesperado, quiso decir algo acerca de la avidez de la alta Banca, de su dureza y de su falsa filantropía; pero sintió tan violento dolor, que apenas pudo pronunciar algunas frases sobre la institución del Banco de Francia, del cual sacaban partido los Keller.

—Pero, hombre, el Banco no puede conceder nunca crédito a una persona a quien se lo niega un sencillo banquero —dijo Adolphe.

—El Banco —arguyó Birotteau— siempre me ha parecido que no cumplía su destino cuando, al presentar su cuenta de beneficios, se ha alabado de no haber perdido más que cien o doscientos mil francos con el comercio parisiense.

Adolphe empezó a reírse, y se levantó haciendo un gesto de hombre aburrido.

—Si el Banco comenzase a hacer comandita con las gentes apuradas de la plaza más bribona y más peligrosa del mundo financiero, tendría que retirarse al cabo del año. Bastante trabajo le cuesta defenderse contra la circulación de valores falsos. ¿Qué sería si tuviera que estudiar los negocios de los que piden su auxilio?

«¿Dónde encontrar diez mil francos que me faltan para mañana sábado, *treinta?*», se decía Birotteau al atravesar el patio.

Según costumbre, se paga el 30 cuando el 31 es día de fiesta.

Al llegar a la puerta cochera con los ojos bañados en lágrimas, el perfumista vio apenas un hermoso caballo inglés que se paraba en seco a la puerta, arrastrando uno de los cabriolés más bonitos que rodaban entonces por las calles de París. Bien hubiera querido ser aplastado por aquel cabriolé, porque así debería su muerte a un accidente casual y se hubiera achacado a él el desorden de sus asuntos. El pobre César no reconoció a du Tillet, el cual, esbelto y elegante, entregó las riendas a su criado y echó una manta sobre el lomo de su sudoroso caballo.

—¿Cómo, usted por aquí? —dijo du Tillet a su antiguo amo.

Du Tillet lo sabía todo, pues los Keller habían pedido informes a Claparon, el cual había logrado destruir la antigua reputación del perfumista. Aunque contenidas de pronto, las lágrimas del antiguo comerciante hablaban elocuentemente.

—¿Habrán usted ido, por casualidad, a pedir algún favor a esos caribes, a esos estranguladores del comercio, que han hecho infames negocios, como el de elevar el precio del añil después de haberlo acaparado todo, bajar el del arroz para obligar a los tenedores a venderlo barato para adquirirlo ellos y acaparar el mercado, a esos atroces piratas que no tienen fe, ley ni alma? Usted no sabe lo que son capaces de hacer. Le abren un crédito a uno cuando tiene un buen negocio, y se lo cierran en el momento en que está más comprometido, para obligarle entonces a cederlo a bajo precio. En El Havre, en Burdeos y en Marsella le contarán bonitas cosas de ellos. La política les sirve para cubrir muchas suciedades, y por eso yo los exploto sin escrúpulo. Demos un paseo, mi querido Birotteau. Joseph —dijo al criado— pasee usted el caballo porque tiene mucho calor. ¡Qué diablo!, los mil escudos que me cuesta no son grano

de anís.

Y se dirigió hacia el bulevar.

—Vamos a ver, mi querido amo, porque usted ha sido mi amo, necesita usted dinero, ¿verdad? Y es claro, esos miserables le habrán exigido garantía. Pero yo le conozco a usted y le ofrezco dinero sin más garantía que su firma. He hecho honradamente mi fortuna con inaudito trabajo. Yo la fortuna la fui a buscar a Alemania. Hoy puedo decírselo. Compré los créditos del rey al sesenta por ciento, y le estoy muy agradecido, porque su fianza de usted me fue muy útil. Si necesita usted diez mil francos, están a su disposición.

—¡Cómo, du Tillet! —exclamó César—. ¿Es verdad? ¿No se burla usted de mí? Sí, estoy un poco apurado, pero no es más que por el momento.

—Lo sé, el asunto Roguin —respondió du Tillet—. ¡Oh!, ese pillastre también me ha cogido a mí diez mil francos, pero madame Roguin me los devolverá. He aconsejado a esa pobre mujer que no hiciese la tontería de dar su fortuna para pagar deudas contraídas por una mujerzuela. Eso sería bueno si lo pagase todo; pero ¿cómo favorecer a unos acreedores en detrimento de otros? Usted no es un Roguin, yo le conozco —dijo du Tillet—, y sé que se levantaría la tapa de los sesos antes que consentir en que yo perdiera un céntimo. Mire, ya estamos en la *Chaussée-d'Antin*; suba usted a mi casa.

El advenedizo se dio el gusto de hacer pasar a su antiguo amo por las habitaciones en lugar de hacerlo por las oficinas, y le condujo lentamente a fin de dejarle tiempo para ver un hermoso y suntuoso comedor, adornado de preciosos cuadros comprados en Alemania, y dos salones de una elegancia y de un lujo que Birotteau no había admirado más que en casa del duque de Lenoncourt. Los ojos del burgués fueron deslumbrados por dorados, obras de arte, bagatelas locas, vasos preciosos, en una palabra, por mil detalles que eclipsaban el lujo de la habitación de Constance; y como sabía lo que le costaba su locura, se decía:

«¿De dónde ha sacado tantos millones?»

Entró en un dormitorio, al lado del cual le pareció la habitación de madame Birotteau lo que es el tercer piso de un comparsa al palacio de un primer tenor de la Ópera. El techo, cubierto de satén de color violeta, estaba realzado por elegantes pliegues de satén blanco. Una alfombrita de armiño se destacaba sobre los colores violáceos de otra de Levante. Los muebles y los accesorios ofrecían formas nuevas y de un refinamiento extravagante. El perfumista se detuvo ante un deslumbrante reloj que representaba al Amor y a Psyque, reloj que acababa de ser hecho para un célebre banquero y del cual du Tillet había podido obtener el único segundo ejemplar que existía. Por fin el antiguo amo y el antiguo dependiente llegaron a un gabinete elegante y coquetón y que olía más a amor que a negocio. Madame Roguin había ofrecido sin duda, como prueba de agradecimiento por los cuidados tenidos con su fortuna, un raspador esculpido en oro, prensa-papeles de malaquita cincelados y todas las costosas baratijas de un lujo desenfrenado. La alfombra, uno de los productos más

ricos de Bélgica, asombraba tanto a la mirada como sorprendía a los pies por la blanda espesura de su mucha lana. Du Tillet hizo sentar en el rincón de la chimenea al pobre perfumista, que estaba deslumbrado, sorprendido, confuso.

—¿Quiere usted almorzar conmigo?

Llamó y a poco apareció un ayuda de cámara mejor vestido que Birotteau.

—Diga usted a monsieur Legras que suba, después vaya a decir a Joseph que venga; le encontrará usted a la puerta de la casa Keller, y entre usted a decir a Adolphe Keller que, en lugar de ir a verle, le espero aquí hasta la hora de la Bolsa. Haga usted que me sirvan, y pronto.

Estas frases dejaron estupefacto al perfumista.

«¡Hace venir a ese temible Adolphe Keller y le manda como a un perro! ¡Él, du Tillet!»

Un criado pequeñito vino a desplegar una mesa que Birotteau no había visto, tan pequeña era, y trajo un pastel de *foie gras*, una botella de vino de Burdeos y todas esas cosas refinadas que no aparecían en casa de Birotteau más que dos veces por trimestre, en los grandes días. Du Tillet gozaba. Su odio contra el único hombre que tenía el derecho de despreciarle se ensanchaba tan dulcemente, que Birotteau le hizo experimentar la sensación profunda que causa el espectáculo de un cordero defendiéndose de un tigre, y pasó por su corazón una idea generosa: se preguntaba si su venganza no estaba satisfecha, flotando entre los consejos de la clemencia despertada y del odio adormecido.

«Puedo anonadar comercialmente a este hombre —pensaba— y tengo el derecho de vida y de muerte sobre él, sobre su mujer, que se ha burlado de mí, y sobre su hija, cuya mano me ha parecido en otro tiempo toda una fortuna. Tengo su dinero; contentémonos, pues, con dejar nadar a ese pobre necio cogiéndose al extremo de la cuerda que le tenderé.

Las gentes honradas carecen de tacto y no tienen tino para hacer el bien, porque para ellos no existen los rodeos ni la segunda intención. Birotteau consumó su desgracia, irritó al tigre, le hirió en el corazón sin saberlo y lo hizo implacable con una palabra, con un elogio, con una expresión virtuosa, con la bondad misma de la probidad. Cuando el cajero vino, du Tillet le mostró a César diciéndole:

—Monsieur Legras, tráigame usted diez mil francos y una letra de esta misma suma hecha a mi favor y a ochenta días vista, por monsieur Birotteau.

Du Tillet sirvió el pastel, vertía un vaso de vino de Burdeos al perfumista, el cual, al verse salvado, se entregaba a risas convulsivas; acariciaba la cadena de su reloj y no se llevaba un bocado a la boca más que cuando su antiguo dependiente le decía:

—¿No come usted?

Birotteau salía así de la profundidad del abismo donde le había sumido la mano de du Tillet, de donde ella podía sacarle y adonde ella podía volver a sumirle. Cuando el cajero volvió, después de haber firmado la letra, y cuando César sintió los diez billetes de banco en su bolsillo, no se contuvo más. Un instante antes su barrio y la

Banca iban a saber que había suspendido los pagos y le era preciso confesar su ruina a su mujer; ahora, todo estaba reparado. La dicha de la salvación igualaba en intensidad a las torturas de la pérdida. Los ojos del pobre hombre se humedecieron a pasar suyo.

—¿Qué tiene usted, mi querido amo? —le dijo du Tillet—. No haría usted por mí lo que yo hago hoy por usted?

—Du Tillet —le dijo con énfasis y gravedad el buen hombre, levantándose y cogiendo la mano de su antiguo dependiente— te devuelvo toda mi estimación.

—¡Cómo! ¿La había perdido? —dijo du Tillet sintiéndose tan vigorosamente herido en el seno de su prosperidad que enrojeció.

—Perdido... no precisamente —dijo el perfumista anonadado por su estupidez—. Me han dicho tales cosas de su amistad con madame Roguin... ¡Demonio!, tomar la mujer de otro...

«Te hundes tú mismo, viejo imbécil», pensó du Tillet.

Al mismo tiempo que decía esta frase volvía a su proyecto de abatir aquella virtud, de pisotearla, de hacer despreciable en la plaza de París al hombre virtuoso y honrado, por el cual había sido cogido en flagrante delito. Todos los odios políticos o privados, de mujer a mujer, de hombre a hombre, no tienen otra causa que una sorpresa semejante. No se odia a nadie por intereses comprometidos, por una herida, ni siquiera por un bofetón: todo es reparable. ¡Pero haber sido cogido en flagrante delito de bajeza! El duelo que sigue a esto entre el criminal y el testigo del crimen no termina más que con la muerte de uno de los dos.

—¡Oh!, madame Roguin —dijo burlonamente du Tillet—, ¿no es una pluma en el sombrero de un joven? Le comprendo a usted, mi querido amo; le habrán dicho a usted que me prestaba dinero. Pues bien, por el contrario restablecí su fortuna, que estaba sumamente comprometida en los negocios de su marido. Como acabo de decirle, el origen de mi fortuna es puro. Yo no tenía nada ¡ya lo sabe usted bien! Los jóvenes se encuentran a veces en horribles necesidades. Puede uno dejarse llevar al seno de la miseria; pero si se hacen, como la República, préstamos forzosos, pues bien, se devuelven, y queda uno entonces más probo que Francia.

—Eso es —dijo Birotteau—. Hijo mío..., Dios... No es Voltaire quien ha dicho: «Hizo del arrepentimiento la virtud de los mortales.»

—Con tal —repuso du Tillet herido otra vez por esta cita— de que uno no se lleve la fortuna de su vecino cobardemente, bajamente, como por ejemplo, si usted hiciese quiebra antes de tres meses y mis diez mil francos se evaporasen...

—¡Yo hacer quiebra! —dijo Birotteau que había bebido tres vasos de vino y a quien el placer emborrachaba—. ¡Conocidas son mis opiniones respecto a la quiebra! ¡La quiebra es la muerte de un comerciante, y yo moriría!

—A su salud —dijo du Tillet.

—Por su prosperidad —repuso el perfumista—. ¿Por qué no se provee usted en mi casa?

—Porque —dijo du Tillet—, lo confieso, tengo miedo a su señora, ¡me causa siempre una impresión!, y si usted no fuese mi antiguo amo, ¡a fe que!...

—¡Oh!, no eres tú el primero que la encuentra hermosa, y muchos la han deseado; ¡pero ella me ama! Vamos, du Tillet —añadió Birotteau—, no hagas las cosas a medias, amigo mío.

—¿Cómo?

Birotteau explicó el asunto de los terrenos a du Tillet, el cual abrió los ojos y cumplimentó al perfumista por su penetración y previsión al mismo tiempo que alababa el negocio.

—Pues bien, estoy contento de tu aprobación, porque pasas por una de las cabezas privilegiadas de la Banca, du Tillet. Querido hijo mío, tú puedes procurarme un crédito en el Banco de Francia, a fin de que tenga tiempo de esperar los beneficios del *Aceite Cefálico*.

—Puedo dirigirle a usted a la casa Nucingen —respondió du Tillet, prometiéndose hacer bailar a su víctima todas las contradanzas de los quebrados.

Ferdinand se sentó ante su mesa de despacho para escribir la siguiente carta:

A MONSIEUR EL BARON DE NUCINGEN

París

«Mi querido barón:

»El dador de esta carta es monsieur César Birotteau, teniente de alcalde del distrito segundo y uno de los industriales más renombrados de la perfumería parisiense, el cual desea entrar en relaciones con usted. Concédale con confianza todo lo que le pida, y, sirviéndole, servirá usted a su amigo,

F. DU TILLET.»

Du Tillet no puso punto sobre la *i* de su apellido, y para aquellos con quienes tenía negocios, este error voluntario era una señal convenida. Las recomendaciones más vivas y las instancias más calurosas y favorables de su carta no significaban entonces nada. Semejante carta había sido arrancada por poderosas consideraciones, él no había podido negarse y debía ser considerada como nula. Al ver la *i* sin *punto*, su amigo despedía con cajas destempladas al recomendado. Muchas personas distinguidas son engañadas de este modo como niños por gentes de negocios, banqueros y abogados, los cuales tienen todos una doble firma, una muerta y otra viva. Los más astutos caen en el lazo. Para reconocer esta artimaña, es preciso haber notado el doble efecto de una carta calurosa y de una carta fría.

—¡Me salva usted, du Tillet! —dijo César leyendo aquella carta.

—¡Dios mío! —dijo du Tillet—, vaya usted a pedir dinero a Nucingen sin temor, porque en leyendo esta carta le dará cuanto quiera. Desgraciadamente, tengo invertidos mis fondos en un negocio por algunos días, que si no, no le enviaría a

usted a tratar con los príncipes de la Banca, pues los Keller no son más que pigmeos al lado del barón de Nucingen. Es Law, que resucita en Nucingen. Con mi carta saldrá usted del 15 de enero, y después ya veremos. Nucingen y yo somos muy amigos, y no creo que quiera disgustarme por un millón.

«Esto es como un aval —se dijo para sus adentros Birotteau, el cual salió de aquella casa lleno de agradecimiento hacia du Tillet—. Vaya, nunca resulta inútil hacer el bien.»

De esta suerte filosofaba hasta lo increíble. Sin embargo, un pensamiento agriaba su dicha. Durante algunos días había impedido que su mujer viese los libros y había encargado de la caja a Célestin, pretextando su deseo de que su mujer y su hija gozasen de sus hermosas habitaciones; pero una vez agotados estos pequeños goces, madame Birotteau se moriría antes que renunciar a ver por sí misma los detalles de su casa y a tener la sartén por el mango, según decía ella misma. Birotteau carecía, pues, de nuevos recursos, toda vez que había agotado todos los artificios para ocultar a su mujer los síntomas de su apurada situación. Constance había desaprobado enérgicamente el envío de las facturas, había reñido a los dependientes y acusado a Célestin de querer arruinar su casa, creyendo que era éste el iniciador de aquella idea. Célestin se había dejado reñir por orden de Birotteau. Para los dependientes, Constance dominaba al perfumista, pues si es posible engañar al público, resulta en cambio imposible que las gentes de una casa sepan quién goza de superioridad real en un hogar. Birotteau tenía que confesar su situación a su mujer, ya que la cuenta de du Tillet iba a exigir una justificación. Al llegar a su casa, Birotteau vio con espanto a Constance en el mostrador, examinando el libro de vencimientos y haciendo sin duda el arqueo de caja.

—¿Con qué pagarás mañana? —le dijo al oído cuando el perfumista se hubo sentado a su lado.

—Con dinero —respondió César sacando los billetes de banco y haciendo seña a Célestin de que los guardase.

—Pero ¿de dónde proviene este dinero?

—Por la noche te lo diré. Célestin, extienda usted una letra de diez mil francos para fines de marzo a la orden de du Tillet.

—¡De du Tillet! —repitió Constance aterrada.

—Me voy a ver a Popinot —dijo César—. He hecho mal en no haber ido a visitarle a su casa. ¿Se vende su aceite?

—Las trescientas botellas que nos trajo ya están despachadas.

—Birotteau, no salgas, tengo que hablarte —dijo Constance cogiendo a César por el brazo y llevándole hacia su cuarto, con una precipitación que en cualquier otra circunstancia hubiera causado risa—. ¿Tratas con du Tillet, que nos robó mil escudos? —dijo la esposa cuando estuvo sola con su marido, después de haberse asegurado de que no podía oírle nadie—. ¿Du Tillet, que es un monstruo que quería seducirme? —le dijo al oído.

—Locuras de la juventud —dijo Birotteau queriendo hacerse el despreocupado.

—Escucha, Birotteau, tú te extravías, ya no vas a la fábrica. Veo que hay aquí algo oculto, y vas a decírmelo, porque yo quiero saberlo todo.

—Pues bien —dijo Birotteau—, sabe que hemos estado a punto de quedar arruinados; esta misma mañana lo estábamos aún, pero todo está reparado.

Y acto continuo le contó la horrible historia de aquella quincena.

—¿De modo que fue ésa la causa de tu enfermedad? —exclamó Constance.

—Sí, mamá —dijo Césarine—, ¡y si vieras qué animoso se mostró papá! Sólo pensaba en tu dolor. Yo no quisiera más que ser querida como él te quiere.

—Mi sueño se ha cumplido —dijo la pobre mujer dejándose caer, pálida, lívida, espantada, sobre una poltrona situada al lado del fuego—. Yo lo había previsto todo, y te lo advertí aquella noche fatal en nuestro antiguo cuarto que tú has demolido. No nos quedará pan que llevamos a la boca. Pobre Césarine mía, yo...

—Vamos, ya comienzas —exclamó Birotteau—. ¿Vas a quitarme ahora el valor que tanto necesito?

—Perdón, amigo mío —dijo Constance tomando la mano de su esposo y estrechándola con entrañable ternura—. Ha llegado el día de la desgracia, y no temas, yo la soportaré resignada, muda y animosa. No, jamás oirás una queja mía. Valor, amigo mío, valor —añadió sollozando y arrojándose en los brazos de César—. Si es preciso, yo lo tendré por los dos.

—Mujer, mi aceite nos salvará.

—¡Que Dios nos proteja! —dijo Constance.

—¿No socorrerá Anselme a mi padre? —preguntó Césarine.

—Ahora voy a verle —exclamó César conmovido por el acento desgarrador de su mujer, a la que no conocía aún del todo después de diecinueve años de unión—. Constance, no temas nada. Mira, lee la carta que du Tillet dirige a monsieur de Nucingen. Con ella tengo la seguridad de obtener un crédito, y de aquí a entonces habré ganado el pleito. Por otra parte —añadió diciendo una mentira necesaria—, contamos con nuestro tío Pillerault. Se trata, pues, únicamente de tener valor.

—Si no se tratase más que de eso —dijo Constance sonriendo.

Birotteau, aliviado de un gran peso, se fue como hombre puesto en libertad, aunque sentía el indefinible agotamiento que sigue a las excesivas luchas morales, en las que se gasta más fluido nervioso y más voluntad de la que se debe emitir diariamente. Birotteau había envejecido.

La casa A. Popinot y Compañía, situada en la rue des Cinq-Diamants, había cambiado mucho en dos meses. La tienda había sido repintada, los escaparates, llenos de botellas, regocijaban la mirada de todo comerciante que conoce los síntomas de la prosperidad. El suelo de la tienda estaba lleno de papeles de embalar. El almacén contenía pequeños toneles de diferentes aceites adquiridos a crédito por Popinot, gracias a la intervención del adicto Gaudissart. Los libros de contabilidad y la caja estaban encima de la tienda y de la trastienda. Una anciana cocinera era la encargada

de cuidar a los tres dependientes y a Popinot. Éste, confinado en un rincón de su tienda ante el mostrador, llevaba un delantal de jerga con dobles mangas de tela verde y una pluma en la oreja, cuando no estaba sumido entre un montón de papeles, como en el momento en que llegó Birotteau, momento en que abría el correo lleno de cartas de pedidos.

Al oír las palabras «¿cómo va eso, hijo mío?», dichas por su antiguo amo, Popinot levantó la cabeza y se encaminó hacia él con aire gozoso, aunque dando muestras de gran frío, pues no había fuego en la tienda y la puerta permanecía abierta.

—Temía que no viniese usted nunca —respondió Popinot con aire misterioso.

Los dependientes acudieron a ver al gran hombre de la perfumería, al teniente de alcalde condecorado, al socio de su amo. Aquellos mudos homenajes halagaron al perfumista. Birotteau, que tan pequeño era un poco antes en casa de los Keller, sintió la necesidad de imitarles, se acarició la barbilla, se irguió vanidosamente sobre los talones y por fin preguntó:

—Y qué, amigo mío, ¿se levanta la gente muy temprano? —dijo Popinot—. Es preciso aprovechar el éxito.

—¿Eh?, ¿qué decía yo? Mi aceite es una fortuna.

—Sí, señor; pero también los medios de ejecución influyen algo. Usted ha dado el diamante, y yo he sabido montarlo.

—Al grano —dijo el perfumista—. ¿Cómo estamos? ¿Hay beneficio?

—¿Qué dice usted? ¿Al cabo de un mes? —exclamó Popinot—. El amigo Gaudissart sólo hace veinticinco días que viaja. ¡Oh!, éste nos es muy adicto. Le debemos mucho a mi tío. Los periódicos nos costarán doce mil francos —le dijo a Birotteau al oído.

—¡Los periódicos! —exclamó el teniente de alcalde.

—¡Cómo! ¿No los ha leído usted?

—No.

—Entonces no sabe usted nada —dijo Popinot—. Veinte mil francos de anuncios, marcos e impresos... Cien mil botellas compradas. ¡Ah!, en este momento todo es sacrificio. La fabricación se hace en gran escala. Si hubiese usted puesto los pies en el arrabal, donde he pasado a veces las noches, hubiera usted visto mi negocio. Por mi parte, durante estos cinco últimos días he ganado diez mil francos, nada más que con comisiones de aceites de droguería.

—¡Qué buena cabeza! Yo lo he adivinado —dijo Birotteau colocando la mano sobre los cabellos de Popinot y removiéndolos como si éste fuese un chiquillo—. Hasta el domingo, que comeremos en casa de tu tío Ragon —dijo Birotteau dejando a Popinot entregado a sus negocios, al ver que éstos iban muy bien—. ¡Es extraordinario! Un dependiente se convierte en negociante en veinticuatro horas —pensaba Birotteau, tan asombrado de la suerte y del aplomo de Popinot como del lujo de du Tillet—. Cuando le he puesto la mano en la cabeza, Anselme, he cobrado cierto aire, como si fuese un François Keller.

Birotteau no había pensado en que los dependientes le miraban y en que el dueño de una casa debe conservar siempre su dignidad delante de sus inferiores. Por bondad de corazón, el buen hombre había hecho allí una tontería como en casa de du Tillet, y por no saber comprimir un sentimiento verdadero toscamente expresado, César hubiera ofendido a cualquier otro que no hubiera sido Anselme.

Aquella comida del domingo en casa de los Ragon iba a ser el último goce de los diecinueve años del matrimonio Birotteau. Ragon vivía en la rue du Petit-Bourbon-Saint-Sulpice, en un segundo piso de una casa antigua de digna apariencia, ocupada por poltronas donde descansaban los restos de aquel siglo XVIII, cuya clase media, grave y seria, de cómicas costumbres, de respetuosas ideas para con la nobleza, con la soberanía y con la Iglesia, estaba admirablemente representada por los Ragon. Los muebles, los relojes, la ropa, la vajilla, todo parecía patriarcal y de formas nuevas, a causa de su propia vejez. El salón, tapizado de damasco antiguo y adornado con cortinas de brocado, ofrecía a la vista canapés antiguos, escritorios, un retrato de Popinot, regidor de Sancerre, padre de madame Ragon, que sonreía como un advenedizo en medio de su prosperidad y que había sido pintado por Latour. En aquel hogar, madame Ragon acababa de adquirir su verdadero carácter mediante la intervención de un perrito inglés de la raza de los de Carlos II, el cual hacía un efecto maravilloso acostado sobre un sofá de estilo rococó. Los Ragon se vanagloriaban de tener la virtud de conservar vinos añejos, llegados a su mayor perfección, y de poseer algunos licores de madame Anfoux, que les habían mandado de las islas personas lo bastante constantes como para amar (sin esperanza, según decían) a madame Ragon. Sus comidas eran, pues, muy alabadas. Jeannette, una vieja cocinera, servía a los ancianos con ciega fidelidad y habría sido capaz de robar frutas para confitárselas. Lejos de llevar su salario a la caja de ahorros, Jeannette se lo jugaba a la lotería, esperando poder llevarles algún día el gordo a sus amos. Los domingos que había gente a comer, ella, a pesar de sus sesenta años, estaba en la cocina para vigilar los platos y en la mesa para servir con tan indescriptible agilidad que le hubiera procurado un triunfo a mademoiselle Nars en el papel de Susana en *Las bodas de Fígaro*. Los invitados eran el juez Popinot, el tío Pillerault, Anselme, los tres Birotteau, los tres Matifat y el abate Loraux. Estas diez personas se reunieron a las cinco de la tarde. El anciano Ragon suplicaba siempre a sus invitados que fuesen puntuales. Cuando invitaban a aquel digno matrimonio, siempre se señalaba aquella hora para la comida, pues aquellos estómagos de setenta años no podían avenirse a las nuevas horas establecidas por el buen tono.

Césarine sabía que madame Ragon la colocaría al lado de Anselme, ya que todas las mujeres, aún las más devotas o estúpidas, entienden en materia de amor. La hija del perfumista se había vestido, pues, de tal modo que enloqueciese a Popinot. Constance, que no había renunciado sin dolor al joven Crottat, el cual desempeñaba para ella el papel de un príncipe hereditario, contribuyó, aunque no sin hacer amargas reflexiones, a vestir a su hija. Su previsión maternal bajó la púdica manteleta de gasa

para descubrir un poco los hombros de Césarine y dejar ver la generosidad de sus pechos, que eran de notable hermosura. El corpiño a la griega, cruzado de izquierda a derecha por cinco pliegues, podía entreabrirse mostrando deliciosas redondeces. El traje de merino gris dibujaba un talle que no pareció nunca tan fino ni tan flexible. En las orejas llevaba grandes aros de oro labrado. Los cabellos, peinados a la japonesa, permitían admirar las suaves frescuras de una frente surcada de venas y que denotaba vida pura. En una palabra, Césarine estaba tan sumamente guapa, que madame Matifat no pudo por menos de confesarlo, sin notar que la madre y la hija habían comprendido la necesidad de conquistar a Popinot.

Ni Birotteau, ni su mujer, ni madame Matifat, ni nadie turbó la dulce conversación que los dos muchachos, llenos de amor, mantuvieron en el alféizar de una ventana. Por otra parte, la conversación de las personas mayores se animó cuando el juez Popinot sacó a relucir la huida de Roguin, haciendo notar que era el segundo notario que faltaba y que semejante crimen no era conocido antaño. Al oír la palabra Roguin, madame Ragon dio un pisotón a su hermano, y Pillerault procuró apagar la voz del juez, al mismo tiempo que le señalaba a madame Birotteau.

—Lo sé todo —dijo Constance a sus amigos con voz cariñosa al par que apenada.

—Vamos a ver, ¿y cuánto se les ha llevado a ustedes? —dijo madame Matifat a Birotteau, que bajaba humildemente la cabeza—. Si fuera uno a hacer caso de las charlas, estarían ustedes arruinados.

—Tenía doscientos mil francos míos. Respecto a los cuarenta mil que simulé prestarme por medio de uno de sus clientes, cuyo dinero había dilapidado, estamos en pleito.

—Esta semana se celebra el juicio —dijo el juez Popinot—. He supuesto que a usted no le disgustaría que yo explicase su situación al señor presidente, y éste ha ordenado el examen de los papeles de Roguin, a fin de saber desde qué época dispuso de los fondos del prestamista y de buscar las pruebas del hecho alegado por Derville.

—¿Ganaremos? —preguntó madame Birotteau.

—No lo sé —respondió el juez—. Aunque pertenezco a la sala en que se ventila este asunto, yo me abstendré de deliberar, aunque me llamen.

—Pero ¿puede haber duda en cosa tan sencilla? —dijo Pillerault—. ¿No tiene que hacerse mención del acta de la entrega del dinero, y no están obligados los notarios a declarar que han presenciado la entrega? Si Roguin cayese en manos de la justicia, iría a presidio.

—A mi juicio, el prestamista debe dirigirse contra Roguin —respondió el juez—; pero en la Audiencia se ven, en ocasiones, asuntos todavía más claros, y, sin embargo, los votos empatan a veces seis contra seis.

—¿Cómo, señorita!, ¿ha huido monsieur Roguin? —exclamó Anselme al oír lo que decían—. ¿Y no me ha dicho nada monsieur César a mí, que daría mi sangre por él?

Césarine vio que en este *por*, él iba comprendida toda la familia, pues si la

inocente joven no hubiese advertido el acento, no podía dejar de entender la mirada que le dirigió su amante.

—Yo ya lo sabía y se lo dije; pero él se lo ocultó todo a mi madre y sólo me lo confió a mí.

—¿Usted le habló de mí en esa circunstancia? —dijo Popinot—. Entonces usted lee en mi corazón. Pero ¿lee usted todo lo que hay en él?

—Puede.

—¡Qué feliz soy! —dijo Popinot—. Si quiere usted quitarme todo temor, deme el sí, pues dentro de un año seré tan rico, que su padre no me recibirá mal cuando yo vaya a hablarle de nuestro matrimonio. Pienso dormir únicamente cinco horas diarias.

—Tenga usted cuidado de no enfermar —dijo Césarine con inimitable acento y dirigiendo a Popinot una mirada en la que se leían todos sus pensamientos.

—Constance —dijo César al levantarse de la mesa—, me parece que esos jóvenes se aman.

—Tanto mejor —dijo Constance con voz grave—. Así, mi hija será mujer de un hombre de talento y de energía, y yo entiendo que el talento es el mayor dote de un pretendiente.

Y dicho esto se apresuró a abandonar el salón para irse al cuarto de madame Ragon. Durante la comida, César había dicho algunas frases que denotaban tanta ignorancia, que hicieron sonreír a Pillerault y al juez, y recordaron a la infortunada Constance lo débil que era su marido para luchar con la desgracia. La esposa de César se sentía intranquila y desconfiada instintivamente de du Tillet, pues todas las madres saben el *Timeo Danaos et dona ferentes*, sin saber latín, y lloró en brazos de su hija y de madame Ragon sin querer confesar la causa de su pena.

—Esto es nervioso —dijo.

El resto de la velada fue dedicado a las cartas por los viejos, y por los jóvenes a esos deliciosos juegos llamados inocentes, porque encubren las inocentes malicias de los amores.

—César —dijo Constance mientras se dirigían a su casa—, el día 8 vete a casa de monsieur Nucingen a fin de tener la seguridad de que el día 15 podrás cumplir tus compromisos. Si ocurriese algún inconveniente, ¿encontrarías recursos de la noche a la mañana?

—Iré, mujer, iré —dijo César estrechando las manos de su mujer y su hija—. ¡Pobrecillas! ¡Qué tristes aguinaldos os he dado!

En la oscuridad del coche, aquellas dos mujeres, que no podían ver la cara del pobre perfumista, sintieron caer sobre sus manos ardientes lágrimas.

—Ten confianza, amigo mío —dijo Constance.

—Todo irá bien, papá. Anselme Popinot me ha dicho que derramaría su sangre por ti.

—Por mí y por la familia, ¿verdad? —repuso César procurando adoptar un aire alegre.

Césarine estrechó la mano a su padre, dándole a entender que Anselme era su desposado.

Durante los tres primeros días del año, Birotteau recibió doscientas tarjetas. Esta afluencia de falsas amistades y estos testimonios de favor son horribles para las gentes que se ven arrastradas por el torbellino de la desgracia. Birotteau se presentó en vano tres veces en el palacio del famoso banquero, barón de Nucingen. El principio del año y sus fiestas justificaron la ausencia del banquero. La última vez el perfumista llegó hasta el despacho del barón, donde su primer dependiente, un alemán, le dijo que su amo había regresado a las cinco de la mañana de un baile dado en casa de los Keller, y que, por tanto, no estaría visible hasta las nueve y media. Birotteau supo interesar al primer dependiente, con el cual estuvo hablando cerca de media hora, y este ministro de la casa Nucingen le escribió una carta aquel mismo día diciéndole que el barón le recibirla al día siguiente, 3, a las doce. Aunque cada hora fue preciosa para César, el día pasó con espantosa rapidez, y el perfumista fue en *fiacre* al palacio del banquero, cuyo patio estaba plagado de coches. El pobre hombre sintió su corazón oprimido al ver los esplendores de aquella casa célebre.

«Y sin embargo, ha liquidado dos veces», se dijo al subir la soberbia escalera adornada de flores y al atravesar las suntuosas habitaciones donde la baronesa Delphine de Nucingen se había hecho célebre.

La baronesa tenía la pretensión de rivalizar con las casas más ricas del *faubourg* Saint-Germain, donde no había sido aún admitida. El barón almorzaba con su mujer, y no obstante el sinnúmero de gente que le esperaba en sus oficinas, dijo que los amigos de du Tillet podían entrar en seguida. Birotteau se estremeció de esperanza al ver el cambio que había operado esta orden del barón en la insolente cara del ayuda de cámara.

—*Pegdóname, queguida mía* —dijo Nucingen levantándose y haciendo a Birotteau una ligera inclinación de cabeza—. Este *caballego* es un buen *gualista*, amigo íntimo de du Tillet. *Pog oíga pagte*, el *señog* es teniente de alcalde del segundo *distgito*, da bailes de una magnificencia asiática y sin duda *tendgás* gusto en *conocegle*.

—Tendré una satisfacción en tomar lecciones en casa de madame Birotteau, pues Ferdinand... —(«Vamos —pensó el perfumista— le llama Ferdinand lisamente») —nos ha hablado de ese baile con una admiración tanto más preciosa, cuanto que él no se admira de nada. ¿Tardará usted en dar otro? —le preguntó Delphine con amabilidad—. Ferdinand es un crítico severo y todo debió ser allí perfecto.

—Madame, los pobres como nosotros se divierten rara vez —respondió el perfumista, ignorando si era aquella una burla o un cumplido vano.

—Monsieur *Gindot* fue el *decogadog* de sus habitaciones —dijo el barón.

—¡Ah! ¿Grindot? Sí, es un arquitecto que acaba de llegar de Roma y que me encanta con los deliciosos dibujos que pinta en mi álbum —dijo Delphine.

—*Nosotgos* también damos sencillos bailes —dijo el barón dirigiendo una

escudriñadora mirada al perfumista.

—Monsieur Birotteau, sin cumplidos, ¿quiere usted almorzar con nosotros? —dijo Delphine mostrando una mesa suntuosamente servida.

—Señora baronesa, he venido para un negocio y estoy...

—Sí, es *vegdad* —dijo el barón—. Madame, ¿me *pegmite* usted *hablag* de negocios?

Delphine hizo un pequeño movimiento de asentimiento, diciéndole al barón:

—¿Va usted a comprar perfumería?

El barón se encogió de hombros y volviéndose hacia César le dijo:

—Du Tillet siente un vivo *integés pog* usted.

«Vaya —pensó el perfumista—, al fin vamos al grano.»

—Con su *cagta* tiene usted en mi casa un *cgédito* que sólo *segá* limitado *pog* los *pgopios* límites de mi *fogtuna*.

El bálsamo que contenía el agua que presentó el ángel a Agar en el desierto debió parecerse al saludable fresco que comunicaron estas palabras a las venas del perfumista. Para tener motivos para volverse atrás de sus palabras mal pronunciadas y mal entendías, el astuto barón había empleado la horrible pronunciación de los judíos alemanes que se precian de hablar francés.

—Y *tendgá* usted una cuenta *coquiente*. He aquí cómo nos *aguegaglemos* —dijo con amabilidad alsaciana el bueno, venerable y gran financiero.

Birotteau no dudó ya de nada; era comerciante y sabía que los que no están dispuestos a hacer un favor no pierden el tiempo en preguntar los detalles de la especulación.

—No he de *enseñagle* ya que tanto a los grandes como a los pequeños el Banco exige tres *figmas*. Haga usted, pues, tres efecto a la *ogden* de nuestro amigo du Tillet, y yo las *enviaqué* el mismo día con mi *figma* al Banco, y así tendrá usted a las cuatro el *impogte* de los efectos que haya usted suscrito *pog* la mañana. Yo no *quiego* comisión, descuento, ni nada, *pogque* tendré un *placeg* en *segvigle*. *Pego* exijo una condición.

—Monsieur barón, está concedida de antemano —dijo Birotteau, creyendo que se trataría de algún descuento sobre los beneficios.

—Una condición que es *paga* mí muy *impogtante*, *pogque* *quiego* que madame Nucingen tome, como ha dicho, lecciones de madame *Bigotteau*.

—Señor barón, le suplico que no se burle de mí.

—Monsieur *Bigotteau* —dijo el banquero con seriedad—, queda convenido que nos *invitagá* usted a su próximo baile. Mi *mujeg* siente envidia y *quieque* *veg* su casa, de la que le han hecho *ggandes* elogios.

—¡Señor barón!

—¡Oh! Si se niega usted, nada de cuenta. Goza usted de gran *favog*. ¡Uf! Ya sé que tuvo usted al prefecto del Sena.

—¡Señor barón!

—Tenía usted a *La Billagdiegue*, un hidalgo *ogdinagio* de la *Cámaga*, buen *gualista*, como usted que fue *heguido* en Saint-Goch.

—El 13 de Vendimiario, señor barón.

—Tenía usted a monsieur de Lacépède y a monsieur Vauquelin, de la Academia.

—¡Señor barón!

—¡Eh! No sea usted tan modesto, *señog* alcalde. Yo he sabido que el *gey* ha dicho de su baile...

—¡El rey! —dijo Birotteau, que no había sabido tanto.

En este momento entró familiarmente en la habitación un joven cuyos pasos, reconocidos desde lejos por madame Nucingen, le hicieron enrojecer.

—Buenos días, mi *queguido* de *Magsay* —dijo el barón de Nucingen—. Sustitúyame usted, *pogque* me han dicho que hay mucha gente en mis oficinas. Ya sé *pog* qué. Las minas de *Wogchin* dan capitales *enogmes*. Sí, he *gucibido* las cuentas. *Señoga* de Nucingen, tiene usted cien mil francos más de *genio*.

—¡Gran Dios! ¡Y los *Ragon* que han vendido sus acciones! —exclamó Birotteau.

—¿Quién es este señor? —preguntó sonriendo el joven elegante.

—*Migue* usted —respondió monsieur de Nucingen sonriéndose cuando llegaba a la puerta— De *Magsay*, esa *pegsona* es monsieur *Bigotteau*, su *pegfumista*, que da bailes de una magnificiencia asiática y que ha sido *condecogado pog* el *gey*.

De Marsay tomó su monóculo y dijo:

—¡Ah!, es verdad, ya decía yo que esa cara no me era desconocida. ¿Va usted acaso a perfumar sus negocios con algún virtuoso cosmético?

—Pues bien, esos *Gagón* —repuso el barón haciendo una mueca de descontento —, tenían cuenta en mi casa, yo los *favogecí* con mi *fogtuna* y ellos no han *quegido espegag* un día más.

—¡Señor barón! —exclamó Birotteau.

El buen hombre encontraba su negocio demasiado oscuro y sin despedirse de la baronesa ni de De Marsay, corrió tras el banquero. Monsieur de Nucingen estaba en el primer peldaño de la escalera y el perfumista le alcanzó abajo, cuando iba a entrar en sus oficinas. Al abrir la puerta, monsieur de Nucingen vio el gesto de desesperación que hizo aquella criatura que se sentía sumida en un abismo, y le dijo:

—Bueno, queda entendido. Vea usted a du Tillet y *agéguelo* todo con él.

Birotteau creyó que De Marsay podría ejercer algún imperio sobre el barón, subió la escalera con la rapidez de un rayo y se metió en el comedor donde la baronesa y De Marsay debían hallarse aún, pues al salir él, Delphine esperaba que le sirviesen el café. Vio, en efecto, el café servido, pero la baronesa y el elegante joven habían desaparecido. El ayuda de cámara sonrió al ver el asombro del perfumista, el cual bajó lentamente las escaleras. César corrió a casa de du Tillet, que estaba, según le dijeron, en el campo con madame Roguin. El perfumista tomó un coche y lo pagó para que le llevase inmediatamente a Nogent-sur-Mame. En Nogent-sur-Marne el conserje le dijo que los señores se habían vuelto a París. Birotteau llegó a su casa

reventado, y cuando contó su expedición a su mujer y a su hija, quedó estupefacto al ver que su Constance, en lugar de ver dificultades en todo, como de costumbre, le prodigaba los más cariñosos consuelos, afirmándole que todo iría bien.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba Birotteau de guardia en la calle donde vivía du Tillet, rogándole al portero de la casa que le pusiera en contacto con el criado de Ferdinand mediante la entrega de diez francos. César obtuvo el favor de hablar con el ayuda de cámara de du-Tillet, y le rogó que le procurase una audiencia con su amo tan pronto como éste estuviera visible, para lograr lo cual el perfumista puso dos monedas de oro en la mano del criado. Estos pequeños sacrificios y estas grandes humillaciones le permitieron alcanzar su objeto. A las ocho y media, en el momento en que su antiguo dependiente se ponía una bata, bostezaba y pedía perdón a su antiguo amo por la tardanza, Birotteau se encontró enfrente del tigre sediento de venganza, al que se empeñaba en considerar como su único amigo.

—Nada de eso, nada de eso —dijo Birotteau.

—Conque, ¿qué desea usted, *mi buen César*? —le dijo du Tillet.

Aunque no sin espantosas palpitaciones, César le comunicó la respuesta y las exigencias del barón de Nucingen, confidencia que du Tillet escuchó sin atención, buscando el fuelle y riñendo a un criado por lo mal encendido que estaba el fuego.

El criado se presentó y César dejó de hablar para que no le oyera lo que decía. Pero prosiguió a instancia del banquero, que le dijo con aire distraído:

—Siga usted, siga usted, ya le escuchó.

El buen hombre tenía la camisa pegada al cuerpo y su sudor quedó helado cuando du Tillet fijó en él una mirada, con sus pupilas de tigre, que llegó hasta el corazón.

—Mi querido amo, el Banco rechazó efectos suyos que Claparon entregó a Gigonnet *sin garantía*. ¿Qué culpa tengo yo de esto? ¿Cómo hace usted semejantes torpezas habiendo sido juez consular? Yo soy, ante todo, banquero. Le daré dinero, pero no quiero, no quiero exponerme a que mi firma sea rechazada por el Banco. Sin crédito yo no puedo vivir. A todos los banqueros nos pasa lo mismo. ¿Quiere usted dinero?

—¡Si usted pudiera darme todo lo que necesito!

—Eso depende de la suma que tenga usted que pagar. ¿Cuánto le falta?

—Treinta mil francos.

—La suma es aplastante —dijo du Tillet soltando una carcajada.

Al oír esta risa, el perfumista, engañado por el lujo de du Tillet, quiso ver en ella la risa del hombre que considera la cifra poco importante y respiró. Du Tillet llamó.

—Dígale usted al cajero que suba.

—Aún no ha llegado, señor —respondió el criado.

—¡Esos pillos se burlan de mí! Son las ocho y media y a esta hora debía haber hecho ya un millón de negocios.

Cinco minutos después subía monsieur Legras.

—¿Cuánto tenemos en caja?

—Veinte mil francos solamente. El señor me dio orden de que comprase treinta mil francos de renta al contado, pagaderos el 15.

—¡Es verdad! ¡Aún estoy dormido!

El cajero miró con extrañeza a Birotteau y salió.

—Si la verdad huyese de la tierra volvería a traerla algún cajero —dijo du Tillet—. ¿No tiene usted parte en la casa del pequeño Popinot, que acaba de establecerse? —preguntó du Tillet después de una horrible pausa durante la cual bañó el sudor la frente del perfumista.

—Sí —dijo Birotteau con sencillez—. ¿Cree usted que aceptarían su firma para una suma importante?

—Tráigame usted cincuenta mil francos aceptados por él, y yo haré que descuente esas letras a un interés razonable un tal Gobseck, que es muy considerado cuando tiene mucho dinero en caja, y ahora lo tiene.

Birotteau se volvió a su casa traspasado de dolor, sin notar que los banqueros lo enviaban de una a otra parte como se envían la pelota los jugadores; pero Constance había adivinado ya que era imposible lograr ningún crédito. Cuando tres banqueros lo habían rechazado, todos debían estar enterados ya, tratándose de un hombre de la importancia de un teniente de alcalde, y por consiguiente el Banco de Francia dejaba de ser su recurso.

—Intenta renovar —dijo Constance—. Vete a casa de monsieur Claparon, tu consocio, y a casa de todos los que tienen efectos tuyos para el 15 y proponles renovar las letras.

—¡Y mañana estamos a 13! —dijo Birotteau completamente abatido.

Según anunciaba su aspecto, el perfumista poseía de un temperamento sanguíneo que se consumía lentamente con las emociones o con el pensamiento y que exige sueño a toda costa para reparar sus pérdidas. Césarine llevó a su padre al salón y tocó, para distraerle, el *Sueño de Rousseau*, bonita composición de Herold, mientras Constance trabajaba a su lado. El pobre hombre dejó caer su cabeza sobre una otomana, y como siempre que fijaba los ojos en su mujer veía errar en sus labios una dulce sonrisa, se durmió de este modo.

—¡Pobre hombre! —dijo Constance—. ¡Qué torturas le esperan! Si las resiste...

—¡Eh! ¿Qué dices, mamá? —dijo Césarine al ver llorar a su madre.

—¡Querida hija! Veo venir una quiebra. Si tu padre se ve obligado a hacer balance, será preciso no implorar la piedad de nadie. ¡Hija mía! Prepárate para ser una sencilla dependiente. Si te veo aceptar con valor tu triste posición, yo también tendré fuerza para reanudar la vida. Conozco a tu padre, sé que no sustraerá un céntimo, yo cederé mis derechos y habrá que vender todo lo que poseemos. Tú, hija mía, lleva mañana tus joyas y tus ropas a casa de tu tío Pillerault, porque tú no estás obligada a nada.

Césarine fue presa de un espanto sin límites al oír estas palabras, dichas con una sencillez religiosa, y tuvo el proyecto de ir a ver a Anselme; pero su delicadeza se lo

impidió.

Al día siguiente, a las nueve, Birotteau se encontraba en la rue de Provence, presa de ansiedades diferentes de las que había pasado. Pedir un crédito es un acto sencillo en el comercio. Todos los días, al emprender un negocio, es necesario encontrar capitales; pero pedir renovaciones es, en la jurisprudencia comercial, lo que la policía correccional es a la Audiencia, un primer paso hacia la quiebra, como el delito conduce al crimen. El secreto de vuestra impaciencia y de vuestro apuro está en manos diferentes que las vuestras. Un negociante se entrega atado de pies y manos a otro negociante, y la caridad es una virtud que no se practica en la Bolsa.

El perfumista que en otro tiempo tenía una mirada llena de confianza al ir por París, ahora, debilitado por los recelos, dudaba en entrar en casa del banquero Claparon; empezaba a comprender que en los banqueros el corazón no es más que una viscera. Claparon le parecía tan brutal con su grosera alegría y reconoció en él tan mal tono, que temblaba al pensar en abordarle.

—Está más próximo al pueblo; tal vez tenga alma.

César sacó su última dosis de valor del fondo de su alma y subió la escalera de un mal y pequeño entresuelo, en las ventanas del cual había sendas cortinas verdes que el sol había vuelto amarillas. Leyó encima de la puerta la palabra *Despacho*, grabada en negro sobre un óvalo de cobre; llamó, y como nadie respondiese, entró. El lugar, más que modesto, olía a miseria, a avaricia o a negligencia. Ningún empleado se presentó detrás del enrejado de latón colocado a la altura de un hombre sobre unas maderas blancas que servían de recinto a multitud de mesas y pupitres de ennegrecida madera. Estas oficinas desiertas estaban llenas de escritorios donde la tinta se enmohecía, de plumas desgredadas como chiquillos, retorcidas en forma de sol; en una palabra, cubiertas de cartones, de papeles y de impresos, sin duda inútiles. El entarimado del pasillo se parecía al de un locutorio de pensión, tan rayado, sucio y húmedo estaba. La segunda pieza, cuya puerta estaba adornada con la palabra CAJA, armonizaba con los siniestros aspectos del primer despacho. En un rincón se encontraba una jaula de madera de roble, enrejada con hilos de cuero, con gatera móvil y adornada de un enorme cofre de hierro, abandonado sin duda a los juegos de los ratones. Esta jaula, cuya puerta estaba abierta, contenía aún un despacho fantástico y su sillón innoble, roído, verde y con el fondo agujereado por donde se escapaba el crin, como la peluca del amo, en mil tirabuzones desgredados. Esta pieza, que fue evidentemente en otra época el salón del piso antes de convertirse en oficina de banca, ofrecía como principal adorno una mesa redonda cubierta de un tapete verde, alrededor de la cual había viejas sillas de marroquí negro con clavos dorados. La chimenea, bastante elegante, no ofrecía a las miradas ninguna de las mordeduras negras que deja el fuego, su placa estaba limpia, y el espejo, injuriado por las moscas, tenía un aspecto mezquino, de acuerdo con un reloj de madera de ébano que provenía de la venta de alguna vieja notaría y que molestaba a la mirada, entristecida ya por dos candelabros sin bujía cubiertos de un polvo pegajoso. El empapelado de las

paredes, de un color gris ratón con bordes de color rosa, anunciaba por sus tintes negruzcos la permanencia malsana de fumadores. Nada se parecía tanto al salón vulgar que los periódicos llaman *Gabinete de redacción*. Birotteau, temiendo ser indiscreto, dio tres golpes secos en la puerta opuesta a aquella por la cual había entrado.

—¡Pasad! —exclamó Claparon, cuyo tono reveló la distancia que tenía que recorrer su voz y el vacío de aquella habitación donde el perfumista oía chisporrotear un buen fuego, pero donde el banquero no estaba.

Esta habitación le servía, en efecto, de gabinete particular. Entre la fastuosa audiencia de Keller y la singular dejadez de aquel pretendido gran industrial, había toda la diferencia que existe entre Versalles y el *wigham* de un jefe de los Hurones. El perfumista había visto las grandezas de la banca, y ahora iba a ver sus bajezas. Acostado en una especie de chiribitil oblongo situado detrás del despacho, Claparon, al ver a Birotteau, se envolvió en su grasienta bata, dejó su pipa y descorrió las cortinas del lecho con una rapidez que hizo sospechar sobre sus costumbres al inocente perfumista.

—Siéntese usted, caballero —le dijo aquel simulacro de banquero.

Claparon, sin peluca y con la cabeza envuelta en un pañuelo, le pareció a Birotteau tanto más horrible, cuanto que la bata, al entreabrirse, le permitió ver una camisa ennegrecida por el excesivo uso.

—¿Quiere usted almorzar conmigo? —dijo Claparon, acordándose del baile del perfumista y deseando pagarle aquella invitación.

Una mesa redonda, desembarazada a toda prisa de sus papeles, ostentaba un pastel, ostras, vino blanco y los vulgares riñones salteados con vino de champagne. El fuego de un hogar doraba una tortilla de trufas. Finalmente, dos cubiertos y sus servilletas manchadas con la cena de la víspera hubiesen instruido a la inocencia más pura advirtiéndole de la existencia de una mujer en aquel hogar.

—Esperaba a comer a una persona; pero, al parecer, no viene —exclamó el maligno viajante de manera que fuese oído por una criatura que se había metido debajo de los cobertores.

—Señor —dijo Birotteau—, vengo únicamente para asuntos comerciales y no le entretendré mucho tiempo.

—Estoy reventado, y generalmente no puedo disponer de un momento —respondió Claparon señalando las mesas plagadas de papeles—. Sólo recibo los sábados; pero, para usted estoy siempre en casa. No me queda tiempo para amar ni para callejear. Ahora ya no se me ve tanto por los paseos sin hacer nada. En fin, los negocios me aburren, tengo bastante dinero, nunca seré feliz y no quiero oír hablar más de negocios. Quiero viajar, ver Italia, ¡oh, mi querida Italia! ¡Hermosa aun en medio de sus reveses, adorable tierra donde encontraré tal vez una linda italiana amable y majestuosa! Siempre me han gustado las italianas. ¿No ha tenido usted nunca ninguna? ¿No? Pues bien, véngase usted conmigo a Italia. Veremos Venecia,

residencia de los dogos. ¡Bah!, dejemos tranquilos los negocios, los canales, préstamos y los gobiernos. ¡Por vida de!... Viajemos.

—Una sola palabra, señor, y le dejo —dijo Birotteau—. Usted endosó mis efectos a monsieur Bidault.

—¿Quiere usted decir a Gigonnet, a ese buen Gigonnet, que es insinuante como...?

—Sí —repuso César—. Yo quisiera, y en esto cuento con su honor y con su delicadeza... (Claparon se inclinó), quisiera poder renovar...

—Imposible —respondió terminantemente el banquero—. Yo no soy el único partícipe en el negocio. Estamos reunidos en consejo y nos entendemos a las mil maravillas. ¡Ah, diablo!, nosotros deliberamos. Los terrenos de la Madeleine no son nada, nosotros operamos en otra parte. ¡Ay, amigo mío!, si nosotros no tuviésemos otros asuntos más importantes en los Campos Elíseos, alrededor de la nueva Bolsa, cuya construcción se está terminando, y en los barrios de Saint-Lazare y del Tívoli, no seríamos hombres de negocios. ¿Qué vale la Madeleine? Nada. ¡Uf!, señor mío, nosotros no nos dormimos —dijo dándole un golpecito en el vientre a Birotteau—. Vamos, almuerce usted y hablaremos —repuso Claparon a fin de suavizar la dureza de su negativa.

—Con mucho gusto —dijo Birotteau.

El perfumista pensó de pronto en emborrachar a Claparon a fin de saber cuáles eran sus socios en aquel asunto que empezaba a parecerle tenebroso.

—¡A ver, Victoria! —gritó el banquero.

Al oír este grito, compareció una criada.

—Diga a mis dependientes que no estoy para nadie, ni para Nucingen, ni para los Keller, ni para Gigonnet, en fin, para nadie.

—Aún no ha venido más que monsieur Lempereur.

Emborrachar a un antiguo viajante es cosa imposible. Cuando intentó confesar a su consocio, César lo hizo confundiendo la verbosidad del mal tono con los síntomas de la embriaguez.

—Ese infame Roguin sigue en buenas relaciones con usted —dijo Birotteau—. ¿Por qué no le escribe diciéndole que ayude a un amigo a quien ha comprometido, a un hombre con quien comía todos los domingos y a quien conoce desde hace más de veinte años?

—¡Roguin! Si es un tonto. Su parte es nuestra. No esté usted triste, amigo mío, que todo irá bien. Pague el 15 y luego ya veremos. Cuando yo digo «veremos»... (bebió un vaso de vino). Los fondos no me conciernen. Yo sólo tengo en el negocio una comisión por las compras y un derecho sobre las ganancias, ¿comprende usted? Usted tiene asociados de dinero; así es que no tema, mi querido señor. Hoy los negocios se dividen. ¡Exige un negocio el concurso de tantas capacidades! Asíciase usted con nosotros y deje usted sus pomadas y sus peines, que eso es malo, muy malo. Procure explotar al público y dedíquese a la especulación.

—¡La especulación! —dijo el perfumista—. ¿Qué clase de comercio es ese?

—Es el comercio abstracto —repuso Claparon—. Un comercio que, según dice Nucingen, que es el Napoleón de la Banca, aún permanecerá secreto durante diez años. Un comercio mediante el cual un hombre abraza la totalidad de las cifras y calcula las rentas antes de que existan, una concepción gigantesca, una nueva cábala. Hoy sólo somos diez o doce las inteligencias iniciadas en los secretos cabalísticos de estas magníficas combinaciones.

César abría los ojos y los oídos procurando comprender esta fraseología abigarrada.

—Escuche usted —dijo Claparon después de una pausa—, para estas cosas se necesitan hombres. Hay el hombre de ideas que no tiene un céntimo, como todas las gentes de ideas. Éstos piensan y gastan sin hacer caso de nada. Figúrese usted un cerdo que anda errante por un bosque de trufas y que va seguido por un mozo, que es el hombre de dinero, él cual oye un gruñido originado por un buen encuentro. Cuando el hombre de ideas ha encontrado un buen negocio, el hombre de dinero le da un golpecito en el hombro y le dice: «¿Qué es eso? Se va usted a meter en la boca del lobo, amigo mío, usted no tiene fuerzas suficientes para manejar este asunto; aquí tiene usted mil francos y déjelo usted de mi cuenta». Bueno, entonces el banquero convoca a los industriales. Amigos míos, manos a la obra. Prospectos, charlatanerías sin fin. Se coge el cuerno de la fama y se grita: «¡Cien mil francos por un real, o un real por cien mil francos; minas de oro, minas de carbón!» En fin, se echa mano de toda la comparsa comercial. Se compran hombres de ciencia o artistas, se hace la propaganda y el público cae en la ratonera. El cerdo queda encerrado en su pocilga comiendo patatas, mientras que los demás manejan los billetes de banco. Aquí tiene usted la cuestión, amigo mío. Dedicúese a los negocios. ¿Qué quiere usted ser, cerdo, pavo o millonario? Reflexione usted sobre esto. Ya le he informado sobre la teoría de los préstamos modernos. Venga usted a visitarme y siempre me verá usted buen muchacho, alegre y jovial. La jovialidad francesa, grave y ligera a la vez, no daña a los negocios, sino que, por el contrario, los favorece. Los hombres que chocan sus vasos tienen mucho adelantado para comprenderse. Vamos, una copa más de champagne. Este vino me lo ha enviado un hombre a quien yo le hice vender mucho cuando trataba en vinos. Es agradecido y se acuerda de mí en la prosperidad, lo cual no deja de ser raro.

Birotteau, sorprendido de la ligereza de aquel hombre a quien todo el mundo concedía una profundidad asombrosa y gran capacidad, no se atrevía a interrogarle. Sin embargo, en medio de la gran excitación que le había producido el vino de champagne, se acordó de un nombre que había pronunciado du Tillet y preguntó quién era y dónde vivía un tan monsieur Gobseck, banquero.

—¡Cómo! ¿Ya está usted de ese modo, mi querido señor? —dijo Claparon—. Lo mismo es Gobseck banquero que el verdugo de París médico. Es de la escuela de Harpagon y su primera palabra es el cincuenta por ciento. Y ¿qué valores le

entregaría usted como garantía? Para tomar su papel, tendría usted que entregarle su mujer, su hija, el paraguas, todo, el sombrero, los zapatos y hasta la leña que pueda usted tener en la leñera. ¡Gobseck, Gobseck! ¿Quién le ha indicado esa guillotina financiera?

—Monsieur du Tillet.

—¡Ah, pillastre!, le reconozco. Antes hemos sido amigos, pero ahora ni nos saludamos, y crea usted que mi repulsión es fundada, porque acabé por leer en el fondo de su cenagosa alma. No puedo verle por su estupidez y el tono que se da con su notaría. Yo también tendré marquesas cuando quiera, mientras que él no tendrá nunca mi estimación. ¡Ah!, sí, mi estimación es una princesa que no le molestará nunca en su cama. Pero, diga usted, amigo mío. ¡Usted es un picarón! ¡Darnos un baile y dos meses después pedimos renovaciones de letras! Usted irá lejos, amigo mío. ¿Quiere usted que nos asociemos? Usted tiene reputación y yo sabré servirme de ella. ¡Oh!, du Tillet ha nacido para comprender a Gobseck y acabará mal. Si se entiende con Gobseck, mala señal, porque ese usurero acabará por reventarle. Me alegro. Después de todo, du Tillet me ha hecho una, ¡oh!, una imperdonable.

Después de hora y media empleada en charla que no tenía sentido, Birotteau quiso marcharse al ver que el antiguo viajante se disponía a contarle la aventura de un representante del pueblo de Marsella, enamorado de una actriz que representaba el papel de la hermosa Arsène y que era silbada por el público realista.

—*Le levantó —dijo Claparon— se enderezó bien en su palco y exclamó en dialecto provenzal: ¡Ay de quien la haya silbado! Si es una mujer, me la cargo; si es un hombre, nos veremos las caras; si no es ni una cosa ni otra, que el diablo se lo lleve... ¿Sabéis cómo acabó la aventura...?*

—Adiós, señor —dijo Birotteau.

—Tendrá usted que volver a verme —dijo Claparon—. El primer efecto de Cayron lo han devuelto protestado, y yo tengo que reembolsarme de eso. Voy a enviarlo a su casa de usted, porque ante todo son los negocios.

Birotteau se sintió tan humillado ante aquella fría y grosera cortesía, como ante la dureza de Keller y la burla alemana de Nucingen. La familiaridad de aquel hombre y sus grotescas confidencias, iluminadas por el vino de Champagne, habían marchitado el alma del honrado perfumista, el cual creyó salir de un verdadero antro del vicio.

César bajó la escalera, se encontró en la calle sin saber adonde iba, llegó, vagando, a la rue Saint-Sulpice, se acordó de Molineux, se dirigió hacia el patio Batave, subió la escalera sucia y tortuosa que había subido antes glorioso y altivo, recordó la mezquina aspereza de Molineux y se estremeció ante la idea de tener que implorarlo. Como cuando la primera visita del perfumista, el propietario ocupaba el rincón del fuego, digiriendo su almuerzo. Birotteau le formuló su petición.

—¡Renovar un efecto de mil doscientos francos! —le dijo Molineux denotando burlona incredulidad—. Usted no puede hallarse en ese apuro, señor. Porque si no tuviera usted mil doscientos francos para pagar la letra el día 15, tampoco podría

pagar el alquiler, y yo me enfadaría, porque en cuestiones de dinero no gasto cumplidos. Mis alquileres son mis únicas rentas, y sin ellos, ¿con qué pagaría yo mis compromisos? Un comerciante no puede desaprobado este saludable principio. El dinero no conoce amigos ni tiene corazón. El invierno es crudo y la leña ha subido de precio. Si el 15 no me paga usted, el 16 le citaré. No tema usted; su alguacil Mitral, que es también el mío, le entregará la citación bajo sobre, con todas las consideraciones debidas a su elevada posición.

—Caballero, nunca he recibido aún citaciones del Juzgado para pagar.

—No importa, alguna vez se ha de empezar —dijo Molineux.

Consternado ante la ferocidad de aquel viejecito, el perfumista quedó anonadado, y sentía ya en sus oídos los rumores de la quiebra. Cada zumbido le recordaba los dichos que su implacable jurisprudencia le había sugerido acerca de los quebrados. Sus opiniones se imprimían con letras de fuego en la substancia blanda de su cerebro.

—A propósito —dijo Molineux—, olvidó usted poner en las letras: *valor recibido en alquileres*, lo cual podría servirme de privilegio.

—Mi posición me prohíbe hacer nada en detrimento de mis acreedores —dijo el perfumista al ver ya entreabierto a sus pies el precipicio.

—Bueno, señor, muy bien, creía saberlo todo en materia de inquilinato, pero usted me enseña ahora a no recibir nunca letras en pago de alquileres. ¡Ah!, pleitearé, porque su respuesta me hace ver que no responderá usted de su firma. El asunto interesa a todos los propietarios de París.

Birotteau salió aburrido de la vida, pues es muy propio de las almas sencillas y cándidas el desalentarse ante la primera negativa y el animarse ante el primer éxito. César sólo confió ya en la negociación del pequeño Popinot, en el cual pensó, como es natural, al llegar al mercado Des Innocents.

—¡Pobre muchacho! ¿Quién hubiese dicho esto hace seis semanas, cuando yo le hablaba en las Tullerías?

Eran aproximadamente las cuatro, momento en que los magistrados salen de la audiencia, y casualmente el juez de instrucción había ido a ver a su sobrino. Este juez, que era uno de los espíritus más perspicaces en materia moral, tenía una penetración que le permitía ver las intenciones secretas, reconocer el sentido de las acciones humanas más indiferentes, los gérmenes de un crimen, las raíces de un delito, y observó a Birotteau sin que éste lo sospechase. Contrariado el perfumista de encontrar al tío al lado del sobrino, se mostró tranquilo, preocupado y pensativo. El pequeño Popinot, engolfado en el trabajo y con la pluma en la oreja, estuvo, como siempre, respetuosísimo y atento con el padre de Césarine. Las frases insignificantes que dijo César a su socio le pareció al juez que sólo servían de escudo para petición más importante, y en lugar de marcharse, el astuto magistrado permaneció al lado de su sobrino a pesar de éste, pues calculó que el perfumista acabaría por marcharse si no le dejaba solo. Cuando Birotteau se fue, el juez se marchó a su vez; pero vio a Birotteau paseándose por uno de los extremos de la rue des Cinq-Diamants, y como

esta circunstancia hiciese sospechar al anciano Popinot acerca de las intenciones de César, se retiró hacia la rue des Lombards, y al ver que el perfumista volvía a casa de Anselme, encaminóse él también a ella.

—Mi querido Popinot, vengo a pedirte un favor —había dicho César a su socio.

—¿Qué hay que hacer? —dijo Popinot con generoso ardor.

—¡Ah!, me salvas la vida —exclamó el buen hombre al ver aquel calor de sentimiento que aparecía en medio de los témpanos de hielo que le rodeaban hacía veinticinco días—. Sería preciso que me dices cincuenta mil francos de la parte de mis beneficios.

Popinot miró fijamente a César, y éste bajó los ojos. En este momento volvió a aparecer el juez.

—Hijo mío... ¡Ah!, dispense usted monsieur Birotteau. Hijo mío, me he olvidado de decirte...

Con su imperioso gesto de magistrado, el juez llevó a su sobrino a la calle, y aunque iba con blusa y sin nada en la cabeza, le obligó a escucharle, encaminándose hacia la rue des Lombards.

—Sobrino mío, tu antiguo amo podría encontrarse en tales apuros que se viese obligado a hacer balance y a presentar cuentas. Antes de llegar a esto, los hombres que cuentan cuarenta años de probidad, los hombres más virtuosos, en su afán de conservar su honor, imitan a los jugadores, son capaces de todo, venden a sus mujeres, trafican con sus hijas, comprometen a sus amigos, empeñan lo que no les pertenece, van al juego, se vuelven comediantes y embusteros y saben hacerlo todo, hasta llorar. Tú mismo has sido testigo de la honradez de Roguin, de quien nadie se hubiera atrevido a desconfiar. No apliques estas conclusiones rigurosas a monsieur Birotteau, a quien creo honrado. Pero mira, si te pide cualquier cosa que fuese contraria a las leyes comerciales, como suscribir efectos para lanzarlos a la plaza, lo cual es un principio de bribonada, porque esta clase de efectos son el falso papel moneda, prométeme no firmar nada sin consultarme. No olvides que, si amas a su hija, va en interés de tu pasión el no destruir tu porvenir. Si monsieur Birotteau ha de caer, ¿por qué habéis de caer los dos? ¿No es esto privaros uno y otro de todos los recursos de tu casa de comercio, que ha de ser su refugio?

—Gracias, tío, a buen entendedor pocas palabras bastan —dijo Popinot que se explicó entonces la lastimera exclamación de su amo.

El comerciante en aceites finos volvió a su sombría tienda con las cejas fruncidas, cambio éste que fue notado por Birotteau.

—Hágame usted el honor de subir a mi cuarto. Allí estaremos mejor que aquí, pues, aunque están muy ocupados, los dependientes podrían oírnos.

Birotteau siguió a Popinot en medio de horribles ansiedades.

—Mi querido bienhechor —le dijo Anselme—, supongo que no dudará usted de mi ciega abnegación. Permítame únicamente que le pregunte si esa suma le salva por completo o si le servirá solamente para evitar de momento una catástrofe. En este

último caso, ¿para qué arrastrarme a mí consigo? Necesita usted letras a ochenta días y a mí me será imposible pagarlas dentro de tres meses.

Birotteau, pálido y solemne, se levantó y miró a Popinot.

—Si usted quiere, las extenderé —exclamó Popinot asustado.

—¡Ingrato! —dijo el perfumista empleando todas sus fuerzas para lanzar esta palabra a la cara de Anselme como una marca de infamia.

Birotteau se fue hacia la puerta y salió.

Al volver de la sensación que le produjo aquella terrible palabra, Popinot bajó la escalera y corrió hacia la calle, pero ya no encontró al perfumista. El amante de Césarine siguió oyendo aún aquella formidable sentencia y tuvo constantemente ante sus ojos la descompuesta cara del pobre César.

Birotteau comenzó a dar vueltas por las calles de aquel barrio como un hombre ebrio, acabó por hallarse en el muelle, lo siguió y llegó hasta Sèvres, pasando la noche en una posada, mientras que su mujer, asustada, no se atrevió a buscarle por ninguna parte. En semejante circunstancia, una alarma dada infundadamente es fatal. La juiciosa Constance inmoló sus inquietudes a la reputación comercial y le esperó toda la noche en medio de oraciones y de alarmas. ¿Había muerto César? ¿Había salido de París en pos de una última esperanza? Al día siguiente por la mañana, la perfumista obró como si conociese la causa de la ausencia de su marido; pero al ver que a las cinco de la tarde no había vuelto aún, mandó a buscar a su tío para rogarle que fuese a la Morgue. Entre tanto, la valerosa criatura permanecía en el mostrador, teniendo a su lado a su hija, que bordaba. Ambas, con compuesta cara, ni triste ni sonriente, atendían al público. Cuando Pillerault volvió, lo hizo acompañado de César. Al volver de la Bolsa, lo había encontrado en el *Palais-Royal*, dudando si subir o no a la sala de juego. Aquel día era el 14. A la hora de comer, César no pudo probar bocado. El estómago estaba demasiado contraído y rechazaba los alimentos. La hora de la sobremesa fue aún más horrible. Por centésima vez, el perfumista sufrió una de esas espantosas alternativas de esperanza y de desesperación que, comunicando al alma alegres sensaciones y precipitándola después en el último de los dolores, acaban por agotar a ciertas naturalezas débiles. Derville, el procurador de Birotteau llegó, y penetrando en el espléndido comedor en que Constance procuraba retener a César, dijo:

—El pleito está ganado.

Al oír estas palabras, el crispado rostro de César se dilató tanto, que su alegría asustó a su tío Pillerault, a Derville y a las mujeres, las cuales se fueron asustadas a llorar al cuarto de Césarine.

—Entonces, ¿puedo pedir prestado? —exclamó el perfumista.

—Eso sería imprudente —dijo Derville—, porque hay apelación, y el Tribunal Supremo podría anular la sentencia. Hay que esperar un mes.

—¡Un mes!

César fue presa de un amodorramiento del que nadie pudo sacarle. Aquella

especie de catalepsia durante la cual vivía y sufría el cuerpo, mientras que las funciones de la inteligencia estaban suspendidas, fue considerado como un beneficio de Dios por Constance, Césarine, Pillerault y Derville, los cuales juzgaron bien. De aquel modo, Birotteau pudo soportar las desgarradoras emociones de la noche. Permaneció sentado en una poltrona en un rincón del fuego, mientras el otro, estaba ocupado por su mujer, que le observaba atentamente con dulce sonrisa en los labios, una de esas sonrisas que prueban que las mujeres se aproximan más que los hombres a la naturaleza angelical, ya que saben mezclar una ternura infinita con la más completa compasión, secreto éste que sólo pertenece a los ángeles vistos en algunos sueños providencialmente sembrados a largos intervalos en la vida humana. Césarine, sentada en un taburete, estaba a los pies de su madre y frotaba, de tiempo en tiempo, con su cabellera las manos de su padre, haciéndole alguna de esas caricias que dicen más que lo que pueden decir las palabras.

Sentado en un sofá, como el canciller del hospital en el suyo, Pillerault, aquel filósofo dispuesto a todo, denotaba con su cara esa inteligencia grabada en la frente de las esfinges egipcias y hablaba con Derville en voz baja. Constance había sido de opinión que se consultase al procurador, cuya discreción no dejaba lugar a dudas. Como conocía de memoria el balance de su casa, había expuesto su situación a Derville. Después de una conferencia de una hora aproximadamente, celebrada en presencia del alelado perfumista, el procurador meneó la cabeza mirando a Pillerault y dijo con la horrible sangre fría del curial:

—Señora, es preciso hacer balance, llamando a los acreedores. Suponiendo que, por cualquier casualidad, llegasen a pagar mañana, tendrían que satisfacer, lo menos, trescientos mil francos antes de hipotecar los terrenos. Ante un pasivo de quinientos mil francos, presentan ustedes un activo muy bonito, muy productivo, pero irrealizable y, por lo tanto, sucumbirán tarde o temprano. Mi opinión es que vale más saltar por la ventana que dejarse arrastrar por la escalera.

—Ésa también es mi opinión, hija mía —dijo Pillerault a Constance.

Derville fue acompañado hasta la puerta por Constance y por Pillerault.

—¡Pobre padre mío! —dijo Césarine levantándose muy despacio para ir a depositar un beso en la frente de César. ¿De modo que no ha podido hacer nada Anselme? —preguntó la joven cuando su tío y su madre volvieron.

—¡Ingrato! —exclamó César al oír este nombre, que le recordaba el más reciente de sus engaños.

Desde el momento en que este anatema le fue lanzado el pequeño Popinot no pudo pegar los ojos, ni tuvo un momento de tranquilidad. El desgraciado muchacho maldecía a su tío y había ido a encontrarle. Para hacer capitular a aquella vieja experiencia judicial había desplegado la elocuencia del amor, esperando seducir al hombre por quien las palabras humanas se deslizaban como el agua sobre un toldo, ¡a un juez!

—Comercialmente hablando —le dijo—, la costumbre permite al asociado

gerente adelantar cierta suma al asociado comanditario, como anticipación de los beneficios, y nuestra sociedad ha de tener algunos beneficios. He examinado mis asuntos y me veo con fuerzas suficientes para pagar cuarenta mil francos en tres meses. La probidad de monsieur César me permite creer que esos cuarenta mil francos serán empleados en saldar sus letras. De este modo los acreedores, en caso de quiebra, no tendrán nada que reprocharnos. Por otra parte, tío mío, prefiero perder cuarenta mil francos que a Césarine. En este momento acaso esté enterada de mi negativa y va a retirarme su estimación. He prometido dar mi sangre por mi bienhechor. Estoy en el caso de un joven marino que debe zozobrar, teniendo de la mano a su capitán, y del soldado que debe perecer con su general.

—Tienes buen corazón y eres mal negociante, no perderás mi estimación —dijo el juez estrechando la mano a su sobrino—. He pensado mucho en eso —añadió—. Sé que estás locamente enamorado de Césarine y creo que puedes satisfacer las leyes del corazón y las del comercio.

—¡Ah!, tío mío, si ha encontrado usted el medio, salva usted un honor.

—Adelanta cincuenta mil francos a Birotteau haciendo una retroventa respecto a sus intereses en vuestro aceite, que convertirás en propiedad; yo te redactaré el acta.

Anselme abrazó a su tío, volvió a su casa, firmó por cincuenta mil francos de efectos, y corrió de la rue des Cinq-Diamant a la plaza Vendôme, de suerte que en el momento en que Césarine, su madre y su tío Pillerault miraban al perfumista sorprendidos del tono sepulcral con que éste había pronunciado la palabra «¡ingrato!» en contestación a la pregunta de su hija, la puerta del salón se abrió y apareció Popinot.

—Mi querido amo —dijo enjugándose la frente bañada en sudor—, aquí tiene usted lo que me ha pedido (tendió las letras). Sí, he estudiado mi posición, no tenga usted miedo, pagaré, salve, salve usted su honor.

—Estaba segura de él —exclamó Césarine cogiendo una mano a Popinot y estrechándosela convulsivamente.

La esposa de César abrazó a Popinot, y el perfumista se irguió como un justo al oír la trompeta del juicio final: ¡salía como de una tumba! Después extendió la mano con movimiento frenético para coger los cincuenta papeles timbrados.

—¡Un momento! —dijo el terrible tío Pillerault arrancándole las letras a Popinot—. ¡Un momento!

Los cuatro personajes que componían esta familia, César y su mujer, Césarine y Popinot, aturdidos por la acción de su tío y por su acento, le miraron con terror al ver cómo rompía las letras y las arrojaba al fuego, que las consumió, sin que ninguno de ellos le detuviese.

—¡Tío mío!

—¡Tío mío!

—¡Señor!

Estas exclamaciones fueron cuatro veces, cuatro corazones en uno solo, una

horrible unanimidad. El tío Pillerault tomó al pequeño Popinot por el cuello, le estrechó contra su corazón y le besó en la frente.

—Eres digno de la adoración de todos los que tienen corazón —le dijo—. Si amases a mi hija, aunque ella tuviese un millón y tú no poseyeses nada, ni eso (le mostró las cenizas negras de los efectos), si ella te amase, os casaría dentro de quince días. Tu amo —dijo designándole a César— está loco. Sobrino mío —dijo el grave Pillerault, dirigiéndose al perfumista—. ¡Sobrino mío, fuera ilusiones! Los negocios se hacen con escudos y no con sentimientos. Esto es sublime, pero inútil. He estado dos horas en la Bolsa y no tienes ni pizca de crédito; todo el mundo hablaba de tu desastre, de renovaciones rehusadas, de tentativas cerca de varios banqueros, de sus negativas, de tus locuras, de tu subida a un sexto piso para ir a buscar a un propietario charlatán como una cotorra, a fin de renovar mil doscientos francos, y de tu baile, dado para ocultar tus apuros. Hasta dicen que tú no tenías nada en casa de Roguin. Según tus enemigos, Roguin es un protexto. Un amigo mío, encargado de enterarse de todo, ha venido a confirmar mis sospechas. Todo el mundo presiente la emisión de las letras Popinot. Según ellos, lo has establecido expofeso para que te sirva de pantalla. En fin, todas las calumnias y maledicencias que se atrae sobre sí el hombre que quiere subir un peldaño más en la escala social corren a esta hora por todo el comercio. En vano intentarías negociar durante ocho días las cincuenta letras de Popinot entre el comercio, porque sufrirías humillantes negativas, nadie las querría, pues nada prueba el nombre al cual los pones, y esperan verte sacrificar a ese pobre muchacho en provecho tuyo. Habrías destruido por nada el crédito de la casa Popinot. ¿Sabes cuanto te daría el más atrevido de los prestamistas por esos cincuenta mil francos? Veinte mil, veinte mil, ¿oyes? En el comercio hay instantes en que es preciso estar tres días sin comer ante el mundo, y al cuarto es uno admitido en la despensa del crédito. Tú no puedes vivir estos tres días, y todo está ahí. Pobre sobrino mío, valor, es preciso presentar tu balance. Popinot y yo estamos a tu disposición, y vamos a trabajar juntos tan pronto como tus dependientes estén acostados, a fin de evitarte esas angustias.

—¡Tío mío! —dijo César juntando las manos.

—César, ¿quieres llegar a un balance deshonoroso en el que no haya activo? Tu interés en la casa Popinot te salva el honor.

César iluminado por este último y fatal resplandor de luz, vio al fin la horrible verdad en toda su desnudez, cayó en en su mecedora y ésta sobre sus rodillas; su razón se extravió y se tomó niño; su mujer le creyó moribundo y se arrodilló para levantarle, pero se unió a él cuando le vio juntar las manos, levantar los ojos y recitar, con resignada compunción en presencia de su tío, de su hija y de Popinot, la sublime oración de los católicos:

Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLO HOY y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación,

mas líbranos de mal. Amén.

Las lágrimas acudieron a los ojos del estoico Pillerault; Césarine, anegada en llanto, tenía la cabeza apoyada en el hombro de Popinot, que estaba pálido y rígido como una estatua.

—Bajemos —dijo el antiguo negociante al joven cogiéndole por el brazo.

A las once y media dejaron a César entregado a los cuidados de su mujer y de su hija. En este momento, Célestin, el primer dependiente, que durante esta secreta tormenta había dirigido la casa, subió a las habitaciones y entró en el salón. Al oír sus pasos, Césarine corrió a abrirle para que no viese el abatimiento del amo.

—Entre las cartas recibidas esta tarde —dijo—, hay una llegada de Tours y cuya dirección estaba mal puesta, lo cual ha sido la causa del retraso. He supuesto que es del hermano del señor, y no la he abierto.

—Padre mío —gritó Césarine—, ¡una carta de mi tío de Tours!

—¡Ah, estoy salvado! —exclamó César—. ¡Hermano mío! ¡Hermano mío! —dijo besando la carta.

RESPUESTA DE FRANÇOIS A CÉSAR BIROTTEAU

«Tours, 17 del corriente

»Mi muy amado hermano:

»Tu carta me ha causado la aflicción más viva, así que, después de haberla leído, he ido a ofrecer a Dios, por ti, el santo sacrificio de la misa, rogándole, por la sangre que su Hijo, nuestro divino Redentor, ha derramado por nosotros, que fije en ti una misericordiosa mirada. En el momento en que pronuncié mi oración *Pro meo frate Cesare*, lloré pensando en ti, de quien estoy, por desgracia, separado durante los días en que debe necesitar los socorros de la amistad fraternal; pero he pensando que sin duda me reemplazará el digno y venerable monsieur Pillerault. Mi querido César, en medio de tus penas, no olvides que ésta es una vida transitoria y de pruebas y que algún día seremos recompensados si sabemos sufrir por el santo nombre de Dios y por su santa Iglesia, y si observamos las máximas del Evangelio y practicamos la virtud; de otro modo, las cosas de este mundo no tendrían sentido. Te repito estas máximas porque sé cuán piadoso y bueno eres, y no ignoro que ocurre a veces que las personas que como tú, recorren el peligroso camino de los intereses humanos, se permiten blasfemar en medio de sus adversidades, cegados por su dolor. No maldigas a los hombres que te hieran ni al Dios que llena de amargura tu vida. No mires a la tierra, al contrario, levanta siempre los ojos al cielo, que allí está el consuelo de los débiles, allí está la riqueza de los pobres, allí están los terrores del rico...»

—Pero, hombre, mira ante todo si te envía algo —le dijo su mujer.

—¡Oh!, la repasaremos con frecuencia —repuso el comerciante enjugándose las lágrimas y entreabriendo la carta, de donde cayó una letra contra el Tesoro real—.

Pobre hermano mío, estaba seguro de él —añadió Birotteau cogiendo la letra.

Y después continuó leyendo con voz entrecortada por las lágrimas:

«...He ido a casa de madame de Listomère, y sin exponerle el motivo de mi petición, le he rogado que me prestase todo lo más que pudiera a fin de aumentar el fruto de mis economías. Su generosidad me ha permitido completar una suma de mil francos, que te envío en una letra contra el Tesoro...»

—¡Vaya un anticipo! —dijo Constance mirando a Césarine.

«...Privándome de algunas superfluidades de mi vida, en tres años podré devolver a madame de Listomère los cuatrocientos francos que me ha prestado. Así es que no te inquietes, mi querido César. Te envío todo lo que poseo en el mundo, deseando que esa suma pueda ayudarte a salir de tus apuros comerciales, que sin duda han de ser momentáneos. Conozco tu delicadeza, y voy a anticiparme a tus objeciones. No pienses en darme ningún interés por esa suma ni en devolvérmela el día de la prosperidad, que no tardará en llegar para ti, si Dios se digna escuchar las súplicas que le dirigiré cotidianamente.

»A juzgar por la última tuya que recibí hace dos años, te creía rico y pensé que podía disponer de mis economías en favor de los pobres; pero ahora todo lo que tengo te pertenece. Cuando hayas vencido ese ligero escollo de tu vida, guarda esa suma para Césarine, a fin de que, al casarse, pueda emplearla en alguna bagatela que le recuerde a un anciano tío cuyas manos se levantarán siempre al Cielo para pedir a Dios que derrame todas sus bendiciones sobre ella y sobre todos los seres que le sean queridos. En fin, mi amado César, no olvides que soy un pobre sacerdote que se conforma con la gracia de Dios, como las langostas del desierto, y que necesita poca cosa, porque sigue el sendero de su vida sin ruido, procurando obedecer los mandatos de Nuestro Señor. Piensa siempre en mí, considerándome como persona que te quiere. Nuestro excelente amigo el abate Chapeloud, al que no he manifestado tu situación, pero que sabe que te escribo, me encarga que te transmita su deseo de que continúes en la prosperidad y sus afectuosos recuerdos para ti y toda tu familia. Adiós, mi muy amado hermano, y sabe que hago votos a Dios porque, en la circunstancia en que os halláis, os conceda la gracia de conservaros la salud a ti, a tu mujer y a tu hija, deseándoos a todos paciencia y valor en las adversidades.

FRANÇOIS BIROTTEAU.

»Vicario de la iglesia catedral y parroquial de Saint-Gatien, de Tours.»

—¡Mil francos! —dijo madame Birotteau furiosa.

—Bésalos —dijo gravemente César—, porque no tiene otra cosa. Además, no olvides que son de nuestra hija, y que nos servirán para poder vivir sin tener que pedir

nada a nuestros acreedores.

—Creerán que les has sustraído importantes sumas.

—Les enseñaré la carta.

—Dirán que es una farsa.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! —gritó Birotteau aterrado—. ¡Cuántas veces he pensado yo eso de pobres gentes que sin duda estaban en la situación en que yo me hallo!

Demasiado inquietas por el estado en que se encontraba César, la madre y la hija permanecieron a su lado trabajando en profundo silencio. A las dos de la madrugada, Popinot abrió muy despacio la puerta del salón e hizo seña a Constance de que bajase. Al ver a su sobrina, Pillerault se quitó las antiparras y le dijo:

—Hija mía, aún hay una esperanza, no está perdido todo; pero tu marido no resistiría las alternativas de las negociaciones que hay que hacer y que Anselme y yo vamos a intentar. No salgas del almacén mañana y toma la dirección de todas las letras, porque tendremos tiempo hasta las cuatro. He aquí mi opinión. Ni monsieur Ragon ni yo somos de temer. Suponed ahora que los cien mil francos depositados en casa de Roguin hubieran sido entregados a los adquirentes y en este caso no obrarían en vuestro poder como no obran hoy. Os encontráis, pues, con una obligación de ciento cuarenta mil francos suscritos a la orden de Claparon, los cuales habría que pagar de todos modos. No es, por tanto, la bancarrota de Roguin lo que os arruina. Para hacer frente a vuestras obligaciones, yo veo cuarenta mil francos que habéis de tomar, tarde o temprano, a préstamo sobre vuestras fábricas, y sesenta mil francos de efectos Popinot. Se puede, pues, luchar, porque después podéis pedir prestado sobre los terrenos de la Madeleine. Si vuestro principal acreedor consiente en ayudaros, yo sacrificaré mi fortuna, venderé lo que tengo y me quedaré sin pan. Popinot estará entre la vida y la muerte, y vosotros estaréis a merced del menor accidente comercial. Popinot y yo acabamos de consultarnos y os sostendremos en esta lucha. ¡Ah, con cuánto gusto comeré pan seco si veo despuntar el éxito en el horizonte! Pero todo depende de Gigonnet y de los asociados de Claparon. Popinot y yo iremos a casa de Gigonnet, de siete a ocho, y sabremos a qué atenemos respecto a sus intenciones.

Constance se arrojó en brazos de su tío llorando amargamente y sollozando. Ni Popinot ni Pillerault podían saber que el Bidault, llamado Gigonnet, y Claparon servían de pantalla a du Tillet, el cual deseaba leer en el *Boletín* este terrible artículo:

«La sentencia del Tribunal de Comercio que declara en quiebra a monsieur César Birotteau, perfumista, habitante en la me de Saint-Honoré, número 397, fija provisionalmente la apertura para el 16 de enero de 1819. — Juez comisario, monsieur *Gobenheim Keller*. — Agente, monsieur *Molineux*.»

Anselme y Pillerault estudiaron los negocios de César. A las ocho de la mañana estos dos heroicos amigos, que no debían conocer nunca, más que por procuración,

las terribles angustias de los que habían subido las escaleras de la casa de Bidault, llamado Gigonnet, se encaminaron sin decirse palabra hacia la me Grenétat. Ambos sufrían y Pillerault tuvo que pasarse varias veces la mano por la frente.

La me de Grenétat es una calle en la que todas las casas, plagadas de comercios, ofrecen un aspecto repugnante. Sus construcciones tienen un carácter horrible y domina en ella la innoble suciedad de las fábricas. El anciano Gigonnet habitaba el tercer piso de una casa con ventanas provistas de sucios cristales. La escalera llegaba hasta la calle, y la portera se albergaba en el entresuelo, en una especie de jaula que no recibía más luz que la de la escalera. Excepto Gigonnet, todos los inquilinos ejercían oficio. Entraban, pues, y salían obreros en aquella casa, cuyos peldaños estaban revestidos de una capa de barro blanda o dura, según el tiempo, producto de mil inmundicias. En aquella fétida escalera, en cada descansillo se veían los nombres de cada fabricante escritos con letras doradas sobre una tela pintada de rojo. La mayor parte del tiempo, las puertas abiertas dejaban ver la extraña unión del hogar y de la fábrica, saliendo de ellas gritos y gruñidos inauditos, y cantos y silbidos que recordaban la hora de las cuatro de la tarde entre los animales del Jardín de Plantas. En el primer piso —que es un tugurio infecto— se hacían los tirantes más hermosos del *Artículo de París*. En el segundo, en medio de los más sucios escombros, se confeccionaban los cartones más elegantes que adornan el día de año nuevo los puestos de los bulevares y del *Palais Royal*. Dueño de un millón ochocientos mil francos, Gigonnet murió en el tercer piso de aquella casa, sin que ninguna consideración le moviese a salir de ella, no obstante la oferta de madame Saillard, su sobrina, que le daba una habitación en un palacio de la Place Royale.

—Valor —dijo Pillerault tirando del cordón de la campanilla que pendía de la limpia puerta, color gris, de la habitación de Gigonnet.

Gigonnet salió a abrir la puerta en persona. Los dos padrinos del perfumista atravesaron un primer cuarto correcto y frío, sin cortinas en las ventanas. Los tres se sentaron en el segundo, donde se hallaba el usurero ante un hogar lleno de cenizas, en medio de las cuales la leña se defendía de la voracidad del fuego. Popinot sintió el alma helada al ver la rigidez monástica de aquel despacho aireado como una bodega y miró con aire alelado el papel azul salpicado de flores tricolores que estaban pegado a las paredes hacía veinticinco años, fijando después sus tristes miradas en la chimenea, provista de un reloj en forma de lira y de hermosos vasos de Sèvres, ricamente montados sobre cobre dorado. Este resto, recogido por Gigonnet en el naufragio de Versalles, donde el irritado populacho lo deshizo e inutilizó todo, provenía del gabinete de la reina. Pero aquellos vasos preciosos iban acompañados de dos candelabros de miserable hierro batido que recordaban, por el contraste, la circunstancia a que eran debidos.

—Ya sé que viene por usted, a hablarme del gran Birotteau —dijo Gigonnet—. Bueno, ¿qué hay, amigos míos?

—Como no hemos de comunicarle nada nuevo, seremos breves —dijo Pillerault

—. ¿Tiene usted efectos a la orden de Claparon?

—Sí.

—¿Quiere usted cambiar los cincuenta mil francos primeros por efectos de monsieur Popinot, que está aquí presente? Pagando un descuento, ya se sabe.

Gigonnet se quitó aquel terrible gorro verde que parecía haber nacido con él, mostró su amarillento cráneo desprovisto de cabellos, hizo una mueca volteriana y dijo:

—¿Quieren ustedes pagarme en aceite para los cabellos? ¿De qué me servirá?

—Cuando usted bromea, no hay más remedio que huir —dijo Pillerault.

—Habla usted como un sabio que es —le dijo Gigonnet con halagüeña sonrisa.

—¿Y si yo garantizase los efectos de monsieur Popinot? —dijo Pillerault haciendo un último esfuerzo.

—Usted es oro en barras, monsieur Pillerault —dijo Gigonnet—; pero yo no necesito oro, y sí únicamente mi dinero.

Pillerault y Popinot saludaron y salieron, y al llegar a la calle, Popinot, cuyas piernas temblaban, dijo:

—¿Eso es un hombre?

—Como tal le consideran al menos —dijo el anciano—. Acuérdate siempre de esta corta escena, Anselme. Acabas de ver la banca sin la máscara de sus formas agradables. Los acontecimientos imprevistos son la tuerca de la prensa; nosotros somos los racimos, y los banqueros son los toneles. El negocio de los terrenos es indudablemente bueno. Gigonnet, o algún otro, desean estrangular a César para apoderarse de su parte. Todo está previsto, no hay remedio posible. He aquí lo que es la Banca; no recurras nunca a ella.

Después de aquella espantosa mañana en que madame Birotteau tomó por primera vez las direcciones de los que iban a buscar su dinero y despidió al cobrador del Banco sin pagarle, aquella valerosa mujer, satisfecha de haberle ahorrado estos dolores a su marido, vio llegar a las once a Anselme y a Pillerault, a quienes esperaba con la mayor ansiedad, y leyó en sus caras la sentencia. La presentación del balance era inevitable.

—Se va a morir de dolor —dijo la pobre mujer.

—Yo se lo deseo —dijo gravemente Pillerault—. En las actuales circunstancias, el único que puede salvarle a él, que es tan religioso, es el abate Loraux.

Pillerault, Popinot y Constance esperaron a que el dependiente hubiese ido a buscar al abate Loraux para presentar a César el balance que Célestin preparaba para la firma. A las cuatro llegó el buen sacerdote, púsole Constance al corriente de la desgracia que les hería, y el cura subió como el soldado que se encamina a la brecha.

—Ya sé por qué viene usted —exclamó Birotteau.

—Hijo mío —dijo el sacerdote—, hace tiempo que conozco sus sentimientos de resignación ante la voluntad divina; pero se trata de aplicarlos. Tenga fijos sus ojos en la cruz; y no cese de mirarla pensando en las humillaciones que sufrió en ella el

Salvador de los hombres. Medite acerca de las angustias de su pasión, y así podrá soportar mejor las mortificaciones que Dios le envía.

—Mi hermano el cura me había preparado ya —dijo César tendiendo a su confesor la carta que él había vuelto a leer varias veces.

—Tiene usted un buen hermano, una esposa amable y virtuosa, una hija buena y obediente, amigos verdaderos como su tío y Anselme y acreedores indulgentes como los Ragon —dijo el abate Loraux—. Todos estos buenos corazones derramarán incesantemente bálsamo sobre sus heridas y le ayudarán a soportar la cruz. Prométame usted tener la firmeza del mártir para afrontar la desgracia sin desfallecer.

El cura tosió para prevenir a Pillerault, que estaba en el salón.

—Mi resignación no tiene límites —dijo César con calma—. La hora de la deshonra ha llegado y sólo debo pensar en la reparación.

La voz y la actitud del perfumista sorprendieron a Césarine y al sacerdote. Sin embargo, nada era más natural. Todos los hombres soportan mejor una desgracia conocida y definida que las crueles alternativas de una suerte que de un instante a otro lleva a un ser de la excesiva alegría al excesivo dolor.

—He soñado durante veintidós años, y ahora despierto con mi hatillo al hombro —dijo César recordando sus tiempos de aldeano turenés.

Al oír estas palabras, Pillerault estrechó a su sobrino entre sus brazos. César vio a su mujer, a Anselme y a Célestin. Los papeles que llevaba el primer dependiente eran muy significativos y el perfumista contempló tranquilamente aquel grupo cuyas miradas eran tristes, pero amigas.

—Un momento —dijo quitándose la condecoración y entregándosela al abate Loraux—. Ya me la devolverá usted cuando pueda llevarla sin rubor. Célestin —dijo a su dependiente—, redacte usted mi dimisión de teniente de alcalde. El señor cura le dictará la carta, y usted le pondrá fecha del 14 y me hará el favor de enviársela, por Roguet, a monsieur de la Billardière.

Célestin y el cura bajaron. Durante un cuarto de hora reinó un profundo silencio en la habitación de César, cuya firmeza sorprendió a su familia. Célestin y el cura volvieron a poco y César firmó su dimisión. Cuando el tío Pillerault le presentó el balance, el pobre hombre no pudo reprimir un ligero movimiento nervioso.

—¡Dios mío, tener piedad de mí! —dijo firmando el terrible documento y tendiéndoselo a Célestin.

—Señora, señora —dijo entonces Anselme Popinot—, hágame el honor de concederme la mano de la señorita Césarine.

Al oír estas palabras, todos los asistentes derramaron lágrimas, excepto César, el cual se levantó, tomó la mano de Anselme y le dijo con voz conmovida:

—Hijo mío, nunca consentiré que te cases con la hija de un insolvente.

Entonces, Anselme miró a Birotteau y le dijo:

—Señor, ¿se compromete usted, en presencia de toda su familia, a consentir nuestro matrimonio, si la señorita no opone obstáculos, el día en que quede usted

rehabilitado?

Hubo un momento de silencio, durante el cual todo el mundo se mostró admirado de las sensaciones que denotó el agobiado rostro del perfumista.

—Sí —dijo al fin.

Anselme hizo un indescriptible gesto para tomar la mano de Césarine y besársela con entusiasmo.

—¿Consiente usted también? —le preguntó a Césarine.

—Sí —dijo ella.

—Entonces ya soy de la familia y tengo derecho a ocuparme de sus asuntos — exclamó Popinot con entusiasmo.

Anselme salió precipitadamente para no dejar ver una alegría que contrastaba demasiado con el dolor de su amo. No es que celebrase precisamente la quiebra, pero ¡es el amor tan absoluto, tan egoísta! La misma Césarine sentía una emoción que contrastaba con su amarga tristeza.

—Ya que hemos empezado, acabemos —dijo Pillerault al oído de Constance.

Madame Birotteau hizo un signo de dolor, más bien que de asentimiento.

—Sobrino mío —dijo Pillerault dirigiéndose a César—, ¿qué piensas hacer?

—Continuar en el comercio.

—No soy de la misma opinión —dijo Pillerault—. Liquida, distribuye el activo entre tus acreedores y no vuelvas a aparecer más en París, Yo me he supuesto muchas veces una posición análoga a la tuya... (¡Ah!, hay que preverlo todo en el comercio.) El negociante que no piensa en la quiebra es como el general que contase no ser derrotado nunca; sólo es negociante a medias. Yo nunca hubiera continuado. ¡Cómo! ¿Tener que inclinar la cerviz ante los hombres a quienes perjudiqué y recibir sus desconfiadas miradas y sus tácitos reproches? Concibo la guillotina..., porque en un instante se acaba. Pero tener una cabeza que renace y sentir que la cortan a uno todos los días, ha de ser insoportable. Muchas gentes continúan los negocios como si nada les hubiese ocurrido. Mejor para ellos, veo que son más fuertes que Claude-Joseph Pillerault. Si trabaja uno al contado, lo cual es casi forzoso, dicen que ha sabido arbitrarse recursos, y si no tiene uno un céntimo, nunca levanta cabeza. Buenas tardes. Abandona el activo, permite que vendan tus existencias y haz otra cosa.

—¿Qué? —dijo César.

—Busca una colocación —dijo Pillerault—. ¿No tienes protectores? Los duques de Lenoncourt, madame de Mortsauf, monsieur de Vandenesse. Escríbeles, visítalos, y acaso te coloquen en palacio con mil escudos de sueldo; tu mujer hará otro tanto y tal vez tu hija haga lo propio. La situación no es desesperada. Entre los tres podréis reunir cerca de diez mil francos anuales, y en diez años puedes pagar cien mil francos, pues no necesitas echar mano de nada de lo que ganes. Tu mujer y tu hija tendrán mil quinientos francos en mi casa para sus gastos, y respecto a ti, ya veremos.

Aunque no lo hizo César, Constance reflexionó acerca de estas juiciosas palabras. Pillerault se encaminó a la Bolsa, que estaba situada en una sala redonda hecha

provisionalmente con maderos, en la que se entraba por la rue Feydeau. La quiebra del perfumista conocida ya, originaba un rumor general entre las gentes del alto comercio, entonces constitucional. Los comerciantes liberales veían en el baile de Birotteau una audaz empresa encaminada a salir airoso valiéndose de sus sentimientos. Los de la oposición creían que estaba permitido a los realistas amar al rey, pero entendían que el amor a la patria era privilegio de la izquierda y que el pueblo le pertenecía. El poder había hecho mal en celebrar por medio de sus funcionarios un acontecimiento cuya explotación exclusiva deseaban tener los liberales. La caída de un protegido del palacio, de un ministerial, de un realista incorregible que insultaba a la libertad batiéndose el 13 de Vendimiaro contra la gloriosa revolución francesa, excitaba la risa y los aplausos de la Bolsa. Pillerault quería estudiar y conocer la opinión, y encontró en uno de los grupos más animados, a du Tillet, a Gobenheim-Keller, a Nucingen, al alsaciano Guillaume y a su yerno Joseph Lebas, Claparon, Gigonnet, Mongenod, Camusot, Gobseck, Adolphe Keller, Palma, Chiffreville, Matifat, Grindot y Lourdois.

—¡Qué prudencia se necesita! —dijo Gobenheim a du Tillet—. Ha estado en un tris que mis cuñados no concediesen un crédito a Birotteau.

—A mí me pidió diez mil francos hace quince días y yo se los di con su sola firma —dijo du Tillet—; pero hubo un tiempo en que me hizo algún favor, y se los perdono de buena gana.

—Su sobrino ha hecho como los demás: ha dado fiestas —dijo Lourdois a Pillerault—. Que un bribón quiera deslumbrar a la gente para ganarse su confianza, lo concibo; ¡pero que un hombre que pasaba por la crema de la honradez haya recurrido a estas tretas en que sabemos cae generalmente la gente!

—Como sanguijuelas —dijo Gobseck.

—No confíe usted más que en los que viven en cuchitriles, como Claparon —dijo Gigonnet.

—Hombre —dijo Nucingen a du Tillet—, usted ha *queguido jugagme* una buena enviándome a *Bigotteau*. No se *pog* qué dejó de *enviag* a *buscag* a mi casa cincuenta mil francos, pues yo se lo *hubiega* entregado —añadió volviéndose a Gobenheim, el manufacturero.

—¡Oh, no, señor barón —dijo Joseph Lebas—, usted debía saber que el Banco había rechazado su papel, usted mismo lo hizo rechazar en el comité de descuentos! El asunto de ese pobre hombre, a quien tengo en gran estima, no me parece aún muy claro.

En este momento, Pillerault estrechó la mano a Joseph Lebas.

—En efecto —dijo Mongenod—, es imposible explicar lo que ocurre, a menos de suponer que detrás de Gigonnet se oculten banqueros que deseen arruinar el negocio de la Madeleine.

—Les ocurre lo que les ocurrirá a cuantos se salgan de su especialidad —dijo Claparon interrumpiendo a Mongenod—. Si hubiese trabajado su *Aceite Cefálico* en

lugar de venir a encarecemos los terrenos, habría perdido los cien mil francos de Roguin, pero no hubiera quebrado. Ahora creo que va a trabajar con el nombre de Popinot.

—Señores, cuidado con Popinot —dijo Gigonnet.

Según aquella masa de negociantes, Roguin era el *infortunado Roguin*, mientras que Birotteau era el *pobre Birotteau*. El uno tenía excusa en su gran pasión, mientras que el otro parecía más culpable a causa de sus pretensiones. Al dejar la Bolsa, Gigonnet pasó por la rue de Perrin-Gasselin antes de ir a la de Grenétat, y entrando en casa de madame Madou, tratante en frutas secas, le dijo:

—¡Hola, mamá Madou! ¿Cómo va nuestro comercio?

—Vamos tirando —dijo respetuosamente madame Madou, ofreciendo al usurero su único sofá con un afectuoso servilismo que sólo había empleado con su *querido difunto*.

Madame Madou, que tumbaba de un empujón a un carretero, que no hubiese temido tomar por asalto las Tullerías el 10 de octubre, que regañaba a sus mejores parroquianos y que era, en fin, capaz de dirigir la palabra al rey, sin temblar, en nombre de las verduleras, Angélique Madou recibía a Gigonnet con profundo respeto. Sin fuerzas en su presencia, temblaba bajo su áspera mirada. La gente del pueblo temblará aún por espacio de mucho tiempo al verse ante el verdugo, y Gigonnet era el verdugo de las mujeres del mercado. En este lugar ningún poder es más respetado que el del hombre que procura dinero, y las demás instituciones no son nada al lado de él. La justicia misma está representada, a los ojos de las vendedoras, por el comisario, personaje con el cual se familiarizan; pero la usura parapetada en su pasividad, la usura implorada infunde miedo en el corazón, seca la garganta, abate el orgullo de la mirada y hace al pueblo respetuoso.

—¿Tiene usted acaso algo que pedirme?

—Nada, una miseria: dispóngase a pagar los efectos de Birotteau, porque el buen hombre ha hecho quiebra —dijo Gigonnet.

Los ojos de madame Madou se concentraron primero como los de una gata y después vomitaron llamas.

—¡Ah!, el bandido, el malvado; ¡y vino él mismo a decirme que era teniente de alcalde! ¡Todo está igual en el comercio! No puede una dar fe ni a los alcaldes. El gobierno nos engaña. Espere usted, que ahora voy yo misma a cobrar...

—Amiga mía, en estos negocios cada uno sale del paso como puede —dijo Gigonnet disponiéndose a marcharse.

—Bueno, bueno; ya me las compondré yo. ¡Marie Jeanne! Dame en seguida mis zuecos y mi cachemira de piel de conejo, si no quieres que te largue una guantada...

—La escena se va a desarrollar en plena calle —dijo Gigonnet frotándose las manos—. Du Tillet estará contento, pues veo que habrá escándalo en el barrio. No sé lo que le ha hecho a él ese pobre perfumista que, en medio de todo, me da mucha lástima porque es débil; casi no es hombre.

A eso de las siete de la tarde, madame Madou cayó como una bomba a la puerta del pobre Birotteau, abriéndola con excesiva violencia, pues la caminata que había hecho la enfureció aún más.

—Pillastres, sinvergüenzas, necesito mi dinero, quiero mi dinero. Si no se me paga inmediatamente me llevaré mercancías por valor de dos mil francos. ¡Habrás visto nunca alcaldes que roban a sus administrados! Si no me paga usted le envío a galeras, me voy a casa del procurador del rey y hago que la justicia siga su curso. En fin, que no salgo de aquí sin mi dinero.

Y diciendo esto, forcejeaba por romper los cristales de un armario en donde estaban colocadas las mercancías de más valor.

—¡La Madou está que arde! —dijo Célestin en voz baja a su vecino.

La tendera oyó esta frase (pues en los paroxismos de la rabia los oídos tienen una finura especial), y aplicó en el carrillo de Célestin la bofetada más vigorosa que jamás fue dada en un almacén de perfumería, diciéndole al mismo tiempo:

—Ángel mío, aprende a respetar a las mujeres, y no vuelvas a reírte de aquellos a quienes estafan o roban.

—Señora —dijo Constance saliendo de la trastienda donde por casualidad se hallaba su marido, al que Pillerault quería llevarse consigo, pero que, su afán de obedecer las leyes, quería dejarse prender—, señora, en nombre del cielo no llame usted la atención de los transeúntes.

—¡Eh!, que entren si quieren —dijo aquella mujer—; yo les explicaré lo ocurrido, que es cosa de reír. Sí, mis mercancías y mi dinero, amontonados con el sudor de mi frente, les sirven a ustedes para dar bailes. Va usted vestida como una reina de Francia con la lana que les quita a pobres corderos como yo. ¡Jesús!, a mí me quemaría las manos nada que fuese robado. Yo no voy vestida más que con piel de conejo, pero esta piel es mía. ¡Bandidos, ladrones!, mi dinero o...

E interrumpiendo sus insultantes dicerios, la Madou se precipitó sobre un escaparate lleno de preciosos objetos de tocador.

—Señora, deje usted eso —dijo César presentándose—; nada de lo que hay aquí es mío; todo pertenece a mis acreedores. Sólo poseo mi persona, y, si usted quiere apoderarse de ella y meterme en la cárcel, yo le doy mi palabra de honor de que esperaré aquí a los alguaciles —dijo César llorando.

El tono y el gesto en armonía con la acción, apaciguaron la cólera de madame Madou.

—Un notario se ha escapado con mi fortuna, y yo soy inocente de los desastres que causo —repuso César—; pero usted cobrará lo que le debo, aunque para ello tenga que trabajar como un negro.

—Vamos, veo que es usted un hombre honrado —dijo la Madou—. Señora, perdone usted mis palabras; pero yo voy a tenerme que tirar al río, porque Gigonnet me perseguirá y sólo tengo valores a diez meses para satisfacer sus condenadas letras.

—Venga usted a verme mañana y yo haré que se los descuenta al cinco por ciento

un amigo mío —dijo Pillerault presentándose.

—¡Cómo! ¡Es el honrado Pillerault! ¡Oh!, si este señor es tío suyo, ya veo que son ustedes honrados y que no perderé yo nada —dijo a Constance—. Hasta mañana, anciano Bruto —añadió dirigiéndose al quincallero.

César quiso permanecer a toda costa en medio de sus ruinas, diciendo que de aquel modo se explicaría con todos sus acreedores. A pesar de las súplicas de su sobrina, Pillerault aprobó la conducta de César, y le hizo subir a sus habitaciones. El astuto anciano corrió a casa de monsieur Haudry, le explicó la situación de Birotteau, le pidió una receta para una poción somnífera, fue él mismo a buscarla, y volvió a pasar la velada a casa de su sobrino. De acuerdo con Césarine, obligó a César a beber como ellos, y el narcótico durmió al perfumista, el cual despertó, catorce horas después en el cuarto de su tío Pillerault, quien se había preparado un catre en el salón de su casa. Cuando Constance oyó rodar el coche en que su tío Pillerault se llevaba a César, el valor la abandonó. Muchas veces nuestras fuerzas son estimuladas por la necesidad de sostener a un ser más débil que nosotros. La pobre mujer, al verse sola con su hija, lloró como hubiera llorado si César hubiese muerto.

—Mamá —dijo Césarine sentándose en las rodillas de su madre y haciéndole esas caricias de gata que saben prodigarse las mujeres entre sí—. Tú me has dicho que si yo tenía valor para aceptar nuestra situación tendrías fuerzas contra la adversidad. No llores, pues, mamá querida. Yo estoy dispuesta a entrar en un almacén y a no pensar más en lo que éramos. Como tú cuando eras joven, seré primera dependienta, y no oirás nunca una queja de mis labios. Tengo una esperanza. ¿No has oído a monsieur Popinot?

—¡Pobre muchacho! No será yerno mío...

—¡Oh, mamá!...

—Será verdaderamente mi hijo.

—Lo único que tiene de bueno la desgracia es que nos enseña a conocer los buenos amigos —dijo Césarine abrazando a su madre.

Césarine acabó por suavizar la pena de la pobre mujer desempeñando con ella el papel de madre.

Al día siguiente por la mañana, Constance se fue a casa del duque de Lenoncourt, que era uno de los primeros hidalgos de la Cámara del rey, y dejó allí una carta en la cual le pedía audiencia para una hora fijada. Entre tanto se fue a casa de monsieur de la Billardière, le expuso la situación en que colocaba a César la huida del notario, y le rogó que la recomendase al duque a fin de obtener una plaza para Birotteau, el cual sería el cajero más probo.

—El rey acaba de nombrar al conde de Fontaine para una dirección general en el ministerio de la Casa Real y no hay tiempo que perder.

A las dos de la tarde, La Billardière y Constance subían la gran escalera del palacio de Lenoncourt, y eran introducidos en el despacho de uno de los hidalgos a quien más hubiese preferido el rey, si el rey Luis XVIII hubiese tenido preferencias.

La amable acogida de este gran señor, que pertenecía al pequeño número de los verdaderos hidalgos que el siglo pasado legó a éste, dio ciertas esperanzas a madame César. La mujer del perfumista se mostró grande y sencilla en medio de su dolor. El dolor ennoblece a las personas más vulgares, pues tiene su grandeza, y para ostentarla basta ser sincero. Constance era una mujer esencialmente sincera. Se trataba de hablar inmediatamente al rey.

En medio de la conferencia se anunció a monsieur de Vandenesse y el duque exclamó:

—¡He aquí a su salvador!

Madame Birotteau no era desconocida para este joven, el cual había ido a su casa una o dos veces a buscar esas bagatelas que suelen ser tan importantes como las grandes cosas. El duque explicó los deseos, de La Billardière. Al saber la desgracia que hería al ahijado de la marquesa de Uxelles, Vandenesse se fue en el acto, con La Billardière, a casa de monsieur el conde de Fontaine, rogando a madame Birotteau que le esperase.

Al igual que La Billardière, monsieur el conde de Fontaine era uno de esos valientes hidalgos de provincias, héroes casi desconocidos que hicieron la guerra de la Vendée, y conocía a Birotteau por haberle visto antaño en «La Reina de las Rosas». La gente que había derramado su sangre por la causa real gozaba en aquella época de privilegios que el rey mantenía secretos para no asustar a los liberales, y monsieur de Fontaine, que era uno de sus favoritos, pasaba por hombre de toda su confianza. El conde no sólo prometió una plaza, sino que se fue a casa del duque de Lenoncourt, a quien rogó que pidiese aquella misma noche, para monsieur de La Billardière, una audiencia al rey, el cual quería entrañablemente a este antiguo diplomático vendeano.

Aquella misma noche también, monsieur el conde de Fontaine se fue de las Tullerías a casa de madame Birotteau para decirle que, como no hubiese vacante en la Casa Real, su marido sería empleado oficialmente con dos mil quinientos francos, en la Caja de Amortización.

Este éxito no era más que una parte de la labor de madame Birotteau. La pobre mujer había ido también a la rue de Saint-Denis, al «Gato que juega a la pelota», a ver a Joseph Lebas. Por el camino encontró en un magnífico coche a madame Roguin, la cual iba sin duda de compras. Sus miradas y las de la hermosa notaría se cruzaron, y la vergüenza que la mujer feliz no pudo reprimir al ver a la mujer arruinada dio valor a Constance.

«Nunca arrastraré coche con el bien ajeno», se dijo la perfumista.

Recibida por Joseph Lebas, Constance le rogó que le procurase una colocación a su hija en alguna respetable casa de comercio. Lebas no prometió nada, pero ocho días después Césarine tenía comida, albergue y mil escudos anuales en la casa más rica de novedades de París, la cual fundaba un nuevo establecimiento en el barrio de los Italianos. La caja y el almacén fueron confiados a la hija del perfumista, la cual reemplazaba a los amos de la casa.

Respecto a Constance, se fue aquel mismo día a casa de Popinot a rogarle que la admitiese en su tienda para llevar la Caja y los libros y ser su ama de llaves. Popinot comprendió que su casa era la única donde la mujer del perfumista podría hallar los respetos y la consideración que merecía, y el noble muchacho se comprometió a mantenerla, darle albergue y tres mil francos al año. Popinot se trasladó a la buhardilla, cediéndole su cuarto a su antigua ama, y, de esta suerte, la hermosa perfumista, después de haber gozado durante un mes de las suntuosidades de su habitación, se vio obligada a habitar el espantoso cuarto donde Gaudissart, Anselme y Finot habían inaugurado el *Aceite Cefálico*.

Cuando Molineux, que había sido nombrado agente por el Tribunal de Comercio, fue a tomar posesión del activo de César Birotteau, Constance, ayudada por Célestin, hizo el inventario con él, y realizado éste, madre e hija salieron a pie y pobremente vestidas y se fueron a casa de su tío Pillerault sin volver la cabeza, y después de haber permanecido en aquella casa la tercera parte de su vida. Silenciosas ambas, se encaminaron a la rue des Bourdonnais, donde comieron con César por primera vez después de su separación. Triste fue aquella comida. Todos habían tenido tiempo de reflexionar, de medir la extensión de sus obligaciones y de sondear su valor, y los tres estaban en la actitud de marineros dispuestos a luchar contra el mal tiempo sin ocultarse el peligro. Birotteau recobró algún valor al saber la solicitud con que algunos personajes le habían procurado un porvenir; pero lloró al saber lo que iba a ser de su hija, y no pudo menos de tender la mano a su mujer al ver el valor con que ésta se disponía a reanudar el trabajo.

El tío Pillerault lloró por primera vez en su vida al ver el cuadro conmovedor que formaban aquellos tres seres queridos y confundidos en medio de un abrazo, después del cual Birotteau, el más abatido y el más débil de los tres, levantó la mano diciendo:

—¡Esperemos!

—Para economizar, vivirás en mi casa y participarás de mi pan —le dijo el tío—. Hace tiempo que me aburro solo y que ansio reemplazar a aquel pobre muchacho que perdí. De aquí a tu oficina no hay más que un paso.

—Dios de bondad, en medio de la tormenta me consuela el ver que aún hay estrellas que me guían —exclamó Birotteau.

Cuando el desgraciado se resigna, agota su desgracia. La caída de Birotteau quedó desde entonces decidida, y al dar él su consentimiento aviniéndose a ella, recobraba en parte sus fuerzas.

Después de haber quebrado, un comerciante sólo debería ocuparse ya de encontrar un oasis en Francia o en el extranjero para vivir en él sin mezclarse en nada como un niño que es, pues la ley lo declara menor e incapaz de todo acto legal, civil y cívico. Pero no ocurre nada de esto. Antes de reaparecer, espera obtener un salvaconducto que jamás niega ningún juez comisario ni acreedor; pues si lo encontrasen sin este *exeat*, sería encarcelado, mientras que provisto de esta salvaguardia se pasea como parlamentario por el campo enemigo, no por curiosidad,

sino para burlar las malas intenciones de la ley relativas a los quebrados. El efecto de toda ley que atañe a la vida privada consiste en desarrollar prodigiosamente las travesuras del espíritu. El pensamiento de los quebrados, como el de todos aquellos cuyos intereses están contrarrestados por una ley cualquiera, estriba en anularla, por lo que atañe a ellos. La situación del muerto civil o del quebrado es una especie de crisálida, dura unos tres meses, que es el tiempo exigido por las formalidades antes de llegar al congreso donde se firma entre los acreedores y el deudor un tratado de paz, transacción llamada concordato. Esta palabra indica claramente que la concordia reina después de la tempestad originada entre intereses violentamente encontrados.

En vista del balance, el Tribunal de Comercio nombra inmediatamente un juez comisario que vela por los intereses de la masa de acreedores desconocidos y debe también proteger al quebrado contra los ataques vejatorios de sus acreedores irritados; doble papel que sería magnífico de desempeñar si los jueces comisarios tuvieran tiempo para ello. Este juez comisario da a un agente el derecho de intervenir en los fondos, los valores y las mercancías, fiscalizando el activo que arroja el balance, y por fin el escribano convoca una junta de acreedores al son de trompeta de los anuncios en todos los periódicos. Los acreedores falsos o verdaderos tienen derecho a concurrir y a reunirse a fin de nombrar síndicos que reemplazan al agente, se convierten por una ficción de la ley en el quebrado mismo y pueden liquidarlo todo, venderlo todo y transigir con todo si el quebrado no se opone a ello. La mayor parte de las quiebras parisienses cesan al ser nombrados los síndicos provisionales y he aquí porqué.

El nombramiento de uno o varios síndicos definitivos es uno de los actos más apasionados a que pueden entregarse los acreedores sedientos de venganza, burlados, chasqueados, afrentados, careados, robados y engañados. Aunque en general los acreedores sean engañados, robados, mareados, afrentados, chasqueados y burlados, no existe en París ninguna pasión comercial que viva ochenta días. A los ochenta días todos los acreedores, extenuados de cansancio por las marchas y contramarchas que exige una quiebra, duermen al lado de sus excelentes mujercitas. Esto puede servir a los extranjeros para comprender cómo en Francia lo provisional suele ser definitivo: de mil síndicos provisionales, no hay cinco que lleguen a ser definitivos. La razón de esta abjuración de los odios engendrados por una quiebra va a ser comprendida en seguida. Pero es necesario antes explicar el drama de una quiebra a las gentes que no tienen la dicha de ser negociantes, a fin de hacerles comprender al mismo tiempo cómo constituye en París una de las bromas legales más monstruosas y cómo la quiebra de César iba a ser una enorme excepción.

Este hermoso drama comercial tiene tres actos distintos: el acto del agente, el acto de los síndicos y el acto del concordato. Como todas las piezas teatrales, ofrece un doble espectáculo: hay un ensayo general para el público y sus medios ocultos; hay la representación vista desde la butaca y la representación vista entre bastidores. En los bastidores están el quebrado y su representante, el procurador de los comerciantes,

los síndicos y el agente, y por fin el juez comisario. Nadie fuera de París sabe y nadie en París ignora que un juez del tribunal es el magistrado más extraño que una sociedad se haya permitido crear. Este juez puede temer a cada paso su propia justicia para sí mismo. París ha visto quebrar al presidente de su Tribunal de Comercio. En lugar de ser un comerciante retirado de los negocios que obtuviera tal magistratura como recompensa de una vida sin tacha, este juez suele ser un comerciante cargado de negocios al frente de una inmensa casa. La condición *sine qua non* para la elección de este juez, encargado de juzgar las avalanchas de procesos comerciales que se forman incesantemente en la capital, es la de tener sobrado trabajo para dirigir sus propios negocios. Este Tribunal de Comercio, en lugar de haber sido instituido como una útil transición de la que el negociante pudiera elevarse sin ridículo a las regiones de la nobleza, se compone de negociantes en ejercicio que pueden ser enemigos del quebrado, como lo era du Tillet de Birotteau.

El juez comisario es, pues, necesariamente un personaje ante el cual se dicen muchas palabras, que escucha pensando en sus negocios y se atiene a la decisión de los síndicos y del procurador, salvo extraños casos en que los robos se presentan en circunstancias tan curiosas, que le obligan a decir que los acreedores o el deudor son gentes hábiles. Este personaje, colocado en el drama como un busto real en una sala de audiencia, se encuentra por la mañana entre cinco y siete en su almacén si es tratante en maderas, en su tienda si es perfumista como Birotteau, o por la noche en su casa, pero siempre sumamente atareado; así es que este personaje es generalmente mudo. Pero hagamos justicia a la ley: la legislación por que se rige la materia ha atado de manos al juez comisario, que en algunos circunstancias consagra fraudes sin poderlos impedir, como vais a ver.

El agente, en lugar de ser el representante de los acreedores, puede convertirse en el representante del deudor. Cada uno espera poder aumentar su parte pidiendo ventajas al quebrado, al cual siempre se le suponen tesoros ocultos. El agente puede sacar partido de ambas partes, ora no atacando los intereses del quebrado, o bien obteniendo algo para algún acreedor: come, pues, a dos carrillos. Muchas veces un agente hábil ha anulado el juicio rescatando los créditos y salvando al negociante, el cual salta entonces como una bala elástica. Generalmente, el agente se inclina hacia la despensa mejor provista, ya defendiendo a los acreedores fuertes y descubriendo al deudor, ya inclinando a los acreedores en beneficio del negociante. El acto del agente es el acto decisivo. Este hombre, lo mismo que el procurador, sólo acepta su papel cuando está seguro de sus honorarios. De mil quiebras, en novecientas cincuenta el agente se pone de parte del quebrado. En la época en que tiene lugar esta historia, casi todos los procuradores iban a ver al juez comisario para proponerle el nombramiento de un agente que solía ser el suyo, como hombre que conocía los asuntos del negociante y que sabría conciliar los intereses de la masa y los del hombre honrado caído en desgracia. De algunos años a esta parte, los jueces hábiles suelen preguntar cuál es el agente que desea el procurador a fin de no tomarlo y de

nombrar a otro que sea casi virtuoso.

Durante este acto se presentan los acreedores falsos o verdaderos para designar los síndicos *provisionales*, que son, como se ha dicho ya, definitivos. En esta asamblea electoral, lo mismo tienen derecho a votar los acreedores a quienes se deben cinco francos, que aquellos a quienes se debe cincuenta mil: se cuentan los votos, pero no se pesan. Esta asamblea, de la que forman parte los falsos electores, introducidos por el quebrado, propone como candidatos a los acreedores, de los cuales puede elegir síndicos el juez comisario, quien toma casi siempre de mano del quebrado los síndicos que a éste le conviene tener: otro abuso que hace que esta catástrofe sea uno de los dramas más burlescos que la justicia pueda proteger: el hombre honrado caído en desgracia, dueño del terreno, legaliza entonces el robo que ha meditado. Generalmente el pequeño comercio de París está puro de toda mancha. Cuando un tendero llega a declararse en quiebra, ha vendido ya el chal de su mujer, ha empeñado los cubiertos de plata y ha sucumbido con las manos vacías, arruinado y sin dinero siquiera para pagar al agente, el cual se preocupa muy poco de él.

La ley quiere que el concordato que libra al negociante de una parte de su deuda y le da derecho a continuar sus negocios sea votado por una mayoría de sumas y de personas. Esta gran obra exige hábil diplomacia, ejercitada en medio de los intereses contrarios del quebrado, de los síndicos y del procurador, que se cruzan y chocan irnos con otros. La anomalía habitual, la vulgar, consiste en ofrecer a la parte de acreedores que constituyen la mayoría exigida por la ley, primas a pagar por el deudor, además de los dividendos establecidos en el concordato. Para este inmenso fraude no hay remedio alguno. Los treinta tribunales de comercio que se han sucedido lo conocen por haberlo practicado. Instruidos por una larga experiencia, los tribunales acabaron últimamente por decidirse a anular los efectos tildados de fraude; y como los quebrados tenían interés en quejarse de esta *extorsión*, los jueces esperaron moralizar así la quiebra, y lo que hicieron fue desmoralizarla; los acreedores inventaron entonces vergonzosas tretas, que los jueces censuraron como jueces, pero de las cuales se aprovecharon como negociantes.

Otra maniobra muy usada, a la cual se debe la expresión de acreedor serio y legítimo, consiste en crear acreedores, como du Tillet había creado una casa de Banca, y en introducir una cierta cantidad de Claparones, tras los cuales se oculta el quebrado, quien, desde entonces, disminuye en otro tanto el dividendo de los verdaderos acreedores, creando así recursos para el porvenir y procurando la cantidad de votos y de sumas necesarias para obtener el concordato. Los *acreedores falsos e ilegítimos* son como falsos electores introducidos en el colegio electoral. ¿Qué puede hacer el acreedor serio y legítimo contra los *acreedores falsos e ilegítimos*? ¡Desembarazarse de ellos atacándoles por modos distintos! Pero para arrojar al intruso, el acreedor verdadero y legítimo tiene que abandonar sus negocios y encargarse de su causa a un procurador, el cual, como no gana casi nada en esto, prefiere defender quiebras y trata el asunto sin interés. Para desenmascarar al acreedor falso

se necesita entrar en el dédalo de las operaciones, remontarse a épocas distantes, hojear los libros, obtener, por autoridad de justicia, los del falso acreedor, descubrir la inverosimilitud de la ficción, demostrársela a los jueces del tribunal, pleitear, ir, venir y hacer el oficio de don Quijote frente a cada acreedor falso e ilegítimo, el cual, si llega a ser tildado de falsedad, se retira saludando a los jueces y diciendo:

—Dispensen, se engañan ustedes, yo soy muy verdadero.

Entre tanto, los negocios de don Quijote van mal, hasta el punto de correr riesgo de quiebra.

Moral: el deudor nombra sus síndicos, fiscaliza sus créditos y se arregla él mismo el concordato.

Después de estos datos, ¿quién no adivina las mil intrigas a que dan lugar estos dos sistemas? No existe quiebra que no engendre intrigas bastantes para dar materia a catorce volúmenes de Clarisa Harlowe al autor que quisiera escribirlos. Un solo ejemplo bastará. El ilustre Gobseck, el maestro de los Palma, de los Gigonnet, de los Werbrust, de los Keller y de los Nucingen, habiéndose encontrado en una quiebra en que se proponía reventar a un negociante que había sabido engañarle, recibió en efectos próximos a vencer después del concordato la suma que, unida a la de los dividendos, formaba el importe íntegro de su crédito. Gobseck determinó la aceptación de un concordato que consagraba el setenta y cinco por ciento de rebaja al quebrado, y he aquí a los acreedores engañados en provecho de Gobseck; pero el negociante había firmado los efectos ilícitos de su razón social en quiebra y pudo aplicar a estos efectos la deducción del setenta y cinco por ciento. Gobseck, el gran Gobseck, apenas recibió el cincuenta por ciento, así es que siempre saludaba a su deudor con un respeto irónico.

Como todas las operaciones entabladas por un quebrado diez días antes de la quiebra pueden ser recriminadas, algunos hombres prudentes procuran entablar varios negocios con cierto número de acreedores, cuyo interés estriba en llegar a un pronto concordato. Algunos acreedores muy astutos van a ver a otros muy necios o muy ocupados, les describen la quiebra con colores muy negros, les compran sus créditos por la mitad de lo que valdrán en la liquidación y entonces recobran su dinero mediante el dividendo de sus créditos y la mitad, la tercera o la cuarta parte ganada con los créditos comprados.

La quiebra es el cierre más o menos hermético de una casa donde el pillaje ha dejado algunos sacos de dinero. ¡Feliz el negociante que se desliza por la ventana, por el tejado, por las bodegas o por algún agujero, y que toma un saco de dinero y aumenta su parte! En esta derrota, en la que se lanza el ¡sálvese el que pueda! del Beresina, todo es ilegal y legal, falso y verdadero, honroso y deshonroso. El hombre que se *cubre* es admirado. Cubrirse es apoderarse de algunos valores en detrimento de los demás acreedores. Francia ha presenciado los debates de una inmensa quiebra ocurrida en una ciudad donde había Audiencia, cuyos magistrados, que tenían cuenta corriente con los quebrados, se habían provisto de capas de caucho tan pesadas, que

el manto de la justicia quedó mal parado. A causa de sospecha legítima, fue preciso trasladar el juicio de la quiebra a otra Audiencia, pues en el lugar en que había estallado la bancarrota no había juez comisario, ni agente, ni Audiencia soberana posibles.

Este espantoso lío comercial es tan conocido en París, que a menos de estar interesado en la quiebra por una suma capital, todo negociante un poco atareado acepta la quiebra como un siniestro sin seguro, carga la suma perdida a la cuenta de pérdidas y ganancias y no comete la tontería de perder el tiempo. Respecto al comerciante al por menor, atareado por sus fines de mes, se asusta ante la duración y los gastos de un proceso, e imitando al gran negociante baja la cabeza y acepta la pérdida.

Los grandes negociantes no se declaran en quiebra y liquidan amistosamente. Los acreedores ceden sus créditos tomando lo que les ofrecen. De este modo se evita la deshonra, las dilaciones judiciales, los honorarios de los procuradores y las depreciaciones de las mercancías, y, como todo el mundo cree que la quiebra daría menos que la liquidación, hay en París más liquidaciones que quiebras.

El acta de los síndicos está destinada a probar que todo síndico es incorruptible y que no hay nunca entre ellos y el quebrado la menor inteligencia. El interesado que ha sido alguna vez síndico, sabe que todo síndico es un acreedor *encubierto*. Escucha, cree lo que quiere y llega el día del concordato después de tres meses empleados en fiscalizar los créditos pasivos. Los síndicos provisionales presentan entonces ante la asamblea una pequeña información, cuya fórmula general es como sigue:

«Señores: Se nos debía a todos juntos un millón. Hemos despedazado a nuestro hombre como si fuese una fragata naufragada. Los clavos, los hierros, las maderas y los cobres han dado trescientos mil francos. Tenemos, pues, un treinta por ciento de nuestros créditos. Felices de haber encontrado esta suma cuando nuestro deudor podía no dejarnos más que cien mil francos, le declaramos un Arístides, le damos un voto de gracias y proponemos que se le deje su activo, concediéndole diez o doce años para que nos pague el cincuenta por ciento que se digna prometernos. He aquí el concordato, pasad por las oficinas y firmadlo.»

Al oír este discurso, los negociantes, satisfechos, se felicitan y se abrazan. Después de la aprobación de este concordato, el quebrado vuelve a ser negociante como antes, se le devuelve su activo, y reanuda sus negocios, sin verse privado del derecho de hacer quiebra en cuanto a los dividendos prometidos, retroquiebra que se ve frecuentemente, como hijo dado a luz por una madre nueve meses después del matrimonio de su hija.

Si el concordato no se logra, entonces los acreedores nombran síndicos definitivos, y toman exorbitantes medidas asociándose para explotar los bienes y el comercio de su deudor, embargándole todo lo que tenga, la herencia de su padre, de

su madre, de su tía, etc. Esta rigurosa medida se ejecuta por medio de un contrato de unión.

Hay, pues, dos quiebras: la quiebra del negociante que quiere reanudar los negocios y la quiebra del negociante que, una vez caído al agua, se contenta con irse al fondo del río. Pillerault conocía perfectamente esta diferencia, y lo mismo en su concepto que en el de Ragon era tan difícil salir puro de la primera como rico de la segunda. Después de haber aconsejado el abandono general, se dirigió al procurador más honrado de la plaza para que liquidase la quiebra y pusiese los valores a disposición de los acreedores. Mientras dura este drama, la ley exige que los acreedores procuren alimentos al quebrado y a su familia; pero Pillerault hizo saber al juez comisario que él cubriría las necesidades de sus sobrinos.

Du Tillet lo había combinado todo para que la quiebra fuese una agonía constante para su antiguo amo. He aquí cómo: el tiempo es tan precioso en París, que generalmente en las quiebras, de los dos síndicos, sólo uno se ocupa de ellas. El otro figura por pura fórmula y lo aprueba todo como el segundo notario en las actas notariales. El síndico que se ocupa de la quiebra descansa frecuentemente en el procurador y, por este medio, las quiebras del primer género se tramitan tan rápidamente, que, salvo los plazos exigidos por la ley, todo se acuerda, se combina y se arregla a placer, tanto que a los cien días el juez comisario puede pronunciar la frase atroz de aquel ministro: «El orden reina en Varsovia».

Du Tillet deseaba la muerte comercial del perfumista. El nombre de los síndicos, nombrados por influencia de du Tillet, fue significativo para Pillerault. Monsieur Bidault, apodado Gigonnet, principal acreedor, no debía ocuparse de nada; Molineux, el ancianito chinchorrero que no perdía nada, tenía que ocuparse de todo. Du Tillet había arrojado este chacal sobre el noble cadáver comercial de su amo para atormentarlo al devorarlo. Después de la junta en que los acreedores nombraron los síndicos, el pequeño Molineux se fue a su casa *honrado con los sufragios de sus conciudadanos*, y satisfecho de tener que regentar a Birotteau, como un niño cuando puede martirizar a un insecto. El propietario, apoyado siempre en la ley, rogó a du Tillet que le ayudase con sus luces y compró el Código de Comercio. Afortunadamente, Joseph Lebas, prevenido por Pillerault, había logrado que el presidente de la Audiencia nombrase un juez comisario sagaz y benévolo. Así es que Gobenheim Keller, que era el juez esperado por du Tillet, fue reemplazado por monsieur Camusot, juez suplente, rico tratante en sedas, liberal, propietario de la casa donde vivía Pillerault y hombre que tenía gran fama de honrado.

Una de las escenas más horribles de la vida de César fue su obligada conferencia con el pequeño Molineux, aquel ser a quien consideraba él tan nulo y que por una ficción de la ley se había convertido en César Birotteau. El perfumista, acompañado de su tío, tuvo que ir al patio Batave, subir los seis pisos y entrar en la horrible habitación de aquel anciano, su tutor, casi un juez, el representante de la masa de sus acreedores.

—¿Qué tienes? —dijo Pillerrault a César al oír que éste lanzaba una exclamación.

—¡Ah, tío, qué poco sabe usted quién es este Molineux!

—Hace quince años que lo veo de cuando en cuando en el café David, donde juego por las tardes al dominó, y por eso te he acompañado.

Monsieur Molineux se mostró excesivamente cortés con Pillerrault y empleó desdeñosa condescendencia con el quebrado. El ancianito había meditado su conducta, había estudiado su situación y había preparado su discurso.

—¿Qué informes desea usted? —le dijo Pillerrault—. No existe ninguna protesta contra los créditos presentados.

—¡Oh! —dijo el pequeño Molineux—, los créditos están en regla, todo está fiscalizado. Los acreedores son verdaderos y legítimos, pero la ley, señor mío, la ley... Los gastos del quebrado no guardan proporción con su fortuna... y conste que el baile...

—Al que usted mismo asistió... —dijo Pillerrault interrumpiéndole.

—...Costó cerca de sesenta mil francos, y esta suma fue gastada en ocasión en que el activo del quebrado sólo ascendía a ciento y tantos miles de francos. Hay, pues, motivo para que el quebrado comparezca ante un juez extraordinario, por tratarse de quiebra fraudulenta.

—¿Es ésa su opinión? —dijo Pillerrault al ver el abatimiento que estas frases causaban a César.

—Señor, distingo: monsieur era miembro del Municipio.

—Supongo que no nos habrá llamado usted para damos cuenta de que vamos a ser perseguidos criminalmente —dijo Pillerrault—. Todo el café David se reiría esta noche de su conducta.

La opinión del café David pareció asustar mucho al ancianito, el cual miró a Pillerrault con aire azorado. El síndico contaba con ver sólo a Birotteau, y se había prometido obrar como árbitro soberano, como Júpiter. Contaba con asustar a Birotteau y gozar de sus alarmas y de sus terrores para suavizar luego su opinión y hacer que su víctima le quedase eternamente agradecida; pero quedó chasqueado al ver que, en vez de su insecto, tenía que habérselas con la vieja esfinge comercial.

—Señor —le dijo—, esto no es cosa de risa.

—Dispense —respondió Pillerrault—. Usted tiene bastante trato con monsieur Claparon y piensa abandonar los intereses de la masa a fin de salir favorecido; pero yo, como acreedor, puedo intervenir y recurrir al juez comisario.

—Caballero —dijo Molineux—, yo soy incorruptible.

—Ya lo sé —dijo Pillerrault— y es usted además muy astuto, y por esa razón hace lo que hace con su inquilino.

—¡Oh! —dijo el síndico—, la cuestión de la rue Montorgueil no está aún juzgada. Ha surgido lo que se llama un incidente. El inquilino es inquilino principal, y este intrigante pretende hoy que teniendo pagado un año anticipado y no habiendo transcurrido más que un año...

Al llegar aquí, Pillerault dirigió a César una mirada para recomendarle la más viva atención.

—Puede abandonar la casa. Nuevo proceso, y digo nuevo proceso porque yo tengo derecho a garantías hasta el pago total, eso sin contar con que puede deberme reparaciones.

—Pero la ley sólo le da como garantía de los alquileres los muebles.

—Y accesorios —dijo Molineux, atacado en su centro—. El artículo del Código ha sido interpretado ya en este sentido por sentencias anteriores, y lo único que necesita es una ratificación legislativa. Precisamente en este momento estoy redactando una memoria para su excelencia el ministro, acerca de esta laguna de la legislación. Sería conveniente que el gobierno se ocupase de los intereses de la propiedad. Todo es para el Estado, y nosotros somos las fuentes del impuesto.

—Usted podrá instruir al gobierno acerca de lo que quiera —dijo Pillerault—; pero ¿en qué podemos nosotros instruirle y para qué hemos sido llamados?

—Deseo saber —dijo Molineux con enfática autoridad— si monsieur ha recibido sumas de monsieur Popinot.

—No, señor —dijo Birotteau.

Se originó aquí una discusión acerca de los intereses de Birotteau en la casa Popinot, de donde resultó que Popinot tenía derecho a percibir íntegramente sus anticipos. El síndico Molineux, manejado por Pillerault, volvió insensiblemente a recobrar sus ademanes amables, lo cual probaba el gran interés que le inspiraba la buena opinión de los concurrentes al café David, y acabó por prodigar consuelos a Birotteau y por ofrecerle que participase de su modesta comida. Si el experfumista hubiese ido solo, tal vez hubiera irritado a Molineux y la cuestión se hubiera agriado; de modo que lo mismo en esta circunstancia que en otras, el anciano Pillerault fue para su sobrino un ángel tutelar.

Existe un horrible suplicio que la ley comercial impone a los quebrados: éstos tienen que comparecer en persona ante los síndicos provisionales y su juez comisario en la asamblea en que sus acreedores deciden de su suerte. Para un hombre que se sobrepone a todo, como para el negociante que busca una revancha, esta triste ceremonia es poco temible; pero para un hombre como César Birotteau, esta escena es un suplicio que sólo tiene comparación con el último día de un condenado a muerte. Pillerault hizo lo que pudo para que su sobrino pudiese soportar aquel horrible día.

He aquí cuáles fueron las operaciones de Molineux, consentidas por el quebrado. El proceso relativo a los terrenos situados en la calle del arrabal del Temple fue ganado en la Audiencia. Los síndicos decidieron vender las propiedades y César se opuso a ello. Du Tillet, concedor de las intenciones del gobierno, relativas a un canal que debía unir Saint-Denis con el alto Sena, pasando por el arrabal del Temple, compró los terrenos de Birotteau por la suma de setenta mil francos. Los derechos de César a los terrenos de la Madeleine fueron cedidos a Claparon con la condición de

que éste abandonaría por su parte toda reclamación referente al dividendo a que tenían derecho los acreedores. Los intereses del perfumista en la casa Popinot y Compañía fueron vendidos al mismo Popinot por la suma de cuarenta y ocho mil francos. Las existencias de «La Reina de las Rosas» fueron compradas por Célestin Crevel, por cincuenta y siete mil francos, con derecho a la continuación del arriendo, a las mercancías, a los muebles, a la propiedad de la *Pasta de las Sultanas* y a la del *Agua Carminativa* y a ocupar doce años la fábrica, cuyos utensilios le fueron asimismo vendidos. El activo líquido fue de ciento noventa y cinco mil francos, a los cuales añadieron los síndicos los setenta mil francos producidos por los derechos de Birotteau en la liquidación del infortunado Roguin. Así es que el total ascendía a doscientos cincuenta mil francos. Había, pues, más de un cincuenta por ciento. La quiebra es como una operación química, de la que el comerciante procura salir engordado. Birotteau, destilado por completo, daba un resultado que no satisfacía a du Tillet. Éste esperaba una quiebra deshonrosa y vio que resultaba virtuosa. Poco sensible a su ganancia, hubiera deseado ver al pobre perfumista deshonorado, perdido, vilipendiado. Los acreedores sin duda iban a sacar en triunfo al perfumista después de la junta general. A medida de que Birotteau iba recobrando el valor, su tío, como hábil médico, le iba iniciando en los pormenores de la quiebra. No hay ningún negociante que vea sin dolor la depreciación de las cosas que representan para él tanto dinero y tantos cuidados. Las noticias que le daba su tío petrificaban al perfumista.

—¡Cincuenta y siete mil francos por «La Reina de las Rosas»! ¡Pero si el almacén ha costado diez mil! ¡Si las habitaciones cuestan cuarenta mil; si la fábrica, los utensilios, las calderas han costado treinta mil; si hay diez mil francos de existencias dándolas a mitad de precio; si la *Pasta* y el *Agua* valen tanto como una casa de campo!

Estas jermiadas del pobre César, arruinado, no asustaban gran cosa a Pillerault. El antiguo negociante las escuchaba como el caballo que aguanta un aguacero en despoblado, pero le asustaba el sombrío silencio que guardaba el perfumista cuando se trataba de la junta. Para el que comprende las debilidades y las vanidades que tiene el hombre en cada esfera social, adivinará que tenía que ser un horrible suplicio para aquel hombre el volver, como quebrado, al palacio de justicia comercial, donde había entrado como juez. ¡Ir a recibir insultos allí donde tantas veces se le habían dado votos de gracias por los servicios prestados, él, Birotteau, cuyas opiniones inflexibles respecto a los quebrados eran conocidas por todo el comercio parisiense, él que había dicho: «Se puede ser hombre honrado presentando el balance, pero se sale como un bribón de una junta de acreedores»! Su tío estudió las horas favorables para familiarizarle con la idea de comparecer ante sus acreedores reunidos, como lo exigía la ley. Esta obligación mataba a Birotteau. Su muda resignación causaba una viva impresión a Pillerault, el cual, a veces, por las noches, le oía a través del tabique cuando exclamaba:

—¡Nunca, nunca, antes la muerte!

Pillerault, aquel hombre tan fuerte por la sencillez de su vida, comprendía la debilidad y resolvió ahorrar a Birotteau las angustias de la escena terrible de su comparecencia ante los acreedores, escena inevitable. La ley en este punto es precisa, formal, exigente. El negociante que se niega a comparecer, puede por este solo hecho ser perseguido criminalmente. Pero si la ley obliga al quebrado a presentarse, no tiene poder para hacer comparecer al acreedor. Una junta de acreedores no es una ceremonia importante más que en determinados casos: por ejemplo, cuando hay disidencias entre acreedores favorecidos o acreedores perjudicados, o cuando el concordato es vejatorio y el quebrado necesita una mayoría. Pero en el caso de una quiebra en que todo está realizado, la junta de acreedores es una pura formalidad. Pillerault fue a rogar uno por uno a todos los acreedores que diesen poder al procurador, y todos, excepto du Tillet, compadecían sinceramente a César después de haberle abatido, pues todos sabían cuál era la conducta del perfumista, cuán claros estaban sus libros y cuán limpios eran sus negocios. Por otra parte, todos los acreedores estaban contentos al no ver entre ellos ningún acreedor falso. Molineux, agente, primero, y síndico después, había encontrado en casa de César todo lo que el pobre hombre poseía, incluso el grabado de Hero y Leandro, que le había regalado Popinot, sus joyas personales, su alfiler de corbata, sus hebillas de oro y sus dos relojes, que un hombre honrado se hubiera llevado sin creer faltar a la probidad. Constance también había dejado sus modestas alhajas. Esta conmovedora obediencia a la ley sorprendió vivamente al comercio. Los enemigos de Birotteau relataron estas circunstancias como pruebas de estupidez; pero la gente sensata las apreció en su justo valor considerándolas como un exceso de probidad. Dos meses después, la opinión de la Bolsa había cambiado. Las gentes más indiferentes confesaban que aquella quiebra era una de las curiosidades más raras que se habían visto en la plaza. Todos los acreedores, al ver que iban a cobrar un sesenta por ciento, hicieron lo que deseaba Pillerault. Como el número de procuradores era pequeño, Pillerault acabó por reducir aquella formidable junta a tres procuradores; él, Ragon, dos síndicos y el juez comisario.

La mañana de aquel día solemne, Pillerault dijo a su sobrino:

—César, puedes ir sin temor a la asamblea porque no encontrarás a nadie.

Ragon quiso acompañar a su deudor. Cuando el antiguo dueño de «La Reina de las Rosas» dejó oír su vocecita seca, su ex sucesor palideció; pero el buen anciano le abrió los brazos, Birotteau se precipitó en ellos, como un niño en los de su padre y los dos perfumistas derramaron abundantes lágrimas. El quebrado cobró valor al ver tanta indulgencia y subió al coche con su tío, y a las diez y media en punto los tres llegaban al claustro de Saint-Merri, lugar que ocupaba entonces el Tribunal de Comercio. A aquella hora no había nadie en la sala de las quiebras. La hora y el día habían sido escogidos de acuerdo con los síndicos y el juez comisario. Los procuradores estaban allí por cuenta de sus clientes; así es que nada podía intimidar a

César Birotteau. Sin embargo, el pobre hombre no pudo menos de sentirse emocionado al penetrar en el despacho de monsieur Camusot, que por casualidad había sido el suyo, y de temblar al pasar por la sala de quiebras.

—Como hace frío, estos señores no tomarán a mal que permanezcamos aquí, en lugar de ir a helamos a la sala (no pronunció las palabras: *de quiebras*.) Siéntense ustedes, señores.

Todo el mundo tomó asiento y el juez cedió su sofá a Birotteau, que estaba confuso. Los procuradores y los síndicos firmaron.

—Mediante la entrega de sus bienes —dijo Camusot a Birotteau— sus acreedores le perdonan por unanimidad el resto de sus créditos, quedando así el concordato concebido en términos que pueden suavizar su pena. Querido monsieur Birotteau —dijo Camusot tomándole las manos—, todos los jueces del tribunal están conmovidos ante el valor de usted, y no hay nadie que haya dejado de hacer justicia a su probidad. En la desgracia ha sido usted digno de lo que era aquí. Hace ya veinte años que figuro en el comercio y ésta es la segunda vez que veo que un comerciante quebrado se sepa ganar la estimación del público.

Birotteau tomó las manos del juez y se las estrechó con lágrimas en los ojos, Camusot le preguntó lo que contaba hacer, y Birotteau le respondió que iba a trabajar para pagar íntegramente a sus acreedores.

—Si para realizar tan noble labor necesita usted algunos miles de francos, siempre los encontrará usted en mi casa —dijo Camusot—. Los daría con mucho gusto para ser testigo de un hecho bastante raro en París.

Pillerault, Ragon y Birotteau se retiraron.

—Vaya, ¿ves cómo la cosa no era para tanto? —le dijo Pillerault cuando estuvieron en la calle.

—Tío mío, no dejo de ver su mano en todo esto.

—Ya que está usted restablecido y que estamos a dos pasos de la rue des Cinq-Diamant, vamos a ver a mi sobrino —le dijo Ragon.

Cruel sensación era la que tenía que pasar Birotteau al ver a Constance sentada ante un pequeño pupitre en el entresuelo bajo y sombrío situado sobre la tienda, en cuyo frontis se leía: A. POPINOT.

—He aquí a uno de los lugartenientes de Alejandro —dijo Birotteau señalando el letrero con la alegría del desgraciado.

Esta alegría forzada que demostraba sencillamente el inextinguible sentimiento de la superioridad de que estaba poseído Birotteau, causó una especie de estremecimiento a Ragon, a pesar de sus setenta años. César entró en la tienda en el momento en que su mujer le presentaba a Popinot unas letras a firmar, y no pudo menos de llorar y de palidecer.

—Buenos días, amigo mío —le dijo ella con aire risueño.

—No quiero preguntarte si estás bien aquí —dijo César mirando a Popinot.

—Como en casa de mi hijo —respondió Constance con una emoción que

sorprendió a su esposo.

Birotteau cogió a Popinot y le abrazó diciéndole:

—Acabo de perder para siempre el derecho a llamarte hijo.

—Esperemos —dijo Popinot—. *Su*. aceite marcha gracias a mis esfuerzos en los periódicos y a los de Gaudissart, que recorre Francia entera, que la ha inundado de anuncios y de prospectos y que ahora hace imprimir en Estrasburgo irnos anuncios alemanes para caer sobre Alemania como una invasión. Hemos logrado vender tres mil gruesas.

—¡Tres mil gruesas! —dijo Birotteau.

—Sí, y he comprado en el arrabal de Saint-Marceau un terreno barato donde están construyendo una fábrica, sin perjuicio de conservar la del arrabal du Temple.

—Mujercita mía —dijo Birotteau a Constance al oído—, con un poco de ayuda hubiéramos salido del paso.

Desde aquel día fatal, César, su mujer y su hija se comprendieron. El pobre empleado quiso alcanzar un resultado, sino imposible, por lo menos gigantesco: ¡el pago íntegro de su deuda! Aquellos tres seres unidos por los lazos de una probidad feroz se volvieron avaros y se privaron de todo. Un céntimo les parecía sagrado. Por cálculo, Césarine mostró la mayor abnegación en el desempeño de su cargo, pasaba las noches en claro, se ingeniaba para acrecentar la prosperidad de la casa y desplegaba un ingenio comercial innato. Sus amos se veían obligados a moderar su ardor para el trabajo, y la recompensaban con gratificaciones; pero ella rechazaba las joyas y las alhajas que le ofrecían sus amos. ¡Dinero! era su grito. Todos los meses llevaba sus ahorros y su sueldo a su tío Pillerault, y otro tanto hacían César y madame Birotteau. Los tres se reconocían inhábiles, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad de tener el dinero y habían conferido a Pillerault la dirección suprema de la colocación de sus economías. Volviendo a ser negociante, el tío sacaba partido del dinero en pequeñas jugadas de Bolsa. Más tarde se supo que había sido secundado en esta obra por Jules Desmarests y por Joseph Lebas, los cuales se habían tomado el trabajo de indicarle los negocios sin riesgo.

El antiguo perfumista, que vivía con su tío, no se atrevía a interrogarle acerca del empleo de las simias adquiridas con los trabajos suyos, de su hija y de su mujer. César no se creía con derecho a ir vestido e iba por las calles con la cabeza baja, ocultando a todas las miradas su rostro abatido, descompuesto y estúpido.

—Al menos, no como el pan de mis acreedores —le decía a su tío—. Aunque lo debo a la piedad que le inspiro, se pan me parece dulce al pensar que gracias a esta santa caridad no distraigo nada de mi sueldo.

Los negociantes que encontraban al quebrado, no veían en él ningún vestigio del perfumista. Los indiferentes concebían una inmensa idea de las caídas humanas al ver a aquel hombre en cuya cara habían impreso las penas sus más negras huellas y que aparecía anonadado por lo que no había ocupado nunca su mente, el pensamiento. No todo el que quiere es destruido. Las gentes ligeras y sin conciencia, que son

indiferentes a todo, no pueden nunca ofrecer el espectáculo de un desastre. La religión es la única que imprime un sello particular a los seres caídos: creen en un porvenir, en una Providencia, se ve en ellos un cierto resplandor que los señala, un aire de resignación santa mezclado de esperanza que causa una especie de ternura, y saben todo lo que han perdido, como el ángel desterrado llorando a las puertas del cielo. Los quebrados no pueden presentarse en la Bolsa. César, arrojado del dominio de la probidad, era una imagen del ángel suspirando por el perdón.

Durante catorce meses, Birotteau, ocupado por los religiosos pensamientos que le inspiró su caída, se negó a todo placer. Aunque estaba seguro de la amistad de los Ragon, no fue posible determinarle a ir a comer a su casa, ni a la de los Lebas, ni a la de los Matifat, ni a la de los Protez, ni aun a la de monsieur Vauquelin, personas todas que ansiaban honrar a César considerándole como una virtud. César prefería estar solo en su cuarto a tener que afrontar la mirada de un acreedor. Constance y Césarine no iban tampoco a ninguna parte. El domingo y las fiestas, únicos días que tenían libres aquellas dos mujeres iban a la hora de la misa a buscar a César, y después de haber cumplido sus deberes religiosos, le hacían compañía en casa de Pillerault. Éste invitaba al abate Loraux, cuya palabra animaba a César, y entonces permanecían juntos en familia. El antiguo quincallero tenía demasiado sensible la fibra de la probidad para desaprobador las delicadezas de César. Así es que había pensado en aumentar el número de las personas en medio de las cuales pudiese el quebrado erguir su frente.

En el mes de mayo de 1821, aquella familia presa de la desgracia fue recompensada en sus esfuerzos con una primera fiesta que le procuró el árbitro de su destino. El último domingo de aquel mes era el aniversario del consentimiento dado por Constance a su unión con César. De acuerdo con los Ragon, Pillerault había alquilado una casita de campo en Sceaux, y el antiguo quincallero se había propuesto llevar allí a su sobrino.

—César —dijo Pillerault al ex perfumista el sábado por la noche—, mañana vamos al campo y tienes que venir con nosotros.

César, que tenía una letra magnífica, hacía por las noches copias para Derville y para algunos procuradores, y los domingos sobre todo trabajaba como un negro; de suerte que respondió:

—No, porque monsieur Derville espera una cuenta de tutela que tengo que copiar.

—Bien merecen una recompensa tu mujer y tu hija. No encontrarás allí más que amigos, el abate Loraux, los Ragon, Popinot y su tío. Además, yo lo quiero.

César y su mujer, arrastrados por el torbellino de los negocios, no habían vuelto nunca a Sceaux, aunque de cuando en cuando hubiesen deseado ambos volver para ver de nuevo el árbol bajo el cual casi se había desmayado el primer dependiente de «La Reina de las Rosas». Por el camino, que hicieron en fiacre, guiados por Popinot, Constance dirigió a su marido miradas de inteligencia sin poder lograr que la sonrisa apareciese en sus labios. Le dijo también algunas palabras al oído; pero él meneó la

cabeza por toda respuesta. Las gratas expresiones de aquella ternura inalterable, pero forzada, en lugar de alegrar la cara de César, la pusieron más sombría y atraieron a sus ojos algunas lágrimas reprimidas. Veinte años antes, el pobre hombre había recorrido aquel camino rico, joven, lleno de esperanzas y enamorado de una muchacha tan hermosa como lo era ahora Césarine. Entonces soñaba con la chica, y en aquel momento veía en el interior del coche a su noble hija ajada por las vigiliias, y a su valerosa mujer sin más belleza que la que poseen las ciudades devoradas por la lava de un volcán. ¡El amor era lo único que quedaba! La actitud de César ahogaba la alegría en el corazón de su hija y de Anselme, los cuales le representaban la encantadora escena de antaño.

—¡Sed felices, hijos míos! Vosotros tenéis derecho a ello —les dijo aquel pobre padre con tono desgarrador—. Vosotros podéis amaros sin recelo —añadió.

Al decir estas últimas palabras, Birotteau había cogido las manos de su mujer y las besaba con un cariño santo que conmovió más a Constance que la más viva alegría.

Cuando llegaron a la casa en que les esperaba Pillerault, los Ragón, el abate Loraux y el juez Popinot, estas cinco personas guardaron una actitud y les dirigieron palabras y miradas, que complacieron en sumo grado a César. Todos denotaban la admiración que les causaba aquel hombre que se creía siempre en el día siguiente al de su desgracia.

—Id a pasearos por el bosque de Aulnay —dijo Pillerault uniendo a Constance y a César por las manos—. Id con Anselme y con Césarine y venid a las cuatro.

—¡Pobres! Nosotros les estorbaríamos —dijo madame Ragon enternecida ante el dolor verdadero de su deudor—. No tardarán en estar muy alegres.

—Es el arrepentimiento sin la falta —dijo el abate Loraux.

—Sólo podía hacerse grande con la desgracia —dijo el juez.

Olvidar es el gran secreto de las almas fuertes y creadoras; olvidar a la manera de la naturaleza, que no se acuerda del pasado y que reanuda a cada paso los misterios de sus infatigables engendros. Las existencias débiles como la de Birotteau viven en los dolores, en lugar de cambiarlos en apotegmas de experiencia. Cuando las dos parejas hubieron llegado al sendero que conduce al bosque de Aulnay, y cuando el valle de los Lobos se mostró en toda su coquetería, la belleza del día, la gracia del paisaje, los primeros verdes y los deliciosos recuerdos del día más hermoso de su juventud, aflojaron las cuerdas tristes en el alma de César, estrechó a su mujer contra su corazón palpitante, sus ojos dejaron de ser vidriosos y la luz del placer brilló en ellos.

—¡Al fin te vuelvo a ver, pobre César mío! —dijo Constance a su marido—. Me parece que nos portamos bastante bien para permitimos de cuando en cuando algún pequeño placer.

—¿Es que acaso puedo? —dijo el pobre hombre—. ¡Ah!, Constance, tu afecto es el único bien que me queda. Sí, he perdido hasta la confianza que tenía en mí mismo,

ya no tengo fuerzas, y mi único deseo es vivir bastante para morir en paz con la tierra. Tú, querida mujer, tú que eres mi sabiduría y mi prudencia, tú que ves claro, tú que eres irreprochable, puedes tener alegría. De los tres, yo sólo soy el culpable. En medio de aquella fatal fiesta, hace dieciocho meses, yo veía a mi Constance, la única mujer a quien he amado, más hermosa tal vez que la joven con quien corrí por este sendero hace veinte años, como corren hoy nuestros hijos... En veinte meses he marchitado esa belleza, mi único orgullo, un orgullo permitido y legítimo. Cuanto más te conozco, más te amo. ¡Oh!, querida mía, preferiría oír que me riñes, en lugar de verte acariciar mi dolor.

—Nunca hubiese creído que después de veinte años de matrimonio pudiese aumentar el amor de una mujer por su marido.

Esta frase hizo olvidar por un momento a César todas sus desgracias. Avanzó, pues, gozoso hacia *su árbol*, que por casualidad no había sido derribado, y los dos esposos se sentaron a su pie mirando a Anselme y a Césarine, que, distraídos, daban vueltas en torno de él, creyendo, tal vez, que seguían siempre hacia delante.

—Señorita —decía Anselme—, ¿me cree usted lo bastante cobarde y ambicioso para aprovecharme de la parte que su padre tiene en el *Aceite Cefálico*? Le conservo con amor su mitad y se la administro. Con su parte, descuento valores, y, si alguna letra es dudosa, la tomo por mi cuenta. Nosotros no podemos ser uno del otro hasta el día siguiente a la rehabilitación de su padre, y yo procuro anticipar ese día con toda la fuerza que da el amor.

El amante se había guardado de confiar este secreto a su suegra. Hasta en los amantes más inocentes existe siempre el deseo de aparecer grandes a los ojos de sus amadas.

—Y ¿está próximo ese día? —le preguntó ella.

—Muy próximo.

Esta respuesta fue hecha con tono tan penetrante, que la casta y pura Césarine no pudo menos de ofrecer su frente a Anselme, el cual depositó en ella un respetuoso beso.

—Papá, todo va bien —dijo Césarine al autor de sus días—. Ponte alegre, habla, deja tu aire triste.

, Cuando aquella familia tan unida entró en la casa de Pillerault, César, aunque poco observador, notó en los Ragon un cambio de maneras que ocultaban algún acontecimiento. Madame Ragon, sobre todo, le hizo una simpática acogida, y su mirada y su acento parecían decir a César:

—Ya hemos cobrado.

A los postres se presentó el notario de Sceaux, y Pillerault le hizo sentarse y miró a Birotteau, el cual comenzó a sospechar alguna sorpresa, sin poder imaginarse su extensión.

—Sobrino mío, en dieciocho meses, las economías de tu mujer, de tu hija y las tuyas han producido veinte mil francos. Yo he recibido treinta mil por el dividendo de

mi crédito. Tenemos, pues, cincuenta mil francos para entregar a tus acreedores. Monsieur Ragon ha recibido treinta mil francos por su dividendo, y el señor notario de Sceaux te trae un finiquito del pago íntegro hecho a tus amigos con intereses y todo. El resto de la suma está en casa de Crottat para pagar a Lourdois, a la madre Madou, al albañil, al carpintero y a tus acreedores más necesitados. El año que viene veremos. Con tiempo y paciencia se va lejos.

Imposible es describir la alegría de Birotteau, el cual se arrojó llorando en los brazos de su tío.

—¡Que se ponga hoy la condecoración! —dijo Ragon al abate Loraux.

El confesor colocó la cinta roja en el ojal del empleado, el cual se miró más de veinte veces en los espejos del salón, manifestando un placer que hubiera causado risa a otras gentes, pero que aquellos amigos encontraron natural.

Al día siguiente, Birotteau se fue a casa de la señora Madou.

—¡Ah!, ¿ya está usted aquí, buen sujeto? Ha encanecido usted tanto, que casi no le conocía. Sin embargo, ustedes no padecen, ustedes tienen colocaciones. Yo soy la que tengo que trabajar como una perra para poder vivir.

—Pero, señora...

—¡Eh!, no es un reproche, conmigo ya está usted en paz.

—Venía a anunciarle que hoy le pagaré a usted en casa del notario Crottat el resto de su crédito y los intereses.

—¿De veras?

—Esté usted allí a las once y media.

—¡Eso sí que es honor! —dijo la Madou admirando a Birotteau—. Mire usted, mi querido señor, yo hago buenos negocios con su dependiente, que es un buen muchacho que me deja que me gane la vida para indemnizarme. Conque así, guarde usted su dinero, ya estamos en paz. La Madou se enciende fácilmente y es chillona, pero tiene de esto —añadió la buena mujer golpeándose sobre el corazón la almohada de carne más voluminosa que haya podido verse en el mercado.

—¡Nunca! —dijo Birotteau—. La ley es terminante, y yo deseo pagarle a usted íntegramente.

—Bueno, no quiero hacerme rogar más; pero mañana en el mercado yo proclamaré su honor, que es raro, muy raro a decir verdad.

El buen hombre presenció la misma escena en casa del pintor, aunque con ligeras variantes. Llovía. César dejó su paraguas en un rincón de la puerta, y el pintor enriquecido, al ver que el agua penetraba en la hermosa sala donde almorzaba con su mujer, no estuvo muy cortés.

—Vamos, ¿qué desea usted, mi pobre padre Birotteau? —le dijo con el tono duro que emplean muchas gentes para hablar a los mendigos importunos.

—Señor, ¿no le ha advertido nada su yerno?

—¿Qué? —interrumpió Lourdois con impaciencia, creyendo que se trataba de alguna demanda.

—Que vaya usted hoy a su casa a las once y media para darme recibo del importe íntegro de su crédito.

—¡Ah! eso es diferente. Siéntese usted, monsieur Birotteau, coma usted un bocado con nosotros.

—Háganos usted el favor de participar de nuestro almuerzo —dijo madame Lourdois.

—¿De modo que marcha bien la cosa? —le preguntó el pintor.

—No, señor; me he visto precisado a almorzar todos los días un panecillo, en mi oficina, para ahorrar algún dinero; pero con el tiempo espero reparar los daños que hice a mi prójimo.

—A fe que es usted un hombre honrado —dijo el pintor al mismo tiempo que tragaba un bocado de *foie gras*.

—Y ¿qué hace madame Birotteau? —le preguntó madame Lourdois.

—Lleva los libros y la caja de Anselme Popinot.

—¡Pobres gentes! —dijo madame Lourdois en voz baja a su marido.

—Mi querido señor Birotteau, si necesita usted de mí, venga a verme —dijo Lourdois.

—Señor, sólo le necesito a usted a las once —dijo Birotteau retirándose.

Este primer resultado animó al quebrado, aunque no le devolvió el reposo, pues el deseo de reconquistar su honor agitó desmesuradamente su vida, hasta tal punto que sus ojos perdieron el brillo y sus mejillas se hundieron. Cuando antiguos conocidos encontraban a César a las ocho de la mañana o a las cuatro de la tarde yendo a la rue de L'Oratoire o volviendo, vestido con la misma levita que llevaba el día de la catástrofe, canoso, pálido y tímido, le detenían a pesar suyo, y decimos a pesar suyo porque él, siempre alerta, se deslizaba pegado a las paredes a la manera de los ladrones.

—Su conducta es conocida, amigo mío —le decían—; todo el mundo siente el rigor con que usted se trata a sí mismo, al igual que a su mujer y a su hija.

—No se precipite usted —le decían otros—; llaga de dinero no es mortal.

—No, pero lo es la llaga del alma —le respondió un día a Matifat el pobre César.

A principios del año 1822, el canal de Saint-Martin quedó decidido. Los terrenos situados en el arrabal du Temple alcanzaron precios fabulosos. El proyecto dividió precisamente en dos la propiedad de du Tillet, que era antaño la de César Birotteau. La compañía a quien se concedió el canal se avino a un precio exorbitante, si el banquero podía entregar el terreno en un tiempo dado. El arriendo que César había hecho a Popinot impedía el negocio. Si Popinot sentía indiferencia por du Tillet, el prometido de Césarine le tenía un odio instintivo, y aunque ignoraba el robo y las infames combinaciones cometidas por el feliz du Tillet, una voz interior le gritaba:

—Ese hombre es un ladrón impune.

Popinot no hubiera tenido el menor trato con él, cuya presencia le era odiosa. En aquel momento, sobre todo, veía a du Tillet enriqueciéndose con los despojos de su

antiguo amo, toda vez que los terrenos de la Madaleine empezaban a alcanzar precios que presagiaban los valores exorbitantes a que se elevaron en 1827. De suerte que cuando el banquero le hubo explicado el motivo de su visita, Popinot le miró con indignación concentrada y le dijo:

—No me negaré yo precisamente a renunciar a mis derechos; pero exijo sesenta mil francos y no rebajaré un céntimo.

—¡Sesenta mil francos! —exclamó du Tillet, dando un paso atrás.

—Aún me quedan quince años de arriendo, y gastaré tres mil francos más al año para reemplazar mi fábrica; de modo que sesenta mil francos o no hablemos más — dijo Popinot entrando en la tienda seguido de du Tillet.

La discusión se acaloró, se pronunció el nombre de Birotteau, y Constance bajó y vio a du Tillet por primera vez después del famoso baile. El banquero no pudo retener un movimiento de sorpresa al ver el cambio que se había operado en su antigua ama y bajó los ojos asustado de su obra.

—Este señor saca trescientos mil francos de los terrenos de ustedes, y nos niega sesenta mil francos de indemnización por el arriendo —dijo Popinot a la esposa de César.

—¡Tres mil francos de renta! —dijo du Tillet con énfasis.

—Tres mil francos —repitió Constance con tono sencillo y penetrante.

Du Tillet palideció, Popinot miró a madame Birotteau y hubo un momento de profundo silencio que contribuyó a que aquella escena fuese aún más inexplicable para Anselme.

—Firme usted la renuncia que yo le hice redactar a Crottat y le daré un bono de sesenta mil francos contra el Banco —dijo du Tillet sacando un papel timbrado del bolsillo.

Popinot miró a Constante sin disimular su profundo asombro: creía soñar. Mientras du Tillet firmaba el bono sobre una mesa, Constance se fue al entresuelo. El droguero y el banquero cambiaron sus papeles, y du Tillet salió saludando fríamente a Popinot.

—En fin, gracias a este singular negocio, dentro de algunos meses poseeré a mi Césarine —dijo Popinot al mismo tiempo que veía a du Tillet encaminándose hacia la rue des Lombards, donde le esperaba su coche—. Mi querida mujercita no se maleará más la sangre trabajando. ¡Qué cosa más rara! Una mirada de madame Birotteau ha bastado. ¿Qué habrá entre ella y ese bandido? Lo que acaba de pasar es extraordinario.

Popinot mandó a cobrar el bono al Banco y subió para hablar con madame Birotteau, pero no la encontró en la caja. Sin duda debía estar en su cuarto. Anselme y Constance vivían como viven un yerno y una suegra, cuando un yerno y una suegra se avienen. Se fue, pues, a la habitación de la esposa de César con el apresuramiento propio de un enamorado que acaba de lograr su dicha. El joven negociante quedó prodigiosamente sorprendido al encontrar a su futura suegra leyendo una carta de du

Tillet, pues Anselme reconoció la letra del antiguo primer dependiente de Birotteau. Una vela encendida, y las cenizas negras y agitadas de cartas quemadas sobre el pavimento, hicieron temblar a Popinot, el cual, dotado de una vista penetrante, había visto sin querer esta frase al principio de la carta que leía su suegra: «La adoro a usted, ya lo sabe, ángel de mi vida, y...»

—Pero ¿qué ascendiente tiene usted sobre du Tillet para obligarle a cerrar semejante trato? —dijo Popinot riéndose con esa risa convulsiva que causa una mala sospecha reprimida.

—No hablemos de eso —dijo Constance dando muestras de una horrible turbación.

—Sí —respondió Popinot aturdido—, hablemos del fin de sus penas.

Y diciendo esto, Anselme se fue a la ventana y al mismo tiempo que contemplaba el patio, tocaba el tambor con sus dedos sobre los cristales.

—Aunque haya amado a du Tillet, ¿por qué no me he de conducir yo como hombre honrado?

—¿Qué tiene usted, hijo mío? —dijo la pobre mujer.

—La cuenta de los beneficios líquidos del *Aceite Cefálico* asciende a doscientos cuarenta y dos mil francos, cuya mitad son ciento veintiuno —dijo bruscamente Popinot—. Si deduzco de esta suma los cuarenta y ocho mil francos que yo di a monsieur Birotteau, quedan setenta y tres mil, los cuales, unidos a los sesenta mil de la cesión del arriendo, les procurarán a ustedes la suma de ciento tres mil francos.

Constance escuchaba con una ansiedad tal estas palabras, que Popinot oía los latidos de su corazón.

—Yo siempre he considerado a monsieur Birotteau como asociado mío, y por lo tanto podemos disponer de esa suma para pagar a sus acreedores. Añadiéndola a la de veintiocho mil francos de sus economías que obran en poder de su tío Pillerault, tenemos ciento sesenta y un mil francos. Nuestro tío no nos negará el recibo de sus veinticinco mil francos. Ahora bien, como no hay ningún poder de la tierra que pueda impedir que yo preste a mi suegro a cuenta de los beneficios del año próximo la suma necesaria para pagar a sus acreedores, será... rehabilitado.

—¿Rehabilitado? —exclamó Constance cayendo arrodillada sobre una silla.

Y acto continuo, juntó las manos para recitar una oración después de haber soltado la carta.

—Querido. Anselme, hijo querido —dijo después de haberse santiguado, besándole en la frente, estrechándole contra su corazón y haciendo mil locuras—, Césarine es bien tuya. Mi hija será al fin feliz y saldrá de esa casa donde se está matando.

—Por amor —dijo Popinot.

—Escuche un pequeño secreto —dijo Popinot mirando la carta fatal con el rabillo del ojo—. Yo presté una suma a Celestin para facilitarle la adquisición de las existencias de ustedes; pero lo hice con una condición. La habitación está como

ustedes la han dejado. Yo tenía un proyecto, pero no creía que la casualidad nos favoreciese tanto. Célestin está obligado a realquilar a ustedes su antigua habitación, donde no ha puesto los pies y cuyos muebles serán de ustedes. Yo me he reservado el segundo piso, para vivir en él con Césarine, que no se separará nunca más de ustedes. Después de mi matrimonio, vendré a pasar aquí los días desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Para procurarles a ustedes una fortuna, yo les daré el interés de cien mil francos, y esto, unido al sueldo de don César, les proporcionará diez mil francos de renta, ¿no será usted feliz?

—Anselme no me diga usted más o me vuelvo loca.

La angelical actitud de Constance, la pureza de sus ojos y la inocencia de su hermosa frente, desmentían tan rotundamente las mil ideas que ocupaban el cerebro del enamorado, que éste quiso alejar las monstruosidades de su pensamiento, pues le parecía que no podía conciliarse una falta con la vida y los sentimientos de la sobrina de Pillerault.

—Mi querida y adorada madre —dijo Anselme—, acaba de penetrar a pesar mío en mi alma una horrible sospecha, y si quiere usted verme feliz, destrúyala al instante.

Popinot había tendido la mano hacia la carta y se había apoderado de ella.

—Sin querer, he leído las primeras palabras de esa carta escrita por du Tillet —repuso Popinot, asustado al ver el terror que denotaba la cara de Constance—, y estas palabras coinciden tan singularmente con el efecto que acaba usted de producir determinando la pronta adhesión de ese hombre a mis locas exigencias, que cualquiera se lo explicaría como el demonio me lo explica a mí a pesar mío. Su mirada y tres palabras bastaron...

—No acabe usted —dijo Constance tomando la carta y quemándola en presencia de Anselme—. Hijo mío, me veo bien cruelmente castigada por una falta insignificante. Sépalo usted todo, Anselme, pues no quiero que la sospecha que inspira la madre dañe a la hija, y, por otra parte, puedo hablar sin tener que ruborizarme; le diré a mi marido lo que voy a confesarle a usted ahora. Du Tillet quiso seducirme, mi marido fue advertido inmediatamente y du Tillet tuvo que ser despedido. El día mismo en que mi marido iba a despacharle, du Tillet nos robó tres mil francos.

—¡Lo sospechaba! —dijo Popinot expresando con su acento todo su odio.

—Anselme, su porvenir y su dicha exigen esta confidencia; pero debe morir en su corazón, como había muerto en el mío y en el de César. Usted debe recordar la riña de mi marido con motivo de un error de caja. Monsieur Birotteau, para evitar un proceso y no perder a aquel hombre, colocó sin duda en la caja tres mil francos, importe de aquel chal de cachemira que no pude yo comprar hasta tres años después. He aquí la explicación de mi exclamación. ¡Ay de mí!, hijo mío, le confesaré a usted mi puerilidad. Du Tillet me había escrito tres cartas amorosas que le pintaban tan bien, que yo las guardé... como curiosidad —dijo Constance suspirando y bajando los ojos—. No las he vuelto a leer más que una vez, pero comprendí al fin que era

imprudente conservarlas, y al ver hoy a du Tillet, me acordé de ellas, subí a mi habitación para quemarlas y miraba la última cuando usted entró. Esto es todo, amigo mío.

Anselme hincó una rodilla en tierra y besó la mano a la esposa de César con una ternura que les hizo llorar a ambos. La suegra levantó al yerno, le tendió los brazos y lo estrechó contra su corazón.

Aquel día debía ser de alegría para César. Monsieur de Vandenesse, secretario particular del rey, fue a hablarle a la oficina para decirle, después de llamarle aparte:

—Monsieur Birotteau, por una casualidad ha sabido el rey los esfuerzos que usted hace para pagar a sus acreedores. Su Majestad, admirado de conducta tan rara y sabiendo que por humildad no lleva usted la cinta de la Legión de Honor, me envía para ordenarle que vuelva usted a ostentarla en el ojal. Además, queriendo ayudarle a cumplir sus obligaciones, me ha encargado que le entregue esta suma tomada de su caja particular, y que le advierta que siente no poder hacer más. Que esto permanezca en el más profundo secreto. Su Majestad encuentra poco regio la divulgación oficial de sus buenas obras —dijo el secretario particular entregando seis mil francos a César, el cual sintió durante este discurso inexplicables sensaciones.

Birotteau no supo más que balbucear palabras sin ilación, y Vandenesse se retiró sonriéndole y saludándole con la mano. El sentimiento que animaba al pobre César es tan raro en París, que su vida había excitado insensiblemente la admiración. Joseph Lebas, el juez Popinot, Camusot, el cura Loraux, Ragon, el jefe de la importante casa en que estaba Césarine, Lourdois y monsieur de La Billardière habían hablado de él, y la opinión que había cambiado respecto al mismo, le ponía por las nubes.

—He ahí un hombre honrado.

Esta frase había resonado varias veces en los oídos de César cuando pasaba por la calle, y le causaba la emoción que siente un autor cuando oye decir:

—Ese es.

Esta célebre reputación asesinaba a du Tillet. Cuando César tuvo los billetes de Banco que le envió el soberano, su primer pensamiento fue emplearlos en pagar a su antiguo dependiente, y a este efecto el buen hombre se fue a la Chaussée-d'Antin; de suerte que cuando el banquero entraba en su casa, se encontró en la escalera a su antiguo amo.

—¿Qué hay, mi pobre Birotteau? —le dijo con acento insinuante.

—¿Pobre? —exclamó el deudor con altivez—. No lo crea usted, soy muy rico, porque esta noche posaré la cabeza sobre la almohada con la satisfacción de saber que le he pagado.

Estas palabras llenas de probidad, fueron una tortura para du Tillet. A pesar de la estimación general, el banquero no se estimaba a sí mismo, y una voz inextinguible le gritaba: «¡Ese hombre es sublime!»

—¡Pagarme! Pues, ¿qué negocios hace usted?

Seguro de que du Tillet no iría a repetir su confianza, el antiguo perfumista le

dijo:

—Jamás volveré a meterme en negocios. Ningún poder humano podía prever lo que me ocurrió. ¿Quién sabe si no sería víctima de otro Roguin? Mi conducta ha llegado a oídos del rey, y su Majestad se ha dignado ayudarme enviándome al instante una suma bastante importante que...

—¿Necesita usted un recibo? —dijo du Tillet interrumpiéndole—. ¿Paga usted?

—Integramente y hasta los intereses. Así es que le ruego que venga a dos pasos de aquí, a casa de monsieur Crottat.

—¿Paga ante notario?

—Caballero —dijo César—, nadie puede prohibirme que piense en la rehabilitación, y ya sabe usted que las actas ante notario son irrecusables.

—Ya que no hay más que un paso, vamos —dijo du Tillet saliendo con Birotteau—. Pero, ¿de dónde saca usted tanto dinero?

—No lo saco —dijo César—, lo gano con el sudor de mi frente.

—Debe usted una suma enorme a la casa Claparon.

—¡Ay de mí!, sí, esa es mi mayor deuda y temo morir de pena si no la pago.

—Nunca podrá usted pagarla —dijo du Tillet duramente.

«Tiene razón», pensó Birotteau.

Al volver a su casa, el pobre hombre pasó por descuido por la rue de Saint-Honoré, pues daba siempre un rodeo para no ver su tienda ni las ventanas de su habitación. Por primera vez después de su quiebra, volvió a ver aquella casa donde había pasado dieciocho años de dicha, eclipsada entonces por tres meses de angustias.

—Siempre creía que acabaría ahí mis días —se dijo.

Y apresuró el paso porque vio el nuevo letrero que decía:

CELESTINO CREVEL
Sucesor de César Birotteau

—Yo estoy chocho. ¿No es aquella Césarine? —exclamó al recordar que había visto una cabeza rubia en la ventana.

Había visto efectivamente a su hija, a su mujer y a Popinot. Los enamorados sabían que Birotteau no pasaba nunca por delante de su antigua casa, e incapaces de imaginarse lo que le ocurría, habían ido a tomar algunas medidas para la fiesta que imaginaban dar a César. Aquella extraña aparición asombró tan vivamente a Birotteau, que permaneció como si lo hubieran clavado en tierra.

—Ahí está monsieur Birotteau que mira su antigua casa —dijo Molineux al comerciante establecido en frente de *La Reina de las Rosas*.

—Pobre hombre —dijo el antiguo vecino del perfumista— ha dado ahí uno de los bailes más hermosos... Había doscientos coches.

—Asistí a él, quebró tres meses después y yo fui síndico —dijo Molineux. Birotteau se fue temblándole las piernas y corrió a casa de su tío Pillerault.

Pillerault conocedor de lo que había pasado en la rue des Cinq-Diamants, pensaba que su sobrino resistiría difícilmente el choque de una alegría tan grande como la de su rehabilitación, pues era el testigo diario de las vicisitudes morales de aquel pobre hombre, siempre en presencia de sus inflexibles doctrinas sobre los quebrados, y cuyas fuerzas eran puestas a prueba a cada instante. El honor era para César un muerto que podía tener su día de Pascua. Esta esperanza hacía su dolor incesantemente activo. Pillerault tomó a su cargo la preparación de su sobrino para recibir la buena noticia. Cuando Birotteau entró en casa de su tío, le encontró pensando en los medios de lograr su objeto. De modo que la alegría con que el empleado contó el testimonio de interés que el rey le había dado pareció de buen agüero a Pillerault, y el asombro de haber visto a Césarine en *La Reina de las Rosas* fue una excelente entrada en materia.

—Pues bien, César —dijo Pillerault—, ¿sabes de dónde te viene todo eso? De la impaciencia que tiene Popinot por casarse con Césarine. Ya no puede aguantar más, y por tus exageraciones de probidad no debe dejar pasar su juventud comiendo pan seco. Popinot quiere darte los fondos necesarios para que pagues íntegramente a tus acreedores.

—Compra su mujer —dijo Birotteau.

—¿No es honroso hacer rehabilitar a su suegro?

—Pero así tendrán qué decir, y, por otra parte...

—Por otra parte —dijo el tío haciéndose el enfadado—, tú tienes derecho a inmolarle, pero no lo tienes a inmolar a tu hija.

Se siguió de aquí una viva discusión, que Pillerault acaloraba intencionadamente.

—¿Eh, y si Popinot no te prestase nada? —exclamó Pillerault—. ¿Si te hubiese considerado como asociado suyo y mirase el dinero dado a tus acreedores como un anticipo de los beneficios del *Aceite*?

—Parecería que yo había engañado a mis acreedores de acuerdo con él.

Pillerault fingió que se dejaba convencer con este razonamiento. Conocía bastante el corazón humano para saber que durante la noche aquel digno hombre reflexionaría acerca de este punto, y de la discusión anterior nacería la idea de acostumbrarse a la rehabilitación.

—Pero, ¿por qué estaba mi mujer y mi hija en nuestra antigua casa?

—Anselme quiere alquilarla para vivir en ella con Césarine. Tu mujer es de su opinión y sin decirte nada han ido a hacer publicar las proclamas a fin de obligarte a consentir. Popinot dice que tendría menos mérito casarse con Césarine después de tu rehabilitación. Tú tomas los seis mil francos del rey y no quieres aceptar nada de tus parientes. Si yo quisiera darte recibo de lo que me debes, ¿te negarías a aceptarlo?

—No —dijo César—; pero el recibo no sería obstáculo para que yo economizase y le pagase.

—Todo eso son quijotismos —dijo Pillerault—, yo creo que merezco algún crédito en materia de probidad. ¡Qué tonterías acabas de decir! ¿Habrás engañado a

tus acreedores después de haberles pagado a todos?

En este momento, César examinó a Pillerault y éste se sorprendió al ver, después de tres años, que una franca sonrisa animaba las entristecidas facciones de su pobre sobrino.

—Es verdad —dijo—, serían pagados... ¡Pero eso es vender a mi hija!

—Y yo quiero ser comprada —dijo Césarine apareciendo con Popinot.

Los dos amantes habían oído estas últimas palabras entrando de puntillas en la antesala de la pequeña habitación de su tío, y madame Birotteau les seguía. Los tres habían ido en coche a casa de todos los acreedores que faltaban por pagar para convocarles por la tarde en casa de Alexandre Crottat, donde se preparaban los recibos. La potente lógica del enamorado Popinot triunfó de los escrúpulos de César, que persistía en decirse deudor, pretendiendo que faltaba a la ley, y tuvo que ceder ante esta exclamación de Popinot:

—¿Quiere usted matar a su hija?

—¡Matar a mi hija! —dijo César alelado.

—Sí —dijo Popinot—; tengo el derecho de hacerle a usted una donación entre vivos de la suma que en conciencia creo que le pertenece. ¿Se negará usted a ello?

—No —dijo César.

—Pues bien, vamos a casa de Alexandre Crottat esta tarde, a fin de no hablar más de este asunto, allí arreglaremos al mismo tiempo nuestro contrato de matrimonio.

Una demanda de rehabilitación y todas las piezas que la apoyaban fueron presentadas por Derville en el despacho del procurador general de la Audiencia real de París.

Durante el mes que duraron las formalidades y la publicación de las proclamas para el matrimonio de Césarine y Anselme, Birotteau se vio agitado por movimientos febriles. Estaba inquieto, tenía miedo de morir antes de que llegase el gran día en que debía ser rehabilitado. Según decía él, su corazón palpitaba sin razón. Se quejaba de dolores sordos en aquel órgano tan gastado por las emociones del dolor, como por la fatiga que sentía por aquella dicha suprema. Las sentencias de rehabilitación son tan raras en el ámbito de la Audiencia real de París, que apenas si se pronuncia *una* en diez años. Para las gentes que toman por lo serio las cosas de la sociedad, el aparato de la Justicia tiene un no sé qué de grande y grave. Las instituciones dependen enteramente de los sentimientos que los hombres ponen en ellas y de las grandezas de que está revestidas por el pensamiento. Así, cuando en un pueblo no hay, no ya religión, sino creencias, cuando la educación primera ha desatado en él todos los lazos conservadores, acostumbando al niño a un despiadado análisis, una nación se disuelve, pues no tiene ya cuerpo más que por las innobles ligazones del interés material, por los mandatos del culto que crea el egoísmo bien entendido. Lleno de ideas religiosas, Birotteau aceptaba la justicia por lo que debería ser a los ojos de los hombres, una representación de la sociedad misma, una augusta expresión de la ley consentida, independiente de la forma bajo la cual se produce; cuanto más viejo,

gastado y canoso es el magistrado, más solemne es entonces el ejercicio de su sacerdocio, el cual requiere un estudio tan profundo de los hombres y de las cosas, que sacrifica al corazón y lo endurece para ejercer tutela sobre intereses palpitantes. Son raros los hombres que no suben sin vivas emociones la escalera de la Audiencia real del antiguo Palacio de Justicia de París, y el antiguo negociante era uno de ellos. Pocas personas han notado la majestuosa solemnidad de aquella escalera tan bien colocada para producir efecto, escalera que se halla en lo alto del peristilo interior que adorna la cúpula del palacio. Su puerta está en medio de una galería que conduce, por un lado, a la inmensa sala de los Pasos Perdidos, y por el otro a la Capilla Santa, dos monumentos que contribuyen a que parezca todo mezquino en comparación con ellos la iglesia de Saint-Louis, es uno de los edificios más imponentes de París, y su entrada tiene un no sé qué de sombrío y de romántico en el fondo de aquella galería. La gran sala de los Pasos Perdidos ofrece, por el contrario, un claro lleno de luces y es difícil olvidar que la historia de Francia está unida a la tal sala. Sin embargo, vuelvo a repetir que aquella escalera debe tener algo bastante grandioso para no ser eclipsada por estas dos magnificencias. Tal vez ocurre que se conmueve allí el espíritu al ver el lugar en que se dictan las sentencias.

La escalera desemboca en una inmensa pieza, que es la antesala de aquella en que se celebran los juicios de la sala primera, y que forma la sala de los pasos perdidos de la Audiencia. Juzgad las emociones que debió sentir el quebrado, que quedó, como es natural, impresionado por estos accesorios al subir a la Audiencia real rodeado de sus amigos: Lebas, presidente a la sazón del tribunal de comercio, Camusot, su antiguo juez comisario, Ragon, su antiguo amo, y monsieur Loraux, su director espiritual. El santo sacerdote hizo resaltar aquellos esplendores mediante una reflexión que lo volvió aún más imponente a los ojos de César, Pillerault, aquel filósofo práctico, había imaginado exagerar de antemano el goce de su sobrino para librarle de los peligros de los acontecimientos imprevistos de aquella fiesta. En el momento en que el antiguo negociante acababa de vestirse, vio llegar a sus verdaderos amigos, que se consideraban honrados acompañándole a la barra de la Audiencia. Este cortejo le produjo al buen hombre un contento que le dio la exaltación necesaria para sostener el imponente espectáculo de la Audiencia. Birotteau encontró a otros amigos reunidos en la sala de los juicios solemnes, ocupada a la sazón por una docena de consejeros.

Después de los preliminares de oficio, el procurador de Birotteau hizo la demanda en pocas palabras. Obedeciendo a un gesto del primer presidente, el fiscal, invitado a emitir sus conclusiones, se levantó. En nombre de la Audiencia, el fiscal, verdadero representante de la vindicta pública, iba a pedir que se devolviese el honor al negociante que no había hecho más que empeñarlo, ceremonia única, pues el condenado sólo puede ser indultado. Las gentes de corazón pueden imaginarse la emoción de Birotteau al oír que monsieur de Grandville pronunciaba un discurso, cuyo resumen es el siguiente:

«Señores —dijo el célebre magistrado—: Él 16 de enero de 1820, Birotteau fue declarado en estado de quiebra por un fallo del Tribunal de Comercio del Sena. La rendición del balance no era ocasionada por la imprudencia de este comerciante, ni por falsas especulaciones, ni por ninguna razón que pudiese manchar su honor. Sentimos la necesidad de decirlo muy alto: esta desgracia fue causada por uno de esos desastres que se repiten, desgraciadamente, con gran dolor para la justicia y para la villa de París. Estaba reservado para nuestro siglo, en el que fermentará durante mucho tiempo aún la mala levadura de las costumbres y de las ideas revolucionarias, el ver al notariado de París, apartarse de las gloriosas tradiciones de los siglos precedentes y producir, en pocos años, tantas quiebras como hubo, en dos siglos, bajo la antigua monarquía. La sed del oro, adquirido rápidamente, se ha apoderado de los oficiales ministeriales, de esos tutores de la fortuna pública, de esos magistrados intermediarios.»

A continuación, obedeciendo a las necesidades de su cargo, el conde de Grandville peroró largo rato, recriminando a los liberales, a los bonapartistas y a otros enemigos del trono. Los sucesos han probado que este magistrado tenía razón en sus aprensiones.

«La huida de un notario de París, que se llevó los fondos depositados por Birotteau en su casa, decidió la ruina del demandante. La Audiencia dictó en este asunto una sentencia que prueba hasta qué punto fue indignamente burlada la confianza de los clientes de Roguin. Intervino un concordato. Para honra del demandante haremos observar que todas sus operaciones comerciales llevaban el sello de una pureza que no se encuentra en ninguna de las escandalosas quiebras que afligen a diario al comercio de París. Los acreedores de Birotteau pudieron apoderarse de todas sus cosas, llegando a encontrar en su casa, señores, no sólo sus ropas, sus alhajas y las cosas de uso puramente personal, sino también las de su mujer, la cual cedió todos sus derechos para aumentar el activo. En aquella circunstancia, Birotteau fue digno de la estimación que le había llevado a desempeñar las funciones municipales, pues era entonces teniente de alcalde del segundo distrito y acababa de recibir la condecoración de la cruz de la Legión de Honor, como premio a la fidelidad del realista que luchaba en Vendimiario en los peldaños de Saint-Roch, teñidos con su sangre, al magistrado consular estimado por su celo y por su espíritu conciliador, y al modesto miembro municipal que acababa de rechazar los honores de la alcaldía indicando para este cargo al digno y honrado monsieur barón de La Billardière, noble vendeano, a quien aprendió a estimar durante los malos tiempos...»

—Esta frase es mejor que la mía —dijo César al oído de su tío.

—«...Los acreedores, que cobraron el sesenta por ciento de sus créditos, gracias a

la entrega que les hicieron de todo lo que poseían este leal negociante, su mujer y su hija, consignaron su estimación en el concordato habido entre ellos y el deudor, al cual hicieron renuncia del resto de sus créditos; y este testimonio ha de llamar necesariamente la atención de la Audiencia por la manera cómo está concebido.»

Aquí el procurador general leyó las consideraciones del concordato.

«Señores, en circunstancias análogas, muchos negociantes se hubieran creído libres y habrían marchado orgullosos por las calles públicas. Lejos de esto, Birotteau, sin dejarse abatir, formó en su conciencia el proyecto de llegar al glorioso día que se levanta hoy para él. Nada le ha desalentado. Nuestro muy amado soberano, para dar pan al herido en Saint-Roch, le concedió una colocación, y el quebrado reservó su sueldo para sus acreedores, sin emplear nada en la satisfacción de sus necesidades, pues la abnegación de su familia no le ha faltado nunca.»

Birotteau-estrechó, llorando, la mano de su tío.

«Su mujer y su hija, coadyuvando al noble pensamiento de Birotteau, iban ahorrando también el fruto de su trabajo. Ambas abandonaron la posición que ocupaban para abrazar otra más inferior. Estos sacrificios, señores, deben ser altamente honrados, porque son los más difíciles de hacer. He aquí cuál era la labor que Birotteau se había impuesto.»

Aquí el procurador general leyó el resumen del balance, enumerando las sumas que había quedado a deber y los nombres de los acreedores.

«Cada una de estas sumas, incluso los intereses, ha sido pagada, señores, y la prueba del pago no son recibos privados, sino actas auténticas, según previene la ley. Señores magistrados, debéis devolver a Birotteau, no ya el honor, sino los derechos de que se halla privado, y así haréis justicia. Semejantes espectáculos son tan raros en vuestra Audiencia, que no podemos menos de felicitar y aplaudir al impetrante por su conducta.»

Después leyó las conclusiones formales en estilo judicial. La Audiencia deliberó, sin retirarse, y el presidente se levantó para pronunciar sentencia:

«La Audiencia —dijo para terminar— me encarga que exprese a Birotteau la satisfacción que siente al pronunciar semejante fallo. Escribano, pasemos a la causa siguiente.»

Birotteau, dueño ya de su honor, que le era devuelto por las frases del ilustre procurador general, confundido de placer al oír la solemne frase pronunciada por el primer presidente de la primera Audiencia de Francia, frase que denotaba

estremecimientos en el corazón de la impasible justicia humana. El pobre no podía dejar su puesto en la barra, y parecía clavado en él, mirando con aire alelado a los magistrados, cual si fuesen ángeles que se presentaban para abrirle las puertas de la vida social. Su tío le tomó por el brazo y le sacó de allí. César, que no había obedecido a Luis XVIII, se puso entonces maquinalmente la cinta de la Legión de Honor en el ojal y se vio rodeado inmediatamente por sus amigos y llevado en triunfo hasta el coche.

—¿Adónde me llevan ustedes, amigos míos? —dijo a Joseph Lebas, a Pillerault y a Ragon.

—A su casa.

—No, son las tres, y quiero usar de mi derecho entrando en la Bolsa.

—¡A la Bolsa! —dijo Pillerault al cochero haciendo una expresiva seña a Lebas, pues observaban en el rehabilitado síntomas tan inquietantes, que temían que se volviese loco.

El antiguo perfumista entró en la Bolsa dando el brazo a su tío y a Lebas, aquellos dos negociantes venerados. Se sabía ya su rehabilitación. La primera persona que vio a los tres negociantes, seguidos del anciano Ragon, fue du Tillet.

—¡Ah!, mi querido amo, celebro infinito el saber que ha salido usted airoso. Yo tal vez he contribuido a ese feliz desenlace por la facilidad con que me dejé arrancar una pluma del ala por ese pequeño Popinot. Celebro su dicha cual si fuese mía.

—Y se comprende —dijo Pillerault—. A usted no le ocurrirá nunca eso.

—¿Cómo se entiende, señor? —dijo du Tillet.

—¡Pardiez!, en el buen sentido de la palabra —dijo Lebas sonriéndose de la maliciosa frase de Pillerault, el cual sin saber nada consideraba a aquel hombre como un infame.

Matifat reconoció a César, e inmediatamente los negociantes más afamados rodearon al antiguo perfumista haciéndole una ruidosa ovación. Birotteau recibió las felicitaciones más halagüeñas y apretones de manos que despertaban muchas envidias y excitaban algunos remordimientos, pues de las cien personas que había allí, más de cincuenta habían liquidado. Gigonnet y Gobseck, que hablaban en un rincón, miraron al virtuoso perfumista como debieron mirar los físicos al primer *gimnoto* eléctrico que vieron. Este pez, armado del poder de una botella de Leyde, es la mayor curiosidad del reino animal. Después de haber respirado el incienso de su triunfo, César subió a su coche y se puso en marcha para volver a su casa, donde tenía que firmarse el contrato de matrimonio de su querida Césarine y su fiel Popinot. El perfumista tenía una risa nerviosa que sorprendió a sus tres íntimos amigos.

Presenta la juventud el defecto de creer que todo el mundo es fuerte como ella, si bien es verdad que este defecto depende de sus propias cualidades. En lugar de ver los hombres y las cosas a través de sus lentes, los colorea con los reflejos de su llama y comunica su exceso de vida hasta a las gentes más ancianas. Al igual que César y Constance, Popinot conservaba en su memoria una fastuosa imagen del baile dado

por Birotteau. Durante aquellos tres años de pruebas, Constance y César, sin decírselo, creyeron varias veces oír la orquesta de Collinet, soñaron con la escogida reunión y gustaron de aquel goce tan cruelmente castigado, como Adán y Eva debieron pensar a veces en aquel fruto prohibido que dio la muerte y la vida a toda su posteridad, pues parece que la reproducción de los ángeles es uno de los misterios del cielo. Pero Popinot podía pensar en aquella fiesta sin remordimientos, con delicia; Césarine, en toda su gloria, le había prometido ser suya cuando él era pobre. Durante aquel baile, Anselme llegó a tener la seguridad de ser amado por sí mismo; así es que cuando compró la habitación restaurada por Grindot a Célestin, estipulando que todo había de permanecer en ella intacto, cuando había conservado religiosamente las menores cosas pertenecientes a César y a Constance, soñaba con dar su baile, un baile de boda, y había preparado aquella fiesta con amor, imitando únicamente a su amo en los gastos necesarios, pero no en todas sus locuras. Así la comida sería servida por Chevet, ya que el número de convidados iba a ser casi el mismo. El abate Loraux reemplazaba al gran canciller de la Legión de Honor, y el presidente del tribunal de comercio, monsieur Lebas, no faltaría. Popinot invitó a monsieur Camusot para pagarle las consideraciones que había tenido con Birotteau. Los señores de Vandenesse y de Fontaine ocuparían la plaza de Roguin y de su mujer. Césarine y Popinot habían distribuido con discernimiento las invitaciones para el baile. Ambos temían igualmente la publicidad de una boda y habían imaginado dar el baile el día del compromiso. Constance volvió a ponerse aquel traje de color cereza con el que había brillado un solo día con resplandor tan fugitivo. Césarine se había complacido en dar a Popinot la sorpresa de presentarse con aquel mismo traje de baile de que tantas veces habían hablado. De esta suerte, el salón iba a ofrecer a Birotteau el encantador espectáculo que había saboreado durante una sola noche. Ni Constance, ni Césarine, ni Anselme habían notado el peligro de esta enorme sorpresa para César, y le esperaban a las cuatro con una alegría que les llevaba a hacer puerilidades.

Después de las indefinibles emociones que acababa de causarle su entrada en la Bolsa, aquel héroe de la probidad comercial iba a sufrir el pasmo que le esperaba en la rue de Saint-Honoré. Cuando, al entrar en su antigua casa, vio en el descansillo de la escalera a su mujer con traje de terciopelo color cereza, a Césarine, al conde de Fontaine, al vizconde de Vandenesse, al barón de La Billardière y al ilustre Vauquelin, notó que una ligera nube cubría sus ojos, y su tío Pillerault, que le daba el brazo, advirtió en él un estremecimiento interior.

—¡Esto es demasiado! —dijo el filósofo al enamorado Anselme—. Nunca podrá soportar todo el goce que quieres proporcionarle.

La alegría era tan viva en todos los corazones que todo el mundo atribuyó la emoción y la inseguridad de César a una embriaguez muy natural, pero mortal a veces, al encontrarse de nuevo en su casa. Al volver a ver su salón y sus convidados, entre los cuales había mujeres vestidas para el baile, el movimiento heroico o final de la gran sinfonía de Beethoven estalló de pronto en su cabeza y en su corazón. Aquella

música ideal irradió, chispeó e hizo sonar sus clarines en las meninges de aquel cerebro fatigado, para el cual debía ser aquello el gran final.

Agobiado por aquella armonía interior, César se fue a coger del brazo de su mujer y le dijo al oído, con voz ahogada por un contenido vómito de sangre:

—¡Me encuentro mal!

Constance, asustada, llevó a su marido, con trabajo, a su cuarto. Llegado allí, el perfumista se dejó caer en un sofá diciendo:

—¡Monsieur Haydry! ¡Monsieur Haydry!

El abate Loraux acudió seguido de los convidados y de las mujeres en traje de baile, quienes se detuvieron estupefactos formando un curioso grupo. En presencia de aquella fiesta estropeada, César estrechó la mano de su confesor e inclinó la cabeza sobre el seno de su mujer, que permanecía arrodillada. Se le había roto un vaso del pecho, y para colmo de desdichas, el aneurisma le privaba de su última respiración.

—¡He aquí la muerte del justo! —dijo el abate Loraux con voz grave, señalando a César con uno de esos divinos gestos que supo adivinar Rembrandt para su cuadro de Cristo resucitando a Lázaro.

Jesús ordena a la tierra que devuelva su presa, y el santo sacerdote le mostraba al cielo un mártir de la probidad comercial que merecía ser premiado con la palma eterna.

París, noviembre 1837.



LA CASA DE NUCINGEN



A madame Zulma Caraud

¿No es a vos, señora, cuya alta y esclarecida inteligencia es como un tesoro para vuestros amigos, y que sois a la vez para mí todo un público y la más indulgente de las hermanas, a quien debo dedicar esta obra? Dignaos aceptarla como prueba de una amistad de la que estoy orgulloso. Vos y algunas otras almas, bellas como la vuestra comprenderéis mi pensamiento al leer *La Casa Nucingen*, unida a *César Birotteau*. ¿No hay acaso en este contraste toda una enseñanza social?

DE BALZAC

El lector ya sabe cuán delgados son los tabiques que separan los gabinetes particulares en los más elegantes cabarets de París. En Casa Véry, por ejemplo, el salón más espacioso está dividido en dos por un tabique de quita y pon. La escena no se desarrollaba allí, sino en un lugar muy bueno que no me conviene citar. Éramos dos y así, pues, diría, como el Prudhomme de Henry Monnier: «No querría comprometerla». Acariciábamos las golosinas de una cena, con más de un título para llamarse exquisita, en un saloncito donde nos hablábamos en voz baja, después de comprobar el escaso espesor del tabique. Llegamos al momento del asado sin tener vecinos en la pieza contigua a la nuestra, en la que sólo oíamos el chisporroteo del fuego. Dieron las ocho, se produjo un gran ruido de pies, se cambiaron palabras y los camareros trajeron bujías. Esto nos demostró que el salón vecino estaba ocupado. Al reconocer las voces supe de qué personajes se trataba. Eran cuatro de los más osados cormoranes nacidos en la espuma que corona las olas incesantemente renovadas de la generación presente; mozos amables cuya existencia es problemática, a los que no se conocen rentas ni heredades, pero que viven bien. Estos discretos *condottieri* de la industria moderna, que han provocado la más cruel de las guerras, dejan las inquietudes para sus acreedores, se quedan los placeres para ellos y sólo les preocupa su atuendo. Pero en cambio tenían el valor de fumar, como Jean Bart, su cigarro sobre un barril de pólvora, quizá para estar en su papel; más burlones que los periodicuchos, hasta el punto de burlarse de ellos mismos; perspicaces e incrédulos, inquisitivos en los negocios, ávidos y pródigos, envidiosos del prójimo pero contentos de sí mismos; profundos políticos en sus salidas, capaces de analizarlo todo y de admirarlo todo, aún no habían podido medrar en la sociedad en que pretendían alternar.

Uno solo de los cuatro llegó a subir, pero solamente hasta el pie de la escalera. Tener dinero no es nada, y un advenedizo no sabe todo lo que le falta hasta después de seis meses de lisonjas. Poco hablador, frío, estirado, sin ingenio, aquel advenedizo, llamado Andoche Finot, tuvo el valor de echarse de bruces ante los que podían

servirle y el cinismo de mostrarse insolente con los que ya no necesitaba. Semejante a uno de los grotoscos del ballet de *Gustave*, es marqués por detrás y villano por delante. Este prelado industrial mantiene a un tiralevistas, Emile Blondet, redactor de varios periódicos, hombre de mucho ingenio, pero deshilvanado, brillante, capaz, perezoso, que se sabe explotado, que se deja hacer, pérfido por capricho; uno de esos hombres que despiertan amor pero no estimación. Ladino como una doncella de comedia, incapaz de negar su pluma a quien se la pide ni su corazón a quien lo solicita en préstamo, Emile es el más seductor de esos hombres-doncella de quienes el más extravagante de nuestros ingenios ha dicho: «Me gustan más con zapatos de raso que con botas».

El tercero, llamado Couture, se mantiene por la especulación. Se dedica a los negocios y el éxito de uno oculta el fracaso del otro. Así vive a flor de agua, sostenido por la fuerza nerviosa de su fuego, por un corte rígido y audaz. Nada hacia aquí y hacia allá, buscando en la mar inmensa de los intereses parisienses un islote lo bastante conveniente para poder establecerse en él. Evidentemente, no está en su lugar.

En cuanto al último, el más malicioso de los cuatro, con su nombre bastará: ¡Bixiou! Mas, ¡ay!, ya no es el Bixiou de 1825, sino el de 1836, el misántropo bufón de quien se sabe que posee mayor inspiración y mordacidad, un diablo furioso por haber malgastado tanto ingenio a tontas y a locas, irritado por no haber podido recoger sus restos de naufragio en la última revolución, que reparte puntapiés a todos como un verdadero Pierrot de los Funámbulos, que conoce su época y las aventuras escandalosas al dedillo, y las adorna con sus picaras invenciones, mientras salta sobre todos los hombros como un payaso y trata de dejar en ellos una marca a la manera del verdugo.

Después de haber satisfecho las primeras exigencias de la gula, nuestros vecinos llegaron en el momento en que nosotros estábamos de la cena, o sea a los postres, y, merced a nuestra actitud silenciosa, se creyeron solos. Entre el humo de los cigarros, con ayuda del vino de Champaña, a través de las diversiones gastronómicas de los postres, se entabló entre ellos una íntima conversación. Marcada por aquel espíritu glacial que hace rígidos los sentimientos más elásticos, detiene las inspiraciones más generosas y da a la risa un tono agudo, aquella charla, repleta de la amarga ironía que convierte el júbilo en sarcasmo, acusó el agotamiento de unas almas entregadas a ellas mismas, sin otra finalidad que no fuese la satisfacción del egoísmo, fruto de la paz en que vivimos. Aquel libelo contra el hombre que Diderot no se atrevió a publicar, *El sobrino de Rameau*; aquel libro, desaliñado expresamente para mostrar las llagas, sólo puede compararse a aquel libelo dicho sin ninguna segunda intención, en el que la palabra ni siquiera respeta lo que el pensador aún discute, en el que sólo se construye con ruinas, en el que se niega todo y en el que únicamente se admira lo que el escepticismo acepta: la omnipotencia, la omnisciencia y la omniconveniencia del dinero. Después de disparar sin orden ni concierto contra el círculo de las

personas de saber, la maledicencia se puso a fusilar a los amigos íntimos. Bastó una seña para explicar el deseo que yo experimentaba de quedarme para escuchar en el momento en que Bixiou tomó la palabra, como vamos a ver. Escuchamos entonces una de esas terribles improvisaciones que confieren a este artista su reputación entre algunos espíritus que están de vuelta de todo, y, aunque interrumpida a menudo, reanudada una y otra vez, mi memoria la tomó taquigráficamente. Opiniones y forma, todo está aquí sin tener en cuenta las convenciones literarias. Pero así es cómo fue: un revoltijo de cosas siniestras que pinta a nuestra época, a la que sólo deberían contarse historias parecidas, cuya responsabilidad, por otro lado, dejo al narrador principal. La pantomima, los gestos, en relación con los frecuentes cambios de voz, por medio de los cuales Bixiou describía a los interlocutores que aparecían en escena, debían de ser perfectos, pues sus tres oyentes dejaban escapar exclamaciones de aprobación e interjecciones de contento.

—¿Y Rastignac te ha rechazado? —dijo Blondet a Finot.

—En redondo.

—¿Pero le has amenazado con los periódicos? —preguntó Bixiou.

—Se echó a reír —respondió Finot.

—Rastignac es el heredero directo del difunto De Marsay; se abrirá camino en política como en la sociedad —observó Blondet.

—¿Pero cómo ha hecho su fortuna? —preguntó Couture—. En 1819 vivía con el ilustre Bianchon en una miserable pensión del Barrio Latino; su familia comía abejorros asados y bebía el vino del país para poder enviarle cien francos al mes; las tierras de su padre no valían mil escudos; tenía que mantener a dos hermanas y un hermano, y ahora...

—Ahora tiene cuarenta mil libras de renta —repuso Finot—. Todas sus hermanas han recibido una rica dote, se han casado con magníficos partidos y él ha dejado el usufructo de la heredad a su madre.

—En 1827 —terció Blondet— aún le vi sin blanca.

—¡Oh, en 1827! —exclamó Bixiou.

—Pues bien —prosiguió Finot—, hoy lo vemos en camino de llegar a ser ministro, par de Francia y todo cuanto se le antoje. Hace tres años rompió amigablemente con Delphine; sólo hará una boda de convivencia y, si se lo propone, puede casarse con una joven noble. Este mozo ha tenido la inteligencia de unirse a una mujer rica.

—Amigos míos, tenedle en cuenta varias circunstancias atenuantes —dijo Blondet—. Cayó en las manos de un hombre hábil al salir de las garras de la miseria.

—Tú conoces bien a Nucingen —dijo Bixiou—. En los primeros tiempos, Delphine y Rastignac lo encontraban *bueno*; una mujer parecía ser, para él y en su casa, un juguete, un adorno. Y he aquí lo que, para mí, hace a este hombre tan cuadrado de base como de altura: Nucingen dice sin rebozo que su mujer es la representación de su fortuna, *una cosa* indispensable, pero secundaria en la vida a alta

presión de los políticos y los grandes financieros. Ha dicho ante mí que Bonaparte fue estúpido como un burgués en sus primeras relaciones con Josefina y que después de haber tenido el valor de tomarla como escabel para medrar, hizo el ridículo al querer convertirla en su compañera.

—Todos los hombres superiores deben tener, en lo tocante a las mujeres, las opiniones del Oriente —dijo Blondet.

—El barón ha fundido las doctrinas orientales y occidentales en una encantadora doctrina parisiense. Sentía horror por De Marsay, que no era manejable, pero Rastignac fue muy de su agrado y lo explotó sin que el propio Rastignac se diera cuenta, dejándole todas las cargas de su matrimonio. Rastignac tuvo que cargar, pues, con todos los caprichos de Delphine, llevándola al Bosque de Bolonia y acompañándola a los espectáculos. Este gran hombrecillo político de nuestros días pasó gran parte de su vida leyendo y escribiendo lindos billetes. Al principio regañaba a Eugène por naderías; se alegraba con Delphine cuando ella estaba alegre y se entristecía cuando estaba triste; soportaba el peso de sus migrañas, de sus confidencias; le concedía todo su tiempo, sus horas y su preciosa juventud para colmar el vacío del ocio de esta parisiense. Delphine y él celebraban largos conciliábulos acerca de los atavíos que mejor le sentaban; él aplacaba el fuego de las cóleras y las andanadas de las ocurrencias mordaces; mientras que, por compensación, ella se mostraba encantadora con el barón. Éste reía aparte y luego, cuando veía a Rastignac doblegado bajo el peso de sus cargas, parecía como *si sospechara algo*, y unía a los dos amantes por medio de un miedo común.

—Llego a concebir que una mujer rica haya hecho vivir a Rastignac, e incluso honorablemente, pero ¿de dónde ha sacado su fortuna? —preguntó Couture—. Una fortuna tan considerable como la suya ha tenido que salir de alguna parte, y nadie ha comentado jamás que hiciera un buen negocio.

—Ha heredado —dijo Finot.

—¿De quién? —preguntó Blondet.

—De los necios que ha conocido —repuso Couture.

—No lo ha tomado todo, amorcillos míos —dijo Bixiou:

*...Reponeos de alarma tan feroz;
todos viven del fraude en esta época atroz.*

Voy a contaros el origen de su fortuna. Ante todo, ¡loor al talento! Nuestro amigo no es un mozalbeta, como dice Finot, sino un gentleman que conoce las reglas del juego, se sabe las cartas de memoria y a quien la galería respeta. Rastignac tiene toda la discreción que hay que tener en un momento determinado, como un militar que sólo pone su valor a noventa días vista, con tres firmas y garantías. Podrá parecer demolidor, duro y tajante, sin ilación en las ideas, sin constancia en sus proyectos, sin opiniones fijas, pero si se presenta un asunto serio, una combinación que hay que

seguir, no querrá abarcar demasiado, como hace nuestro amigo Blondet, aquí presente, que se pone a discutir por cuenta del vecino. Rastignac se concentra, se recoge, estudia el punto por donde hay que atacar, y ataca con todo el ímpetu. Con un valor digno de Murat derriba los balances, los accionistas, los fundadores y toda la tienda; cuando el ataque ha abierto un hueco, él vuelve a su vida muelle y despreocupada, convirtiéndose de nuevo en el hombre del Mediodía, el voluptuoso, el que habla de fruslerías, Rastignac el desocupado, que puede levantarse a mediodía, porque no se acostó en el momento de la crisis.

—Esto me parece muy bien, pero habla de una vez de su fortuna —dijo Finot.

—Bixiou no nos hará más que un ataque —repuso Blondet—. La fortuna de Rastignac se llama Delphine de Nucingen, mujer notabilísima, en la que la audacia va aliada con la previsión.

—¿Te ha prestado dinero? —preguntó Bixiou.

Estalló una carcajada general.

—Os equivocáis sobre ella —dijo Couture a Blondet—. Su ingenio consiste en decir frases más o menos picantes, en querer a Rastignac con una fidelidad fastidiosa y obedecerle ciegamente: una mujer completamente italiana.

—Aparte el dinero —dijo Andoche Finot con acritud.

—Vamos, vamos —prosiguió Bixiou con voz zalamera—, después de lo que acabamos de decir, ¿cómo os atrevéis a reprochar al pobre Rastignac que haya vivido a expensas de la casa Nucingen, que haya sido puesto entre sus muebles, ni más ni menos como lo fue en otro tiempo La Torpedo por nuestro amigo Des Lupeaulx? Caeríais en la vulgaridad de la rue Saint-Denis. En primer lugar, abstractamente hablando, como dice Royer-Collard, la cuestión puede sostener *la crítica de la razón pura*; en cuanto a la de la razón impura...

—¡Ya está lanzado! —dijo Finot a Blondet.

—Pero tiene razón —exclamó Blondet—. La cuestión es antiquísima; fue la consigna del famoso duelo a muerte entre La Chataigneraie y Jarnac. Jarnac fue acusado de estar en buenas relaciones con su suegra, que proveía al fausto de su amadísimo yerno. Por fidelidad hacia el rey Enrique II, que se permitió aquella maledicencia. La Chataigneraie la tomó por su cuenta; ésta fue la causa de aquel duelo que enriqueció a la lengua francesa con la expresión *coup de jarnac*, golpe imprevisto.

—¡Ah! Si la expresión viene de tan lejos, debe de ser noble —observó Finot.

—Es natural que tú ignorases esto, en tu calidad de antiguo propietario de periódicos y revistas —dijo Blondet.

—Hay mujeres —prosiguió Bixiou con gravedad— y también hombres que pueden fraccionar su existencia y dar sólo una parte de ella (observad que os expreso mi opinión según la fórmula humanitaria). Para estos hombres todos los intereses materiales están al margen de los acontecimientos; hacen donación de su vida, su tiempo y su honor a una mujer, y encuentran que no es decente desperdiciar entre

ellos el papel de seda en que se graba: *La ley castiga con la pena de muerte al falsificador*. De manera recíproca, estos hombres no aceptan nada de una mujer. Sí, todo se convierte en algo deshonesto cuando a la fusión de los intereses acompaña la fusión de las almas. Esta doctrina se profesa, pero se aplica raramente...

—¡Eh! —exclamó Blondet—. ¡Qué tonterías! El mariscal de Richelieu, que era un maestro en el arte de la galantería, concedió una pensión de mil lises a madame de la Popelinière después de la aventura de la placa de chimenea. Inés Sorel entregó ingenuamente su fortuna al rey Carlos VII, y el rey la aceptó. Jacques Coeur mantuvo a la Corona de Francia, que se dejó mantener y se mostró ingrata como una mujer.

—Señores —dijo Bixiou—, el amor que no traiga aparejada una indisoluble amistad me parece un libertinaje momentáneo. ¿Cómo debemos calificar a un total abandono en el que una de las partes se reserva algo? Entre estas dos doctrinas, tan opuestas y tan profundamente inmorales una como la otra, no existe conciliación posible. Según mi parecer, las personas que temen una unión completa, sin duda creen que puede terminar, y... (esto es Fénelon de lo más puro.) Así, los que conocen el mundo, los observadores, las personas decentes, los hombres bien enguantados y bien encorbatados, que no se avergüenzan de casarse con una mujer por su fortuna, proclaman como indispensable una completa separación de los intereses y los sentimientos. Los otros son unos locos que aman, que se creen solos en el mundo con su amante. Para ellos, los millones son fango; el guante o la camelia que lleva su ídolo vale millones. ¡Si bien en ellos no se encuentra nunca el vil metal disipado, se encuentran flores marchitas ocultas en bonitas cajas de cedro! No se distinguen entre sí. Para ellos, el yo no existe. *Tú*, éste es su Verbo encarnado. ¡Qué queréis! ¿Impedir esta enfermedad secreta del corazón? Hay necios que aman sin ninguna especie de cálculo, y hay sabios que calculan cuando aman.

—Bixiou me parece sublime —exclamó Blondet—. ¿Qué dice a eso Finot?

—En cualquier otra parte —respondió Finot pavoneándose con su corbata— yo opinaría como los gentlemen; pero aquí pienso...

—Como los sujetos infames con los que tienes el honor de codearte en estos momentos —repuso Bixiou.

—Sí, desde luego —dijo Finot.

—¿Y tú? —preguntó Bixiou a Couture.

—Son puras sandeces —exclamó Couture—. Una mujer incapaz de convertir su cuerpo en escabel para que el hombre que ha escogido llegue al fin propuesto, es una mujer que sólo tiene corazón para sí misma.

—¿Y tú, Blondet?

—¿Quién, yo? Yo practico.

—Pues bien —repuso Bixiou con su tono más mordaz—, Rastignac no era de vuestro parecer. Tomar sin devolver es horrible e incluso demuestra cierta ligereza; pero tomar para tener el derecho de imitar al Señor, dando ciento por uno, es un acto caballeresco. Así pensaba Rastignac. Se sentía profundamente humillado por su

comunidad de intereses con Delphine de Nucingen; puedo afirmar que lo lamentaba; lo he visto con lágrimas en los ojos deplorando su situación. Sí, lloraba de verdad... ¡Después de cenar! Pues bien, según nosotros...

—¡Ah, vaya! Ahora te burlas de nosotros —dijo Finot.

—Por nada del mundo. Se trata de Rastignac, cuyo dolor sería, según vosotros, una prueba de su corrupción, pues entonces quería mucho menos a Delphine. Mas, ¡qué queréis! El pobre muchacho tenía esta espina clavada en el corazón.

Es un gentilhombre profundamente depravado, como sabéis, y nosotros somos unos virtuosos artistas. Pues Rastignac quería enriquecer a Delphine, a pesar de que él era pobre y ella rica. Por increíble que parezca lo consiguió. Rastignac, que se hubiera batido como Jarnac, pasó desde entonces a sustentar la opinión de Enrique II por virtud de su gran frase: «No hay virtud absoluta, sino circunstancias». Esto tiene que ver con la historia de su fortuna.

—¿Por qué no empiezas tu relato en vez de inducirnos a que nos calumniemos a nosotros mismos? —dijo Blondet con una graciosa campechanía.

—¡Ah, ah, pequeño! —exclamó Bixiou dándole el bautismo de un golpecito en el occipucio—. El vino de Champaña te hace recuperar el tiempo perdido.

—¡Eh! ¡Por el santo nombre del accionista —dijo Couture—, cuéntenos de una vez esa historia!

—Me disponía a hacerlo —repuso Bixiou—; pero, con tu juramento, me has llevado, hasta el desenlace.

—¿Así, pues, hay accionistas en esta historia? —preguntó Finot.

—Riquísimos, como los tuyos —contestó Bixiou.

—A mí me parece —dijo Finot con tono grave— que debes mostrarte considerado con un buen muchacho que cuando hace falta te suelta un billete de quinientos...

—¡Camarero! —gritó Bixiou.

—¿Qué quieres pedirle al camarero? —le preguntó Blondet.

—Quinientos francos para devolvérselos a Finot, a fin de desliar su lengua y desgarrar mi reconocimiento.

—Cuenta esa historia —repuso Finot, fingiendo reír.

—Sois testigos —dijo Bixiou— de que yo no pertenezco a ese impertinente, que cree que mi silencio sólo vale quinientos francos. Tú no serás jamás ministro si no sabes apreciar las conciencias. Pues bien, sí —dijo con voz cariñosa—, mi buen Finot, contaré esa historia sin personalizar, y estaremos en paz.

—Nos demostrará —dijo Couture sonriendo— que Nucingen hizo la fortuna de Rastignac.

—No andas tan descaminado como crees —repuso Bixiou—. Vosotros no sabéis lo que es Nucingen en el terreno financiero.

—¿No sabes algo sobre sus comienzos? —dijo Blondet.

—Sólo lo conocí en su casa —dijo Bixiou—, pero podíamos habernos visto con

anterioridad en la carretera real.

—La prosperidad de la casa Nucingen es uno de los fenómenos más extraordinarios de nuestra época —prosiguió Blondet—. En 1804, Nucingen era poco conocido, y los banqueros de entonces hubieran temblado al saber que en la plaza circulaban cien mil escudos en letras giradas por él. Aquel financiero sintió entonces su inferioridad. ¿Cómo darse a conocer? Haciendo suspensión de pagos. ¡Ajajá! Su nombre, hasta entonces limitado a Estrasburgo y al barrio de la Poissonnière, resonó en todos los ámbitos. Indemnizó a los suyos con valores muertos y reanudó sus pagos. Al poco tiempo su papel circulaba por toda Francia. Por una circunstancia inaudita, los valores revivieron, volvieron a gozar del favor popular y dieron beneficios. El de Nucingen era buscadísimo. Llega el año 1815; nuestro amigo reúne sus capitales, adquiere fondos antes de la batalla de Waterloo, hace suspensión de pagos en el momento de la crisis y liquida con acciones en las minas de Wortschin, que se había procurado a un veinte por ciento por debajo del valor a que él mismo las emitía, sí, señores. Hizo un pedido a Grandet de ciento cincuenta mil botellas de vino de Champaña para cubrirse, previendo la quiebra de aquel virtuoso padre del actual conde de Aubrion, y otras tantas a Duberghe en vinos de Burdeos. Aquellas trescientas mil botellas *aceptadas*, aceptadas, mi querido amigo, a treinta sueldos, las hizo beber a los aliados, a seis francos en el Palais-Royal, de 1817 a 1819. El papel de la casa Nucingen y su nombre alcanzan fama europea. Aquel ilustre barón se elevó sobre el abismo en el que otros hubieran caído. Por dos veces su liquidación produjo inmensas ventajas a sus acreedores: ¿Quiso enredarlos? ¡Nada de eso! Pasa por ser el hombre más honrado del mundo. A la tercera suspensión, el papel de la casa Nucingen se acepta en Asia, en Méjico, en Australia y entre los salvajes. Ouvrard fue el único que adivinó a aquel alsaciano, hijo de algún judío converso por ambición: «¡Cuando Nucingen suelta su oro —dijo—, podéis creer que lo hace para recoger diamantes!»

—Su compinche du Tillet está a su altura —dijo Finot—. Tened en cuenta que du Tillet es un hombre que, por lo que se refiere a su nacimiento, sólo tiene lo indispensable para subsistir, y que este mozo, que no tenía un céntimo en 1814, se ha convertido en lo que todos sabéis; pero ha hecho lo que ninguno de nosotros ha sabido hacer (no me refiero a ti, Couture): ha tenido amigos en vez de enemigos. Ocultó tan a la perfección sus antecedentes, en fin, que fue necesario rebuscar en las alcantarillas para descubrir que había sido dependiente en casa de un perfumista de la rue Saint-Honoré hasta 1814.

—¡Tate, tate! —repuso Bixiou—. No comparéis nunca a Nucingen con un pequeño *sablista* como du Tillet, un chacal que triunfa gracias a su olfato, que adivina los cadáveres y llega el primero para llevarse el mejor hueso. Además, comparad a estos dos hombres: uno de ellos tiene la cara aguda de los gatos, es flaco y esbelto; el otro es cúbico, gordo, pesado como un saco e inmóvil como un diplomático. Nucingen tiene la mano gruesa y una mirada de lince que no se anima jamás; su

profundidad no está delante, sino detrás: es impenetrable, no se le ve venir nunca, mientras que la finura de du Tillet se parece, como decía Napoleón de no sé quien, al algodón hilado demasiado fino, que resulta quebradizo.

—No veo que Nucingen tenga otra ventaja sobre du Tillet como no sea la de poseer el buen sentido de adivinar que un financiero no debe ser más que barón, mientras que du Tillet quiere hacerse nombrar conde en Italia —apuntó Blondet.

—Blondet..., un momento, hijo —observó Couture—. En primer lugar, Nucingen se atrevió a decir que sólo hay hombres honrados en apariencia; después, para conocerlo bien, hay que vivir en el mundo de los negocios. Para él, la Banca no es más que un pequeñísimo departamento: tiene además los suministros al gobierno, los vinos, las lanas, los índigos, todo lo que permite efectuar alguna ganancia, en una palabra. Su genio lo abarca todo. Este elefante de las finanzas vendería diputados al ministerio y los griegos a los turcos. Para él, el comercio es la totalidad de las variedades, como diría Cousin, la unidad de las especialidades. La Banca, así enfocada, se convierte en toda una política, exige una cabeza poderosa y obliga entonces a que un hombre bien templado se ponga por encima de las leyes de la probidad, que le vienen estrechas.

—Tienes razón, hijo mío —dijo Blondet—. Pero nosotros somos los únicos que comprendemos que esto significa la guerra llevada al mundo del dinero. El banquero es un conquistador que sacrifica a las masas para alcanzar resultados ocultos; sus soldados son los intereses de los particulares. Tiene que combinar sus estratagemas, tender sus emboscadas, lanzar a sus partidarios y tomar sus plazas. La mayoría de estos hombres rozan tanto con la política, que acaban metiéndose en ella, en la que naufraga su fortuna. La casa Necker se perdió así; el famoso Samuel Bernard casi se arruinó por la política. En cada sitio existe un banquero de su fortuna colosal que no deja fortuna ni sucesor. Los hermanos París, que contribuyeron a hundir a Law, y el propio Law, a cuyo lado todos los que inventan sociedades por acciones son pigmeos; Bouret, Beaujon, todos desaparecieron sin hacerse representar por una familia. Como el tiempo, la Banca devora a sus hijos. Para poder subsistir, el banquero tiene que ennoblecerse, fundar una dinastía como los prestamistas de Carlos V, los Fugger, que fueron creados príncipes de Babenhausen, y que aún existen... en el Almanaque de Gotha. La Banca busca la nobleza por instinto de conservación y acaso sin saberlo. Jacques Coeur creó una gran casa noble, la de Noirmoutier, extinguida bajo Luis XIII. ¡Qué energía desplegó aquel hombre, arruinado por haber creado un rey legítimo! A su muerte era príncipe en una isla del Archipiélago, donde edificó una magnífica catedral.

—¡Ah, si empezáis a darnos clases de historia, saldremos de la época actual, en que el trono no goza del privilegio de conferir la nobleza, en que se hacen barones y condes a puerta cerrada, y esto será una lástima! —dijo Finot.

—Echas de menos el jaboncillo del villano —dijo Bixiou—, y tienes razón. Volvamos a nuestros corderos. ¿Conocéis a Beaudenord? ¡No, no, no! Bien. ¿Veis

cómo todo pasa? Este pobre joven era la flor de los pisaverdes hace diez años. Pero fue absorbido con tanta perfección, que no lo conoceríais del mismo modo que Finot ignoraba hace un momento el origen del *coup de jarnac*. (¡Te digo esto por la frase y no para fastidiarte, Finot!) A decir verdad, pertenecía al arrabal de Saint-Germain. Pues bien, Beaudenord es el primer primo que haré salir a escena. En primer lugar os diré que se llama Godefroid de Beaudenord. Ni Finot, ni Blondet, ni Couture, ni yo dejamos de reconocer semejante ventaja. Aquel buen mozo no sufría en su amor propio al oír llamar a sus domésticos a la salida del baile, cuando treinta lindas mujeres encapuchadas y acompañadas de sus maridos y sus adoradores esperaban sus coches. Después gozaba del uso de todos los miembros que Dios ha dado al hombre: sano y entero, sin nubes en un ojo, ni bisoñé, ni falsas pantorrillas; no era patizambo ni patituerto; tenía unas rodillas sin infarto, un espinazo, talle derecho, fino, manos blancas y bien hechas, cabellos negros; la tez ni sonrosada como la del mozo de un colmado, ni demasiado morena como la de un calabrés. Por último, cosa esencial, Beaudenord no era un hombre demasiado agraciado, como lo son aquellos de entre nuestros amigos que parecen pavonearse con su belleza, como si no tuviesen otra cosa; pero no volvamos a eso; es infame; ya lo hemos dicho. Era un buen tirador de pistola, montaba con mucha elegancia a caballo, se batió por una bagatela y no mató a su adversario. ¿Sabéis que para averiguar de qué se compone una felicidad entera, pura y sin mezcla, en el siglo XIX, en París, y una felicidad de joven de veintiséis años, hay que penetrar en las cosas infinitamente pequeñas de la vida? El zapatero de lujo conocía las medidas que calzaba Beaudenord y le servía bien; su sastre se desvivía por vestirlo. Godefroid no pronunciaba guturalmente la *r*, no tenía acento gascón ni normando, hablaba de una manera pura y correcta y se hacía muy bien el nudo de la corbata, como Finot. Primo político del marqués de Aiglemont, su tutor (¡era huérfano de padre y madre, otra felicidad!), podía ir e iba a visitar a los banqueros, sin que en el arrabal de Saint-Germain nadie le reprochase que los frecuentara, pues afortunadamente los jóvenes tienen el derecho de hacer del placer su única ley, de correr en busca de la diversión y de huir de los sombríos rincones donde florece el dolor. Por último, fue vacunado (tú me comprendes bien, Blondet). A pesar de todas estas virtudes, hubiera podido ser muy desgraciado. Tened en cuenta que la dicha tiene la desdicha de que parece significar algo absoluto; apariencia que induce a tantos necios a preguntarse: «¿Qué es la felicidad?» Una mujer de gran discreción decía: «La felicidad está donde la ponemos».

—Proclamaba una triste verdad —observó Blondet.

—Y moral —agregó Finot.

—¡Archimoral! La felicidad, como la virtud y como el mal, expresa algo relativo —respondió Blondet—. Así, La Fontaine esperaba que, con el tiempo, los condenados se acostumbrarían a su situación y terminarían por estar en el infierno como los peces en el agua.

—¡Todos los abaceros conocen las frases de La Fontaine! —dijo Bixiou.

—La felicidad de un hombre de veintiséis años que vive en París no es la felicidad de un hombre de veintiséis años que vive en Blois —dijo Blondet, sin oír la interrupción—. Los que parten de ahí para despotricar contra la inestabilidad de las opiniones son unos granujas o unos ignorantes. La medicina moderna, cuyos mejores timbres de gloria consisten en haber pasado, entre 1799 y 1837, del estado conjetural al de ciencia positiva, y esto por influencia de la gran escuela analista de París, ha demostrado que, en un período determinado, el hombre se renueva por completo...

—A la manera del cuchillo de Jeannot, aunque los demás lo sigan considerando siempre el mismo —repuso Bixiou—. Así, pues, hay muchos rombos en este traje de arlequín que llamamos la felicidad. Tened en cuenta, sin embargo, que el traje de mi Godefroid no tenía agujeros ni mancha. Un joven de veintiséis años, que sería feliz en amor, es decir, amado, no a causa de su floreciente juventud, ni por su ingenio, ni por su presencia, sino de manera irresistible, ni siquiera a causa del amor en sí mismo, pero, sin embargo, aquel amor sería abstracto y, por volver a lo que decía Royer-Collard, dicho joven podría muy bien no tener un céntimo en la bolsa que el objeto de su amor le habría bordado; podría deber el alquiler al casero, el calzado al zapatero ya citado, los trajes al sastre que terminaría, como Francia, por mostrar desafección. ¡Podría ser pobre, en una palabra! La miseria malogra la felicidad del joven, que no tiene nuestras opiniones trascendentales sobre la fusión de los intereses. No conozco nada más fatigoso que ser moralmente muy feliz y materialmente muy desgraciado. ¿No es algo así como tener una pierna helada, como la mía, por el viento que se cuela por la puerta, y la otra asada por las brasas de la chimenea? Espero que me comprendáis bien: ¿Hay eco en el bolsillo de tu chaleco, Blondet? Entre nosotros, dejemos el corazón, porque estropea el ingenio. ¡Prosigamos! Godefroid de Beaudenord gozaba, pues, de la estima de sus proveedores, pues éstos recibían con bastante regularidad su dinero. La mujer de gran discreción que antes he citado, y que no podemos nombrar porque, gracias a su poco corazón, vive...

—¿Quién es?

—¡La marquesa de Espard! Decía que un joven tenía que vivir en un entresuelo, no tener en su casa nada que oliese a vida doméstica, ni cocinera ni cocina, estar atendido por un criado viejo y no revelar la menor pretensión a la estabilidad. Según ella, cualquier otro establecimiento es de mal gusto. Godefroid de Beaudenord, fiel a este programa, vivía en el Quai Malaquais, en un entresuelo; sin embargo, se vio obligado a admitir cierta similitud con las personas casadas poniendo en su habitación una cama, tan estrecha, empero, que apenas la utilizaba. Una inglesa que hubiese entrado por casualidad en su casa no hubiera podido encontrar en ella nada de *improper*. Finot, haz que te expliquen la gran ley de lo *improper* que gobierna Inglaterra. Mas, puesto que estamos unidos por un billete de mil, voy a darte una idea. ¡Debes saber que yo estuve en Inglaterra! (En voz baja y al oído de Blondet:) Le ofrezco ingenio por más de dos mil francos. En Inglaterra, Finot, estableces estrechas relaciones con una mujer, durante la noche, en el sarao o en cualquier otra parte; a la

mañana siguiente te la encuentras en la calle y demuestras reconocerla: esto será *improper*. Durante una cena, metido en el frac de tu vecino de la izquierda, reconoces a un hombre encantador, dicharachero, nada orgulloso, campechano; no tiene nada de inglés; según las leyes de la antigua compañía francesa, tan cortés y amable, tú le hablas: esto será *improper*. Abordas en el baile a una linda joven para sacarla a bailar: ¡*Improper!* Os acaloráis, discutís, reís, ensancháis vuestro corazón, y lo ponéis con el alma y el ingenio en vuestra conversación; expresáis sentimientos; jugáis cuando estáis en el juego, conversáis en la conversación y coméis al comer: ¡*Improper, improper, improper!* Uno de los hombres más discretos y profundos de nuestra época, Stendhal, ha definido perfectamente lo *improper* diciendo que hasta tal punto señorea en la Gran Bretaña que hay algún lord en Inglaterra que cuando está solo, no se atreve a cruzar las piernas ante su propio fuego por miedo a ser *improper*. Una dama inglesa, aunque fuese de la secta furiosa de los *santos* (protestantes a ultranza que dejarían morir de hambre a toda su familia si ésta fuese *improper*), no será *improper* haciendo diabluras en su dormitorio, pero se considerará perdida si recibe a un amigo en esta misma habitación. Gracias al *improper*, un día Londres y sus habitantes aparecerán petrificados.

—Cuando se piensa que existen en Francia unos necios que quieren importar a nuestro país las solemnes tonterías que los ingleses hacen en el suyo, con esa extraordinaria sangre fría que todos los conocemos —dijo Blondet—, hay para que se eche a temblar quien conozca a Inglaterra y recuerde las graciosas y encantadoras costumbres francesas. En sus últimos días, Walter Scott, que no se atrevió a representar a las mujeres tal como son por miedo a ser *improper*, se arrepentía de haber trazado la bella figura de Effie en la *Prisión de Edimburgo*.

—¿Quieres no ser *improper* en Inglaterra? —dijo Bixiou a Finot.

—¿Qué hay que hacer? —repuso el interpelado.

—Ve a ver a las Tullerías una especie de bombero de mármol titulado Temístocles por el escultor, y trata de andar como la estatua del Comendador; así nunca serás *improper*. La felicidad de Godefroid se completó mediante una aplicación rigurosa de la gran ley de lo *improper*. Voy a contarte la historia. Tenía un tigre, y no un *groom*, como escriben las personas que no saben nada del mundo. Su tigre era un pequeño irlandés llamado Paddy, Joby, Toby (a voluntad), de tres pies de alto, veinte pulgadas de ancho, cara de comadreja, nervios de acero templados con ginebra, ágil como una ardilla, que conducía un landó con una destreza infalible tanto en Londres como en París, ojos de lagarto, finos como los míos, jinete tan consumado como el viejo Franconi, de cabellos rubios como los de una Virgen de Rubens, mejillas sonrosadas, disimulado como un príncipe, instruido como un abogado retirado, de diez años de edad, una auténtica flor de perversidad; en fin, amigo de jugar y de jurar, de las confituras y del ponche, insultante como un ¡folletín, descarado y ladrón como un golfillo de París. Era el honor y el provecho de un célebre lord inglés, al que ya había hecho ganar setecientos mil francos en las carreras. El lord quería mucho a este niño:

su tigre era una curiosidad, pues nadie tenía en Londres un tigre tan pequeño. Montado en un caballo de carreras, Joby parecía un halcón. Pues bien, sabed que el lord despidió a Toby, no por glotonería, ni por robo, ni por asesinato, ni por conversación criminal, ni por desaliño en el vestir, ni por insolencia ante milady, ni tampoco por haber agujereado los bolsillos de la primera doncella de milady, ni por haberse dejado sobornar por los adversarios de milord en las carreras, ni por haberse divertido el domingo; en fin, no por ninguna acción reprobable. Toby hubiera podido hacer todas estas cosas, incluso hablar a milord sin que éste le preguntase, y milord le hubiera perdonado este crimen doméstico. Milord hubiera soportado muchas cosas de Toby, tanto lo apreciaba. Su tigre conducía un coche de dos ruedas y un tronco de dos caballos, montado sobre el segundo, con las piernas recogidas sobre las varas, semejante a una de esas cabezas de ángel que los pintores italianos esparcen en tomo al Padre Eterno. Un periodista inglés hizo una deliciosa descripción de aquel angelote y lo encontró demasiado lindo para ser un tigre, llegando a apostar que Paddy era una tigresa domesticada. La descripción amenazaba con envenenarse y hacerse *improper* en grado superlativo, y el superlativo de *improper* lleva a la horca.

»Milady alabó mucho la circunspección de milord. Toby no pudo encontrar plaza en ninguna parte, después de que su estado civil en la zoología británica fue puesto en entredicho. Por aquel tiempo, Godefroid florecía en la Embajada de Francia en Londres, donde se enteró de las desventuras de Toby, Joby y Paddy. Godefroid se hizo cargo del tigre, que encontró llorando junto a un tarro de confitura, pues el niño ya había perdido las guineas con que milord doró su desdicha. A su regreso, pues, Godefroid de Beaudenord importó a nuestro país el tigre más encantador de Inglaterra y fue conocido por su tigre del mismo modo que Couture se ha hecho popular por sus chalecos. Esto le permitió también ingresar con facilidad en la confederación del club hoy llamado de Grammont. No acariciaba ninguna ambición después de haber renunciado a la carrera diplomática, no tenía un espíritu peligroso y fue bien recibido en todas partes. Nosotros nos sentiríamos ofendidos en nuestro amor propio al no encontrar más que semblantes risueños. A nosotros nos gusta ver la mueca amarga del envidioso. A Godefroid le disgustaba que le odiasen. ¡Sobre gustos no hay disputas! ¡Vamos a lo sólido, a la vida material! Su pisito, en el que yo he comido más de una vez, se distinguía por su cuarto de aseo misterioso, bien adornado, lleno de objetos cómodos, con chimenea y bañera; daba a una escalerilla, con puertas batientes ensordecidas, cerraduras fáciles, goznes discretos, ventanas de cristales sin pulir y cortinas impasibles. Si bien la habitación ofrecía y debía ofrecer el más hermoso desorden que desear pueda el pintor de acuarelas más exigente; si bien todo respiraba en ella el aire bohemio de una vida de joven elegante, el cuarto de aseo era como un santuario: blanco, limpio, arreglado, cálido, sin corrientes, con una alfombra hecha para saltar descalzo sobre ella. ¡Aquí se veía la firma del mozo que sabe lo que hace y saca partido a la vida! Pues allí, durante unos minutos, puede mostrarse estúpido o grande en los pequeños detalles de la existencia que revelan el

carácter. La marquesa ya citada, mejor dicho, la marquesa de Rochefide, salió furiosa de aquel cuarto de aseo, para no volver jamás a él, pues no había encontrado allí nada de *improper*. En aquel cuarto Godefroid tenía un armarito lleno de...

—¿De camisolas? —dijo Finot.

—¡Vamos, especie de Turcaret! (No lo recordaré jamás.) No, hombre, de dulces, de frutas, de botellitas muy monas de vino de Málaga, de Lunel, una de reserva estilo Luis XIV, todo cuanto puede divertir a los estómagos delicados y cultos, a los estómagos de dieciséis porciones. Un viejo y malicioso doméstico, muy experto en el arte veterinario, cuidaba de los caballos y atendía a Godefroid, pues estuvo con el difunto monsieur Beaudenord y sentía por Godefroid un afecto inveterado, esa enfermedad del corazón que las cajas de ahorro han terminado por hacer desaparecer de los domésticos. Toda la dicha material reposa sobre cifras. Vosotros, que conocéis bien la vida parisiense, adivinaréis que necesitaba alrededor de diecisiete mil libras de renta, porque tenía diecisiete francos de imposiciones y mil escudos de fantasías. Pues bien, hijos míos, el día en que fue mayor de edad, el marqués de Aiglemont le presentó unas cuentas de tutela que nosotros seríamos incapaces de presentar a nuestros sobrinos, y le entregó una inscripción de dieciocho mil libras de renta en el libro mayor, resto de la opulencia paterna vapuleada por la gran reducción republicana y dañada por el pedrisco de los atrasos del Imperio. Aquel virtuoso tutor entregó a su pupilo treinta mil francos de economías colocadas en la casa Nucingen, diciéndole, con toda la gracia de un gran señor y el desparpajo de un soldado del Imperio, que le había ahorrado aquella suma para sus locuras de juventud. «Si quieres escucharme Godefroid —añadió—, en vez de gastarlos a tontas y a locas, como tantos otros, comete locuras útiles; acepta un puesto de agregado de Embajada en Turín; de allí pasa a Nápoles, de Nápoles vuelve a Londres, y ese dinero tuyo te habrá servido para tu solaz e instrucción. Más adelante, si quieres seguir una carrera, no habrás perdido el tiempo ni el dinero.» El malogrado D'Aiglemont valía más que su reputación; no puede decirse otro tanto de nosotros.

—Un joven que comienza a los veintiún años con dieciocho mil libras de renta es un mozo arruinado —dijo Couture.

—Si no es avaro, o muy superior —observó Blondet.

—Godefroid vivió en las cuatro capitales de Italia —repuso Bixiou—. Visitó Alemania e Inglaterra, estuvo en San Petersburgo, recorrió Holanda, pero derrochó los treinta mil francos citados, pues llevaba un tren de vida como si tuviese treinta mil libras de renta. Encontró por doquier el *suprema de volaille*, *l'aspic* y los *vins de France*, oyó hablar francés a todo el mundo, y en fin, no supo salir de París. Hubiera deseado, desde luego, depravarse el corazón, cubrirlo con una coraza, perder las ilusiones, aprender a escucharlo todo sin enrojecer, a hablar sin decir nada, a penetrar los secretos intereses de las potencias... ¡Bah! Se tomó la molestia de proveerse de cuatro lenguas, es decir, de aprovisionarse de cuatro palabras contra una misma idea. Regresó viudo de muchas viudas de calidad, pero fastidiosas, llamadas *buenas*

fortunas en el extranjero, tímido y poco formado, buen muchacho, lleno de confianza, incapaz de hablar mal de las personas que le hacían el honor de admitirlo en su casa, con excesiva buena fe para ser diplomático; en fin, lo que nosotros llamamos un mozo leal.

—En una palabra, un chiquillo que tenía sus dieciocho mil libras de renta a la disposición de las primeras acciones llegadas —comentó Couture.

—Este diablo de Couture está tan acostumbrado a anticipar los dividendos, que anticipa el desenlace de mi historia. ¿Dónde habíamos quedado? En el regreso de Beaudenord. Cuando estuvo instalado en el Quai Malaquais, sucedió que mil francos por encima de lo que necesitaba resultaron insuficientes para su parte de un palco en los Italianos y la Ópera. Cuando perdía veinticinco o treinta lises en el juego o en una apuesta, como es natural, pagaba; si ganaba, los gastaba, que es lo que nos pasaría si cometiésemos la estupidez de acostumbrarnos a hacer apuestas. Beaudenord, que con sus dieciocho mil libras de renta empezaba a pasar cierta penuria, sintió la necesidad de crear lo que hoy llamamos *el fondo de circulación*. Le importaba sobremanera *no hundirse a sí mismo*. Fue a consultar a su tutor: «Mi querido hijo —le dijo d'Aiglemont—, las rentas están a la par; véndelas; yo he vendido las mías y las de mi mujer. Nucingen tiene todos mis capitales y me da por ellos el seis por ciento; haz como yo y tendrás un porcentaje de más que te permitirá vivir desahogadamente». En tres días, nuestro Godefroid se creó una situación desembarazada. Al hallarse sus ingresos perfectamente equilibrados con sus gastos superfluos, su dicha material fue completa. Si fuese posible interrogar a todos los jóvenes de París con una simple mirada, como parece que se hará el día del juicio final con los millares de generaciones que habrán pataleado en todos los rincones del globo, vestidos de guardia nacional o de salvajes, para preguntarles si la felicidad de un joven de veintiséis años consiste en poder salir a caballo en tílburí o en cabriolé con un tigre grande como el puño, fresco y sonrosado como Toby, Joby, Paddy; en tener, llegada la noche, por doce francos, un cupé de alquiler muy correcto; en mostrarse elegantemente ataviado de acuerdo con las leyes de la moda que rigen a las ocho, al mediodía, a las cuatro y por la noche; en ser bien recibido en todas las embajadas para recoger en ellas las flores efímeras de las amistades cosmopolitas y superficiales; en ser de una belleza soportable y llevar bien su nombre, su traje y su cabeza; en alojarse en un encantador y pequeño entresuelo arreglado como ya os he dicho que lo estaba el entresuelo del Quai Malaquais; en poder invitar a los amigos para ir al *Rocher de Cancale* sin haber interrogado previamente su propia faltriquera, y no verse detenido en ninguno de sus movimientos razonables por esta pregunta: «¡Ah! ¿Y el dinero?»; en poder renovar las borlitas rosadas que adornan las orejas de sus tres caballos pura sangre, y en llevar siempre forro nuevo en el sombrero, ¿no? Todos, incluso nosotros, que somos personas superiores, todos responderían que esta dicha es incompleta, que es la Madeleine sin altar, que hay que amar y ser amado, o amar sin ser amado, o ser amado sin amar, o poder amar a tontas y a locas. Con esto

llegamos a la felicidad moral. Cuando en enero de 1823 se encontró bien asentado en sus goces, después de haber tomado pie y lengua en las diferentes sociedades parisienses donde le plugo ir, sintió la necesidad de ponerse al amparo de una sombrilla, de tener que quejarse de una mujer decente, de no estropear el talle de una rosa comprada por diez sueldos a madame Prévost como hacen los jovencuelos que cloquean en los pasillos de la Ópera, como pollos en una caponera. En suma, resolvió aplicar sus sentimientos, sus ideas y sus afectos a una mujer, ¡una mujer! ¡Ah!... Principió por concebir la idea disparatada de tener una pasión desdichada, y durante algún tiempo hizo la rosca a su bella prima, madame d'Aiglemont, sin darse cuenta de que un diplomático ya había bailado el vals de *Fausto* con ella.

Pasó el año 25 entregado a intentos, búsquedas y coqueterías inútiles, sin encontrar el objeto deseado de sus amores. Las pasiones son extremadamente raras. ¡En aquella época se alzaron tantas barricadas en las costumbres como en las calles! ¡A decir verdad, hermanos, ya os lo dije: lo *improper* nos conquista! Como ya nos reprochan que hacemos la competencia a los pintores retratistas, los tasadores y las vendedoras de artículos de moda, os ahorraré la descripción de la persona en quien Godefroid reconoció a su hembra. Edad, diecinueve años; talla, un metro cincuenta centímetros; cabellos rubios, cejas, *ídem*, ojos azules, frente mediana, nariz curvada, boca pequeña, mentón corto y alzado, cara ovalada; señas particulares, ninguna. Éste es el pasaporte del objeto amado. No seáis más difíciles que la policía, que los señores alcaldes de todas las villas y comunas de Francia, que los gendarmes y otras autoridades constituidas. Por otra parte, es el molde de la Venus de Médicis, palabra de honor. La primera vez que Godefroid fue a casa de madame de Nucingen, que lo había invitado a uno de esos bailes que le hicieron adquirir cierta reputación a bajo precio, distinguió en un rigodón a la persona que sería objeto de su amor y se quedó maravillado ante aquella talla de un metro cincuenta. Aquellos cabellos rubios caían en cascadas tumultuosas sobre una cabecilla ingenua y fresca como la de una náyade que hubiese pegado la nariz a la ventana cristalina de su fuente para ver las flores de la primavera. (Éste es nuestro nuevo estilo, formado por frases colocadas en hilera como los macarrones.) El *ídem* de las orejas, con perdón de la prefectura de policía, hubiera podido merecer seis versos del amable Parny, y este poeta festivo los hubiera comparado con mucho agrado al arco de Cupido, observando que el dardo estaba debajo, pero un dardo sin fuerza, romo, pues en él aún reina actualmente la blanda dulzura que se atribuye a mademoiselle de la Vallière cuando hacía la señal de la cruz. ¿Conocéis el efecto que producen los cabellos rubios y los ojos azules, combinados con una danza muelle y voluptuosa? Una joven no nos lanza entonces un flechazo audaz en pleno corazón, como esas morenas que con su mirada parecen decimos, como haría un mendigo español: «¡La botea o la vida! Cinco francos, o te desprecio». Esas bellezas imponentes (¡y un poco peligrosas!) pueden gustar a muchos hombres, pero, según mi parecer, la rubia que tenga la dicha de mostrarse excesivamente tierna y complaciente, sin perder sus derechos de amonestación, de

hacer rabiarse, de pronunciar discursos inmoderados, de falsos celos y de todo cuanto hace adorable a la mujer, siempre tendrá mayores probabilidades de casarse que la morena ardiente. La madera es cara. Isaure, blanca como una alsaciana (había nacido en Estrasburgo y hablaba el alemán con un pequeño acento francés muy agradable), bailaba a maravilla. Sus pies, que el funcionario de la policía no había mencionado y que sin embargo podían ponerse bajo la rúbrica de *señas particulares*, eran notables por su pequeñez, por aquel movimiento particular que los viejos maestros llamaban *zig zag*, y comparable a la agradable elocución de mademoiselle Mars, pues todas las musas son hermanas y tanto el bailarín como el poeta tienen los pies en tierra. Los pies de Isaure conversaban con una nitidez, una precisión, una ligereza y una rapidez de muy buen augurio para las cosas del corazón. «¡Tiene *zig zag*!», era el supremo elogio que le hacía Marcel, el único maestro de danza que ha merecido el nombre de grande. Se decía el gran Marcel como el gran Frédéric, y de la época de Frédéric.

—¿Compuso ballets? —preguntó Finot.

—Sí, *algo así como* Los Cuatro Elementos, *la* Europa galante.

—¿Qué época —dijo Finot— esa época en que los grandes señores vestían a las bailarinas!

—¡*Improper!* —repuso Bixiou—. Isaure no se alzaba sobre las puntas, sino que permanecía con los pies en el suelo, balanceándose sin sacudidas, ni más ni menos voluptuosamente de lo que debe balancearse una joven. Marcel decía, con una profunda filosofía, que cada estado tiene su danza: una mujer casada debe bailar de manera distinta a una joven, un togado de manera diferente a un financiero, y un militar de manera distinta a un paje; llegaba incluso a pretender que un infante no podía bailar como un soldado de caballería, y de aquí partía para analizar toda la sociedad. ¡Qué lejos quedan de nosotros todos estos bellos matices!

—¡Ah —dijo Blondet—, has puesto el dedo en una gran desgracia! Si Marcel hubiese sido comprendido, la Revolución Francesa no hubiera tenido lugar.

—Godefroid —prosiguió Bixiou— no tuvo la ventaja de recorrer Europa sin aprovecharla para observar a fondo los bailes extranjeros. Sin sus profundos conocimientos coreográficos, calificados de fútiles, quizá no hubiera amado a la joven citada; pero, de los trescientos invitados que se agolpaban en los hermosos salones de la rue Saint-Lazare, él fue el único que comprendió el amor inédito que revelaba un baile indiscreto. Todos observaban bien la manera de bailar de Isaure d'Aldrigger, pero, en este siglo en que todos exclaman: «¡Deslicémonos sin apoyamos!», uno dice: «He aquí a una joven que baila maravillosamente bien» (era un pasante de notario); otro: «He aquí a una jovencita que danza estupendamente» (era una dama tocada con turbante); la tercera persona, una mujer de treinta años: «¡He aquí a una personilla que no baila mal!» Volvamos al gran Marcel y digamos, parodiando su frase más famosa: «¡Cuántas cosas hay en un paso de ballet!»

—¡Y vamos un poco más aprisa! —dijo Blondet—. Estás divagando.

—Isaure —prosiguió Bixiou, mirando a Blondet de través— llevaba un sencillito

vestido de crespón blanco adornado con cintas verdes, una camelia en los cabellos, otra en su cintura, una tercera en la falda del vestido y una camelia...

—¡Vamos, eso son las trescientas cabras de Sancho!

—¡Es toda la literatura, querido! *Clarisa* es una obra maestra, tiene catorce volúmenes y el autor más obtuso de vodeviles te la contará en un acto. Con tal de que yo te divierta, ¿de qué te quejas? Este atavío producía un efecto delicioso. ¿Es que no te gustan las camelias? ¿Prefieres las dalias? No. ¡Toma, ahí tienes una castaña! —dijo Bixiou, quien sin duda tiró una castaña a Blondet, pues la oímos caer en el plato.

—¡Bien, me he equivocado, continúa, continúa! —dijo Blondet.

—Prosigo —dijo Bixiou—. «¿No es una linda moza casadera?» —dijo Rastignac a Beaudenord indicándole la jovencita de las camelias blancas, puras y sin una hoja de menos. Rastignac era uno de los íntimos de Godefroid. «Pues bien, en eso pensaba —le espondió Godefroid al oído—. Me decía que, en vez de temblar en todo momento en la felicidad, de esforzarse por realizar una palabra en un oído indiferente, de mirar en los Italianos si hay una flor roja o blanca en un tocado, si hay en el Bosque de Bolonia una mano enguantada en la portezuela de un coche, como se hace en Milán al pasear por el Corso; que en vez de robar una porción de bizcocho borracho detrás de una puerta, como un lacayo que apura una botella; de exprimirse la inteligencia para dar y recibir una carta, como un cartero; que en vez de recibir ternuras infinitas en dos líneas, tener que leer hoy cinco volúmenes infolio y mañana una entrega de dos hojas, lo cual resulta fatigoso; que en vez de arrastrarse por las roderas y detrás de los setos, valdría más entregar a la adorable pasión envidiada por Jean-Jacques Rousseau, amando sencillamente a una joven como Isaure, con la intención de llevarla al altar si durante el intercambio de sentimientos, los corazones congenian; en una palabra, ser Werther, pero feliz. Es una manera como otra de hacer el ridículo —dijo Rastignac, muy serio—. En tu lugar, yo quizá me sumiría en las delicias infinitas de este ascetismo; es nuevo, original y poco costoso. Tu Mona Lisa es suave, pero bobalicona como una música de ballet, tenlo en cuenta». La manera en que Rastignac pronunció esta última frase hizo creer a Beaudenord que su amigo tenía interés en desencantarlo, y lo consideró como su rival en su calidad de antiguo diplomático. Las vocaciones frustradas destiñen sobre todo la existencia. Godefroid se encaprichó tan bien de mademoiselle Isaure d'Aldrigger, que Rastignac se acercó a una joven muy gentil que sostenía una conversación en un salón de juego y le dijo al oído: «Malvina, vuestra hermana acaba de pescar en sus redes un pez que pesa dieciocho mil libras de renta; tiene un nombre, cierta posición en el mundo y modales; vigiladlos; si se dedican a hilar el amor perfecto, procurad ser la confidente de Isaure para no dejarle responder una palabra sin haberla corregido.» Alrededor de las dos de la madrugada, el ayuda de cámara fue a decir a una pastora de los Alpes, de cuarenta años, coqueta como Zerlina de la ópera *Don Juan*, y junto a la que estaba Isaure: «El coche de la baronesa ya está dispuesto». Godefroid vio que entonces su belleza de balada alemana se llevaba a su madre fantástica al salón de partida, donde

ambas damas fueron seguidas por Malvina. Godefroid, que fingía (¡qué niño!) ir a saber en qué tarro de confitura se había metido Joby, tuvo la dicha de distinguir a Isaure y Malvina dedicadas a la tarea de envolver a su bulliciosa mamá en su manto, dándose los pequeños toques necesarios para un viaje nocturno por París. Las dos hermanas lo examinaron con el rabillo del ojo como gatas bien enseñadas, de las que acechan a un ratón fingiendo no interesarse por él. Godefroid experimentó cierta satisfacción al ver el tono, la manera de vestir y los modales del apuesto alsaciano de librea, bien enguantado, que trajo gruesos zapatos forrados a sus tres señoras. Nunca hubo dos hermanas más diferentes que Isaure y Malvina. La mayor era alta y morena, Isaure pequeña y rubia; ésta tenía los rasgos finos y delicados; aquélla, formas vigorosas y pronunciadas; Isaure era la mujer que reina por su debilidad y que todo alumno de Instituto se cree obligado a proteger; Malvina era la mujer del *¿Habéis visto en Barcelona?* Al lado de su hermana, Isaure producía el efecto de una miniatura puesta junto a un retrato al óleo. «¡Ella es rica!», dijo Godefroid a Rastignac al volver al baile. «¿Quién?» «Esa joven.» «¡Ah! ¿Isaure d'Aldrigger? Naturalmente. La madre es viuda y su marido tuvo a Nucingen en sus oficinas de Estrasburgo. Si quieres volver a verla, ve a cumplimentar a madame de Restaud, que da un baile pasado mañana, al que asistirán la baronesa d'Aldrigger y sus dos hijas; no dejará de invitarte.» Durante tres días, en la cámara oscura de su cerebro, Godefroid vio a su Isaure, las camelias blancas y su airosa cabecita, del mismo modo que después de contemplar mucho rato un objeto fuertemente iluminado volvemos a verlo al cerrar los ojos bajo una forma menor, radiante y coloreado, que brilla en medio de las tinieblas.

—¡Bixiou, te conviertes en un fenómeno! ¡Píntanos cuadros a docenas! —dijo Couture.

—¡Aquí los tenéis! —repuso Bixiou adoptando sin duda la pose de un camarero de café—. ¡Aquí tienen, señores, el cuadro que han pedido!

—¡Atención, Finot! ¡Hay que tirarte de la lengua como un cochero de tartana tira de las riendas de su rocín! Madame Thédora-Marguerite-Wilhelmine Adolphus (de la casa Adolphus y compañía, de Mannheim), viuda del barón de Aldrigger, no era una alemana buena y oronda, compacta y reflexiva, blanca, de tez dorada como la espuma de una jarra de cerveza, enriquecida con todas las virtudes patriarcales que posee la Germania, novelescamente hablando. Tenía las mejillas aún frescas, coloreadas en los pómulos como las de una muñeca de Nuremberg, tirabuzones muy despabilados en las sienas, ojos provocativos, ni una sola cana, un talle esbelto y cuyas pretensiones estaban puestas de relieve por vestidos con corsé. Tenía en la frente y las sienas algunas arrugas involuntarias que, como Ninon, hubiera querido desterrar a sus talones, pero las arrugas se empeñaban en dibujar su zig zag en los lugares más visibles. El contorno de la nariz perdía su pureza y la punta se enrojecía, lo que era tanto más molesto cuanto que la nariz armonizaba entonces con el color de los pómulos. En su calidad de única heredera, mimada por sus padres, mimada por su

marido, mimada por la ciudad de Estrasburgo y constantemente mimada por sus dos hijas, que la adoraban, la baronesa se permitía usar el color rosa, la falda corta y el nudo en la punta del corsé, que le dibujaban el talle. Cuando un parisiense ve pasar a esta baronesa por el bulevar, sonríe y la condena sin admitir, como el jurado actual, las circunstancias atenuantes en un fratricidio. El burlón es siempre un ser superficial y, por consiguiente, cruel; el picaro no tiene en cuenta para nada la parte que corresponde a la sociedad en el ridículo que provoca su risa, pues la naturaleza sólo ha hecho animales y debemos los necios al estado social.

—Lo que yo encuentro de bueno en Bixiou —dijo Blondet— es que es completo: cuando no se burla de los demás, se mofa de sí mismo.

—Blondet, ya hablaremos de eso —dijo Bixiou con tono fino—. Si esa pequeña baronesa fuese casquivana, despreocupada, egoísta, incapaz de cálculo, la responsabilidad de sus defectos recaería sobre la casa Adolphus y compañía, de Mannheim, y sobre el amor ciego del barón de Aldrigger. Dulce como un corderito, nuestra baronesa tenía el corazón tierno, fácil de emocionar, mas por desgracia la emoción duraba poco y por consiguiente se renovaba con frecuencia. Cuando el barón murió, aquella pastora estuvo a punto de seguirle a la tumba, pues su dolor fue violento y verdadero, pero... al día siguiente, a la hora del almuerzo, le sirvieron guisantes, que eran su plato predilecto, y aquellos deliciosos guisantes calmaron la crisis. Era objeto de un amor tan ciego por parte de sus dos hijas y el servicio doméstico, que toda la casa se alegró de una circunstancia que permitió ocultar a la baronesa el doloroso espectáculo de la fúnebre comitiva. Isaure y Malvina ocultaron sus lágrimas a su madre adorada y la entretuvieron con la elección de sus ropas de luto, que encargaron mientras cantaban el *Réquiem*. Cuando el féretro fue colocado bajo aquel gran catafalco negro y blanco, manchado de cera, que sirvió para tres mil cadáveres de personas de buena posición antes de ser reformado, según calcula un empleado de funeraria doblado de filósofo a quien consulté sobre el particular entre vaso y vaso de vinillo blanco; cuando un clero secular completamente indiferente vociferó el *Dies irae*, cuando el alto clero, no menos indiferentes, celebró el oficio, ¿sabéis lo que dijeron los amigos vestidos de negro, sentado o de pie en la iglesia? (Aquí tenéis el cuadro que habéis pedido.) ¿No lo veis? «¿Cuánto crees que ha dejado el papá Aldrigger?», decía Desroches a Taillefer, que antes de morir nos ofreció la orgía más fantástica que se conoce...

—¿Es que Desroches ya era abogado por esa época?

—Se doctoró en 1822 —dijo Couture—. Y fue una verdadera hazaña para el hijo de un pobre empleado que nunca vio más de mil ochocientos francos reunidos y cuya madre regentaba un estanco donde vendía papel sellado. Pero entre 1818 y 1822 trabajó como un negro. ¡Entró en el bufete de Derville como cuarto pasante, y en 1819 ya era segundo pasante!

—¿Desroches?

—Sí —dijo Bixiou—. Desroches ha rodado como nosotros por los estercoleros

del *jobismo*. Cansado de llevar trajes demasiado estrechos y con mangas demasiado cortas, se tragó la carrera de Derecho por pura desesperación, y acababa de comprar un título escueto. Abogado sin blanca, sin clientela, sin más amigos que nosotros, debía pagar los intereses de un cargo y de una fianza.

—Me producía entonces el mismo efecto que un tigre salido del Jardín Botánico —dijo Couture—. Flaco, de cabellos rojizos, con ojos color tabaco español, una tez agria, el porte frío y flemático, pero áspero con la viudas, contundente con el huérfano, trabajador, terror de sus pasantes, que no podían perder el tiempo; instruido, retorcido, lleno de doblez, de una elocución melosa, sin arrebatarse jamás, aborrecible a la manera de los jurisconsultos.

—Y tiene cosas buenas —exclamó Finot—. Es fiel para sus amigos y su primera preocupación consistió en tomar a Godeschal como pasante..., el hermano de Mariette.

—En París —dijo Blondet— el abogado sólo tiene dos matices: hay el abogado honrado, que no se sale de lo que marca la ley, lleva adelante los procesos, no corre detrás de los asuntos, no olvida nada y aconseja a sus clientes con lealtad, haciéndoles transigir en los puntos dudosos; un Derville, en fin. Después hay el abogado famélico, que todo le parece bien con tal de asegurarse sus honorarios; que haría batirse no a las montañas, sino a los planetas; que se encarga de hacer triunfar a un canalla sobre un hombre honrado cuando por desgracia el hombre honrado no puede pagar. Cuando uno de estos abogados hace una jugada propia de Gonin, excesivamente fuerte, la Cámara le obliga a vender. Desroches, nuestro amigo Desroches, comprendió aquel oficio hecho de manera bastante pobre por unos pobres diablos, compró causas a aquellos que temblaban por miedo a perderlas y se abalanzó sobre los pleitos como hombre decidido a salir de la miseria. Tuvo razón y cumplió su cometido de la manera más honrada y escrupulosa. Encontró protectores entre los políticos, a los que sacó de apuros, como en el caso de nuestro querido Des Lupeaulx, cuya situación era tan comprometida. Tuvo que hacer esto para salir de su estrechez, pues Desroches empezó siendo muy mal visto en el tribunal, a pesar de que se tomaba tantas molestias por rectificar los errores de sus clientes...

Vanjos a ver, Bixiou, volvamos al grano... ¿Por qué Desrochés se hallaba en la iglesia?

—«De Aldrigger deja siete u ochocientos mil francos», respondía Taillefer a Desroches. «¡Ah, bah! Sólo hay una persona que conozca la fortuna de esa gente», dijo Werbrust, un amigo del difunto. «¿Quién?» «Ese gran bribón de Nucingen; irá hasta el cementerio, pues d'Aldrigger era su jefe y, por reconocimiento, hacía valer los fondos del viejo. ¡Su viuda encontrará una gran diferencia!» «¿Cómo se entiende? ¡Pero d'Aldrigger quería tanto a su mujer! No os riáis, nos miran. Toma, ahí está du Tillet; llega con retraso, a la epístola. Sin duda se casará con la mayor.» «¿Es posible? —dijo Desroches—. Está más liado que nunca con madame Roguin.» «¿Él, liado?... No lo conocéis.» «¿Sabéis cuál es la situación de Nucingen y du Tillet?», preguntó

Desroches. «Pues es la siguiente —dijo Taillefer—: Nucingen es un hombre capaz de devorar el capital de su antiguo amo y devolvérselo.» «¡Eh, eh! —exclamó Werbrust—. Hace una humedad de todos los diablos en las iglesias. ¡Eh, eh! ¿Y cómo devolverlo?...» «Pues bien, Nucingen sabe que du Tillet tiene una gran fortuna y quiere casarlo con Malvina; pero du Tillet no se fía de Nucingen. Para los espectadores que ven el juego, esta partida es muy divertida.» «¿Cómo? —dijo Werbrust—. ¿Esa chica ya es casadera?... ¡Qué de prisa envejecemos!» «Malvina d'Aldrigger ya tiene más de veinte años, querido. ¡El viejo Aldrigger se casó en 1800! Nos ofreció unas magníficas fiestas en Estrasburgo con ocasión de sus bodas y cuando vino al mundo Malvina. Esto sucedió en 1801, durante la paz de Amiens, y estamos en 1823, papá Werbrust. En aquellos tiempos se osianizaba todo y esto explica que la bautizara con el nombre de Malvina. Seis años después, en pleno Imperio, durante algún tiempo hicieron furor las cosas caballerescas... Era la época de *Partiendo hacia Siria...*, un montón de tonterías. Puso a su segunda hija el nombre de Isaure; ahora tiene diecisiete años. Ahí tenéis a dos jóvenes casaderas.» «Esas chicas no tendrán ni un céntimo dentro de diez años», dijo Werbrust confidencialmente a Desroches. «Tenemos también el ayuda de cámara de Aldrigger —respondió Taillefer—. Es ese viejo que está berreando al fondo de la iglesia; vio nacer a esas dos señoritas y es capaz de todo por conservarles algo de qué vivir. Los chantres: *Dies irae*. Los niños del coro: *Dies illa*. Taillefer: «Adiós, Werbrust; al oír el *Dies irae*, pienso demasiado en mi pobre hijo.» «Yo también me voy; hace demasiada humedad —dijo Werbrust.» (*In favilla*.) Los pobres de la puerta: «¡Una limosnita, buenos señores!» El suizo: «¡Pan, pan, para las necesidades de la iglesia!» Los chantres: *Amén*. Un amigo: «¿De qué ha muerto?» Un curioso bromista: «De una arteria rota en el talón.» Un transeúnte: «¿Sabéis quién es el personaje que se ha dejado morir?» Un pariente: «El presidente de Montesquieu.» El sacristán a los pobres: «¡Marchaos, ya nos han dado para vosotros; no sigáis pidiendo!»

—¡Qué inspiración! —exclamó Couture.

(En efecto, nos parecía oír todos los rumores que se producen en una iglesia. Bixiou lo imitaba todo, hasta el ruido que producen los que transportan el cadáver, moviendo los pies sobre el piso.)

—Hay poetas, novelistas y escritores que dicen cosas muy hermosas sobre las costumbres parisienses —prosiguió Bixiou—, pero ésta es la verdad en lo que se refiere a los entierros. De cien personas que rinden el postrer homenaje a un pobre diablo muerto, noventa y nueve hablan de negocios y de placeres en plena iglesia. Hacen falta circunstancias imposibles para observar la más pequeña muestra de dolor auténtico. ¡Y aún es más! ¿Existe un dolor sin egoísmo?...

—¡Eh, eh! —dijo Blondet—. No hay nada menos respetado que la muerte... Quizá se deba a que es lo menos respetable que existe...

—¡Es algo tan común! —prosiguió Bixiou—. Cuando se terminó de rezar el responso, Nucingen y du Tillet acompañaron al difunto al cementerio. El viejo ayuda

de cámara fue a pie. El cochero conducía el coche detrás del que ocupaban los clérigos. *Pues bien, mi puerta amiga* —dijo Nucingen a du Tillet al doblar por el bulevar—, *la ocasión es buena para casarse con Malfina: vos seguéis el protegto de esta pobre familia acongojada; vos tendgéis una familia eine hegedega; vos hallaguéis eine casa completamente montada, y Malfina es ciertamente un veqdadego tesogo.*

—¡Me parece oír hablar a ese viejo Robert Macaire de Nucingen! —dijo Finot.

—«Una persona encantadora, dijo Ferdinand du Tillet con fuego y sin acalorarse» —prosiguió Bixiou.

—¡Du Tillet de cuerpo entero, en una frase! —exclamó Couture.

—«Ella podrá parecer fea a quienes no la conocen, pero os aseguro que tiene algo», decía du Tillet. «*Debe sabeg, y esto es lo más impogtante, quegido, que tendgá afecto e inteligencia. En nuestgo maldito oficio uno no sabe quién nos quieque ni quién nos odio; es muy impogtante podeg confiag en la mujeg de uno.*» «¿Pero qué tiene?» «*No lo sé exactamente* —dijo el barón de Nucingen—, *pero hay alguna causa.*» «¡Tiene una madre a quien le gusta mucho el color de rosa!», dijo du Tillet. Estas palabras pusieron fin a las tentativas de Nucingen. Después de cenar, el barón hizo saber a la Wilhelmine Adolphus que apenas le quedaban cuatrocientos mil francos en su casa. La hija de los Adolphus de Mannheim, reducida a veinticuatro mil libras de renta, se perdió en unos cálculos que se enmarañaban en su cabeza. «¡Cómo! —decía a Malvina—. ¡Cómo! ¡Siempre he tenido seis mil francos para nosotras en casa de la modista! ¿Pero de dónde tomaba el dinero tu padre? No tendremos para nada con veinticuatro mil francos; estamos en la miseria. ¡Ah, si mi padre me viese tan venida a menos, se moriría, si ya no hubiese muerto! ¡Pobre Wilhelmine!» Y se echó a llorar, Malvina, que no sabía cómo consolar a su madre, le hizo ver que ella aún era joven y bonita, el color de rosa le continuaba sentando bien, e iría a la Ópera y a los Bufones, al palco de madame de Nucingen. Adormeció a su madre con un sueño de fiestas, de saraos, de música, de bellos tocados y de triunfos, que comenzó bajo las cortinas de una cama de seda azul, en una habitación elegante, contigua a aquella en que, dos noches antes, exhaló el último suspiro monsieur Jean-Baptiste, barón de Aldrigger, cuya historia voy a referir en tres palabras. Cuando vivía, aquel respetable alsaciano, banquero en Estrasburgo, amasó una fortuna rayana en los tres millones. En 1800, cuando contaba treinta y seis años y se hallaba en el apogeo de la fortuna reunida durante la Revolución, contrajo matrimonio, por ambición y por inclinación, con la heredera de los Adolphus de Mannheim, una joven adorada por toda una familia, y, naturalmente, ella recogió la fortuna de la misma al cabo de diez años. Aldrigger fue entonces nombrado barón por Su Majestad el emperador y rey, pues duplicó su fortuna, pero se apasionó por el gran hombre que lo había ennoblecido. A consecuencia de ello, entre 1814 y 1815 se arrumó, por haberse tomado en serio el sol de Austerlitz. El honrado alsaciano no hizo suspensión de pagos, no desinteresó a sus acreedores con los valores que él consideraba malos; lo

pagó todo sin cerrar las puertas de su despacho, se retiró del negocio bancario y se hizo merecedor del calificativo que le aplicó Nucingen, su antiguo primer dependiente: «¡Hombre honrado, pero estúpido!» En resumidas cuentas, le quedaron quinientos mil francos y algunas cuentas pendientes del Imperio, que había dejado de existir. *Esto me pasa por habeg cqueido demasiado en Napoleón*, dijo, al ver el resultado de su liquidación. Cuando se ha ocupado el primer puesto en una ciudad de provincias, es muy difícil ocupar un puesto inferior... El banquero de Alsacia hizo lo que hacen todos los provincianos arruinados: se fue a París, llevó valerosamente tirantes tricolores en los que estaban bordadas las águilas imperiales y se concentró en la sociedad bonapartista. Entregó sus valores al barón de Nucingen, quien le dio el ocho por ciento de todo, aceptando sus créditos imperiales con una pérdida solamente del sesenta por ciento, lo que fue causa de que Aldrigger estrechase la mano de Nucingen diciéndole: *¡Estaba pien seguro de hallagte el cogazón de un alsaciano!* Nucingen se hizo pagar hasta el último céntimo por nuestro amigo Des Lupeaulx. Aunque quedó bien vapuleado, el alsaciano contaba con unos ingresos industriales de cuarenta y cuatro mil francos. Sus tribulaciones se vieron complicadas por el *spleen* de que son víctimas las personas acostumbradas a vivir en el mundo de los negocios cuando se ven separadas de él. El banquero se propuso por misión sacrificarse en aras de su mujer, cuya fortuna acababa de devorar y que ella dejó arrebatarse con la facilidad de una joven que ignoraba por completo las cuestiones monetarias. La baronesa de Aldrigger, pues, halló nuevamente los goces a los que estaba acostumbrada, y el vacío que podía causarle la sociedad de Estrasburgo quedó colmado por los placeres de París. La casa Nucingen, entonces como ahora, ocupaba la cumbre de la sociedad financiera, y el hábil barón hizo una cuestión de honor tratar bien al honrado barón. Esta bella virtud sentaba muy bien en el salón de Nucingen. Cada invierno mermaba la fortuna de Aldrigger; pero él no se atrevía a hacer el menor reproche a la perla de los Adolphus; su ternura fue la más ingeniosa y la menos inteligente que hubo en este mundo. ¡Buen hombre, pero estúpido! Murió preguntándose: «¿Qué será de ellas sin mí?» Después, en un momento en que se encontró a solas con su viejo ayuda de cámara Wirth, el buen hombre, entre dos accesos de asma, le pidió que velase por su mujer y sus dos hijas, como si aquel Caleb de Alsacia fuese el único ser razonable que había en toda la casa. Tres años después, en 1826, Isaure había cumplido los veinte años y Malvina aún seguía soltera. Al entrar en sociedad, Malvina acabó por observar hasta qué punto las relaciones son superficiales en ella, de qué modo se examina todo y se define. Semejante a la mayoría de las jóvenes que se llaman *bien educadas*, Malvina ignoraba el mecanismo de la vida, la importancia de la fortuna, la dificultad de adquirir la menor cantidad de dinero, el precio de las cosas. Así, durante aquellos seis años, cada nueva enseñanza fue una herida para ella. Los cuatrocientos mil francos legados por el difunto Aldrigger a la casa Nucingen fueron ingresados en la cuenta de la baronesa, pues la herencia de su marido le debía un saldo de un millón cien mil

francos, y, en los momentos de apuro, la pastora de los Alpes sacaba dinero como de una caja inagotable. En el momento en que nuestro pichón se dirigía hacia su palomita, Nucingen, que conocía el carácter de la esposa de su antiguo jefe, sin duda se franqueó con Malvina acerca de la situación financiera en que se encontraba la viuda: en su casa sólo tenía trescientos mil francos, y así, las veinticuatro mil libras de renta quedaban reducidas a dieciocho mil. ¡Wirth mantuvo la posición durante tres años! Después de la confidencia del banquero, los caballos fueron jubilados, el coche vendido y el cochero despedido por Malvina, a escondidas de su madre.

El mobiliario del hotel, que contaba diez años de existencia, no pudo renovarse, pero todo había envejecido al mismo tiempo. Esto, para los que aman la armonía, no era más que un mal a medias. La baronesa, aquella flor tan bien conservada, adquirió el aspecto de una rosa fría y arrugada que se hubiese quedado sola en el rosal a mediados de noviembre. Quien os habla ha visto degradarse esta opulencia por tonalidades, por tintes. ¡Es espantoso, palabra de honor! Ésta fue mi última pena. Después me dije: «¡Es una tontería tomarse tanto interés por los demás!» Mientras fui empleado, cometí la tontería de interesarme por todas las casas donde iba a cenar; las defendía en caso de maledicencia, no las calumniaba, no las... ¡Oh, qué niño era! Cuando su hija le explicó cuál era su situación, la perla susodicha exclamó: «¡Mis pobres niñas! ¿Quién me hará los vestidos? Así, ya no podré tener sombreros nuevos, ni recibir, ni alternar en la buena sociedad...» ¿Cómo creéis que se reconoce al amor en un hombre? —dijo Bixiou interrumpiéndose—. Se trata de saber si Beaudenord estaba verdaderamente enamorado de nuestra rubita.

—Descuida sus asuntos —respondió Couture.

—Se cambia de camisa tres veces al día —observó Finot.

—Una pregunta previa —dijo Blondet—: ¿Un hombre superior puede y debe estar enamorado?

—Amigos míos —prosiguió Bixiou con tono sentimental—, guardémonos como de una bestia venenosa, del hombre que, al sentirse prendado de una mujer, hace chasquear los dedos o tira el cigarro diciendo: «¡Bah! ¡Hay otras en el mundo!» Pero el Gobierno puede emplear a este ciudadano en el Ministerio de Asuntos Extranjeros. Blondet, te hago observar que el tal Godefroid había abandonado el cuerpo diplomático.

—Bien, fue absorbido; el amor es la única ocasión que tienen los necios para engrandecerse —respondió Blondet.

—Blondet, Blondet, así, pues, ¿por qué nosotros somos tan pobres? —exclamó Bixiou.

—¿Y por qué Finot es tan rico? —repuso Blondet—. Yo te lo diré; vamos, hijo mío, nos entendemos perfectamente. Ahí tenéis a Finot, que me sirve vino a raudales. Pero al final de una cena se debe beber a sorbos el vino y paladeándolo... ¿No?

—Como tú has dicho, el absorbido Godefroid trabó un amplio conocimiento con la altísima Malvina, la ligera baronesa y la pequeña bailarina. Cayó en el servilismo

más minucioso y más astringente. Aquellos restos de una opulencia cadavérica no le asustaron. ¡Ah, bah! Se habituó gradualmente a todos aquellos harapos. El lampatán verde con adornos blancos del salón nunca debió de parecerle pasado, ni viejo, ni manchado, ni bueno para cambiarlo. Las cortinas, la mesa de té, las chucherías expuestas sobre la chimenea, la araña rococó, la alfombra al estilo de Cachemira que enseñaba la trama, el piano, el pequeño servicio floreado, las servilletas guarnecidas con fleco y también agujereadas a la española, el salón azul verdoso que precedía al dormitorio azul de la baronesa, todo fue para él santo y sagrado. Las mujeres estúpidas cuya belleza brilla dejando en la sombra el espíritu, el corazón y el alma, son las únicas que pueden inspirar semejantes olvidos, pues una mujer de talento no abusa nunca de sus ventajas; hay que ser pequeña y necia para dominar a un hombre. ¡Beaudenoud me confesó que quería al viejo y solemne Wirth! Aquel viejo bribón tenía por su futuro amo el respeto de un ferviente católico por la Eucaristía. Aquel honrado Wirth era un Gaspard alemán, uno de esos bebedores de cerveza que envuelven su astucia en la bondad, del mismo modo que un cardenal de la Edad Media ocultaba su puñal en la manga. Wirth, viendo un marido para Isaure, rodeaba a Godefroid de los ambages y circunloquios arabescos de su bondad alsaciana, la cola más adherente de todas las materias adhesivas. Madame de Aldrigger era profundamente *improper*, pues encontraba que el amor era la cosa más natural. Cuando Isaure y Malvina salían juntas para ir a las Tullerías o a los Campos Elíseos, donde se encontraban con la gente joven de su clase, la madre les decía: «¡Divertios bien, mis queridas hijas!» Sus amigos, los únicos que hubieran podido calumniar a las dos hermanas, las defendían, pues la excesiva libertad de que todos gozaban en el salón de los Aldrigger lo convertía en un lugar único en París. Ni siquiera con varios millones se hubieran podido obtener fácilmente semejantes veladas, en las que se hablaba de todo con ingenio, en que no era de rigor un exterior atildado, y en el que todos se sentían tan a sus anchas, que incluso pedían que les diesen de cenar. Las dos hermanas escribían a quien más les gustaba, recibían tranquilamente las cartas al lado de su madre, sin que a la baronesa se le ocurriese jamás la idea de querer averiguar de qué se trataba. Aquella madre adorable daba a sus hijas todos los beneficios de su egoísmo, la pasión más amable del mundo, teniendo en cuenta que los egoístas, que no quieren ser molestados, no molestan a nadie y no embarazan la vida de quienes los rodean con los espinos de los consejos, las zarzas de la amonestación ni el aguijón de avispa que se permiten las amistades excesivas que quieren saberlo todo y fiscalizarlo todo...

—Me llegas al corazón —dijo Blondet—. Pero, querido, tú no cuentas, tú bromeas...

—¡Blondet, si no estuvieses achispado, me darías pena! De nosotros cuatro, él es el único hombre verdaderamente literario. A causa de él, os hago el honor de trataros como unos gastrónomos refinados, os destilo mi historia, y él me critica. Amigos míos, la mayor señal de esterilidad espiritual consiste en amontonar los hechos. La

sublime comedia del *Misántropo* demuestra que el arte consiste en edificar un palacio en la punta de una aguja. El mito de mi idea está en la varita mágica de las hadas, que puede hacer de la llanura de los Cablons un *Interlaken* en diez segundos (¡el tiempo de vaciar este vaso!). ¿Queréis que os haga un relato que vaya como una bala de cañón, un informe de generalísimo? Hablamos, reímos y este periodista, biblióforo en ayunas, quiere, cuando está ebrio, que dé a mi lengua el ritmo estúpido de un libro (ahora finge llorar). ¡Ay de la imaginación francesa; se pretende despuntar las agujas de su chanza! *Dies irae*. ¡Lloremos a Candide, y viva la *Crítica de la razón pura*! Sin olvidar la *Simbólica* y los sistemas en cinco gruesos volúmenes, impresos por alemanes que no los suponían ya en París desde 1750, con algunas palabras finas, diamantes de nuestra inteligencia nacional. Blondet preside el duelo de su suicidio, a pesar de que es él quien escribe en su periódico las notas necrológicas de todos los grandes hombres que se nos mueren sin decir nada. Pero él reproduce sus últimas palabras.

—Sigue tu marcha —le dijo Finot.

—He querido explicaros en qué consiste la felicidad de un hombre que no es accionista (¡por cortesía hacia Couture!) Bien, ¿no veis ahora el precio que tiene que pagar Godefroid para procurarse la felicidad más amplia con que pueda soñar un joven?... ¡Estudiaba a Isaure para estar seguro de ser comprendido!... Las cosas que se comprenden entre sí deben ser similares. Ahora bien, sólo existen dos cosas semejantes entre sí: la nada y el infinito. La nada es la estupidez, el genio es el infinito. Aquellos dos amantes se escribían las cartas más estúpidas del mundo, enviándose frases de moda escritas en papel perfumado: «¡Angel mío! ¡Arpa eólica! ¡Contigo yo seré completo! ¡Hay un corazón en mi pecho de hombre! ¡Débil mujer! ¡Ay infeliz!», toda la guardarropía del corazón moderno. Godefroid apenas permanecía diez minutos en un salón; hablaba sin pretensión alguna con las damas, que entonces lo encontraban muy agudo. Era de esos que no tienen mayor ingenio que el que los demás le prestan. En fin, para que comprendáis su obsesión: Joby, sus caballos y sus coches se convirtieron en cosas secundarias en su existencia. Sólo estaba contento hundido en su mullida poltrona frente a la baronesa, en un ángulo de aquella chimenea de mármol verde antiguo, contemplando a Isaure, tomando el té mientras conversaba con el pequeño círculo de amigos que acudían todas las noches, entre las once y medianoche, a la rue Joubert, y donde se podía jugar siempre a la balanza sin temor: yo siempre he ganado. Cuando Isaure adelantaba su lindo piecito calzado con un zapato de raso negro, y cuando Godefroid llevaba mucho rato contemplándola, era el último en quedarse y decía a Isaure: «Dame tu zapatito...» Isaure alzaba el pie, lo ponía sobre una silla, se quitaba el zapato y se lo daba dirigiéndole una mirada, una de esas miradas... ¡en fin, ya me comprendéis! Godefroid terminó por descubrir un gran misterio en Malvina. Cuando du Tillet llamaba a la puerta, el vivo rubor que tenía las mejillas de Malvina decía: «¡Ferdinand!» Al ver a aquel tigre de dos patas, los ojos de la pobre muchacha se

iluminaban como un brasero al recibir una corriente de aire; revelaba un júbilo infinito cuando Ferdinand se la llevaba para hacer un aparte junto a una consola o al pie de una ventana. ¡Qué raro y hermoso es ver a una mujer tan enamorada, que se vuelve candorosa y permite leer en su corazón! Dios mío, esto es tan raro, en París, como la flor que canta lo es en las Indias. Pese a esta amistad iniciada el día en que los d'Aldrigger hicieron su aparición en casa de los Nucingen, Ferdinand no se casaba con Malvina. Nuestro feroz amigo du Tillet no parecía mostrarse celoso por la corte asidua que Desroches hacía a Malvina, pues, para acabar de pagar su cargo con una dote no inferior a los cincuenta mil escudos, él, el hombre de Palacio..., ¡había fingido el amor! Aunque profundamente humillada por la indiferencia de du Tillet, Malvina lo amaba demaciado para cerrarle la puerta. En aquella joven, toda alma, toda sentimiento, toda expansión, tan pronto el orgullo cedía al amor como el amor ofendido dejaba que el orgullo adquiriese la primacía. Tranquilo y frío, nuestro amigo Ferdinand aceptaba aquella ternura, la respiraba con la tranquila delicia del tigre que lame la sangre que le tiñe las fauces; venía en busca de sus pruebas y no pasaban dos días sin que apareciese por la rue Joubert. El bribón poseía entonces alrededor de un millón ochocientos mil francos; la cuestión crematística debía de tener poca importancia a sus ojos, y no sólo resistió a Malvina, sino también a los barones de Nucingen y de Rastignac, los cuales le habían obligado a hacer setenta y cinco leguas diarias, obligándole a pagar cuatro francos de guías, con el postillón por delante y sin hilo, por los laberintos de su astucia. Godefroid no pudo evitar hablar a su futura cuñada de la situación ridícula en que se encontraba entre un banquero y un abogado. «Queréis sermonearme acerca de Ferdinand, saber el secreto que hay entre nosotros —dijo con franqueza—. Mi querido Godefroid, no volváis a abordar nunca este tema. El nacimiento de Ferdinand, sus antecedentes y su fortuna no tienen nada que ver, así es que podéis creer en algo de extraordinario.» Sin embargo, a los pocos días, Malvina llevó aparte a Beaudenord y le dijo: «No creo que monsieur Desroches actúe con honradez (¡lo que es el instinto del amor!); querría casarse conmigo y al propio tiempo corteja a la hija de un abacero. Quisiera saber si yo soy lo que se escoge a falta de algo mejor, si el matrimonio es para él una cuestión de dinero». Pese a su profundo talento, Desroches no podía adivinar las intenciones de du Tillet y temía verle contraer matrimonio con Malvina. Así, pues, se había cubierto la retirada; su posición era intolerable, pues apenas ganaba, después de pagar todos los gastos, los intereses de su deuda. Las mujeres no comprenden nada de estas situaciones. ¡Para ellas, el corazón es siempre millonario!

—Pero como ni Desroches ni du Tillet se han casado con Malvina —dijo Finot—, explícanos el secreto de Ferdinand.

—¿Queréis saberlo? Pues aquí está —respondió Bixiou—. Regla general: la joven que da una sola vez su zapato, aunque lo haya negado durante diez años, no se casa nunca con aquel que...

—¡Tontería! —le interrumpió Blondet—. Se ama también porque se ha amado.

¿Queréis saber el secreto? Es el siguiente. Regla general: no os caséis como sargento si podéis llegar a ser duque de Dantzick y mariscal de Francia. ¡Así, ya veis qué alianza realizó du Tillet! Tomó por esposa a una de las hijas del conde de Grandville, una de las más rancias familias de la magistratura francesa.

—La madre de Desroches tenía una amiga —repuso Bixiou—, la mujer de un droguero, el cual se retiró después de amasar una saneada fortuna. Los tales drogueros tienen ideas bien disparatadas: ¡a fin de dar a su hija una buena educación, la puso en un pensionado!... Aquel Matifat se proponía casar muy bien a su hija, por la suma de doscientos mil francos, en dinero contante y sonante que no olía a drogas.

—¿El Matifat de Florine? —preguntó Blondet.

—¡Naturalmente, el de Lousteau, el nuestro, en una palabra! Esos Matifat, entonces perdidos para nosotros, vinieron a vivir en la rue du Cherche-Midi, el barrio más opuesto a la des Lombards, donde hicieron fortuna. ¡Habéis de saber que yo me dediqué a cultivar a los Matifat! Durante los días en que estuve condenado a galeras ministeriales, en que estuve encerrado durante ocho horas al día entre necios de veintidós quilates, vi a algunos originales que me convencieron de que la sombra tiene asperezas y que en la mayor llaneza pueden encontrarse ángulos. Sí, querido, este burgués será con relación a aquél lo que Rafael es con relación a Natoire. La señora viuda Desroches había preparado desde hacía mucho tiempo aquella unión a su hijo, pese al enorme obstáculo representado por un tal Cochin, hijo del socio comanditario de los Matifat, joven empleado en el Ministerio de Finanzas. A los ojos de los esposos Matifat, la profesión de abogado parecía, según ellos decían, ofrecer garantías para la felicidad de una mujer. Desroches se prestó a los planes de su madre a fin de tener algo en reserva, por si aquello fallaba. Así, pues, trataba con miramiento a los drogueros de la rue du Cherche-Midi. Para que comprendáis otra clase de felicidad tendría que pintaros a esos dos negociantes, marido y mujer, que disfrutaban de un jardincito, habitaban en un bonito entresuelo y se divertían contemplando un surtidor, fina y largo como una espita, que brotaba de una mesita redonda de piedra, situada en el centro de un estanque de seis pies de diámetro; que se levantaban muy temprano para ver si las flores del jardín habían brotado, ociosos e inquietos, vistiéndose por vestirse, aburriéndose en los espectáculos, y siempre entre París y Luzarches, donde tenían una casa de campo en la que yo he cenado. ¡Blondet, un día quisieron que me diera tono y les conté una historia desde las nueve de la noche hasta medianoche, una aventura cómica de escenas inconexas! Les estaba presentando a mi vigesimonoveno personaje (las novelas por entregas son mi debilidad!) cuando el tío Matifat, que en su calidad de cabeza de familia aún aguantaba, se puso a roncar como los demás, después de parpadear durante cinco minutos. Al día siguiente todos me felicitaron por el desenlace de mi historia. La sociedad de aquellos drogueros consistía en los esposos Cochin, Adolphe Cochin, madame Desroches, un sujeto pequeño llamado Popinot, droguero en activo, que les daba noticias sobre la rue des Lombards (¡tú conoces a ese hombre, Finot). Madame

Matifat, amiga de las artes, compraba litografías, litocromías, dibujos coloreados, todo cuanto encontraba de más barato. Monsieur Matifat se distraía examinando las nuevas empresas y tratando de invertir algunos capitales para experimentar emociones (Florine lo curó del género Regencia). Bastará una anécdota para que comprendáis la profundidad de mi Matifat. El viejo daba así las buenas noches a sus sobrinas: «Idos a acostar, sobrinas mías!» Según decía, tenía miedo de afligirlas tratándolas de vos. Su hija era una jovencita sin modales que parecía una doncella de buena casa, tocaba una sonata a trompicones, estaba dotada de una linda caligrafía inglesa, sabía el francés y la ortografía; en una palabra, una completa educación burguesa. Tenía bastante impaciencia por casarse, a fin de dejar la casa paterna, donde se aburría como un oficial de marina durante el cuarto de guardia nocturna; es preciso añadir que, en este caso, el cuarto duraba todo el día. Desroches o Cochin hijo, un notario o un guardia de corps, un falso lord inglés, cualquier marido le parecía bueno. Como evidentemente no sabía nada de la vida, yo me compadecí de ella y quise revelarles su gran misterio. ¡Bah! Los Matifat me cerraron la puerta de su casa: los burgueses y yo no nos comprenderemos nunca.

—Al fin se casó con el general Gouraud —dijo Finot.

—En cuarenta y ocho horas, Godefroid de Beaudenord, el ex diplomático, caló a los Matifat y su intrigante corrupción —prosiguió Bixiou—. Por pura casualidad, Rastignac se encontraba en casa de la ligera baronesa, charlando al amor de la lumbre mientras Godefroid presentaba su informe a Malvina. Llegaron algunas palabras a sus oídos y adivinó de qué se trataba, sobre todo al ver el aspecto agríamente satisfecho de Malvina. Rastignac se quedó hasta las dos de la madrugada... ¡Y aún dicen que es egoísta! Beaudenord se fue cuando la baronesa se levantó para ir a acostarse. «Mi querida niña —dijo Rastignac a Malvina con tono bondadoso y paternal cuando ambos estuvieron solos—, acordaos de que un pobre muchacho medio muerto de sueño ha tomado té para permanecer despierto hasta las dos de la madrugada, a fin de poder deciros solemnemente: *Casaos*. No os hagáis la difícil, no os preocupéis de vuestros sentimientos, no penséis en los innobles cálculos de unos hombres que tienen un pie aquí y otro en casa de los Matifat, dejaos de reflexiones y casaos. Para una joven, casarse consiste en imponerse a un hombre que adquiere la obligación de hacerla vivir en una posición más o menos dichosa, pero en la que la cuestión material esté asegurada. Conozco el mundo: las jovencitas, las mamás y las abuelas son todas unas hipócritas al hablar de sentimientos cuando se trata del matrimonio. Lo único en que piensan todas es en un buen partido. Cuando su hija está bien casada, una madre dice que ha hecho un negocio excelente. Y Rastignac le expuso su teoría sobre el matrimonio que, en su opinión, es una sociedad comercial instituida para sostener la vida. «No os pido que me contéis vuestro secreto —dijo al terminar a Malvina—, pues ya lo sé. Los hombres se lo cuentan todo entre ellos, como hacéis vosotras al salir después de cenar. Pues bien, ésta es mi última palabra: *casaos*. ¡Si no os casáis, acordaos de que esta noche yo os he suplicado aquí que lo hicieseis!»

Rastignac hablaba con cierto acento que provocaba no la atención, sino la reflexión. Su insistencia no dejaba de ser sorprendente. Malvina resultó entonces tan herida en lo vivo de su inteligencia, que era adonde se dirigían los certeros golpes de Rastignac, que al día siguiente aún pensaba en ello y buscaba inútilmente la causa de aquel consejo.

—En todos estos trompos que lanzas no veo nada que pueda parecerse al origen de la fortuna de Rastignac. ¡Nos tomas por unos Matifat multiplicados por seis botellas de vino de Champaña! —exclamó Couture.

—Ahora llegamos a esto —replicó Bixiou—. ¡Habéis, seguido el curso de todos los arroyuelos que han formado las cuarenta mil libras de renta que tantos envidian! Rastignac tenía entonces entre sus manos el hilo de todas esas existencias.

—¿Desroches, los Matifat, Beaudenord, los d'Aldrigger, d'Aiglemont?

—¡Y otros cien más! —dijo Bixiou.

—¿Cómo es posible? —exclamó Finot—. Yo sé muchas cosas, pero no atisbo la clave de este enigma.

—Blondet os ha explicado las dos primeras liquidaciones de Nucingen; he aquí ahora la tercera en detalle —prosiguió Bixiou—. Desde la paz de 1815, Nucingen comprendió algo que sólo comprendemos hoy, a saber: que el dinero únicamente es una potencia cuando se posee en cantidades exorbitantes. Envidiaba en secreto a los hermanos Rothschild. ¡Poseía cinco millones, pero quería diez! Con diez millones, sabía que podría ganar treinta, mientras que con cinco sólo conseguiría quince. ¡Por lo tanto, resolvió efectuar una tercera liquidación. Aquel gran hombre se proponía pagar entonces a sus acreedores con valores ficticios, quedándose con su dinero. Sobre el terreno, una concepción de esta clase no se presenta bajo una expresión tan matemática. Semejante liquidación consiste en dar un pastelito por un luis de oro a niños grandes que, como los niños pequeños de antaño, prefieren el pastel a la moneda, sin saber que con la moneda pueden tener doscientos pasteles.

—¿Pero qué dices, Bixiou? —exclamó Couture—. Si no hay nada de más leal... No pasa una semana, hoy en día, sin que se ofrezcan pasteles al público a cambio de un luis. ¿Quién obliga al público a que dé su dinero? ¿No tiene derecho a informarse?

—Preferiríais que le obligasen a ser accionista —dijo Blondet.

—No —repuso Finot—. En este caso, ¿dónde estaría el talento?

—Finot, eso está muy bien —observó Bixiou.

—¿De dónde has sacado esta frase? —preguntó Couture.

—En fin —prosiguió Bixiou—, Nucingen tuvo dos veces la dicha de dar, sin querer, un pastel que resultó valer más de lo que él recibió. Esta felicidad desdichada le causaba remordimientos. Una dicha semejante termina por matar a un hombre. Esperaba desde hacía diez años la ocasión de no equivocarse más, de crear valores que pareciesen valer algo y que...

—Pero —objetó Couture— al explicar así la banca, ningún comercio resulta posible. Más de un banquero leal ha conseguido persuadir a los bolsistas más astutos,

contando con la aprobación de un gobierno leal, de que adquiriesen fondos que, en un plazo determinado, se hallarían desvalorizados. ¡Habéis visto algo mejor, incluso! ¿No se han emitido, siempre contando con el beneplácito y el apoyo de los gobiernos, unos valores destinados a pagar los intereses de algunos capitales, a fin de mantener su curso y poder deshacerse de ellos? Estas operaciones presentan ciertas analogías con la liquidación practicada al estilo de Nucingen.

—En pequeño —dijo Blondet— el asunto puede parecer singular, pero en grande es alta finaliza. Existen actos arbitrarios que son criminales cometidos entre individuos, pero que se convierten en nada al extenderse a una multitud cualquiera, del mismo modo que una gota de ácido prúsico se convierte en algo inocente al diluirse en un cubo de agua. Si matáis a un hombre os guillotinarán. Pero si, dominado por una convicción gubernamental cualquiera, matáis a quinientos hombres, este crimen político merecerá respeto. Tomad cinco mil francos del cajón de mi mesa e iréis a presidio. Pero si con el espejuelo de una posible ganancia, presentado hábilmente ante los ojos de mil bolsistas, les obligáis a quedarse con las rentas de cualquier república o monarquía en quiebra, emitidas, como dice Couture, para pagar los intereses de estas rentas, nadie podrá quejarse. ¡Estos son los verdaderos principios de la edad de oro en que vivimos!

—El aparato escénico de tan enorme tramoya —prosiguió Bixiou— exigía numerosos polichinelas. En primer lugar, la casa Nucingen invirtió a sabiendas y deliberadamente sus cinco millones en un negocio en América, cuyos beneficios se calcularon de manera que se produjesen demasiado tarde. Se desguarneció con premeditación. Cualquier liquidación debe hallarse motivada. La casa poseía unos seis millones en capitales particulares y valores emitidos. Entre los capitales particulares se encontraban los trescientos mil francos de la baronesa d'Aldrigger, los cuatrocientos mil de Beaudenord, un millón de d'Aiglemont, trescientos mil francos de Matifat, medio millón de Charles Grandet, el marido de mademoiselle d'Aubrion, etc. Al crear una empresa industrial por acciones, con las que se proponía indemnizar a sus acreedores mediante maniobras más o menos hábiles, Nucingen hubiera podido despertar ciertas sospechas, pero se zafó de la tarea con mayor astucia si cabe: ¡Hizo que otro crease esa máquina destinada a representar el papel del Mississippi del sistema de Law! Lo propio de Nucingen es hacer servir las personas más hábiles que encuentra sobre el terreno para sus proyectos sin comunicárselo. Nucingen, pues, dejó escapar ante du Tillet la idea piramidal y victoriosa de combinar una empresa por acciones constituyendo un capital lo bastante fuerte para que pudiese pagar un elevadísimo interés a los accionistas durante los primeros tiempos. Intentada por primera vez, en un momento en que abundaban los capitales necios, aquella combinación había de producir un alza en las acciones y, por consiguiente, un beneficio para el banquero que las hubiese emitido. Tened en cuenta que esto ocurría en 1826. Aunque impresionado por esta idea, tan fecunda como ingeniosa, como es natural, du Tillet pensó que, si la empresa fracasaba, alguien tendría que responder de

ella. Por lo tanto, sugirió que se pusiera un director visible a la cabeza de aquella máquina comercial. ¡Hoy ya conocéis el secreto de la casa Claparon, fundada por du Tillet y una de sus más bellas invenciones!...

—Sí —dijo Blondet—, el editor responsable en finanzas, el agente provocador, el cabeza de turco; pero, hoy en día, somos más listos y ponemos: Dirigirse a la *administración de la cosa*, calle tal, número tal, donde el público encuentra a unos empleados con gorra verde, lindos como el acompañante de un alguacil.

—Nucingen apoyó a la casa Charles Claparon con todo su crédito —prosiguió Bixiou—. En algunas plazas podía arrojarse sin temor un millón en papel Claparon. Du Tillet, pues, propuso convertir a su casa Claparon en testafarro. Aceptado. En 1825, el accionista no era muy mimado en las concepciones industriales. ¡Aún no se conocía el *fondo fiduciario*! Los gerentes no se sentían obligados a no emitir sus acciones beneficiarias, no ingresaban nada en el Banco, no garantizaban nada. No se dignaban explicar la comandita diciendo al accionista que habían tenido la bondad de no pedirle más de mil, de quinientos o incluso de doscientos cincuenta francos. No se daba a la publicidad el hecho de que la experiencia *in aere publico* no duraría más de siete, cinco o incluso tres años, y que así el desenlace no se haría esperar mucho tiempo. ¡El arte aún estaba en mantillas! Ni siquiera se hizo intervenir la publicidad de esos gigantescos anuncios mediante los cuales se estimulan las imaginaciones, pidiendo dinero a todo el mundo...

—Esto ocurre cuando nadie quiere darlo —observó Couture.

—Y finalmente, la competencia en esta clase de empresas aún no existía —prosiguió Bixiou—. Los fabricantes de cartón, de indianas estampadas, los laminadores de cinc, los teatros y los periódicos no luchaban a brazo partido para apoderarse del accionista moribundo. Los buenos negocios por acciones, como dice Couture, tan ingenuamente pregonados, respaldados por los informes de los expertos (¡los príncipes de la ciencia!...), se trataban vergonzosamente en el silencio y a la sombra de la Bolsa. Los lince ejecutaban, financieramente hablando, el aria de la calumnia del Barbero *de Sevilla*. Iban *piano, piano*, avanzando por medio de ligeros enredos, dichos al oído, sobre la bondad del negocio. Únicamente explotaban al paciente, al accionista, a domicilio, en la Bolsa, o en la sociedad, merced a aquel rumor hábilmente creado y que crecía hasta el *tutti* de una cotización de cuatro cifras...

—Pero aunque estemos entre nosotros y podamos decirlo todo, vuelvo a lo dicho —dijo Couture.

—¡Vos sois orfebre, monsieur Josse! —exclamó Finot.

—Finot será un clásico, constitucional y chapado a la antigua —dijo Blondet.

—Sí, soy orfebre —repuso Couture, por cuya culpa Cérizet había sido condenado en Policía correccional—. Yo sostengo que el nuevo método es infinitamente menos traidor, más leal, menos asesino que el antiguo. La publicidad permite la reflexión y el examen. Si algún accionista se *lo traga*, es que ha venido deliberadamente; nadie le

ha dado gato por liebre. La industria...

—¡Vaya, ya salió la industria! —exclamó Bixiou.

—La industria sale ganando —continuó Couture sin hacer caso de la interrupción—. Cualquiera gobierno que se meta con el comercio y no lo deje libre, emprende una costosa tontería: llegará al *máximo* o al monopolio. Según mi parecer, nada hay más conforme a los principios sobre la libertad de comercio que las sociedades por acciones. Tocarlas es querer responder del capital y de los beneficios, lo cual es estúpido. ¡En cualquier negocio los beneficios están en proporción con los riesgos! ¿Qué le importa al Estado la manera de obtener la circulación fiduciaria del dinero, con tal de que esté en una actividad perpetua? ¿Qué importa quien sea rico o quien sea pobre, si siempre tendrá la misma cantidad de ricos imponentes? Además, ya hace veinte años que las sociedades por acciones, las comanditas, primeras bajo todas las formas, existen en el país más comercial del mundo, en Inglaterra, donde todo se discute, donde las Cámaras votan mil o mil doscientas leyes por sesión y donde nunca se ha alzado un miembro del Parlamento para hablar contra este método...

—...¡Curativo de los cofres llenos, y por los vegetales! —dijo Bixiou—. ¡Las zanahorias!

—¡Veamos! —dijo Couture con ardor—. Tenéis diez mil francos y os procuráis diez acciones de mil cada una en diez empresas diferentes. Os roban nueve veces... (¡Esto no es así; el público es más fuerte de lo que se cree; pero yo lo supongo!) Un solo negocio sale bien (¡por pura casualidad, de acuerdo; no lo hemos hecho expresamente!... ¡Vamos, burlaos!) Pues bien, el *punto* lo bastante prudente para dividir así a sus masas encuentra una soberbia inversión, como la encontraron los que se quedaron con las acciones de las minas de Wortschin. Señores, declaremos entre nosotros que quienes gritan son unos hipócritas desesperados por no tener ni la simple idea de un negocio ni el poder de proclamarla, ni la destreza necesaria para explotarla. La prueba no se hará esperar. Antes de poco veréis a la aristocracia, la gente de la corte y los ministeriales dirigirse en columnas apretadas hacia la especulación, y tendiendo unas manos más ganchudas y hallando unas ideas más tortuosas que las nuestras, sin tener nuestra superioridad. ¡Qué cabeza hace falta para fundar un negocio, en una época en que la avidez del accionista es igual a la del inventor! ¡Qué gran magnetizador debe ser el creador de un Claparon, el hombre que encuentra nuevos expedientes! ¿Sabéis cuál es la moraleja de esto? ¡Que nuestro tiempo no vale más que nosotros! ¡Que vivimos en una época de avidez en la que nadie se inquieta por el valor de las cosas si puede ganar cediéndolas al prójimo! Y las pasan al prójimo porque la avidez del accionista, que crece con la ganancia, es igual a la del fundador, que se la propone!

—¡Muy bien, Couture, muy bien! —dijo Bixiou a Blondet—. Pedirá que le erijan estatuas como bienhechor de la humanidad.

—Tendríamos que obligarlo a sacar la conclusión de que el dinero de los necios es el patrimonio por derecho divino de las personas inteligentes —dijo Blondet.

—Señores —prosiguió Couture—, riamos ahora por toda la seriedad que mantendremos fuera de aquí cuando oigamos hablar de las respetables sandeces consagradas por las leyes hechas de improviso.

—Tienes razón. ¡Qué época, señores —dijo Blondet—, esta época en que, así que brota el fuego de la inteligencia, alguien se apresura a apagarlo mediante la aplicación de una ley de circunstancias! Los legisladores, salidos casi todos de un pequeño distrito municipal donde estudiaron la sociedad en los periódicos, encierran entonces el fuego en la máquina. ¡Cuando la máquina estalla, todo es llanto y rechinar de dientes! ¡Una época en que sólo se dictan leyes fiscales y penales! ¿Queréis saber cuál es la consigna, la clave de todo lo que pasa? *¡Ya no hay religión en el Estado!*

—¡Ah —exclamó Bixiou—, bravo, Blondet! Has puesto el dedo en la llaga de Francia: El fisco, que ha arrebatado más conquistas a nuestro país que los desastres de la guerra. En el Ministerio en el que yo he cumplido siete años de galeras, encadenado con burgueses, había un empleado, hombre de talento, que resolvió cambiar todo el sistema de las finanzas... Pues bien, nosotros lo destituimos buenamente. Francia hubiera sido demasiado feliz, se hubiera divertido reconquistando Europa y nosotros obramos para que las demás naciones descansasen. ¡Yo maté a Rabourdin con una caricatura! (Véase *Los Empleados*.)

—Cuando pronuncio la palabra *religión* no me refiero a los sermones llenos de lugares comunes, sino que me refiero a este término visto desde el ángulo de la alta política —repuso Blondet.

—Explícate —dijo Finot.

—Voy a hacerlo —prosiguió Blondet—. Se ha hablado mucho de las cuestiones de Lyon, de la República atacada a cañonazos por las calles, pero nadie ha dicho la verdad. La República se apoderó de la rebelión del mismo modo que un insurgente se apodera de un fusil. Os doy la verdad por cómica y profunda. El comercio de Lyon es un comercio sin alma, que no hace fabricar un ana de seda sin que esté encargada y su pago sea seguro. Cuando los pedidos cesan, el obrero se muere de hambre, gana apenas lo suficiente para vivir trabajando y los forzados son más afortunados que él. Después de la revolución de Julio, la miseria llegó hasta tal punto, que los obreros de las sederías enarbolaron la enseña ¡Pan o muerte!, una de esas proclamas que el Gobierno hubiera debido estudiar, pues la había producido la carestía de la vida en Lyon. Esa ciudad quiere edificar teatros y convertirse en una capital y de ahí vienen esos impuestos insensatos. Los republicanos olfatearon esta rebelión a causa del pan, y organizaron los *canutos*, que se batieron por partida doble. Lyon tuvo sus tres días, pero el orden se restableció y el canuto volvió a su cuchitril. El canuto, hasta entonces honrado, que confeccionaba vestidos con la seda que le entregaban en piezas, puso a la honradez de patitas en la calle convencido de que se había convertido en la víctima de los negociantes, y se puso aceite en los dedos: así devolvió peso por peso, pero vendió la seda representada por el aceite, y el comercio de las sederías francesas se

vio infestado por *telas engrasadas*, lo que hubiera podido acarrear la pérdida de Lyon y de una rama del comercio francés. Los fabricantes y el Gobierno, en vez de suprimir la causa del mal, imitaron a ciertos médicos y contuvieron el mal mediante un tópico violento. Había que enviar a Lyon un hombre hábil, una de esas personas que solemos llamar inmorales, un tal abate Terray, pero sólo se vio el lado militar. Los disturbios, pues, produjeron los «gros» de Nápoles a cuarenta sueldos el ana. Estos «gros» de Nápoles hoy se venden, hay que reconocerlo, y los fabricantes han inventado sin duda yo no sé qué medio de cristalización. Este sistema de fabricación sin previsión tenía que aparecer en una comarca donde Richard Lenoir, uno de los más grandes ciudadanos que ha tenido Francia, se arruinó por haber hecho trabajar a seis mil obreros sin tener pedidos, alimentándolos y encontrando unos ministros tan estúpidos, que lo dejaron sucumbir ante la revolución sobrevenida en 1814 en el precio de los tejidos. Es este el único caso en que un fabricante merece una estatua. Pues bien, este hombre es hoy objeto de una suscripción sin suscriptores, mientras que se ha entregado un millón a los hijos del general Foy. Lyon es consecuente: conoce Francia y sabe que está desprovista de sentimientos religiosos. La historia de Richard Lenoir es uno de esos errores que Fouché encontraba peores que un crimen.

—Si en la manera de presentar los asuntos —prosiguió Couture volviendo al punto donde estaba antes de la interrupción— hay un matiz de charlatanismo, término que ahora se considera deshonroso y que está a caballo del muro medianero de lo justo y lo injusto, entonces preguntó: ¿dónde empieza, dónde acaba el charlatanismo? ¿Qué es el charlatanismo? Hacedme el favor de decirme quién no es charlatán. ¡Vamos, un poco de buena fe, el ingrediente social más raro! El comercio que consistiese en ir a buscar de noche lo que se vendería de día, sería un contrasentido. Un comerciante de cerillas tiene el instinto del acaparamiento. Acaparar la mercancía es la idea dominante del tendero de la rue Saint-Denis *considerado* como el más virtuoso, y asimismo del especulador *considerado* como el más desvergonzado. Cuando los almacenes están llenos a rebosar es necesario vender. Para vender hay que *atraer* al comprador, y de ahí viene la muestra de la Edad Media y el prospecto actual. Entre llamar a la clientela y obligarla a entrar y consumir, no veo que haya ni la diferencia de un cabello. Puede suceder, debe suceder y sucede a menudo que los comerciantes se queden con mercancías averiadas, pues el vendedor engaña incesantemente al comprador. Pues bien, consultad a las personas más honradas de París, a los notables comerciantes, en fin... Todos os referirán triunfalmente el ardid que acaban de inventar para dar salida a las mercancías averiadas que los han endosado. La famosa casa Minard empezó efectuando ventas de este género. En la rue Saint-Denis sólo podréis comprar vestidos de seda engrasada, pues no es posible encontrar otra cosa. Los negociantes más virtuosos os dicen con la expresión más cándida estas palabras, de la más desenfadada desvergüenza: «Hay que salir de un apuro de la mejor manera posible». Blondet nos ha hecho ver las causas y las consecuencias de lo que pasó en Lyon; yo me propongo aplicar mi teoría por medio

de una anécdota. Un obrero de la industria lanera, ambicioso y cargado de hijos, con una esposa excesivamente amada, cree en la República. Este mozo compra lana roja y fabrica esas gorras de punto que sin duda habéis visto en la cabeza de todos los pilluelos de París, y vais a saber por qué. La República está vencida. Después del asunto de Saint-Merri no había modo de vender las gorras. Cuando un obrero se encuentra en su casa con mujer, hijos y diez mil gorras de lana roja que rechazan los sombrereros de toda Francia, le pasan por la cabeza tantas ideas como las que pudiera tener un banquero atiborrado con diez millones de acciones que tiene que invertir en un negocio que no le inspira confianza. ¿Sabéis qué hizo el obrero en cuestión, ese Law de arrabal, ese Nucingen de las gorras? Fue a ver a un dandy de café, uno de esos farsantes que son la desesperación de los guardias urbanos en los bailes campestres que se celebran a las puertas de una población, para pedirle que representase el papel de un capitán americano de pacotilla, alojado en el hotel Meurice, a fin de que fuese a pedir diez mil gorras de lana roja a un rico sombrerero que aún tenía una expuesta en el escaparate. El sombrerero olfatea un buen negocio con América, se va corriendo a casa del obrero y compra al contado toda la existencia de gorras. Ya os podéis imaginar lo que pasa: desaparece el capitán americano, pero la tienda queda abarrotada de gorras. Atacar la libertad comercial a causa de estos inconvenientes sería como atacar la justicia so pretexto de que hay delitos que ésta deja impunes, o acusar a la sociedad de estar mal organizada a causa de las desdichas que engendra. ¡Sacad vuestras conclusiones yendo de las gorras y de la rue Saint-Denis a las acciones y la Banca!

—¡Couture, acepta esta corona! —dijo Blondet, poniéndole una servilleta enrollada sobre la cabeza—. Yo aún voy más lejos, caballeros. Si existe un defecto en la teoría actual, ¿de quién es la culpa? ¡De la ley, de la ley tomada en su totalidad, de la legislación! De esos grandes hombres de los partidos judiciales que las provincias nos envían atiborrados de ideas morales, ideas indispensables en la conducta humana, a menos que uno desee batirse con la justicia, pero estúpidas cuando impiden que un hombre se eleve a la altura a que debe situarse el legislador. Aunque las leyes prohíban a las pasiones esto o aquello (el juego, la lotería, las Ninon de los guardacantones, todo lo que os parezca), no estirparán jamás las pasiones. Matar las pasiones equivaldría a matar la sociedad, que si bien no las engendra, al menos las desarrolla. Así, limitáis por medio de restricciones el afán de jugar oculto en el fondo de todos los corazones, tanto en las jovencitas como en los provincianos y los diplomáticos, pues todo el mundo desea una fortuna *gratis*; pero no importa, el juego se extenderá en seguida a otras esferas. Aunque suprimáis estúpidamente la lotería, no por ello las cocineras dejarán de sisar a la señora, guardando el dinero así obtenido en la Caja de Ahorros, y la postura será en este caso, para ellas, de doscientos cincuenta francos en vez de ser de cuarenta sueldos, pues las acciones industriales y las sociedades en comandita se convertirán en la lotería, en el juego sin tapete, pero con un rastrillo invisible y un *engaño* calculado. Las casas de juego están

clausuradas, la lotería ya no existe: Francia ha ganado en moralidad, gritan los imbéciles como si hubiesen suprimido los jugadores. ¡Se continúa jugando, con la sola diferencia de que el beneficio ya no es para el Estado, que ha sustituido un impuesto pagado con gusto por uno fastidioso, sin disminuir los suicidios, pues el jugador no muere, sino su víctima! No os hablo de los capitales del extranjero, perdidos para Francia, ni de las loterías de Francfort, contra cuya difusión la Convención dictó la pena de muerte, y a la que se entregaban los fiscales-síndicos. Éste era el sentido de la necia filantropía de nuestro legislador. El estímulo que se ha dado a las Cajas de Ahorro es una gran necesidad política. Supongamos que existe una inquietud cualquiera por la marcha de los negocios; el Gobierno habrá creado *la cola del dinero*, del mismo modo que se creó, durante la Revolución, *la cola del pan*. A tantas cajas, tantas revueltas. Si en una esquina tres pilletes enarbolan una bandera, ya tenemos una revolución. Pero este peligro, por grande que pueda ser, me parece menos temible que el de la desmoralización del pueblo. Una caja de ahorro representa la inoculación de los vicios engendrados por el interés en unas personas a quienes ni la educación ni el razonamiento retienen en sus combinaciones tácitamente criminales. Y vamos a ver los efectos de la filantropía. Un gran político debe ser un malvado abstracto; de lo contrario, las sociedades estarán mal dirigidas. Un político honrado es como una máquina de vapor que sintiese, o un piloto que hiciese el amor mientras empuñase el timón: la nave zozobraría. ¿No es preferible un primer ministro que robe cien millones y que haga a Francia grande y feliz, a un ministro enterrado a expensas del Estado, pero que haya arruinado a su patria? ¿Vacilaríais entre Richelieu, Mazarino y Potemkin, los tres ricos, en sus respectivas épocas de trescientos millones, y el virtuoso Robert Lindet, que no supo sacar partido de las asignaciones ni de los bienes nacionales, o los virtuosos imbéciles que fueron la perdición de Luis XVI? Sigue tu marcha, Bixiou.

—No os explicaré —prosiguió Bixiou —el carácter de la empresa inventada por el genio financiero de Nucingen; esto resultaría inconveniente, pues aún existe y sus acciones se cotizan en la Bolsa. Las combinaciones eran tan reales y el objeto de la empresa tan vivido que, creadas por un importe nominal de mil francos, establecidas por un decreto real, después de descender a trescientos francos, volvieron a subir a setecientos, y llegarán a la par después de atravesar las tempestades de los años 27, 30 y 32. La crisis financiera de 1827 las hizo ceder y la Revolución de Julio las hizo bajar, pero el negocio tiene realidades en sus entrañas (Nucingen sería incapaz de inventar un mal negocio). En fin, como muchas casas de Banca de primer orden participaron en él, no sería parlamentario entrar en mayores detalles. El capital nominal era de diez millones y el capital real de siete; tres millones pertenecían a los fundadores y a los banqueros encargados de la emisión de las acciones. Todo fue calculado para que, en los seis primeros meses, la acción llegase a ganar doscientos francos mediante la distribución de un falso dividendo. Así, pues, el veinte por ciento sobre diez millones. Los intereses de du Tillet ascendieron a quinientos mil francos.

¡En el argot financiero, este papel se llama *la parte del glotón!* Nucingen se proponía crear con sus millones, hechos mediante una mano de papel color de rosa y con ayuda de una piedra litográfica, unas lindas accioncitas que invertiría y que estaban preciosamente conservadas en su gabinete. Las acciones reales servirían para fundar el negocio, comprar un magnífico hotel y comenzar las operaciones. Nucingen poseía todavía acciones en no sé qué minas de plomo argentífero, en unas minas de hulla y en dos canales, acciones beneficiarias concedidas para montar aquellas cuatro empresas en plena actividad, organizadas de una manera soberbia y que gozaban de favor, por medio de un dividendo tomado sobre el capital. Nucingen podía contar con un *agio* si las acciones subían, pero el barón lo descuidó en sus cálculos y lo dejó a flor de agua, sobre el terreno, a fin de atraer a los peces. Por lo tanto, agrupó sus valores, del mismo modo que Napoleón agrupaba sus tropas, a fin de efectuar liquidación durante la crisis que se dibujaba y que trastornó en el 26 y el 27 las plazas europeas. Si hubiese tenido su príncipe de Wagram, habría podido decir como Napoleón en la cumbre del Santón: «Examinad bien el lugar; tal día, a tal hora, habrá en ella capitales difundidos». Pero, ¿en quién podía confiar? Du Tillet no sospechó su camaradería involuntaria. Las dos primeras liquidaciones demostraron a nuestro poderoso barón la necesidad de contar con un hombre fiel que pudiese servirle de protección para actuar sobre los acreedores. Nucingen no tenía sobrino, no se atrevía a tener un confidente, le hacía falta un hombre fiel, un Claparon inteligente, dotado de buenos modales, un verdadero diplomático, un hombre digno de ser ministro y digno de él. Una relación semejante no se forma en un día ni en un año. Rastignac estaba a la sazón tan perfectamente embaucado por el barón, que, como el príncipe de la Paz, que era tan querido por el rey como por la reina de España, creía haber conquistado en Nucingen un precioso incauto. Después de reírse de un hombre cuyo alcance le fue desconocido durante mucho tiempo, terminó por rendirle un culto grave y serio, al reconocer en él la fuerza que creía poseer en exclusiva. Desde sus primeros días en París, Rastignac se sintió inclinado a menospreciar a la sociedad en bloque. A partir de 1820 pensaba, como el barón, que sólo hay hombres honrados en apariencia, y consideraba al mundo como el punto de reunión de todas las corrupciones y de todas las bribonadas. Si bien admitía excepciones, condenaba a la masa: no creía en ninguna virtud, sino en circunstancias que permiten que los hombres se muestren virtuosos. Aquella ciencia le fue infundida de golpe; la adquirió en lo alto del Père-Lachaise, el día en que acompañó a su última morada a un hombre pobre y honrado, el padre de su Delphine, que murió engañado por nuestra sociedad, por los sentimientos más auténticos, y abandonado por sus hijas y sus yernos. Resolvió engañar a todo el mundo y presentarse ante él vistiendo el imponente traje de la virtud, de la probidad y de las buenas maneras. El egoísmo armó de punta en blanco a aquel joven noble. Cuando encontró a Nucingen revestido de la misma armadura, lo consideró como en la Edad Media, durante un torneo, un caballero damasquinado de pies a cabeza, montado en un brioso corcel árabe, hubiera

considerado a su adversario engualdrapado y montado como él. Pero se ablandó pensando por algún tiempo en las delicias de Capua. La amistad de una mujer como la baronesa de Nucingen es de las que hacen abjurar de cualquier egoísmo. Después de haber sido engañado una primera vez en su afecto al encontrarse con una máquina de Birmingham, como lo era el difunto De Marsay, Delphine experimentó sin duda un apego sin límites por un hombre joven y saturado de la religión provinciana. Aquella ternura produjo una saludable reacción en Rastignac. Cuando Nucingen pasó al amigo de su mujer el arnés que todo explotador pone a su explotado, lo cual sucedió precisamente en el momento en que acariciaba la idea de su tercera liquidación, le confió su situación, mostrándole como por obligación de su intimidad, como reparación, el papel de compadre que debía adoptar y representar. El barón consideró peligroso iniciar en sus planes a su colaborador conyugal. Rastignac creyó en una desgracia y el barón le dejó creer que era él quien salvaba la tienda. Pero cuando una madeja tiene tantos hilos, se hacen nudos. Rastignac tembló por la fortuna de Delphine: estipuló la independencia de la baronesa, exigiendo una separación de bienes y jurándose que saldaría su cuenta con ella triplicándole su fortuna. Como Eugène no hablaba de sí mismo, Nucingen le suplicó que aceptase, en caso de éxito total, veinticinco acciones de mil francos cada una en las minas de plomo argentífero, que Rastignac aceptó para no ofenderlo. Nucingen había aleccionado a Rastignac la víspera de la velada en que nuestro amigo decía a Malvina que se casara. Al ver a las cien familias dichosas que iban y venían por París, tranquilas en cuanto a su fortuna, los Godefroid de Beaudenord, los Aldrigger, los d'Aiglemont, etcétera, Rastignac se estremeció como un joven general que contemplase por primera vez un ejército antes de la batalla. La pobrecilla Isaure y Godefroid, que jugaban al amor, ¿no representaban a Acis y Galatea bajo la roca que el corpulento Polifemo se disponía a hacer caer sobre ellos?...

—Ese mono de Bixiou —comentó Blondet— casi tiene talento.

—¡Ah! ¿Con que ya no discreto? —dijo Bixiou, gozando de su éxito y mirando a sus sorprendidos oyentes—. Desde hacía dos meses —prosiguió después de esta interrupción— Godefroid se entregaba a todos los pequeños placeres del hombre que va a casarse y que entonces parece uno de esos pájaros que hacen el nido en primavera, van y vienen, recogen briznas de paja, las transportan en el pico y tapizan su morada con sus huevos. El futuro de Isaure había alquilado en la rue de la Panche un hotelito de mil escudos, cómodo, acogedor, ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Iba allí todas las mañanas para ver trabajar a los operarios y vigilar las pinturas. Introdujo allí el confort, la única cosa buena que hay en Inglaterra...; calorífero para mantener una temperatura constante en la casa; un mobiliario bien elegido, ni demasiado brillante ni demasiado elegante; colores frescos y suaves a la vista, estores interiores y exteriores en todas las ventanas; vajilla de plata, coches nuevos. Había hecho arreglar las caballerizas, el guardameses, las cocheras donde se agitaba Toby, Joby, Paddy, bullicioso como una marmota desencadenada, al parecer

muy contento de saber que había mujeres en la casa y una *lady*. Esta pasión del hombre que se ocupa de cosas domésticas, que escoge relojes de péndulo, que va a ver a su futura con los bolsillos llenos de muestras de telas para consultarla sobre el mobiliario del dormitorio, que va, viene y corre animado por el amor, es una de las cosas que más regocijan a los corazones honrados y sobre todo a los proveedores. Y como no hay nada que agrada más al mundo que el casamiento de un joven apuesto de veintisiete años con una encantadora personilla de veinte años que baila muy bien, Godefroid, preocupado por el regalo de bodas, invitó a Rastignac y a madame de Nucingen a almorzar para consultarles sobre tan importante asunto. Tuvo la excelente idea de invitar también a su primo d'Aiglemont y a su esposa, así como a madame de Sérizy. Las mujeres del mundo sienten debilidad por presentarse alguna vez por casualidad a comer en casa de un joven soltero.

—Es su manera de hacer novillos —apuntó Blondet.

—Tenían que ir a ver el hotelito de los futuros esposos, en la rue de la Planche —repuso Bixiou—. Las mujeres sienten por estas pequeñas expediciones lo mismo que los ogros por la carne fresca: refrescan su presente con esta joven alegría que aún no está ajada por el goce. El almuerzo se sirvió en el saloncito que, con motivo de la despedida de soltero del mozo, estaba adornado como el caballo de un cortejo. El ágape se había dispuesto de manera que ofreciese aquellos pequeños y lindos platos que a las mujeres les gusta comer, mordisquear o sorber por la mañana, momento en que tienen un apetito espantoso, aunque no quieren manifestarlo, pues al parecer se comprometerían si dijese: *¡Tengo hambre!* «¿Y por qué vienes solo?», dijo Godefroid al ver llegar a Rastignac. «Madame de Nucingen está triste; ya te lo contaré todo», respondió Rastignac con talante de hombre contrariado. «¿Una desavenencia?», exclamó Godefroid. «No», repuso Rastignac. A las cuatro las señoras se fueron al Bosque de Bolonia. Rastignac se quedó en el salón y miró melancólicamente por la ventana a Toby, Joby, Paddy, plantado valientemente ante el caballo uncido al tílburí, con los brazos cruzados como Napoleón, reteniéndolo únicamente con su voz aguda, pues el caballo temía a Joby, Toby. «Bien, ¿qué te pasa, mi querido amigo? —dijo Godefroid a Rastignac—. Estás sombrío, inquieto; tu alegría no es franca. ¡La felicidad incompleta te importuna el ánimo! En efecto, es muy triste no poder casarse en la alcaldía y en la iglesia con la mujer amada.» «¿Tendrás valor, querido amigo, para oír lo que tengo que decirte, y sabrás reconocer hasta qué punto hay que estimar a otra persona para cometer la indiscreción de la que voy a hacerme culpable?», le dijo Rastignac con aquel tono que parece un latigazo. «¿Cómo?», dijo Godefroid palideciendo. «Tu alegría me daba tristeza y me sentía incapaz, al ver todos estos preparativos, toda esta felicidad en flor, de guardar semejante secreto.» «Vamos, dímelo en tres palabras.» «Júrame por tu honor que serás mudo como una tumba.» «Como una tumba.» «Que si uno de tus deudos se interesase por este secreto, no lo sabría.» «No.» «Pues bien, Nucingen ha salido esta noche para Bruselas y ha declarado que no puede hacer frente a sus obligaciones.

Delphine acaba de pedir esta misma mañana la separación de bienes en el Palacio. Tú aún puedes salvar tu fortuna.» «¿Cómo?», dijo sintiendo que se le helaba la sangre en las venas. «Sencillamente, escribe al barón de Nucingen una carta antedatada en quince días, por la cual le das orden de que invierta todo tu capital en acciones (y le nombró la sociedad Claparon). Tienes quince días, un mes, quizá tres meses para venderlas por encima del precio actual, pues aún seguirán subiendo.» «¡Pero d'Aiglemont, que comía con nosotros; d'Aiglemont, que tiene un millón en casa de Nucingen!» «Escucha, no sé si existen bastantes de esas acciones para cubrirlo, y además yo no soy amigo suyo; no puedo traicionar los secretos de Nucingen; no puedes hablarle de ello. Si dices una palabra, me tendrás que responder de las consecuencias.» Godefroid permaneció durante diez minutos en la más perfecta inmovilidad. «¿Aceptas, sí o no?», le dijo despiadadamente Rastignac. Godefroid tomó recado de escribir y escribió y firmó la carta que le dictó Rastignac. «¡Mi pobre primo! —exclamó—. ¡Sálvase quien pueda!», dijo Rastignac al separarse de Godefroid. Mientras Rastignac maniobraba por París, voy a contaros el aspecto que presentaba la Bolsa. Tengo un amigo provinciano, un estúpido, que se preguntaba al parar frente a la Bolsa, entre las cuatro y las cinco, a qué era debida aquella reunión de gente parlanchína que iba y venía, qué podían decirse y por qué se paseaban después de haber fijado irrevocablemente el curso de los efectos públicos. «Amigo mío —le dije—, han comido y hacen la digestión. Durante la misma, chismorrear con el vecino. Sin esto no existiría la seguridad comercial en París. Aquí se traman los negocios y existen individuos como ese Palma, por ejemplo, cuya autoridad no es menor que la que posee Simard en la Real Academia de Ciencias. Dice: «¡Hágase la especulación!, y ésta se hace.»

—¡Qué hombre, señores! —dijo Blondet—, ese indio que posee una instrucción, no universitaria, sino universal. En este hombre, la universalidad no excluye a la profundidad; lo que sabe, lo sabe a fondo. Su genio en los negocios es intuitivo; es el gran consejero de los linceos que dominan la plaza de París y que sólo se lanzan a una empresa después de recibir el beneplácito de Palma. Es un hombre grave que escucha, estudia, reflexiona y dice a su interlocutor, que en vista de su atención, lo cree convencido: «Esto no me gusta». Lo que me parece más extraordinario es que, después de haber estado diez años asociado con Werbrust, no hayan surgido nunca nubes entre ambos.

—Esto sólo sucede entre personas muy fuertes o muy débiles; todas las intermedias se pelean y no tardan en separarse enemistadas —dijo Couture.

—Como comprenderás —dijo Bixiou—, Nucingen lanzó sabiamente y con mano hábil una pequeña granada bajo las columnas de la Bolsa, que hizo explosión a las cuatro. «¿Sabéis una gran noticia? —dijo du Tillet a Werbrust llevándose hacia un rincón—. Nucingen está en Bruselas y su mujer ha presentado al tribunal una demanda de separación de bienes.» «¿Soy su compadre para una liquidación?», dijo Werbrust sonriendo? «Dejaos de tonterías, Werbrust —dijo du Tillet—. Conocéis a

los que tienen papel suyo; así es que escuchadme: tenemos que combinar un negocio. Las acciones de nuestra nueva sociedad ganan un veinte por ciento y ganarán un veinticinco a fines del trimestre; ya sabéis por qué, pues distribuyen magníficos dividendos.» «Finaoud —dijo Werbrust—, seguid, seguid vuestra marcha; sois un diablo de uñas largas y puntiagudas, y las claváis en la mantequilla. Permitidme que os diga lo que hay, o no tendremos tiempo de operar. Esta idea acaba de ocurrírseme al enterarme de una noticia, y he visto positivamente a madame de Nucingen bañada en llanto; teme por su fortuna.» «¡Pobrecilla!», dijo Werbrust con aire irónico. «¿Bien?», prosiguió el antiguo judío de Alsacia interrogando a du Tillet, que callaba. «Bien, yo tengo mil acciones de mil francos que Nucingen me entregó para que las colocase, ¿comprendéis?» «¡Bueno!» «Compramos a diez, a veinte por ciento de comisión, papel de la casa Nucingen por un millón, y ganaremos una hermosa prima sobre este millón, pues así seremos acreedores y deudores y sembraremos la confusión. Pero actuemos con sagacidad, ya que los tenedores podrían creer que maniobramos en interés de Nucingen.» Werbrust comprendió entonces en qué consistía la jugada y estrechó la mano de du Tillet dirigiéndole una mirada de una mujer que gasta una broma a su vecina. «Bien, ¿sabéis la noticia? —les dijo Martin Falleix—. ¡La casa Nucingen hace suspensión de pagos!» «¡Bah! —respondió Werbrust—. No lo propaléis; dejad que los que poseen papel de esa casa hagan sus negocios.» «¿Sabéis la causa del desastre?», terció Claparon. «Tú no sabes nada —le dijo du Tillet—. No habrá el menor desastre; se pagará hasta el último céntimo. Nucingen continuará adelante y yo le facilitaré todos los fondos que quiera. Sé cuál es la causa de la suspensión: ha invertido todos sus capitales en Méjico, que a cambio le envía metales, cañones españoles tan mal fundidos que en ellos se encuentra oro, campanas, ornamentos religiosos, todos los restos del derribo de la monarquía española en las Indias. La devolución de estos valores es lenta. Y nuestro querido barón pasa por unos momentáneos apuros, esto es todo.» «Cierto es —dijo Werbrust—; me quedo con su papel con un descuento del veinte por ciento.» La noticia se difundió con la rapidez del fuego por un montón de paja. Circulaban las versiones más contradictorias. Pero la casa Nucingen inspiraba tal confianza, a causa de las dos liquidaciones anteriores, que nadie se quería desprender del papel Nucingen. «Conviene que Palma nos eche una mano», dijo Werbrust. Palma era el oráculo de los Keller, que estaban abarrotados de valores Nucingen. Una palabra de alarma pronunciada por él bastaría. Werbrust consiguió que Palma diese un campanillazo. Al día siguiente, la alarma cundía en la Bolsa. Los Keller, aconsejados por Palma, cedieron sus valores por una comisión del diez por ciento, y su ejemplo impresionó a la Bolsa, donde se les consideraba muy ladinos. Taifeller se desprendió entonces de trescientos mil francos a un veinte por ciento y Martin Falleix de doscientos mil al quince por ciento. ¡Gigonnet adivinó la jugada! Fomentó el pánico a fin de procurarse papel Nucingen, para ganar un dos o tres por ciento cediéndolo a Werbrust. Distinguió, en un rincón de la Bolsa, al pobre Matifat, que tenía trescientos mil

francos en la casa Nucingen. El droguero, pálido y exangüe, no vio sin temblar al terrible Gigonnet, que descontaba efectos en su antiguo barrio y que se acercaba a él para partirlo en dos. «Esto va mal; la crisis se avecina. ¡Nucingen se las arregla! Pero esto no os concierne, tío Matifat, pues ya os habéis retirado de los negocios.» «No, os equivocáis, Gigonnet, me ha pillado trescientos mil francos con los que quería operar sobre las rentas de España.» «Están salvados; las rentas de España os lo hubieran devorado todo, mientras que yo os daré algo de vuestra cuenta en casa de Nucingen, un cincuenta por ciento.» «Prefiero esperar la liquidación —respondió Matifat—; los banqueros nunca dan menos del cincuenta por ciento. ¡Ah, si sólo se tratara de un diez por ciento de pérdida!», dijo el antiguo droguero. «Bien, ¿queréis un quince?», dijo Gigonnet. «Mucha prisa lleváis», repuso Matifat. «Adiós, muy buenas», dijo Gigonnet. «¿Os parece bien un doce?» «Sea», dijo Gigonnet. Aquella noche se rescataron dos millones devueltos a la casa Nucingen por du Tillet, por cuenta de aquellos tres asociados fortuitos, que al día siguiente recibieron su prima. La pequeña baronesa de Aldrigger, vieja, aunque todavía bella, almorzaba con sus dos hijas y Godefroid, cuando Rastignac se presentó con aire diplomático para llevar la conversación hacia la crisis financiera. El barón de Nucingen sentía un vivo afecto por la familia de Aldrigger y lo había dispuesto todo para, en caso de desgracia, proteger la cuenta de la baronesa con sus mejores valores, que eran acciones en las minas de plomo argentífero; mas por la propia seguridad de la baronesa, ella debía rogarle que invirtiese así su capital. «¿Qué le ha pasado a ese pobre Nucingen?», preguntó la baronesa. «Está en Bélgica; su mujer pide la separación de bienes, pero él ha ido a buscar la ayuda de otros banqueros.» «¡Dios mío, esto me recuerda a mi pobre marido! ¡Qué pena debe de causaros esto, mi querido señor de Rastignac, con el afecto que sentís por esa casa!» «Con tal de que todos los indiferentes estén a cubierto, sus amigos serán recompensados más adelante y él saldrá bien librado, pues es un hombre hábil.» «Sobre todo es un hombre honrado», dijo la baronesa. Al cabo de un mes, la liquidación del pasivo de la casa Nucingen ya estaba realizada, sin más trámites que las cartas mediante las cuales todos pedían que se invirtiese su dinero en valores designados y sin más formalidades por parte de los bancos que la entrega de los valores Nucingen a cambio de las acciones que adquirirían favor. Mientras que du Tillet, Werbrust, Claparon, Gigonnet y otros que se consideraban muy listos hacían volver del extranjero, con un uno por ciento de prima, el papel de la casa Nucingen, pues aún ganaban cambiándolo por las acciones en alza, crecía el rumor en la plaza de París de que ya nadie tenía nada que temer. Nucingen iba de boca en boca; todos lo analizaban, lo juzgaban o hallaban el medio de calumniarlo. ¡Su lujo, sus empresas! Cuando un hombre quiere abarcar tanto, se hunde, etc. En lo más fuerte de este *tutti*, algunas personas se quedaron muy sorprendidas al recibir cartas de Ginebra, Basilea, Milán, Nápoles, Génova, Marsella y Londres en las que sus corresponsales anunciaban, no sin asombro, que les ofrecían un uno por ciento de prima por el papel de Nucingen, cuya quiebra anunciaban. «Ocurre algo», dijeron los

lincs. El tribunal había fallado la separación de bienes del matrimonio Nucingen. La cuestión aún se complicó mucho más: los periódicos anunciaron el regreso del señor barón de Nucingen, quien había ido a organizar un acuerdo con un célebre industrial de Bélgica para la explotación de antiguas minas de carbón mineral, entonces en suspenso, las fosas del bosque de Bossut. El barón reapareció en la Bolsa, sin tomarse siquiera la molestia de desmentir los rumores columniosos que circulaban sobre su casa, no quiso presentar una reclamación a través de los periódicos y compró por dos millones una magnífica propiedad a las puertas de París. Seis semanas después, el diario de Burdeos anunció la arribada al río de dos barcos fletados por cuenta de la casa Nucingen y que transportaban metales por valor de siete millones. Palma, Werbrust y du Tillet comprendieron que la jugada estaba hecha, pero fueron los únicos que la comprendieron. Aquellos escolares estudiaron la presentación en escena del *puff* financiero, reconocieron que estaba preparado desde hacía once meses y proclamaron a Nucingen el mayor financiero europeo. Rastignac no entendió nada, pero ganó con aquella operación cuatrocientos mil francos que Nucingen le había dejado esquilar a las ovejas parisienses y con los que dotó a sus dos hermanas. D'Aiglemont, advertido por su primo Beadenord, fue a suplicar a Rastignac que aceptase un diez por ciento de su millón si le conseguía la inversión de aquella cantidad en acciones de un canal que aún está por construir, pues Nucingen engañó tan lindamente al Gobierno en este asunto, que los concesionarios del canal tienen interés en no terminarlo. Charles Grandet imploró al amante de Delphine para que le cambiase su dinero por acciones. En fin, Rastignac representó durante diez días el papel de Law, mientras las más bellas duquesas le suplicaban que les diese acciones, y hoy en día ese aprovechado puede tener cuarenta mil libras de renta, cuyo origen hay que buscarlo en las acciones de las minas de plomo argentífero.

—¿Así, si todo el mundo gana, quién ha perdido? —dijo Finot.

—Conclusión —prosiguió Bixiou—. Seducidos por el seudodivendo que cobraron pocos meses después de trocar su dinero por acciones, el marqués d'Aiglemont o Beaudenord las conservaron (los pongo como ejemplo de todos los demás); tenían un tres por ciento más en sus capitales; entonaron las alabanzas de Nucingen y lo defendieron en el mismo momento que se sospechó que hacía suspensión de pagos. Godefroid se casó con su querida Isaure y recibió acciones de las minas por valor de cien mil francos. Con ocasión de esta boda, los Nucingen dieron un baile cuya magnificencia sobrepasó las ideas más halagüeñas que sobre él se concibieron. Delphine regaló a la joven novia un encantador adorno de rubíes. Isaure bailó como una mujer dichosa. La pequeña baronesa fue más que nunca pastora de los Alpes. Malvina, la mujer de «¿Habéis visto en Barcelona?», oyó en medio de aquel baile a du Tillet, que le aconsejaba con sequedad que se convirtiese en madame Desroches. Desroches, excitado por los Nucingen y por Rastignac, quiso meterse en cuestiones de intereses, pero, a la primera mención de las acciones de las minas entregadas como dote, se derrumbó y se volvió hacia los Matifat. En la rue de

Cherche-Midi, el abogado encontró las condenadas acciones de los canales que Gigonnet había endosado a Matifat en vez de darle dinero. ¡Imagínate a Desroches al encontrar el rastro de Nucingen en pos las dos dotes que él había apuntado con su fusil! Las catástrofes no se hicieron esperar. La sociedad Claparon hizo demasiados negocios, se produjo un atasco, cesó de servir a los intereses y ganar dividendos, aunque realizase operaciones excelentes. Estas desdichas se combinaron con los sucesos de 1827. En 1829, Claparon era demasiado conocido para ser el hombre de paja de aquellos dos colosos y cayó de su pedestal. De mil doscientos cincuenta francos, las acciones bajaron a cuatrocientos, aunque su valor intrínseco fuese de seiscientos. Nucingen, que conocía su verdadero valor, volvió a comprar. La pequeña baronesa de Aldrigger vendió sus acciones de las minas, que no daban nada, y Godefroid vendió las de su mujer por la misma razón. Lo mismo que la baronesa, Beaudenord cambió sus acciones de las minas por las de la sociedad Claparon. Sus deudas les obligaron a venderlas en plena baja. Sobre un valor nominal de setecientos mil francos, recibieron doscientos treinta mil. Después colocaron prudentemente el resto al tres por ciento, que entonces estaba a setenta y cinco. Godefroid, dichoso mortal sin preocupaciones, tuvo que cargar con una mujer estúpida como una oca, incapaz de soportar el infortunio, y al cabo de seis meses se dio cuenta de que el objeto amado se había convertido en un volátil; además tuvo que cargar con una suegra sin pan que sólo pensaba en acicalarse. Las dos familias se reunieron para continuar existiendo. Godefroid se vio obligado a mover todas sus influencias antiguas para conseguir un empleo de mil escudos en el Ministerio de Finanzas. ¿Los amigos?... Están tomando las aguas. ¿Los parientes?... Muy sorprendidos, prometen: «¡Cómo, querido, naturalmente, cuenta conmigo! ¡Pobre muchacho!» Para olvidarlo completamente un cuarto de hora después. Baudenord debió su empleo a la influencia de Nucingen y Wandensee. Estas personas tan estimables y tan desgraciadas habitan actualmente en la rae du Mont-Thabor, en un tercer piso a partir del entresuelo. La biznieta de los Adolphus, Malvina, aquella perla, no posee nada y da lecciones de piano a fin de no ser una carga para su cuñado. Cetrina, alta, flaca, seca, parece una momia que se hubiese escapado de casa Passalacqua para correr a pie por París. En 1830, Beaudenord perdió su empleo y su mujer le dio un cuarto vástago. Ocho años y dos domésticos (Wirth y su mujer); dinero: ocho mil libras de renta. Las minas dan hoy día unos dividendos tan considerables, que la acción de mil francos vale otros tantos de renta. Rastignac y madame de Nucingen compraron las acciones vendidas por Godefroid y la baronesa. Nucingen fue nombrado par de Francia por la revolución de Julio y gran oficial de la Legión de Honor. Aunque no haya hecho nuevas liquidaciones desde 1830, se dice que tiene una fortuna de dieciséis a dieciocho millones. Seguro de los decretos de Julio, vendió todos sus capitales y los colocó de nuevo atrevidamente cuando el tres por ciento estuvo a cuarenta y cinco; hizo creer en Palacio que lo hacía por devoción y durante aquel tiempo se zampó, de consumo con du Tillet, tres millones de aquel gran bellaco de Philippe Bridau.

Últimamente, al pasar por la rue de Rivoli para ir al bosque de Bolonia, nuestro barón vio bajo las arcadas a la baronesa de Aldrigger. La viejecita llevaba una capota verde forrada de rosa, un vestido floreado, una mantilla, en fin, era más que nunca la pastora de los Alpes, pues siempre fue incapaz de comprender tanto las causas de su desdicha como las de su opulencia. Se apoyaba en la pobre Malvina, modelo de abnegación heroica, que parecía ser la madre anciana, mientras que hubiérase dicho que la baronesa era la hija joven, y Wirth las seguía con un paraguas en la mano. «*Ahí van esas pegasonas* —dijo el barón a monsieur Cointet, un ministro con el que salía a pasear—; *ahoga la pogasca ha pasado, así es que ya puedes geemplazag a ese pobgue Peautenogh.*» Bealdenord volvió a entrar en el Ministerio de Finanzas por recomendación de Nucingen, que los de Aldrigger presentan como un héroe de la amistad, pues sigue invitando a la pastorcita de los Alpes y sus hijas a sus fiestas. Nadie podrá demostrar que este hombre ha querido robar al público enriquecido por él, por tres veces y sin infracción, a pesar de sí mismo. Nadie puede hacerle el menor reproche. Quien se atreva a decir que la alta Banca suele ser un lugar poco seguro, cometerá la más insigne de las calumnias. Si los efectos suben y bajan, si los valores aumentan y se deterioran, este flujo y reflujo está producido por un movimiento mutuo, atmosférico, relacionado con la influencia de la luna, y hay que acusar al gran Arago por no haber emitido ninguna teoría científica sobre tan importante fenómeno. De esto se desprende únicamente una verdad pecuniaria que no he visto escrita en ninguna parte...

—¿Cuál es?

—La de que el deudor es más fuerte que el acreedor.

—¡Oh! —dijo Blondet—. Yo veo en lo que hemos dicho la paráfrasis de una frase de Montesquieu, en la que concentró el *Espíritu de las Leyes*.

—¿Cuál? —preguntó Finot.

—Las leyes son telarañas que atraviesan los moscones, pero en las que quedan prendidas las mosquitas.

—¿Adonde quieres ir a parar? —dijo Finot a Blondet.

—Al gobierno absoluto, el único en que las empresas del espíritu contra la ley puedan ser reprimidas. Sí, la arbitrariedad salva a los pueblos acudiendo en ayuda de la justicia, pues el derecho de gracia no tiene revés: el rey, que puede dispensar su gracia al que ha hecho bancarrota fraudulenta, no devuelve nada a la víctima despojada. La legalidad mata a la sociedad moderna.

—¡Haz entender esto a los electores! —exclamó Bixiou.

—Ya hay quien se encarga de ello.

—¿Quién es?

—El tiempo. Como dijo el obispo de León: «Si la libertad es antigua, la realeza es eterna»; todas las naciones sanas de espíritu volverán a ella de una forma o de otra.

—Toma, había gente al lado —dijo Finot al oírnos salir.

—Siempre hay gente al lado —respondió Bixiou, que debía de estar bebido.

París, noviembre de 1837.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Hay aquí un retruécano imposible de traducir entre *les bas* —los bajos— y el apellido Lebas. — (*Nota del editor.*) <<